

STEFANIA GIL



*¿Serán capaces Elaine y Pierce de ponerle fin a un odio que lleva siglos expandiéndose entre los Gordon y los Daniels ?*

**La casa española**  
Stefania Gil

La casa Española  
Copyright © 2019 Stefania Gil  
[www.stefaniagil.com](http://www.stefaniagil.com)

All rights reserved.

Los personajes, lugares y eventos descritos en esta novela son ficticios. Cualquier similitud con lugares, situaciones y/o personas reales, vivas o muertas, es coincidencia.

Fotografía Portada: Sarah-Dorweiler / [www.unsplash.com](http://www.unsplash.com)  
Diseño de Portada: Stefania Gil  
Maquetación: Stefania Gil

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma y por ningún medio, mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

**Contenido:**

*Inglaterra, siglo XVII*

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Querido lector:

Otros títulos de la autora:

Stefania Gil

*«El tiempo es el mejor autor: siempre encuentra el final perfecto»*  
— **Sir Charles Chaplin** —

Constance vio a los ojos a su amante mientras este le acariciaba la espalda en toda su extensión provocándole cosquillas seductoras.

Lo besó en los labios pegándose más a él.

Estaban extasiados del placer dado mutuamente como en cada encuentro que tenían; en el que los besos, las caricias y los gemidos, eran los protagonistas.

Pero ese día en particular, él estaba distante.

Ausente.

No era hombre que se preocupara con facilidad, así que lo que rondaba por su cabeza, debía ser realmente importante.

—¿Qué ocurre? —inquirió con curiosidad. Él resopló con angustia en la mirada y ella se preocupó de inmediato—. Por favor, amor mío, no me mantengas al margen de tus angustias. Quiero ayudarte a solucionarlas.

Él la apretó con fuerza y ella se recostó de nuevo en el pecho del hombre dejándole un poco de tiempo para que este empezara a contarle el motivo de sus preocupaciones.

—Es George —Ella levantó la cabeza de nuevo para verle a los ojos. Un hijo siempre era el mayor motivo de preocupación para un padre—. Ha ocurrido algo de lo que tengo que ocuparme... —se frotó el rostro con ambas manos y la vio con real miedo—. Podría morir, Constance. Si se llega a saber lo que ocurrió, si llega a oídos del Rey, George podría acabar en la hoguera.

Constance no pudo evitar solidarizarse con su temor.

—Amor mío, lo que dices es muy grave.

—Lo es.

—¿Cómo es que tu hijo, tan sabio, se entregó al demonio?

—Ojalá hubiera sido eso, Constance, ojalá. Es algo peor.

—Dios mío —Constance se llevó una mano al pecho—. ¿Qué puede ser peor que eso?

—Mi mujer lo encontró en su habitación con otro hombre, en la cama, cometiendo actos impúdicos y antinaturales.

—¡Santo Dios! Patrick, ¿y qué hiciste luego?

—Mi mujer fue de inmediato a informarme. Al que le acompañaba en la cama, que es uno de los encargados de los establos, lo tengo encerrado en un calabozo. No sé qué hacer con él —la vio de nuevo con profunda preocupación—. Ni con mi hijo. ¿Te imaginas lo que habría ocurrido si hubiese sido algún otro sirviente el que los encontrara?

—Dios no lo permita, amor. Tu hijo estaría siendo procesado por la justicia del Rey en este momento.

Hubo un minuto de silencio entre ellos.

—Los hijos no hacen más que darnos preocupaciones.

—Sigues con la campesina allí.

—Y es una mujer fuerte y empecinada, ha mejorado mucho su aspecto y su comportamiento, así

como ha sido buena soportando cada una de mis palabras de odio dirigidas únicamente a ella. La he humillado frente a otras damas y ella sigue allí, junto a él.

—Quizá es una buena mujer para tu hijo.

—Ay, por dios, Patrick no me vengas con tonterías. Es una cualquiera que solo busca el título y nuestro dinero. ¿O es que acaso tú vas a permitir que tu hijo siga con sus gustos sexuales?

—No lo digas ni en juego. Pero tienes que admitir que no hay punto de comparación. Tu hijo siempre quedará como hombre absoluto ante todos, provocando un poco de especulación entre los nuestros por sus gustos que considerarán simples, aunque, si te soy sincero, su prometida de simple no tiene nada.

—Te exijo respeto —protestó ella con seriedad y él la vio divertido plantándole otro beso en los labios.

Tú siempre serás mi favorita.

—¿Qué tienes pensado hacer con George?

—No lo sé. Por lo pronto, no le permito la salida de sus aposentos. Y lo mantengo muy vigilado. Cualquier imprudencia sería mortal para él y una desgracia para el resto de la familia.

—¿Y tu mujer?

—No hace más que llorar por los rincones.

—¡Qué inútil!

—Lo sé. A veces desearía tanto que estuvieses en su lugar —la vio a los ojos y esta vez, le dio un beso cargado de pasión mientras ella pensaba en que él estaba en lo cierto, en todo. Fue una injusticia por parte de la vida que se casaran con las parejas equivocadas. Ellos dos habrían sido muy felices juntos.

—Te ayudaré a encontrarle solución a esto —y en ese momento, una idea le llegó a la cabeza haciéndole ver que si la llevaban a cabo bien, ella podría librarse de la maldita campesina que August quería desposar y George ganaría la hombría absoluta.

Debía comentarlo con Patrick, claro, luego de que él terminara lo que estaba empezando con esas sutiles caricias en su entrepierna.

Y planearían todo bien, tan bien, como cuando ella ideó la forma de librarse de su difunto esposo.

# Capítulo 1

*Inglaterra, época actual.*

Blaston House era una gran mansión británica de estilo Country House. Un estilo que podía compararse con los palacios rurales de las villas italianas o de los Chateaux franceses.

La mansión tenía importancia histórica y artística, con más de 40 hectáreas de jardines, prados y bosques; propiedad del linaje Daniels, quienes ostentan al título de Duques de Lanhill.

Era un punto de interés turístico para la pequeña población en la que se encontraba asentada ya que parte de la mansión, sus salones más emblemáticos, estaban abiertos al público exhibiendo algunos tesoros artísticos que eran patrimonio familiar.

Menos ese día.

Ese día la casa no estaba operativa como un museo.

No.

Ese día, la casa servía para rendirle el último adiós a una mujer que lo fue todo en la vida de Elaine.

Ella Daniels, viuda del Duque August Anthony VI, fallecido muchos años antes que ella, fue una mujer como pocas.

Persistente y noble. Con un corazón que era capaz de derretir los inviernos más fríos del mundo, según lo apreciaba Elaine; y fue la única, de toda la familia Daniels, que creyó en ella desde su nacimiento.

Ese día, Elaine la lloraba como nunca antes lloró a alguien.

Nunca antes había sentido que le arrancaban parte de su ser. Una parte tan importante en su vida como lo era su abuela.

Su ejemplo, su fortaleza, su complicidad.

¿Qué iba a hacer ahora sin su abuela? ¿A quién iba a pedirle consejos?

¿Cómo lucharía contra el resto de la familia sin el apoyo de la anciana?

No quería salir de la habitación de Ella. Aún conservaba su aroma, su calidez.

Pronto llegaría su madre y remodelaría todo acabando con la antigüedad que reinaba en la mansión principal, como estuvo haciendo desde hacía unos años, poco a poco, porque Ella era una piedra en el zapato que le impedía acabar con la historia del lugar en su totalidad.

Esa casa tenía tanta historia por descubrir entre sus paredes. Su abuela le contaba que, en la biblioteca principal, se encontraban tesoros que no podían ser destruidos porque contenían grandes verdades.

No lo dudaba. Poco se pasaba por aquel sitio porque era el lugar en el que siempre se encontraba su padre, con quien acababa discutiendo por una u otra razón y, además, porque allí estaba el cuadro al óleo de una antepasada de la familia que a Elaine solía ponerle los pelos de



punta nada más de ver la mirada de la mujer retratada.

Lo cierto era que los archivos de la propiedad podían ir desde un manuscrito de la reina Elizabeth I hasta documentos de su propio linaje. Cartas de presidentes, libros valiosísimos como Los cuatro libros de Arquitectura de Palladio, el libro de Horas de Enrique VII y muchos más.

Elaine se secó las lágrimas y se vio en el espejo de pie que estaba en un rincón de esa hermosa habitación.

Se veía bien.

No como se vería su madre, ni pensarlo.

Lady Joanne, su madre y esposa del Duque de Lanhill Lawrence VII, se vería impecable, regia, admirada. Tendría un pañuelo blanco impoluto con el que se secaría unas lágrimas ficticias que Elaine conocía de primera mano porque su madre era una experta en el tema y porque, además, no soportaba a su suegra.

Se alisó su vestido negro de lana con mangas y cuello redondo para ver si así lograba verse un poco mejor.

Sabía que el problema no era el vestido, que no tenía ni una arruga; o las pantimedias, que las llevaba tal como lo ordenaba el protocolo para esos eventos en los que prefería quedarse en pijama, metida entre las sábanas de la cama de su abuela, llorándola, mientras buscaba consuelo dentro de un bote de helado de vainilla y macadamias.

Ese sería el modo perfecto de pasar un duelo.

Y tampoco era problema el pelo, que lo llevaba recogido en un elegante moño; o la joyería que llevaba encima, que quién sabía cuántos cientos de años de antigüedad tenían; o los zapatos de firma; no, el problema era su rostro, los ojos hinchados, la nariz roja, la mirada cargada de tristeza y nostalgia. Eso no tenía cómo remediarlo, no en ese momento.

Quizá en unas semanas, meses, años o quizá nunca, porque el vacío que dejaba su abuela querida en su vida, permanecería para siempre.

—Fuiste la mujer más buena que conocí en mi vida —le dijo a la pintura que colgaba de la chimenea de esa habitación. Cada una de las estancias importantes de esa casa, tenía el retrato de algún integrante del linaje Daniels.

Los más recientes, de sus padres, eran modernos. Una fotografía que pretendía parecer una pintura al óleo. Pero que nunca sería igual.

Esa magia con la que el artista plasmaba la imagen de su modelo, capturando la esencia de la persona, solo se lograba pintándolo a mano.

El de su abuela, era de los últimos de ese estilo; hecho cuando ella aún era muy joven, según le dijo, tendría alrededor de diecisiete años y el artista, fue contratado por su difunto abuelo quien le obsequió el retrato a su amada como regalo de su primer aniversario de bodas.

Se veía hermosa, con la chispa en sus ojos azules tan marcada como en la vida real; la elegancia que la acompañaba y la sonrisa tímida que regalaba cuando se sentía feliz.

Fue una mujer discreta, sencilla, a pesar de poseer grandes riquezas que, algunas, pasarían a manos de su hijo Lawrence y otras, serían para Elaine.

Sabía que su abuela le dejaría lo que poseía, estuvieron hablando de eso hacía un tiempo; aunque Elaine no prestara mucha atención entonces porque se negaba a pensar que el ser humano que más amaba en el mundo y el único que le había dado amor sincero, podría marcharse para siempre.

Además del dinero, o de algunas joyas que Ella le diera en vida a Elaine, la chica quería conservar lo que para ella era realmente importante.

Cosas que no tenían valor económico y que sí estarían cargadas de recuerdos hermosos como

las cosas que ya tenía en su habitación, dentro de un baúl; y también quería el cuadro de la chimenea, ese que veía ahora mientras las lágrimas seguían deslizándose por sus mejillas.

Su padre no le permitiría sacar ese único retrato original de su abuela de la propiedad.

Lo enviarían al depósito y esa habitación sería reformada para cualquier estupidez que se les ocurriera a sus padres.

Estaba tan harta de esa vida.

Por eso les llevaba la contraria.

Por eso buscaba la libertad.

Quería irse lejos pero aun no era el momento.

Suspiró y vio por última vez el retrato.

Todos sus planes debían esperar porque, en ese momento, solo podía pensar en su adorada abuela y en despedirse de ella como era debido.

\*\*\*

Pierce Gordon entró en la habitación de su abuelo con cautela.

No quería ser visto por ningún otro miembro de la familia.

Tal como ocurrió en momentos del pasado en los que Pierce se colaba dentro de aquella habitación para conversar por tiempo prolongado con su abuelo que había fallecido muchos, muchos años antes.

Digamos que en la época en la que Pierce apenas era un bebé.

Sin embargo, desde su crecimiento, en sus paseos de expedición por el castillo en el que vivían los Gordon desde tiempos remotos, la habitación de su abuelo siempre había tenido algo especial que llamaba su atención.

A su madre no le gustaba que anduviese solo por el castillo, era un lugar inmenso, lleno de estancias, recovecos, pasadizos que podían resultar peligrosos para un niño. Pierce se las arreglaba para escabullirse de la mirada vigilante de su madre e iba en búsqueda de aventuras y tesoros ocultos.

Así encontró, alguna vez, una moneda de plata detrás de un mueble que no podía moverse debido al peso del mismo pero que los diminutos dedos de Pierce, en esa época, le daban la ventaja de sacar lo que quisiera de ese espacio.

O igual que la vez que encontró un mapa antiguo junto a una carta de una caligrafía bastante ininteligible en un compartimiento secreto del escritorio que se hallaba en la habitación de su fallecido abuelo.

Todos los tesoros los dejaba en el lugar en el que los encontraba y los mantenía en secreto porque no quería que su madre o su padre le prohibieran las expediciones por el castillo.

La propiedad, era una casa señorial con vistas al valle de Hartington; antes, solo seccionada entre la parte abierta al público y la parte reservada a la familia.

Ahora, la parte que era exclusiva a la familia también se dividía porque, sus padres, hacía unos años, decidieron divorciarse permaneciendo ambos en el castillo con sus nuevas parejas.

Pierce II Gordon Duque de Bulwick y Lady Eliza decidieron ponerle fin a su matrimonio cuando ambos empezaron a mirar hacia los lados buscando nuevos amores.

Lady Eliza trabajó muy duro para hacer relucir el castillo y todas las antigüedades en su interior y su interés por la historia del sitio le llevó a convertirse en una estupenda gerente social en todo lo referente al ducado y al castillo en especial. Fiestas de caridad, eventos sociales importantes en las salas del castillo reservadas para eso, entre otras cosas.

Ella era buena en lo que hacía y el duque de Bulwick no confiaba en nadie más para llevar a cabo ese trabajo, por ello Lady Eliza se quedó viviendo en una sección del castillo y mantuvo su puesto laboral sin problemas.

Lo más importante era que fueron sensatos con ellos y con sus hijos, decidiendo que era momento de ponerle fin a esa farsa de matrimonio que llevaban para aparentar que todo marchaba en condiciones dentro de su círculo social.

El duque se entregó de lleno a su nueva relación; y la ex duquesa de Bulwick, encontró el verdadero amor en los brazos de uno de los capataces de la propiedad.

Un hombre que era honorable, que la adoraba, reconocía Pierce en ese momento en el que él también estaba a punto de dar un paso importante en su vida.

En unos días, estaría casado con su prometida Nathalie Grant.

Sonrió recordándola, mientras se sentaba en un sillón que estaba en la habitación de su abuelo. Uno que le permitía ver el retrato al óleo sobre la chimenea de este.

Serio, clásico, todo un caballero; acompañado de su esposa a quien quiso desde que la vio por primera vez.

Patrick V, abuelo de Pierce, y este, contaban con un gran parecido físico y de personalidad.

Ambos eran reservados, serios, discretos, fieles.

Y ambos, tenían ese extraño don de poder ver a algún antepasado estando dentro del castillo.

Fuera de este, nada fantasmal ocurría.

Patrick V, en vida, pudo ver a un antepasado que le guio hacia el mapa y la carta que, unos años después, encontró su nieto mientras jugaba a la cacería de tesoros ocultos y él espiaba.

Siempre aparecía mientras el niño jugaba pero Pierce no advirtió su presencia hasta que tuvo unos ocho años que fue cuando hicieron las presentaciones formales, si podía decirse de esa manera, y entablaron una relación que tuvo gran relevancia en la vida de Pierce mientras crecía porque su abuelo se convirtió en algo que era propio, nadie más lo había visto, nadie más le contaba las cosas que este sí le contaba cuando pasaba horas en su habitación; y se parecían tanto en la forma en la que pensaban, que Pierce lo consideraba su mejor amigo.

Lo iba a extrañar durante el tiempo que estuviese fuera.

La boda sería en España porque quería complacer a su amada y lo harían con pocos invitados.

Harían una gran fiesta en su regreso de la luna de miel, que duraría algunos meses en un recorrido por varios países del mundo.

Estaba tan emocionado.

—¿Lo pensaste mejor?

Patrick V pareció de pronto sobresaltando a Pierce que estaba concentrado en sus pensamientos.

—Abuelo, no empieces con este tema por favor. En unos días me voy a casar y no quiero marcharme sin despedirme de ti porque no sé cuándo volveré.

El fantasma, translúcido, lo observó con frustración y luego se detuvo a observar a través de la ventana.

Pierce recordó entonces el momento en el que su abuelo, años atrás, le contó sobre la historia que se contaba en su familia sobre el odio que existía entre los Daniels y los Gordon.

Una historia que se transmitía de generación en generación; que contaba que aquel odio entre las familias comenzó en el siglo XVII cuando la prometida de August Daniels, duque de Lanhill en aquel tiempo, fue encontrada en el mismo lecho que George Gordon en condiciones muy comprometedoras bajo el techo de los Daniels mientras le daban cobijo a George en una noche de tormenta.

Tiempo después, se dieron a la fuga y pasaron muchos años antes de que volvieran a saber algo más de ellos.

Los amantes fugitivos, así les llamaban desde entonces.

Fue George quien envió una carta a su padre, Patrick I indicándole en dónde se encontraba la propiedad en la que vivía y cómo se debía proceder con esta cuando él falleciera.

Pero al viejo Patrick V no le encajaban muchas cosas dentro de esa historia y el fantasma que lo llevó hasta la carta y el mapa no fue de gran ayuda tampoco.

Así como la muerte que le sorprendió en el momento en el que había decidido investigar más sobre esa historia que les contaban a las nuevas generaciones pero que gran parte de ella parecía tener algo oculto.

Algo grande.

Y Pierce, siendo más joven, le prometió a su abuelo que algún día se embarcaría en la aventura de investigar el pasado familiar y verificar los hechos de alguna manera.

Pero la vida de la aristocracia estaba llena de responsabilidades y compromisos que eran muy difíciles de postergar o evadir sobre todo cuando se es el heredero del título.

Así que los años fueron pasando y la emoción por la aventura para descubrir verdades del pasado quedó sepultada por la madurez, los estudios, los negocios y posteriormente las mujeres.

Cuando Nathalie llegó a la vida de Pierce, este dejó de respirar por voluntad propia para hacerlo cada vez que ella se lo pedía.

Era todo para él y no se imaginaba la vida sin ella.

Cuando su abuelo se enteró que la boda sería muy cerca de la casa en la que vivieron los amantes fugitivos, le suplicó que usara algunos días de su luna de miel para cumplir con su promesa; Pierce no iba a comprometerse en algo de esa magnitud estando en su luna de miel.

No llevaría a Nathalie allí, para nada.

El plan de su abuelo era que se instalaran allí, dentro de una casa de cientos de años que el abogado que llevaba las propiedades de los Gordon en España aseguraba se mantenía en buen estado, pero a Pierce, aquel lugar, no le parecía seguro y tampoco era apropiado para pasar su luna de miel.

Así que después de muchas discusiones con su difunto abuelo y de decirle que no pensaba instalarse allí con Nath porque ese lugar no estaba a la altura de una mujer como ella, empezaron los problemas serios entre ellos.

Y los ataques contra Nath.

Que si no era buena chica, que solo buscaba su dinero, que era una mujer superficial.

Pierce había tomado una decisión en cuanto a esa casa y otras propiedades que tenía la familia que no se usaban y que lo único que hacían era consumir dinero del patrimonio en el mantenimiento que cada una requería. Su padre estuvo de acuerdo con las razones para su decisión y la aprobó.

—Venderé la casa.

Su abuelo se dio la vuelta y clavó una mirada furibunda en él.

Nunca lo había visto tan enfadado.

—¿De qué estás hablando?

—Voy a vender la casa de los amantes fugitivos. Es solo una casa que no nos va a aclarar nada y yo no tengo tiempo ni las ganas de dedicarme a investigar un pasado que está más que claro.

—¡Eso no lo sabes! —su abuelo levantó la voz y el cuadro sobre la chimenea se torció de repente.

—Si lo sé, abuelo, las cosas ocurrieron tal como lo cuentan los antepasados. No hay nada más

que aclarar. Y aunque seamos capaces de encontrar otra historia, que estoy seguro de que no la hay, seguiremos la maldita guerra contra los Daniels porque ya esto sobrepasa lo que pudieron haber hecho esos dos en el pasado.

Su abuelo no hablaba.

—La semana pasada estábamos a punto de cerrar un negocio estupendo y los Daniels superaron la oferta y nos lo arrebataron. Así hemos funcionado desde tiempos remotos, desde los amantes, ¿crees que encontrar otra verdad va a hacer que nos comportemos de otra manera?

—Creo que la verdad cambiaría muchas cosas.

Pierce bufó.

—Lo siento, abuelo, no voy a complacerte en esto.

—Fue una promesa.

—Que te hice cuando era adolescente, cuando no sabía ni la mitad de las cosas que tendría que hacer en el futuro. Cuando aún no conocía a Nath.

—Esa mujer te cambió. Ojalá te des cuenta de que no es la indicada.

—Lo es, abuelo —lo observó con tristeza—; y me habría gustado despedirme de ti hoy de otra manera pero veo que no vamos a llegar a nada cordial.

—No cometas el error de vender la propiedad.

Fueron las últimas palabras de su abuelo antes de desaparecer.

Pierce no sabía cómo sentirse porque lo último que quería era quedar en esos términos con el que consideraba su mejor amigo.

Se frotó el rostro con las manos y observó a través de la ventana tal como lo hizo su abuelo segundos antes.

—Por favor, me gustaría que me des tu bendición —volvió la cabeza hacia el cuadro y se acercó para arreglarlo.

En ese momento, un cajón del escritorio se abrió tomándole por sorpresa.

Era el cajón del compartimiento secreto en el que descansaba el mapa y la carta.

Negó con la cabeza y resopló.

—Esto se llama chantaje, lo siento —se acercó al mueble y cerró el cajón de nuevo—, no lo voy a hacer.

Vio una última vez al retrato del hombre que conocía muy bien y le dedicó una sonrisa triste.

—Adiós, abuelo, nos veremos de nuevo en unos meses.

## Capítulo 2

Elaine estuvo toda la mañana en pijama, dentro de la calidez de su cama, negándose a salir y enfrentar al mundo exterior ahora que su abuela no estaba.

Era el segundo día que lo único que le apetecía era quedarse en su habitación y llorar a su abuela hasta quedarse seca.

Llevaba la misma cantidad de tiempo desconectada por completo de la tecnología. Supuso que su móvil se quedó sin batería en algún momento y la verdad era que poco le importaba.

Temía al instante en el que encendiera el aparato de nuevo o el ordenador y tuviera que sentarse a trabajar porque estaría a reventar de mensajes de sus seguidores y ella solía responder uno a uno, era su trabajo.

Desde hacía unos años, Elaine Daniels entendió que todo aquello que estudió en la universidad gracias a su abuela y aun en contra de lo que opinaban sus padres sobre ella y su vida, podía aplicarlo a sus pasiones como lo eran los viajes y su necesidad de conectar con gente que tuviera sus mismos pensamientos.

Elaine nunca se sintió parte de la aristocracia en la que nació y los protocolos, las etiquetas, las normas tan estrictas y marcadas, se le daban muy mal.

Elaine era un espíritu libre y la única que parecía entenderlo en casa era Ella Daniels, su abuela querida.

«Que entendía, Elaine, entendía» rectificó sollozando y abrazándose a la almohada.

Su espíritu libre e indómito la llevaba a viajar, conocer lugares de los que nunca antes había escuchado hablar.

A Nueva York, Tokio y Bora Bora, podía ir cuantas veces le viniera en gana pero siempre vería lo mismo; sus amigos le recomendarían visitar los mismos sitios que todos visitan, comer en los restaurantes de moda y asistir a las fiestas exclusivas para personas de su abolengo.

Bufó pensando en eso. «Personas de su abolengo» esas eran palabras de su madre porque Elaine no quería poseer un abolengo, quería ser normal.

De hecho, esas supuestas fiestas para personas de su abolengo acababan peor que a las que asistía en un club nocturno normal y corriente de la ciudad.

Las cosas se salían de control de una manera preocupante en esos lugares.

Cuántas veces ella e Ilona no salieron asqueadas de esas fiestas en las que veían a las supuestas personas de abolengo, perderse entre líneas de droga; ahogarse entre las botellas de alcohol y como no, perder la noción del ahora entre jadeos y actos sexuales ante los ojos de todos.

No era una puritana, Dios sabía que no, Ilona tampoco lo era; pero sabía cuándo las cosas no se estaban haciendo de la manera adecuada y sabía muy bien cuando era el momento adecuado de parar y no dejar tu vida marcada para siempre con una nota de prensa de esas que no se hacen esperar en las que aparece la chica con el maquillaje corrido, la falda en la cintura, enseñando el dedo del medio a la cámara y algún osado «de abolengo» tomándola de la cintura como si fuese de su propiedad.

En otros años, lidiar con la prensa había sido mucho más sencillo. Un poco de dinero y el

asunto estaba zanjado, la foto quedaría en el olvido en el fondo de un cajón; sin embargo, la época actual exigía más control porque con las redes sociales ya no se podía llegar a tiempo para negociar y por ello, Elaine se cuidaba tanto de no hacer estupideces.

Construyó una plataforma sólida mezclando sus pasiones y necesidades, iniciando sus pasos con un blog de viajes que abrió por pura diversión en el momento en el que los blogs empezaron a ponerse de moda y todo el mundo quería escribir en uno.

Elaine vio en ellos una manera de hacerle conocer a otras personas que el mundo estaba lleno de lugares asombrosos y que eran lugares a los que cualquier persona podía viajar.

Muy al contrario de lo que le ocurría a la mayoría de las personas consideradas influencer como lo era ella, las redes sociales para Elaine eran su vía de escape para enseñarle al mundo quien era en realidad.

A través de esos textos, imágenes y conversaciones con sus seguidores, podía ser simplemente Elaine y no Lady Elaine hija del Duque de Lanhill.

Se mostraba tal como ella quería ser y su realidad no le permitía porque debía seguir un protocolo dentro de su círculo social.

Odiaba enseñarle al mundo una imagen superficial y rimbombante sobre un yate, comiendo caviar y tomando champaña; dejando un texto tan vacío que para lo único que servía era para crear resentimiento o depresión en la mayoría de los seres humanos del mundo.

Peor aún consideraba a aquellas fotos de ese estilo, con un texto que aludía a una vida espiritual ficticia que lo único que conseguía era que el resto de las personas, desearan alcanzar esa combinación del éxito y paz interior que muchos vendían sin que fuese su realidad.

Una vida perfecta. Un cuerpo perfecto.

La salud perfecta. El amor perfecto. La felicidad perfecta.

Eso no existía.

No.

Elaine bien que lo sabía.

Y sus seguidores también lo sabían. La conocían, aunque fuese a través de la pantalla porque les hablaba con sinceridad y sin miedos. Algunos la juzgaban, era normal. En ese medio, en cuanto consigues un poco de éxito empiezan aparecer los *haters*. Esos que critican todo cuanto ven y quieren crear un conflicto de todo lo que leen.

Por eso, ella no temía demostrarles a todos que quería una vida normal; eso sí, con ciertas comodidades como a las que estaba acostumbrada.

No se le vería en un yate compartiendo foto con el magnate del momento, en una situación comprometedoramente entre copas de champaña y caviar a orilla de la isla privada del magnate en un fin de semana de relax, pero tampoco se le encontraría en el medio de la selva amazónica contemplando la naturaleza, durmiendo en una tienda de campaña y bañándose en un río temiendo encontrarse a una anaconda o un caimán.

Tampoco se le encontraría en un retiro espiritual en el Tíbet.

Elaine era una aventurera de términos medios. Sus viajes los concentraba a lugares que la gente pasa de largo porque suponen que son aburridos o que no tienen nada interesante por descubrir.

Esos pequeños pueblos que la gente obvia por cualquier razón y que resultan mucho más hermosos que cualquier gran urbe del mundo.

En sitios así, conseguía la comodidad que requería, que no exigía una gran carga de estrellas para poder descansar y pasar la noche.

Encontró sitios con mucho encanto y personalidad en los que estuvo algunos días y donde llegó a conocer a gente maravillosa. Lugares atendidos por sus propios dueños, negocios familiares, un

legado del cual se sentían orgullosos.

Le gustaba mucho hacer viajes en coche y los documentaba con otra visión. Su ojo le permitía enseñarle al mundo lo hermoso de lo simple, quizá porque su vida en general carecía de esa simplicidad.

Y esa visión, más su encantadora forma de ser, le hizo ganar miles de seguidores en poco tiempo que fueron aumentando con el pasar de los años, lo que llamaban: el efecto bola de nieve.

Toda su conexión con las redes sociales empezó por la época en la que estaba recién graduada y nadie quería contratarla por dos grandes razones: la primera, no tenía experiencia y la segunda era una Daniels y parecía que su padre se encargó de cerrarle las puertas de cualquier posibilidad por no haber seguido sus instrucciones de convertirse en la abogada que necesitaba la familia.

Ya tenían un economista gracias a su hermano Lawrence VIII quien se convertiría en el próximo duque de Lanhill y también tenían un politólogo gracias a Maxwell.

Su padre siempre pensó que ella haría lo que se le ordenara y llegaría a ser una respetada juez de la cual pudiera hincharse de orgullo como lo hacía con sus varones.

Las cosas salieron muy diferentes a lo que el actual duque de Lanhill, también economista, hijo de Ella y padre de Elaine, habría querido. No le perdonó a su madre que fuera contra su decisión de no apoyar a Elaine en todo lo que quisiera para que forjara su futuro de la mejor manera.

Su abuela le contaba que habría querido también tener otra vida, una más relajada, que le permitiera actuar como un ser humano y no como un simple objeto que debe cumplir ciertas funciones, obligaciones y cumplir una agenda para mantener a la reina y al resto de los aristócratas contentos.

Ella Daniels sabía que aquello no era vida para una chica nacida en una época muy diferente a la suya. También le contó la de veces que quiso hacer algo bueno por su nuera, Lady Joanne, madre de Elaine; pero Lady Joanne nunca se dejó ayudar. Lady Joanne no buscaba ayuda. Buscaba poder. Su única intención era apoderarse de todo y ser la dueña y señora de la casa.

La que mantenía las cosas en su sitio, la que se encargaba de que todo el mundo entrara en razón así fuese bajo amenazas que podían resultar crueles. Era altiva y arrogante. Caprichosa también. Una mujer que conseguía manipular al duque a su antojo dejando a Ella siempre apartada de cualquier asunto familiar.

No soportaba que Elaine mantuviera tan buena relación con su abuela y esta lo sabía, poco le importaba también. La anciana llegó a un momento en su vida en el que entendió que guardaría en su interior los desacuerdos con respecto a la mayoría de las cosas que hacían su hijo y su nuera para poder disfrutar de sus nietos.

Sobre todo después de la muerte de su marido.

Elaine suspiró recordando todas las horas que pasó junto a la anciana y todos los besos y abrazos que extrañaría.

Vio el retrato de la mujer apoyado en una de las paredes de su habitación.

El día del funeral, cuando todo acabó, Elaine fue al cuarto de su abuela con prisas y tomó todo lo que quiso. Nadie extrañaría las cosas que estaban ahí y para que acabaran en el fondo del sótano de la propiedad, junto a otros cientos o miles de objetos antiguos que eran patrimonio de la familia, prefirió guardarlos para llevarlos a donde la vida la llevara.

—¿Qué voy a hacer abuela?

Le preguntó al cuadro y esperó por una respuesta que obviamente no se hizo presente.

No en el ambiente pero sí en su corazón.

Le pareció sentir a su abuela dándole uno de esos maravillosos consejos que solía darle.

Y nacieron las ganas en ella de dejarlo todo, de empezar de cero en otro lado.



Ya nada la ataba a Blaston House ni a los Daniels. Más bien, temía que pronto empezarían las amenazas para que terminara haciendo lo que su padre y madre querían y sus pasiones, sueños, anhelos se irían al mismo infierno.

La controlarían con el dinero. Lo hicieron una vez y no dudarían en repetirlo. En el pasado, gracias a su abuela, pudo sobrevivir.

Hacía tiempo se hizo un juramento, que en aquel entonces, parecía un reto y a Elaine solían encantarle los retos: abandonaría Blaston House solo cuando Ella Daniels ya no estuviese en vida.

Y ahora, dolida por la ausencia física de Ella y sintiéndose más sola que nadie en el mundo, se aterraba de pensar en que abandonaría la casa que había sido su refugio toda su vida.

Le aterraba pensar que estaría en el mundo exterior cumpliendo su sueño, siendo una persona normal en todos los aspectos de su vida. Incluso en el económico, que era el que más le aterraba.

«Si no asumimos grandes riesgos, nunca sabremos los resultados» le pareció escuchar a su abuela en su interior con esa frase que siempre le repetía cuando Elaine se quejaba de alguna nueva amenaza que le había hecho su madre si no dejaba de comportarse de la manera impropia que decía que se comportaba. O cuando su padre la trataba como a una inútil por no haber seguido sus instrucciones.

Aquella frase nunca tuvo tanto sentido como en ese momento de su vida.

Asumiría el riesgo más grande de su vida y esperaba que los resultados fuesen positivos porque en ese momento se aterraba con solo pensar en lo contrario.

\*\*\*

—Padre, ¿estás seguro de que quieres hacer las cosas de esta manera?

El duque de Lanhill levantó los ojos para observar a su hijo con duda.

—Por supuesto que estoy seguro de cómo quiero hacer las cosas, Maxwell.

—Papá, al menos podrías esperar una semana más y luego lleva a cabo tu plan —Maxwell Daniels observó a su padre con un halo de desilusión—. Dale tiempo a Elaine de entender que la abuela murió.

Esperaba que la partida de la anciana le hiciera reflexionar y entender que muchas cosas con respecto a Elaine no estaban haciéndose de la manera más idónea.

Él conocía a su hermana y sabía que ya mismo estaba pensando en largarse de Blaston House para siempre. Sin importar las consecuencias que esa decisión acarrearía.

Ella Daniels le dejó dinero a Elaine, aunque no gran cosa, porque la anciana no poseía gran fortuna, todo era patrimonio del ducado ahora en poder del Duque de Lanhill.

Ella tenía algunas pequeñas propiedades que su difunto esposo le había obsequiado en alguna ocasión y fue muy inteligente con vender dichas propiedades antes de que el ahora duque de Lanhill asumiera el ducado porque eso le permitió tener una base económica sólida, nada comparable con la que tenía el ducado, para poder vivir sin verse controlada por su hijo o su nuera.

Con ese dinero, le dio todo el apoyo que pudo a Elaine.

Maxwell observó a su padre mientras este firmaba unos documentos, pensó en que le quería a ambos, eran sus padres, y entendía los intereses que movían a ambos y que diferían de los de la difunta Ella, de Elaine o incluso de él mismo.

Si bien Maxwell mantenía las reglas de una sociedad exigente y artificial, no estaba de acuerdo con muchas cosas. A diferencia de Elaine, nunca tuvo los pantalones para ir contra corriente.

Y estaba seguro de que ella estaría dispuesta a hacerlo a pesar de que pudiera quedarse en la

calle.

Como ocurriría pronto.

A Maxwell le preocupaba saber que a Elaine se le acabaría el dinero pronto. Una cosa era estar en Blaston House con todo pago y recibir una pensión por parte de la abuela para que no le falte nada y otra muy diferente era pagar vivienda, servicios, personal de asistencia al hogar, etc.

El dinero no iba a alcanzarle a menos de que viviera con el mínimo de lujo.

Ladeó la cabeza pensando que, en realidad, desde hacía algún tiempo, su hermana vivía de otra manera. Se dio cuenta de que se veía menos superficial.

Maduraba, pensaba él.

O de verdad quería conseguir la independencia que tanto soñaba y les estaba demostrando a todos que podría conseguirlo.

Negó con la cabeza.

—Yo veo bien este asunto —comentó Lawrence mientras servía tres tragos iguales de un escocés que, probablemente, valía el salario mensual de cualquier sirviente de aquella mansión en unos vasos de cristal de Baccarat que databan de algún punto del siglo XIX cuando el Baccarat se volvió famoso entre los reyes y aristócratas. Lawrence tomó con agilidad y elegancia los tres vasos cortos y le dio uno a cada uno de sus acompañantes—. Elaine ya no es una niña y debe ser tratada como una mujer adulta que tiene que asumir su puesto dentro de la familia.

—¡Qué machista sueñas, Lawrence, por dios! —Maxwell se quejó viendo con ironía a su hermano mayor. A veces no soportaba la actitud de su hermano. Era frío, calculador... «Como papá y mamá» pensó y rogándole al cielo parecerse más a Elaine, aunque fuese en secreto.

—No es machismo, Maxwell, es responsabilidad. Soy el mayor y el próximo a asumir el ducado. Bajo mi mirada, nadie va a hacer estupideces que manchen nuestro apellido. Muy duro hemos tenido que trabajar desde hace unos siglos para crear una imagen estable y sana como familia. Una imagen que nos otorgue respeto de nuestros iguales. Y Elaine, con ese comportamiento ridículo en las redes sociales no hace más que dañar todo lo que nosotros intentamos levantar.

Maxwell bufó.

No iba a seguir discutiendo con Lawrence porque, por primera vez en su vida, se sentía muy defraudado de la familia en la que se encontraba.

¿Manchar el apellido? ¿Acaso Lawrence estaba enterado de lo que hacía Elaine?

No. Por supuesto que no lo estaba porque Lawrence VIII parecía haber salido del siglo XVII y no entender que las épocas cambian y que Elaine parecía haber nacido en la familia equivocada. Su dulzura y sencillez la marcaron desde pequeña y quien la conocía un poco se daba cuenta de que lo que reflejaba en las pantallas, era solo lo que deseaba tener.

—Bueno, no seamos exagerados que yo todavía no voy a morir y a ti te falta mucho tiempo por asumir el control de todo.

Lawrence frunció el ceño frustrado. Odiaba que su padre lo redujera. Él siempre quería sentirse grande y poderoso.

«Dios santo, que yo sea más parecido a Elaine» pensó de nuevo Maxwell ya preocupado. Nunca había tenido una visión tan clara de su familia como ese día.

—Estoy de acuerdo con Lawrence —señaló el Duque viendo a sus hijos a través de los cristales de sus gafas de lectura—. Y no es machismo, Maxwell, es solo que a tu hermana hay que ponerla contra la espada y la pared para que reaccione. Tu abuela ya no está, nadie podrá salvarla.

—¿Y si te arrepientes, papá?

—¿De qué se va a arrepentir? —Lawrence preguntó con altivez—. ¿De querer lo mejor para su hija? ¿De prepararla para ser una mujer digna de su apellido y que consiga casarse con un hombre que la represente?

Maxwell negó con la cabeza de nuevo.

—Hijo, ¿estás bien hoy? ¿Qué diablos pasa contigo? Esa supuesta carrera que tu hermana cursó gracias a la alcahuetería de tu abuela, no ha hecho más que alimentar sus necesidades de viajar por el mundo y vivir de manera bohemia. Es una vergüenza que piense de esa manera teniendo tanto de qué hacerse cargo aquí, junto a nosotros. Tu madre sufre cada día de ver como esa niña desperdicia su vida conversando con gente que daría su vida por tener la de ella.

—Quizá es lo que yo siempre he pensado —intervino Lawrence—, que Elaine no es merecedora del apellido ni de nada de lo que le corresponde.

Maxwell bufó una vez más con gran ironía porque quizá era que su hermano ambicionaba más de lo que le correspondía.

Observó su vaso con desilusión. Gran desilusión.

Él podía seguir soportando vivir allí porque le gustaba su vida como era, aunque a veces no soportara las actitudes de su hermano o de sus padres.

Se negaba a pensar que Elaine sufriera el resto de su vida porque así lo imponían las reglas y la sociedad.

No.

—No se preocupen, Elaine se dará cuenta de que su lugar está aquí junto a nosotros cuando se quede sin un centavo. Vendrá arrepentida y con una buena lección aprendida pidiendo por nuestro perdón y tendrá que hacer lo que sea mejor para Ella.

—Quizá lo mejor para ella sea no regresar aquí nunca más —agregó Maxwell sin pensar en lo que decía y las consecuencias que aquello podría traerle con su padre, pero no le importó. En ese momento solo le importaba Elaine, como tuvo que haberle importado hacía años, cuando solo la abuela le dio su apoyo.

Se levantó de su asiento sin decir nada más, dejó el vaso sobre el porta vasos del imponente escritorio de madera maciza del duque y se dio la vuelta para salir de ahí con el arrepentimiento oprimiéndole el pecho mucho más de lo que la tristeza por la muerte de Ella le oprimió dos días atrás.

Se arrepintió de no haber estado nunca del lado de Elaine porque pensó que le debía todo a su padre y madre. Sin embargo, después de ver que su padre no derramara ni una lágrima por la muerte de su madre; que al día siguiente del funeral se organizara una cena benéfica, una de las tantas que se celebraban cada mes sin siquiera otorgar un minuto de silencio al luto de la familia; que su madre ya empezaba un plan de remodelación en el ala de la mansión en la que Ella y Elaine se hospedaron; después de ver la actitud fría e indiferente con la que trataban a Elaine en esos momentos en los que la pobre estaría destruida y que nadie, ni siquiera él hasta ese momento, parecía haber notado su ausencia, se sintió profundamente arrepentido y decidió que algunas cosas debían cambiar.

Ayudaría a Elaine en todo lo que necesitara.

\*\*\*

Elaine amaneció un poco mejor.

Tres días de la partida de su abuela y aunque parecía que el nudo de la garganta no se iría jamás, empezaba a controlarlo un poco.

Pasó parte de la noche llorando y pensando en lo que le depararía el futuro.

Nadie se preocupó por buscarle en tres días. Nadie.

Ninguno en casa llegó a preguntarse: «¿Alguien ha visto a Elaine?»

Y ella sabía muy bien el por qué. Sus padres ya tendrían todo organizado para cuando se presentara ante ellos en algún momento. A ninguno le interesaba saber cómo se sentía.

Le daba igual.

Había dejado de sentirse mal por eso hacía muchos años. Y en otra circunstancia, habría podido pasar mucho tiempo antes de cruzárselos en su camino. No tenía por qué hacerlo, su habitación siempre estuvo muy alejada de la de ellos y las zonas comunes de la casa poco las usaba al igual que su difunta abuela.

Ella Daniels no quería estar más en donde su presencia estorbaba y no le hacía falta pasar por aquellos malos ratos que Lady Joanne le hacía pasar con sus comentarios irónicos. Entonces dispuso que, en el ala de la mansión en la que ella y Elaine se hospedaban desde que la joven decidió mudarse a una habitación cercana a la de su abuela cuando era una adolescente, se habilitara con un sencillo y acogedor salón comedor en el que ambas pasaron gran parte de sus vidas entre dulces, deliciosas comidas y horas de té frente a la chimenea contándose miles de historias sobre Blaston House y los Daniels en general.

Se paseaban por momentos importantes de la historia del país que involucraba a alguno en la familia y le contó sobre la leyenda que deben transmitirse a las nuevas generaciones de Daniels que habla del odio que mantienen con los Gordon desde el siglo XVII

Una historia que para Elaine siempre fue solo una leyenda pero que debía seguir a cabalidad porque estaba establecido en el patrimonio familiar que nadie, ningún integrante de la familia Daniels podía mantener ningún tipo de relación amistosa, comercial, sentimental con algún Gordon.

Las consecuencias eran claras. Una de ellas hablaba del destierro y de la exclusión de la familia, así como del patrimonio económico de la misma al Daniels que osara infringir esta regla absurda por demás, según consideraba Elaine; y a pesar de que los Gordon le parecían personas razonables y una familia muy diferente a la suya, ellos querían mantenerse lo más alejado posible de los Daniels porque aseguraban que traían mala suerte y desgracia a la familia.

Todo por los amantes fugitivos.

Que a Elaine no le parecían tan fugitivos porque la historia parecía tener ciertos vacíos que intentaron aclarar investigando en los archivos antiguos que descansaban en el sótano de la propiedad, una aventura promovida por su difunta abuela, donde pasaron horas leyendo documentos, libros antiguos, descubriendo que la mayoría de los Daniels de esa época fueron unos hombres repugnantes que no hacían más que tratar mal a sus mujeres y despilfarrar la fortuna en prostitutas y alcohol.

Nada encontraron sobre la historia de los amantes.

Y le habría gustado hallarlo, saber más de ellos pero no sería el caso.

No en esa época de su vida.

Observó a Blaston House desde donde se encontraba.

Siempre erguida como una mole en el medio de la campiña inglesa con sus jardines isabelinos de diseños exquisitos que requerían un gran mantenimiento diario.

Un rebaño de ovejas pastaba cerca del río, sonrió al verlas disfrutar del sol que poco se dejaba ver en esas tierras donde la mayor parte del tiempo llovía.

Era un día espléndido, lo apreció con detalle. Las nubes viajaban traviesas en la inmensidad azulada que resplandecía por el sol. Los rayos del astro calentaban con suavidad, como una

caricia sutil sobre la piel del rostro que, a su vez, recibía los roces tímidos de la brisa de primavera.

Las flores empezaban a dar brotes y sintió una presión en el pecho cuando recordó que, la primavera pasada, pasó gran parte del tiempo con su abuela en ese mismo lugar en el que ahora se encontraba.

Fue una primavera como pocas en la zona, soleada, brillante, llena de vida y color y Ella Daniels no hacía más que pedirle salir a dar paseos por el jardín o sentarse sobre el césped a comer, tomar el té o solo quedarse allí, apreciando la maravilla de la naturaleza.

Fue en esos tiempos en que empezó a mencionarle la zona del sur de España que siempre quiso conocer y que, por una razón u otra, no consiguió llegar.

Elaine quiso animarla a hacer el viaje juntas pero el Parkinson tenía a Ella presa y le quitaba las ganas de emprender alguna aventura. Así que nunca llegaron a salir de los jardines de Blaston House.

Elaine se dedicó a transportar a su abuela a las zonas que le habría gustado conocer gracias a la tecnología. Pasaron horas explorando el mundo en Google Earth, Elaine tomando nota de próximos viajes y Ella maravillándose con la cercanía a otros lugares que la era moderna le otorgaba.

—Por fin te encuentro.

Elaine salió de sus pensamientos con pesar. No quería abandonar los recuerdos más especiales de su vida porque temía perderlos, olvidarlos y con ellos, olvidar a Ella.

Pero no podía ser descortés con Max. Era su hermano favorito desde que tenía uso de razón, porque Lawrence estaba demasiado ocupado o desinteresado en pasar tiempo con ella.

Así que para Elaine, Max era prácticamente su único hermano.

Maxwell se sentó junto a ella en el césped. Elaine pensó en el ataque que sufriría la madre de ambos al verlos sin una pose estudiada y planificada que reflejara la importancia de ser un Daniels. Además, el grito que metería de ver cómo Max podía llegar a manchar un traje de miles de libras hecho a medida.

Estuvieron en silencio unos minutos.

Maxwell recordó los días en los que eran niños y corrían por esos mismos jardines bajo la supervisión de sus abuelos que les permitían hacer cualquier cosa que ellos consideraban divertido.

—¿Recuerdas cuando reté al abuelo a meterse al río conmigo?

Ambos rieron con sonoras carcajadas.

Ese día había sido un día estupendo. Era verano y estuvieron al aire libre todo el día.

Sus padres estaban con Lawrence de viaje porque, el primogénito, empezaría su vida universitaria y sus padres querían asegurarse de que todo estuviera controlado para la nueva etapa de un futuro Duque de Lanhill.

Mientras los más pequeños se divertían, Lawrence estaba teniendo lecciones de cómo comportarse fuera de casa y dentro de la universidad en donde las cosas podrían llegar a torcerse si se llevaban de la manera incorrecta.

Maxwell no supo lo aburridas de esas lecciones hasta que le llegó el turno a él. Por poco muere del aburrimiento hasta que encontró la forma de llevar un buen balance entre lo que no podía perderse de la universidad, experiencias que eran parte de ser universitario y ser un Daniels.

Lo hizo bien, o eso creía, porque nunca tuvo problemas ni con las chicas ni con la prensa.

—Mamá estuvo un mes sin hablarle porque se había excedido dejándonos comportarnos como

salvajes.

Maxwell dejó de reír y negó con la cabeza recordando la conversación mantenida con su padre y su hermano mayor la noche anterior. La conversación en la que decidió que Elaine sería más feliz fuera de Blaston House.

Elaine le vio el pesar en la mirada. Quería decirle algo importante pero no sabía cómo hacerlo. Lo conocía.

—¿Qué estuviste haciendo después del funeral?

Elaine dejó su mirada clavada en el río.

—Llorar a la abuela en mi habitación.

Max asintió y le tomó la mano.

—Yo también voy a extrañarla y lamento no haberte buscado antes para acompañarte porque sé lo importante que fue Ella Daniels en tu vida.

Elaine solo apretó los labios intentando mostrar una sonrisa comprensiva.

—Llevo tres días desconectada de todo, pensando en la abuela y en los recuerdos que tengo de ella —Elaine suspiró—. También he estado tomando algunas decisiones.

Max volvió la cabeza para verla a los ojos y la chica imitó el gesto.

—¿Tienen un plan verdad? —Elaine no era tonta y Max no era bueno fingiendo. Asintió con resignación.

—Supongo que el excelentísimo Duque de Lanhill espera que yo rectifique y me convierta en una Daniels digna.

Maxwell asintió de nuevo.

Elaine hizo lo contrario, negando con la cabeza y una mueca en el rostro que dejaba en claro su indignación.

—¿Recuerdas el día que la abuela, papá y mamá discutieron porque la abuela me iba a apoyar en cuanto a lo que deseaba estudiar en la universidad?

Maxwell bufó.

—¿Cómo olvidarlo, Els? Papá gritaba como un energúmeno —hizo una pausa recordando ese día—. Creo que fue la última vez en la que los vi a los tres en la misma habitación.

—Lo fue. Después de eso, los encuentros entre ellos fueron para lo estrictamente necesario.

—Papá va a darte el dinero que quedó de la abuela, tal como ella lo decidió.

Elaine no dejó ver ninguna emoción a pesar de que en su interior sintió un poco de alivio. Sabía que no era mucho dinero pero le alcanzaría para vivir un tiempo mientras conseguía generar mayores ingresos.

Y ahí aparecía el vacío en el estómago producto de ese pensamiento.

—¿Qué piensas hacer?

—Me voy un tiempo.

—Papá cree que cuando se te acabe el dinero de la abuela vas a regresar y tendrás que someterte a sus condiciones.

Aquello le hizo hervir la sangre a Elaine.

No podía ser que su padre la considerara tan inútil. Tan superficial como para no poder sobrevivir con un sueldo normal como la mayoría de los seres humanos.

No lograba entender cómo su padre no conseguía aceptar que ella no era igual al resto de la familia.

—No me arrepiento de haberle dicho ayer que quizá lo mejor para ti es permanecer lejos de todos nosotros. Porque ninguno de nosotros entiende que tu sueñas con una vida sencilla y tranquila. Quiero ayudarte, Elaine; me preocupa que pases trabajo cuando estés fuera de estos

muros.

Elaine le sonrió a su hermano con sinceridad y le palmeó el dorso de la mano.

—Voy a tomar solo lo de la abuela. No quiero nada que venga del patrimonio.

—Es mi dinero. Lo he hecho con mi trabajo.

—Gracias, Max. Es maravillosa tu preocupación y más me agrada que, aunque sea una vez en la vida, tengamos esta clase de conversaciones. Pero no quiero nada más que no sea lo que venga de la abuela. Esta noche me iré a casa de Ilona, mañana salgo en un vuelo a España.

—¿Llamarás para avisar en dónde te encuentras? —Elaine negó con la cabeza.

—¿Le importará a alguien?

—A mí, sí.

Elaine le sonrió de nuevo.

—Te escribiré a ti entonces. Tampoco voy a decirle adiós a nadie.

A Maxwell no le extrañó esa decisión, él también se habría marchado sin dar aviso.

—Te llevaré a casa de Ilona.

—Está bien. Dejaré en el sótano algunas cosas de la abuela y alguna de mis cosas. Estoy segura de que mamá va a derribar mi habitación en cuanto se dé cuenta de que ya no estoy en casa.

—¿Crees que algún día se arrepientan de cómo son?

Elaine negó con la cabeza.

—Yo tampoco lo creo —Maxwell apreció Blaston House con admiración—. Eres valiente, a mí me va a costar la vida misma salir de Blaston House. Siento que es mi refugio, me siento seguro aquí. —Elaine suspiró profundo, ella sentía lo mismo—. Creo que es por toda la historia que tiene en sí. Todas las personas que vivieron aquí y que nos dejaron un poco de ellos mismos para conocerlos mejor, como el cuadro de Constance que está en la biblioteca desde la época en la que ella misma dio la orden de colocarlo allí.

—Siglo XVII —Elaine lo vio divertida—. Sigues sin ser bueno con las fechas históricas de la casa —hizo una pausa—. Quizá el comportamiento de papá es heredado de ese antepasado nuestro. La abuela me contaba que su abuela le contó una historia una vez que decía que Constance no era muy buena que se diga.

—Ayer por primera vez agradecí no parecerme a ellos y sí ser un poco como tú y como los abuelos. Aunque me falta tu valentía. Yo no sería capaz de desentenderme del patrimonio así tan fácilmente.

—Te inculcaron que eres el que provee y que debes encargarte de la familia si algo ocurre con papá y con Lawrence. Es normal que no sientas valentía. No es fácil pensar en mantener a una mujer como mamá que gasta miles de libras al día en caprichos. Más una propiedad como esta. Es mucha la responsabilidad que te han puesto sobre los hombros. Me parece que es horrible obligar a alguien a hacerse cargo de un título y todo lo que esto trae adjunto, que tal vez no quiere. Yo nunca dejé que papá o mamá me obligaran a cargar con nada.

—Y eso es lo que más admiro de ti.

Elaine lo vio con complicidad. Le agradaba sentirse conectada a alguien de la familia que no fuese su abuela.

—Si alguna vez te dejo saber en dónde estoy, ¿vendrás a visitarme?

Maxwell le dejó ver esa sonrisa radiante que opacaba el sol en su mejor día.

—Por supuesto que lo haré.

Y sus palabras reconfortaron a Elaine, lo suficiente para recordar que poseía una gran fortaleza y que podría ser persistente para conseguir lo que quería.

\*\*\*

Ilona Davies recibió a su amiga de la infancia con un abrazo de oso que hizo sonreír a Elaine.

Se sentía bien sonreír, sobre todo después de tres días de llantos por la muerte de Ella y de haberse topado con sus padres a la salida de Blaston House.

No quería avisarle a nadie de su partida, pero se negaba a marcharse como una fugitiva. No lo era, así que acordó encontrarse con Maxwell en la puerta principal de la propiedad cerca de las 7 p.m. lo que no se esperó era que sus padres estuviesen de salida para una gala benéfica a esa misma hora.

Hubo drama por parte de su madre y varias amenazas de su padre.

Maxwell se atrevió a defenderla y ahora temía que le castigaran como si fuera un niño, porque era lo que solían hacer sus padres.

Se sintió culpable de eso tan solo un segundo porque la culpa se la arrancó de inmediato de la cabeza cuando pensó que ella no obligaba a Maxwell a actuar de ninguna manera ni mucho menos a ayudarlo a partir. Él lo hacía por voluntad propia aun sabiendo que aquella complicidad generaría disgustos por parte de sus padres.

Maxwell era mayorcito y tendría que resolver sus propios problemas. Él mismo se lo confirmó minutos después cuando se subieron al coche y dejaron atrás Blaston House.

Ese momento fue intenso para Elaine que sentía que dejaba ahí toda su vida.

Para iniciar una nueva.

Se prometió a sí misma no llorar más, su abuela estaría de acuerdo con su decisión y esa noche disfrutaría al máximo la compañía de su amiga antes de embarcarse en la mayor aventura de su vida.

La casa de Ilona no tenía nada de sencillo ni modesto aunque sí elegante y armónico. Su padre, Fred Davies, era un hombre multimillonario, un as de los negocios; dueño de varias empresas importantes en Europa y Asia.

Ilona y Elaine se conocían desde los primeros años de colegio, cuando ambas ingresaron en el internado Mayfield School y se volvieron amigas inseparables. Compartieron travesuras, amores, desengaños, dramas familiares, victorias personales, fracasos y tristezas. Y seguían compartiendo esos momentos buenos y malos que la vida les daba, sin importar cuán lejos estuviese la una de la otra.

Ilona estuvo con ella en todo momento mientras se anunció la muerte de Ella Daniels y luego en su funeral. No se separó de Elaine ni un segundo y le dio su hombro para llorar todas las veces que lo necesitó.

Así como Elaine le dejaba el suyo cuando Ilona se derribaba al pensar en que extrañaba mucho tener una madre, porque la vida no le permitió conocer a la suya. La madre de Ilona murió cuando dio a luz a su pequeña. Nadie lo vio venir, una complicación de esas que le pasan a uno de un millón, y la muerte la sorprendió dejando al Sr. Davies con una niña en brazos y sin saber qué pasos dar a continuación.

Salió adelante y crio a Ilona con sabiduría y templanza. La chica era alegre y divertida; sin embargo, también podía ser centrada y metódica cuando la vida se lo exigía.

Así fue como se convirtió en la estrella de la orfebrería que era ahora. Siempre había demostrado inclinación por los accesorios pero cuando decidió tomárselo en serio y entró en la universidad para perfeccionar y pulir lo que ya se le daba bien por naturaleza, obtuvo el brillo necesario que la hizo deslumbrar en el mundo entero como la creadora de joyas más innovadora del momento.



Construyó una marca, creó su empresa bajo el asesoramiento de su padre, y ahora disfrutaba de trabajar en lo que amaba hacer.

Llevaba un estilo de vida que la alejaba un poco de la sociedad porque le gustaba la soledad y pasarse horas creando joyas en su taller para complacer a clientes importantes o para conquistar a nuevos compradores.

Compartía tiempo con su padre cuando este no estaba junto a su prometida, que tenía unos diez años más que Ilona y que se creía que podía llegar a ser su madrastra pero Ilona sabía muy bien por qué la mujer estaba con su padre: dinero y estatus.

¿Amigos? Casi no tenía. Y tampoco andaba en la búsqueda de nuevos. Argumentaba que tenía a Elaine y con ella le bastaba para disfrutar de la vida cuando así podían hacerlo ambas.

Se sentaron en el sofá del salón, la chimenea moderna que le daba el toque mágico al lugar estaba encendida porque había empezado a llover y la noche estaba especialmente fría.

Ilona tenía listas, en la mesa de apoyo frente al sofá, dos copas de un delicado cristal y una botella de un exquisito Cabernet Sauvignon chileno. Desde su visita a ese país, Ilona quedó prendada del delicioso sabor de sus cepas.

—¿Quién te trajo?

—Maxwell —respondió Elaine en tanto Ilona servía el vino en las copas y le daba una—. Gracias —Elaine sonrió chocando su copa con la de su amiga.

—¿Qué tal la salida de casa?

Elaine se derrumbó en ese momento frente a su amiga.

—Intenso, Ilona, muy intenso. Mi madre con sus dramas de la sociedad, mi padre con lo poco agradecida que soy con la familia —dejó escapar el aire—; estoy cansada de todos.

—Yo los habría mandado al infierno hace rato a todos —Ilona no soportaba las injusticias—. Has aguantado mucho de ellos y todo por tu abuela, lo sé. Pero de todas maneras, ha sido demasiado. ¿Qué planes tienes?

—Me iré al sur de España una temporada.

—¿Y qué planeas hacer allí?

Elaine la vio con duda.

—En principio, creo que sobreviviré con lo que mi abuela me dejó y seguiré reforzando el ingreso que he conseguido en las redes sociales —suspiró—. Seguiré con los viajes, buscaré promotores para que financien y... —la vio con ansiedad—; sobreviviré, ¿verdad?

Ambas rieron con nerviosismo.

—Eres fuerte, Elaine, y si has soportado vivir por casi tres décadas dentro de Blaston House, bajo el mismo techo que el Duque, siendo su hija, puedes sobrevivir a cualquier cosa que te pase en la vida —la vio con sorna—. Quiero que sepas que mi compañía estaría interesada en patrocinar tus aventuras siempre que vayas exhibiendo alguna de mis prendas. Podría ser tu primer y, espero, más importante patrocinante.

Elaine la observó con duda.

No quería hacerlo, era su amiga y sabía que la quería ayudar porque, al igual que Maxwell, temían que no fuera capaz de mantenerse por cuenta propia.

—No lo estoy haciendo por lástima, Els, no quiero que pienses eso. La verdad es que tienes buena presencia en las redes y tienes más de un millón de seguidores. Las veces que de forma desinteresada has mostrado mi trabajo, se me han disparado las ventas y quería proponerte este negocio, solo no encontraba el momento adecuado para hacerlo. Creo que este tampoco lo es, porque tú estás pensando que lo hago porque te tengo lástima; si sigo esperando, nunca será el momento apropiado y creo que nos conviene a ambas.

Elaine la vio con los ojos entrecerrados, la escudriñaba con la mirada. Sabía que las intenciones de su amiga eran buenas, no podía negar que lo que decía era cierto.

En ocasiones, Elaine exhibía las piezas de Ilona. Lo hacía con naturalidad y esto atraía a potenciales clientes incrementando las ventas para Ilona.

Ilona se levantó de su asiento, tomó su móvil y buscó en Instagram la última fotografía que Elaine colgó en la red.

En la foto solo se apreciaba la mano de Elaine recubriendo la de su abuela, fue tomada horas antes de que Ella Daniels muriera y Elaine la posteó para dedicarle un adiós conmovedor a su abuela.

Sin percatarse de que, ese día, lucía un brazalete confeccionado por Ilona.

La foto obtuvo record de *likes* para Elaine que, hasta el momento, no lo sabía porque aún no se introducía de nuevo en las redes. Y un alza significativa en las ventas de Ilona.

—Tres días, Elaine Daniels, han pasado de esto —le enseñó la foto—, tres, y yo he vendido más de lo que vendí en los últimos seis meses. Por esto es que quiero hacer negocios contigo.

Elaine tomó el móvil y sintió la garganta que se le cerraba al ver la foto. Recordando el momento del último aliento de su querida abuela.

Respiró profundo y se recompuso.

Abrió los ojos en grande cuando vio la cantidad de likes que tenía su foto.

—Creo que nunca antes había tenido tanta visibilidad —comentó a su amiga con asombro—. He estado desconectada de esto los últimos tres días.

—Lo sé y ellos lo entenderán —le aseguró Ilona, refiriéndose a sus seguidores—. Los que tenemos en común también me han escrito preguntando cómo te encuentras.

Elaine se frotó los ojos.

—Voy a estar una semana respondiendo mensajes.

Ilona sonrió, sabía que su amiga se quejaba de eso pero luego disfrutaba de la minuciosa labor que suponía responder uno a uno de sus seguidores.

Lo que le llevó a recordar que tenía algo importante que decirle al respecto.

—Por cierto, me sorprendí al ver que Poppy te dio las condolencias.

Elaine frunció el ceño.

—¿Poppy Gordon?

—¿Conoces otra Poppy?

Fue cuando Elaine tomó su móvil y accedió a su cuenta de Instagram.

En efecto, entre los cientos de mensajes de apoyo que tenía, estaba el de Poppy Gordon.

—Es probable que esta sea la primera demostración de amabilidad entre los Gordon y los Daniels desde el siglo XVII.

—Lo mismo pensé.

Ilona no pertenecía a la aristocracia inglesa, sin embargo, se había codeado desde pequeña con esas ilustres familias no solo porque estudió con varios de sus integrantes en el internado ni porque fuera la mejor amiga de una Daniels.

Gracias a su padre y al estatus económico que poseían, eran tratados como parte de la gente importante del país. Su padre mantenía negocios con muchos de los ahora Duques, Condes, etc. que le hacían entablar amistad con ellos en algunas ocasiones.

Ilona se conocía los problemas entre los Gordon y los Daniels porque una vez Elaine y Ella la pusieron al tanto de la historia familiar.

Y sabía muy bien que el odio entre las familias provenía desde la época en la que la prometida de August Daniels fue hallada junto a un Gordon en la misma cama.

—¿Cómo era que se llamaba el Gordon con el que encontraron a la Daniels?

—George Gordon. Y la chica aun no era Daniels. Era prometida August Daniels. ¿Todavía recuerdas esa historia? La abuela nos la contó hace muchos años.

—¿Cómo olvidarla?, si tu abuela contaba las historias mejor que un libro —la vio con duda—. ¿Qué piensas hacer con respecto a ese mensaje?

—Responder sería lo apropiado, ¿no crees?

—¿Y qué pensarán los Daniels de eso?

—Supongo que no lo soportarán pero me da igual. Ha sido un buen gesto por su parte y ser educada con ella no quiere decir que voy a ser su amiga.

Ambas rieron.

—No creo que Poppy quiera ser tu amiga.

—Quizá sí, ya sabes que no soporta que yo sea más famosa que ella en las redes.

—Quizá busca atención por parte de tus seguidores.

Elaine negó con la cabeza sonriendo divertida.

—No lo dudo —acotó luego, asombrada de todo el cariño que le daban sus seguidores en esos momentos—. Me da temor pensar en que tengo que responder a tantos comentarios.

—No lo harás y ellos lo entenderán. Puedes hacer un nuevo post en el que agradezcas por todo el apoyo que te dieron. Un *Live*. No sé.

—Ya pensaré en algo.

Se mantuvieron en silencio unos segundos.

—Entonces, ¿cuánto tiempo más tendrás que pensar para darme una respuesta a la propuesta?

Elaine observó a su amiga. No sabía si estaba dando el paso correcto pero aceptaría.

—Tendremos que llegar a un buen acuerdo porque no voy a ser bondadosa contigo por ser tu amiga, así como espero que tu no lo seas conmigo; y lo pondremos todo en papel de la manera adecuada porque estos serán negocios y por nada del mundo quiero que afecten nuestra amistad, ¿Está claro?

Ilona le sonrió con picardía y un brillo de victoria en la mirada.

Chocó su copa con la de Elaine.

—Brindo por eso, entonces.

## Capítulo 3

Buscar hospedaje para los invitados de la aristocracia inglesa dentro de Nerja no fue sencillo; en realidad, nada fue sencillo para Pierce y su prometida, Nathalie Grant, desde que este decidiera pedirle matrimonio.

La simple confección del anillo fue un absoluto caos en su vida. Lo tenía todo programado para el viaje que harían a las costas españolas por la celebración de su primer aniversario como novios.

Pierce lo planificó meses antes, cuando descubrió que su vida no tendría el mismo sentido si la chica no permanecía a su lado para siempre. Se sentía bien con ella, podía ser él mismo sin las exigencias protocolares que su abuelo requerían.

Pidió consejos a su madre y sus hermanas para comprar el anillo de compromiso adecuado para Nathalie, en ese momento le pareció una estupenda idea, y una vez estuvo entre todas las mujeres que le hablaban al mismo tiempo, mientras se criticaban los gustos unas a otras, pensó en que quizá la idea no había sido tan genial.

Y de entre miles de opciones que sus hermanas y madre le dieron, le gustó una que aunque era de las más sencillas, le pareció elegante y además muy parecido a Nathalie.

Así fue como contactó a Ilona Davies para solicitarle la confección del anillo de compromiso de su prometida. Ilona, a quien vio alguna vez por las relaciones comerciales que mantenían los Gordon con Fred Davies, se mostró encantada de confeccionar tan importante pieza, pero parecía que el destino tenía otros planes porque Ilona sufrió una caída que le mantuvo varios meses alejada de las labores de orfebrería debido a una pequeña fractura en la muñeca derecha.

Su madre le aconsejó que tomara la joya que era parte del patrimonio del ducado y que a Nathalie le sentaría fenomenal.

Fue la primera opción de su madre desde que él pidiera consejos a las mujeres de la familia, pero Pierce la rechazó porque no quería darle a Nath una joya que pertenecía a un ducado y que además, perteneciera a quien sabía cuántas mujeres antes.

Pierce apreciaba la historia que envolvía a su familia, la casa en la que vivían, los objetos que heredaban de generación en generación pero sentía que cada una de esas cosas mantenía las energías de los que las usaron y la verdad era que sus antepasados siempre tenían un secreto guardado que resultaba perturbador.

Así que él quería algo nuevo para pedirle matrimonio a su novia. Sin embargo, no le quedó más remedio que tomar lo que su madre le ofrecía porque no tenía tiempo para nada más.

El anillo que eligieron de todas las joyas familiares, parecía que no había sido muy usado. La última mujer en llevarlo, según estaba apuntado en los registros de uso, fue la esposa de Patrick I Gordon; una mujer que nadie recordaba, lo cual debía indicar que no hubo nada malo con ella.

Finalmente, después de casi perder el vuelo a España y de tener que buscar alojamiento en otro hotel porque sus reservas fueron canceladas por alguna extraña razón que desconocía ya que él nunca dio la orden de cancelación, pudo pedirle matrimonio a Nathalie con un anillo familiar que la chica adoró desde que lo vio.

Ni parecido a lo que él se imaginó en su cabeza pero las cosas salieron bien.

Pierce era un hombre correcto, reservado, considerado aburrido en muchas ocasiones. Se refugiaba en su interior porque sus pensamientos, a veces, diferían mucho de la manera en la que debía proceder en el día a día. A veces estaba cansado de ser el heredero al ducado de Bulwick.

No lo quería, nadie le preguntó si le apetecía serlo. A veces, lo único que quería era ser él con un poco de libertad y tranquilidad.

Pero eso atraería a la prensa a su vida y odiaba tener a esos buitres merodeando como lo hacían ahora con el tema de la boda entre él y Nathalie.

En gran parte por Nathalie que al ser figura del *Jet set* inglés se mantenía en la mira de los periodistas porque Pierce nunca les daba material para reportajes y por ello, poco le tomaban en cuenta.

El lugar elegido por Nathalie para celebrar la ceremonia, era una iglesia de fácil acceso que estaba ubicada en el lugar de mayor interés turístico de la población.

La verdad era que el lugar era especial por el paisaje, el mar, los colores brillantes y el sol en lo alto ofreciendo su calidez sin importar la época del año pero él habría preferido casarse en la capilla que tenía el castillo en el que creció y en el que aún vivía, que seguiría siendo su casa aun estando casado.

La capilla del castillo era especial también, muy diferente a la iglesia católica en la que contraería nupcias.

Pierce debía su fe a la Iglesia de Inglaterra que surgió en 1534 al separarse de la Iglesia Católica, durante el reinado de Henry VIII cuando este quiso anular su matrimonio con Catherine de Aragón, el Papa Clemente VII la rechazó y fue cuando el Rey, que era católico y Defensor de la fe, decidió convertirse en Jefe Supremo de la Iglesia de Inglaterra para anular su matrimonio.

Pierce era un hombre creyente y mantenía su fe activa, mas no era fanático. Y para él, la bendición de una u otra iglesia en la unión que quería hacer con Nathalie, le serviría. Lo que le importaba era recibir la bendición de Dios y sellar el compromiso de amor que tenía con la mujer que amaba.

Nath se había criado bajo la religión católica, misma religión de su madre, y ella quería obtener la bendición del señor a su unión con el hombre que amaba en un templo de su religión y en esa población del sur de España que les regaló tantos momentos de felicidad en ese año que llevaban juntos.

Los tiempos de cambio en el sistema inglés le favorecían. Atrás quedaron los problemas que podían traer consigo para un heredero a un título nobiliario, como el caso de Pierce, contraer matrimonio con una mujer considerada de la plebe porque no poseía ningún título aristocrático como Nathalie. Lo mismo para la religión, el noble podía perder la herencia de sucesión si no contraía nupcias con una mujer de su misma religión.

Todo eso quedaba en un pasado que siempre se le hizo injusto a Pierce para todos los que tuvieron que vivir en esas épocas.

Por otro lado, haberse casado en el castillo habría supuesto la tranquilidad absoluta porque no habrían permitido el acceso a ningún periodista para documentar la boda.

Y eso también habría supuesto que algunos de sus parientes lejanos y otras personalidades importantes no hubiesen quedado desilusionados al recibir una notificación del matrimonio sin invitación al mismo porque sería una ceremonia estrictamente familiar.

Sabía que el complacer a Nath de celebrar la boda en España, en ese lugar remoto, crearía descontento entre algunos de su círculo social, no era la tradición ni lo que requería el protocolo, pero por fortuna, esas cosas empezaban a cambiar poco a poco.

Nathalie provenía de una familia importante de Inglaterra, ella y su madre eran las últimas integrantes de la familia Grant, familia reconocida desde el siglo XVIII por sus vocaciones artísticas. Pintores, novelistas, actores, una familia de gran renombre que se hizo un lugar importante junto a los aristócratas; sin embargo, estaban muy lejos de poseer el poder económico de algunas de las familias aristocráticas como con los que estaban a punto de crear lazos para siempre.

Era un gran paso para los Grant. Que solo les quedaba el apellido, porque tras la muerte del padre de Nathalie y la mala cabeza de su madre para las finanzas, dinero les quedaba muy poco.

Nathalie se lo confesó una vez a Pierce porque se había creado un rumor en la prensa de que ella quería casarse con él por el dinero.

Ella se hizo cargo de los pocos negocios familiares que aun rendían buenos dividendos dejando a un lado su sueño de convertirse en productora de cine porque no podía permitirse descuidar los negocios que la mantenían a ella y a su madre, para incursionar en algo que aún no prometía nada en su vida.

Pierce le aseguró que después del matrimonio, todo cambiaría si ella así lo deseaba. Buscarían a alguien que le ayudara con los negocios de su familia, o lo haría el mismo Pierce porque sentía que era su obligación hacerse cargo de la mujer que amaba y de su madre. Quería hacer feliz a Nathalie; y hacer sentir segura y cómoda a su madre.

Sí él conseguía demostrarle a Nathalie que todo estaría bien, la incentivaría a retomar sus sueños porque sentía gran pesar cuando veía el brillo que se encendía en la mirada de la chica en cuanto empezaba a hablar de producciones y de lo que quisiera hacer si ella estuviera a cargo de una.

Lo peor era cuando, de pronto, se daba cuenta de su realidad y el brillo de la mirada se desvanecía dejando un vacío, una tristeza y hasta la frustración en sus dulces ojos color café.

Pierce quería cambiar aquello, quería mantener ese brillo atractivo y maravilloso en su mirada y lo lograría porque era de los hombres que no se daban por vencidos hasta que conseguía lo que quería.

El anillo, la religión, la locación para la celebración de la boda, el traslado de los invitados, el hospedaje de estos; Pierce negó con la cabeza clavando la vista en el horizonte.

El sol deslumbraba sobre el mar y le hacía brillar como si fuera un espejo.

La organizadora de bodas se merecía que erigieran una estatua por su eficiencia. Lo que llegó a parecer un imposible desde el principio, esa mujer lo logró hacer funcionar de una forma asombrosa.

Le enviaría una buena propina y la recomendaría con cuanta persona supiera que estuviese próximo a casarse.

Ahora estaban en esa hermosa villa de estilo mediterráneo a varios kilómetros del casco central de Nerja, lugar en el que se celebraría la boda al día siguiente.

Era una villa estupenda, que coronaba a otras más pequeñas bajo ella pero tan modernas y elegantes como esa en la que se encontraba. Allí se encontraban hospedadas varias de las familias invitadas, los demás, fueron acomodados en otras villas en poblaciones cercanas y un último grupo permanecía alojado en algún hotel cinco estrellas en Málaga capital.

La villa en la que se encontraba Pierce era muy amplia, y con él estaban hospedados sus padres junto a sus respectivas parejas, hermanas; y por supuesto, Nathalie con su madre.

Nathalie estaba convertida en un manojo de nervios y quería estar con ella para tranquilizarla.

Sus hermanas, al darse cuenta, decidieron que los nervios pre boda se calmaban en un spa e hicieron uso del *full day* que la organizadora de bodas les reservó.

Negó con la cabeza sonriendo. La organizadora no se había pasado por alto nada.

Bebió un sorbo de su Coca-Cola mientras contemplaba de nuevo el mar.

—Me acaba de llamar Jiménez —anunció su padre mientras se acercaba a él y tomaba asiento en la silla que estaba junto a la de Pierce—. Te ha mandado felicitaciones y me ha dicho que tendremos que reunirnos con él para conversar sobre una de las propiedades que le dijiste de poner en venta. No me dijo con exactitud cuál pero sospecho que es la de los amantes fugitivos.

Pierce lo vio con cansancio, no le apetecía hablar de negocios ni de propiedades.

Menos de esa casa que le recordaba a la reciente pelea con su abuelo.

—Nos encargaremos después de la luna de miel.

—Le he dicho lo mismo, que te pondrías en contacto con él después de tu luna de miel. No ha mostrado urgencia y aceptó con ganas así que supongo que el asunto puede esperar el tiempo que sea.

Pierce asintió.

—Tu madre me dijo hace un rato que Nathalie está muy nerviosa —El duque palmeó la espalda de su hijo con emoción—, ¿y tú? ¿Nervioso?

Pierce lo vio de reojo.

—Lo normal. Pensé que sería peor. Creo que al ver a Nath tan angustiada, me estoy controlando para ser su apoyo.

—Entiendo. Con tu madre tuve que comportarme igual. Tu madre hasta sufrió un ataque de pánico y aseguró que no se casaría porque se moría del miedo.

Pierce sonrió y lo vio a los ojos. Le gustaba tener esa clase de conversaciones con su padre.

—Tu madre ahora es completamente diferente a la joven inocente e inexperta con la que me casé.

Pierce entrecerró los ojos.

—¿Te arrepientes de haberla dejado?

El duque de Bulwick levantó los hombros intentando restarle importancia al asunto.

—A veces. ¿En dónde está Hugh?

Se refería al actual marido de su exesposa.

—Fue de paseo a la ciudad con otros más.

El duque asintió indicando que le quedaba claro.

—¿Puedo darte un consejo?

—Es lo que espero que hagas el día antes de mi boda —vio a su padre con complicidad y escuchó con atención.

—Si en algún momento de tu vida junto a Nathalie sientes que no eres feliz, por el bien de ambos, déjala. No esperes hasta que ella se desilusione de ti por completo. No la engañes. No finjas un amor que no sientes porque crees que eso la lastimará menos que una separación.

—Gracias, papá, estoy seguro de que junto a Nathalie seré feliz.

Su padre formó una delgada línea apretando los labios y lo observó con compasión.

—Yo también creía eso cuando me casé con tu madre y no resultó así. La vida es cruel a veces, Pierce, y no ves las cosas hasta que ya estás hasta el cuello y no sabes cómo salirte de donde te metiste sin lastimar a los que tienes al rededor.

—Tú también crees que ella no es...

Su padre ahora demostró confusión.

—¿Alguien cree que Nathalie no es buena para ti?

Pierce asintió.

—No creo que sean las palabras justas —continuó diciendo el Duque clavando la vista en el

mar—. Yo creo que Nathalie es una mujer ejemplar y buena candidata para ser tu esposa; sin embargo, las veces que los he visto juntos o las veces que me has hablado de ella, me parece que repites mucho que es la mujer que te hace feliz y que no podrías vivir sin ella.

—¿Y eso es malo?

—No, por supuesto que no, pero te falta el brillo en la mirada que lo certifica y, hijo, te conozco y sé que cuando repites algo con tanta insistencia al mundo no es porque quieres expresar tus sentimientos, es porque quieres convencerte a ti mismo de algo de lo que no estás muy seguro.

Pierce observó a su padre con indignación. Aquello que decía estaba muy alejado de ser verdad.

—Parece que no me conoces de verdad, padre. Nathalie es la mujer con la que seré feliz siempre —su mirada ahora cambió a reto hacia su padre—. Lo siento aquí —se llevó una mano al pecho—, y eso es lo único que me importa.

—Lo único que quiero es que seas feliz, Pierce. Nada más.

—Y lo seré, padre. Lo seré.

\*\*\*

Cuando Elaine aterrizó en Málaga sus nervios por lo incierto empezaron a salir.

Hasta ese momento, estuvo segura y decidida de lo que planificó como su nueva vida y una vez que estuvo cerca de su destino, sintió una mezcla de temor que le revolvió las tripas y le incitó a salir corriendo en el próximo vuelo que la regresara a casa.

Luego recordó la escena de despedida en casa de sus padres y aquel recuerdo, sirvió para que sus angustias mermaran. Solo un poco, claro.

Ya estaba allí, el viaje estuvo muy bien y aunque estaba muy nerviosa por lo que el destino pudiera depararle, se sentía ansiosa por llegar al sitio del que tanto había conversado con Ella Daniels.

Todo era tan incierto desde que su abuela murió, que se sentía perdida, pero suponía que así se sentían todas las personas cuando partían de casa hacia una nueva vida.

Admitía que dejar la seguridad de Blaston House la aterraba todavía, aunque un poco menos que antes.

¿Qué encontraría en ese rincón del sur de España?

¿Cómo sería su vida a partir del momento en que se instalara allí?

No hizo una gran investigación antes de partir, solo se entretuvo un poco más de una hora en el ordenador junto a Ilona, y a pesar de que su amiga le recomendó que se quedara en la ciudad y que rentara un coche para visitar Nerja antes de llegar por completo allí, sin tener idea de a dónde dirigirse, Elaine se arriesgó a llevar a cabo su plan original que consistía en plantarse en Nerja apenas llegara al sur de España.

No se sentía con ganas de conducir, aquello de que tenía que hacerlo del lado contrario de la carretera le daba un poco de temor porque sentía que podría equivocarse en cualquier momento y ocasionar un accidente.

No estaba para accidentes en ese momento.

Además, no sabía cómo era el lugar al que se dirigía y tal vez el coche podría convertirse en un estorbo, por lo que decidió subirse a un taxi y pedirle que la llevara a Nerja.

El hombre del taxi, no hablaba inglés, apenas se sabía algunas palabras, sin embargo, no se le hizo difícil hacerse entender, además Elaine se lo agradeció porque lo hacía con mucha gracia y le hizo olvidar todos sus nervios durante los 72 km que duró el trayecto en coche.



Lo que apreciaba por la ventanilla era maravilloso.

El sol alumbraba cada rincón de ese trozo de tierra. Apreció que el marrón predominaba en las montañas, poca vegetación y parecía que tampoco ponían mucho empeño en cuidarla.

Algunas de estas extensiones estaban cubiertas por cientos de olivos que aportaban forma pero no color al paisaje, también apreció sembradíos en diversas zonas y de esa en particular que estaba llena de invernaderos.

El hombre le mencionó el nombre de aquel lugar.

—Torrox —dijo el hombre—. Mucho alemán.

Elaine fue incapaz de entenderle. Hasta que el hombre nombró a Berlín, Hitler, e hizo el movimiento con su mano derecha como si estuviese cogiendo una jarra de cerveza por el mango y se la llevaba a la boca.

Entonces Elaine abrió los ojos con alegría porque por fin le entendió algo.

Una población en donde vivían muchos alemanes.

—Torrox —repitió ella y el hombre asintió sonriendo.

Más tarde, descubrió que los invernaderos se concentraban en mayor parte en Torrox aunque también había en Vélez-Málaga, Frigiliana y Nerja. Formaban parte de la mayor parte de invernaderos de la comarca oriental malagueña dedicándose al cultivo de productos hortícolas ecológicos e hidropónicos, pero parecía que desde hacía algunos años los agricultores habían descubierto mejores ganancias con el mango y el aguacate destinando sus instalaciones a esos cultivos subtropicales.

Tenía tantas cosas que aprender de ese lugar.

Se sintió inspirada por algún momento y sacó la cámara fotográfica para empezar a hacer algunas fotos que pudieran servirle para el blog y las redes sociales. Debía activarse pronto con eso si quería que su plan económico funcionara como lo planificó.

El hombre siguió hablando pero Elaine se perdió en la majestuosidad del azul del mar. Estaba calmo, brillante, cautivador.

Su abuela llegó a su mente y le regaló una sonrisa.

¿Era un mensaje? ¿Estaba en los pasos correctos?

Un nudo en su garganta cargado de nostalgia y emoción quiso apoderarse del momento, Elaine se lo tragó con orgullo y dignidad porque se negaba a seguir llorando así fuese de felicidad.

Tenía tanto por hacer.

Ilna le endosó una caja llena de sus mejores piezas para que las tuviera siempre con ella y las resaltara en sus fotos tal como lo acordaron. Conociendo a su amiga, ya debía haberle hecho el pago acordado para iniciar y apenas la dejó en el aeropuerto, ha debido llamar a su padre para que le ayudara a redactar un documento que le enviaría para firmarlo en cuanto lo tuviese listo.

Se percató que el hombre se quedó en silencio. Se sintió avergonzada con él porque quizá se dio cuenta de que ella dejó de prestarle atención.

Le daría una buena propina para compensar su mala educación.

¿Qué pensaría su madre de su comportamiento?

Bufó con diversión.

Ya no estaba cerca de nadie que pudiera juzgarla por su libertad.

Los protocolos los dejó en Blaston House y gracias a eso iba ahora mucho más ligera.

Llevaba dos maletas grandes consigo, Ilna le enviaría el resto cuando ella ya estuviera instalada en algún lugar y tenía también una lista de cosas por hacer con carácter de urgencia.

El taxista tomó un desvío a la derecha en el que el cartel señalaba Nerja.

El estómago se le revolvió pensando en que ya estaba en el lugar. En pocos minutos estaría

descendiendo del taxi y buscando una habitación de hotel en los alrededores. Había visto que unos cuantos hoteles podían tener disponibilidad para ese día así que no se preocupó en reservar en ninguno porque lo escogería in situ. Como solía hacerlo la mayoría de las veces.

—¿A qué parte de Nerja va?

Ella vio al taxista y este entendió que ella no comprendió nada.

—¿Hotel?

—¡Oh no! Gracias —dijo Elaine con su perfecto acento británico, había sido la única palabra aprendida de memoria en el avión. Sacó un papel de su chaqueta y se lo enseñó al hombre. Había apuntado el lugar de mayor encanto de Nerja: El balcón de Europa.

—Se salva usted que se leé' porque si le hubiese traí'o Toño, ¡no vea! la que se hubiese lía'o

—Gracias —volvió a repetir Elaine para sonar amable aunque su cara dejaba muy en claro que no entendió nada de lo que el hombre decía en español y con ese acento tan particular.

Tendría que aprender el idioma también.

Sería algo interesante. Sabía hablar francés y alemán, Italiano un poco pero del español no tenía ningún conocimiento más que el aprendido en el avión ese día.

Descendieron por la montaña por la calle principal bordeada de casas, sembradíos, locales comerciales. Atravesaron varias rotondas hasta que entraron en la pequeña población y fueron aproximándose cada vez más hacia el mar.

Cuando las calles empezaron a estrecharse más, Elaine sintió la emoción de llegar a su destino. No se lo podía creer.

Lo que veía por la ventanilla le gustaba.

Le invitaba a explorar, a vivir una aventura.

El taxista se detuvo y se dio la vuelta para verle a los ojos.

—*Stop* —dijo y después señaló al frente—: Balcón de Europa después de *church* —colocó las manos juntas a nivel del pecho, como si estuviera rezando, para hacerse entender. Elaine le sonrió y él lo explicó de nuevo—. *Church*, después, balcón.

Elaine le entendió.

Al pasar la iglesia encontraría el Balcón de Europa.

Le pagó, y le dio las gracias al hombre por su gran amabilidad. Este no quiso recibirle la propina, pero Elaine no iba a permitir que se fuera sin valorar monetariamente su trabajo.

Le insistió hasta que este no le quedó más remedio que aceptar, con gran vergüenza, eso sí.

A Elaine le pareció absurdo. Estaba ofreciendo un servicio y lo hizo muy bien. Por ello era que se daban las propinas.

Cuando el hombre arrancó saludándole con la mano fuera de la ventanilla, Elaine respiró profundo se acomodó la mochila a la espalda, tomó sus maletas y luego empezó a caminar con tranquilidad por la zona mientras arrastraba con ella el equipaje.

Empezaba a dejarse influenciar por la magia de aquel lugar y quería correr hasta el balcón para deleitarse en vivo de lo que visualizó en la pantalla del ordenador el día anterior.

El olor de comida recién hecha cautivó a sus fosas nasales haciéndole dirigirse al lugar de donde provenía aquel exquisito aroma.

Se sentó en un bonito y sencillo restaurante ubicado detrás de la iglesia. Las maletas las dejó a un lugar junto a ella en el que no estorbaban el paso.

Por fortuna, la mesera hablaba inglés. Así que no tuvo problemas para hacerse entender.

La chica, que no dejaba de sonreírle y de atenderla como si se la conociera de toda la vida, le recomendó pedirse una caña helada con un buen trozo de tortilla y jamón serrano.

A Elaine aquello le parecía una idea superior y se le hizo la boca agua de inmediato.

La chica le trajo todo y mientras le servía, le preguntó:

—¿Llegas tarde a la boda?

Elaine la vio con duda.

—Oh, lo siento, pensé que venías a la boda también. Eres muy parecida a la gente que está dentro de la iglesia ahora.

Elaine siguió observándola con duda mientras tomaba un sorbo de la cerveza que estaba deliciosa.

—No lo tomes a mal, es que no te ves como la mayoría de los británicos que nos visitan. Te pareces más a la clase de británicos que está dentro de la iglesia.

Elaine decidió no prestar atención al comentario ni para bien ni para mal. La chica era muy detallista. Y le causó curiosidad el asunto de la boda.

Agradeció que la comida pudo devorarla con rapidez para poder saciar su curiosidad sobre quiénes eran los que estaban dentro de la iglesia que podían parecerse tanto a ella.

Mientras comía, le envió un mensaje a Ilona.

Se intercambiaron unos cuantos mensajes desde que aterrizara en Madrid y luego en Málaga; y este en particular fue para comentarle lo que le dijo la chica del lugar en el que comía sobre la boda que se celebraba en el lugar.

“La verdad es que no sé de quién podría tratarse. El único que estaba por casarse pronto era Pierce Gordon pero como ese hombre es tan inmensamente insípido y aburrido supongo que la prensa se buscó a alguien que tuviera una vida más intrépida para poder vender más noticias”

“Es hermano de Poppy ¿no?”

“Sip”

“No veo a los Gordon casándose aquí”

“Yo tampoco” respondió su amiga añadiendo emoticones que lloraban de risa “¿Ya tienes hotel?”

“No, estaba comiendo” Elaine le envió una foto de lo que llevaba casi comido por completo.

“Te odio”

Le envió un emoticón de besos a Ilona y esta le respondió de la misma manera.

Cuando terminó de comer, se levantó y caminó hacia la iglesia. No salía ningún ruido de ella y las puertas estaban cerradas lo que llamó aún más su atención.

Decidió que no perdería su tiempo en una familia que hoy celebraba la unión de dos de sus integrantes. Ella no estaba para bodas. Estaba ahí para vivir la aventura más grande de su vida así que siguió caminando por esa pequeña plaza bordeada de restaurantes y heladerías bajo la sombra de árboles frondosos y las palomas que volaban de un lado al otro.

Entonces lo vio.

La hilera de palmeras se abría paso ante ella, invitándola a enfilarse en el largo corredor que desembocaba en una gran circunferencia que dejaría el mar a sus pies, el sol bañándola de energía y la brisa marina acariciando y refrescando su piel.

¡Qué lugar!

No dejaba de maravillarse ni siquiera quince minutos después de estar asomada en el famoso Balcón de Europa.

La sensación de paz que le daba ese lugar era única. No podría haberse imaginado nada parecido a lo que estaba sintiendo en ese momento.

Estaba en el lugar correcto, en el tiempo correcto.

Ese era su gran momento.

Sacó su móvil y decidió colocar el modo «En Directo» de su red social favorita para saludar a

sus seguidores que empezaron a aparecer en pantalla de inmediato con palabras cariñosas hacia ella.

En un momento, su audiencia era de miles.

Estuvieron atentos a sus palabras de agradecimiento por la solidaridad obtenida por parte de ellos en los días anteriores cuando su abuela había fallecido. Y se disculpó por la ausencia.

Trataba de mantener la coherencia de lo que decía con lo que le iban preguntando para no repetir lo que la gente escribía porque sentía que eso era hacerles perder el tiempo, ellos mismos podían leer lo que los demás comentaban en el momento.

Elaine solo iba hablando, hilando en su discurso las respuestas a las preguntas que recibía, o al menos, de las que recordaba porque la llenaban de preguntas en segundos.

“¿Qué haces ahí?”

“¿Cuándo te fuiste?”

“¿Por qué lo hiciste?”

“¡Qué valiente!”

“¿Qué planes tienes?”

“¡Vivo muy cerca de ti!”

“¡Te admiro aún más!”

“¡Eres una estúpida que deja el dinero que tiene por una vida normal!” dejó pasar ese comentario que se sumaba a otros tantos de los *haters* de costumbre.

Ya le daban igual, de hecho, si no los tuviera estaba segura de que sentiría que algo no andaba bien en el mundo porque siempre debían existir los *haters*. Era el balance en la vida.

Les tenía lástima, la verdad era.

No entendía cómo alguien solo podía tener un propósito en la vida que era criticar la de los demás.

Tan fácil que era concentrarse en la vida propia y buscar la manera de alcanzar esas cosas que tanto se desean.

Elaine fue explicando lo que hacía allí, las ganas que tenía de comerse el mundo por su propia cuenta y lo emocionada que se sentía.

También les pidió unos segundos de pausa a sus seguidores para poder movilizarse junto a su equipaje hacia la zona con árboles frondosos que estaba al inicio de esa pasarela de ensueño.

Dejó el equipaje a la vista, lo importante como dinero, papeles, etc., viajaba en la mochila que no pensaba sacarse de encima hasta llegar a su habitación de hotel.

Sacó el palo extensor para selfies de su mochila y se lo adaptó al teléfono para poder tener más libertad de movimiento con el móvil.

Y empezó a dar algunas vueltas para mostrarles a sus seguidores cómo era el lugar.

“Qué lugar más encantador”

La mayoría de los comentarios iban con ese tono de entusiasmo que le hacían ganar confianza a ella sobre la importante decisión que había tomado.

Entonces vio a algunos hombres apostados en los alrededores que parecían de un cuerpo de seguridad privado. Los reconocería en cualquier lado porque su familia hacía uso de ellos.

Recordó la conversación con Ilona.

Entonces parecía que los Gordon sí estaban en la zona.

De repente, empezó a escuchar un murmullo grande y la gente observando hacia la iglesia.

Ella estaba de espaldas a la misma cuando vio lo que ocurría a través de la pantalla del móvil que transmitía en vivo; fue tarde cuando entendió lo que ocurría y lo grave que era que ella estuviese grabando todo.

Nathalie Grant salía a toda prisa de la pequeña puerta de la iglesia, sujetándose el vestido con las manos y corriendo como si la persiguiera alguien muy malo.

“Oh, por dios ¿Es una novia corriendo de la iglesia?”

“No lo puedo creer”

“Se escapa”

Una serie de mensajes de ese tipo empezaron a aparecer en la pantalla mientras Elaine intentaba darse la vuelta para que sus seguidores no vieran nada más, el intento fue en vano porque la cámara consiguió grabar a Pierce Gordon saliendo de la iglesia, persiguiendo a quien se suponía era ser su prometida y casi futura esposa.

Los seguidores de Elaine protestaron por negarles el derecho al cotilleo. Ella debía hacer lo correcto y mientras veían cómo Pierce perseguía a la mujer vestida de blanco, ella se despidió de sus seguidores prometiéndoles una nueva conexión muy pronto.

Recogió sus cosas y se marchó de allí antes de que alguien le pudiera reconocer, no le apetecía dar explicaciones a la gente de su clase.

No quería que la mirada de la prensa cayera sobre ella.

Apenas la novia se alejó un poco de la iglesia, vio a los buitres saltarse a los hombres de seguridad para capturar el momento.

Sintió pena por Gordon.

Debía ser espantoso que te dejaran ahí en el medio de la iglesia, ¿habría sido en el momento en el que le preguntaban a la novia si lo aceptaba por esposo?

La curiosidad femenina de Elaine se moría de ganas de saber qué demonios había ocurrido ahí dentro pero no era el momento de averiguarlo.

Ya recurriría a las noticias más tarde y se enteraría de qué ocurría estando en la comodidad y la privacidad de su habitación.

\*\*\*

Pierce entró con desesperación en la casa en la que se estaban quedando con motivo de la boda.

—¡Nathalie!

Estaba lleno de sudor, con la respiración agitada y los nervios estrangulándole la boca del estómago.

¿Qué estaba pasando?

Subió con prisas las escaleras para llegar a la habitación que Nathalie estuvo ocupando y no la encontró.

Frunció el ceño al darse cuenta de que tampoco estaban sus maletas.

—¡Nathalie! —volvió a gritar sin obtener ninguna respuesta.

Saco su móvil del bolsillo de su pantalón.

Marcó el número de Nath sin éxito alguno.

Y fue cuando empezó a hiperventilar y a sentir que las paredes de la casa se le venían encima.

Cerró los ojos tratando de calmarse.

Pero las imágenes llegaban tan de prisa que lo que hacían era alterarlo más.

En la iglesia hacía un calor de muerte y las puertas debían mantenerlas cerradas para mantener alejados a los reporteros.

El cura ofició el sermón más largo que Pierce había escuchado en su vida.

Y Nathalie estaba tan nerviosa, nunca antes la vio en ese estado.

¿Qué le había ocurrido?

La incertidumbre empezaba a aglomerarse en el pecho de Pierce, oprimiendo, cortando el aire, haciéndole difícil un acto tan simple como respirar.

Se dejó caer en el suelo y se sacó la chaqueta del elegante frac que llevaba puesto. Luego repitió la operación con el chaleco, la pajarita y se desabotonó la camisa.

En tanto, su mente le seguía haciendo sucias jugadas colocando recuerdos de la ceremonia.

Recordando el momento exacto en el que el cura hizo la pregunta a la mujer de su vida y esta, aterrorizada, lo vio con ojos suplicantes.

Le pedía perdón por lo que estaba a punto de hacer.

Y de improvisto, se recogió el vestido y echó a correr dejando a todos, incluso a Pierce pasmados durante algunos segundos. Una acción que, en definitiva, les tomó por sorpresa.

Nadie esperaba esa reacción de ella. No era de esas mujeres.

Pierce intentó respirar de nuevo pensando en Nathalie, no podía dejar de pensarla.

Cuando la vio salir de la iglesia fue cuando decidió tomar acción e ir tras ella, la siguió lo más rápido que pudo pero no la alcanzó.

Solo la vio subirse a un taxi.

Pensó que la encontraría allí, en su habitación y él solo quería abrazarla y pedirle que le ayudara a entender que le había ocurrido, después de decirle que, si no estaba lista para casarse, él no tendría problema en esperarle todo el tiempo que fuera necesario. Mientras la tuviera a su lado, no le importaba no estar casados.

La casa estaba vacía, sus cosas no estaban.

El ardor en el pecho empezó a ser insoportable.

Tomó su teléfono, llamó varias veces más al de Nathalie sin lograr tener contacto con ella.

Bajó al salón y se sirvió un trago de escocés que ahogara aquellas emociones que amenazaban con descontrolarse en su interior y convertirlo en el punto de mira y de lástima de todos.

Escuchó coches aparcando en la entrada. Sería su familia.

No se movió de donde estaba, con la vista clavada en el horizonte. El mar ese día estaba rebelde, agitado, ansioso.

—Pierce —la madre de Nathalie fue la primera en entrar seguida de los padres de Pierce y de todos los demás.

El futuro duque no se movió de su lugar. No parpadeó. Pensaba que lo mejor era quedarse allí hasta despertar porque parecía que vivía la peor pesadilla de su vida.

La Sra. Grant se acercó a él. La mujer, que apenas tenía algunas arrugas alrededor de sus ojos verdes, estaba perfectamente vestida para la ocasión con un elegante sombrero que iba a juego con su traje. Su voz siempre se le hizo dulce a Pierce. En eso Nathalie se le parecía mucho.

—He venido a ofrecerte una disculpa en nombre de toda mi familia. Nunca creí que Nathalie sería capaz de hacerlo.

Pierce se dio la vuelta y la vio a los ojos.

—¿Hacerlo? ¿Comentó que haría algo así?

La mujer rompió a llorar avergonzada con los presentes.

—Yo pensaba que se trataba de los nervios previos a la boda —la mujer casi no podía hablar de la forma angustiada en la que lloraba, estado en el que se mantuvo por unos minutos mientras Pierce no dejaba de escudriñarla con la mirada. Cuando encontró un poco de fortaleza continuó—: Hace unos meses, en uno de esos viajes que estuvo haciendo a este lugar sola por el asunto de la boda, descubrí que conocí a alguien con que... —la mujer se ahogó con su llanto de nuevo y Pierce se llevó una mano al pecho incrédulo.

—¿Me engañó?

La madre de Nathalie asintió aun llorando. Lady Eliza, madre de Pierce, se acercó a ella y le tendió un pañuelo impoluto que sacó de su diminuto bolso de fiesta. Esta le agradeció con la mirada.

Pierce no supo qué más decir y prefirió guardar silencio como le había enseñado su padre en esos casos porque se podía correr el riesgo de decir algo de lo que podía arrepentirse luego. Sobre todo teniendo en cuenta la ira que estaba sintiendo en su interior en ese momento.

Nathalie era toda su vida y pensaba que él lo sería en la suya.

Se aclaró la garganta para hacer una única pregunta que lo sorprendió y por la cual sintió preocupación inmediata:

—¿Qué hice para que me engañara con otro?

—Nada —La Sra. Grant no ocultaba la molestia que sentía gracias a la vergüenza que le estaba haciendo pasar su hija—. Me aseguró que eras un hombre maravilloso pero que ella no consiguió no dejarse seducir por el hombre que encontró en estas tierras.

—El encanto de los españoles, dicen que están llenos de pasión —comentó Poppy en voz baja y sus otras hermanas le dieron un empujón. Pierce la observó con el ceño más fruncido que nunca en su vida.

—Nathalie lo asumió como un error pero... —la mujer lo vio a los ojos y Pierce no necesitó más palabras para entenderle.

—¿Me dejó plantado para irse con él?

La Sra. Grant asintió con gran pena en su corazón. Su hija estaba cometiendo un grave error.

Pierce volvió a ver hacia el horizonte. La tarde empezaba a caer y su tristeza empezaba a hacerse mayor.

Entendió por qué no encontró a Nathalie allí, así como tampoco encontró sus cosas.

Se había marchado con el hombre con el que estuvo engañándole quien sabía por cuánto tiempo.

Negó con la cabeza.

Dejó el vaso en la mesa de apoyo más cercana y se movió entre todos los presentes sin decir ni una palabra.

Solo vio a su padre a los ojos y este asintió con la cabeza indicándole que había recibido su mensaje de querer estar solo.

Salió de la casa y empezó a caminar sin rumbo.

Quería gritar de rabia, drenar la furia, llorar de despecho.

Estaba harto de que le dejaran por otros.

¿Acaso no era lo suficientemente caballeroso con las mujeres?

¿No es eso lo que buscan?

Compromiso, devoción, respeto, apoyo ¿no se trata de eso?

¡¿De qué carajo se trataba entonces?!

El olor del mar lo sedujo reseándole la boca al pensar en un buen trago que le ayudara a olvidar sus penas.

Iría a la playa y bebería hasta cansarse.

Hasta que Nathalie no le doliera más.

Hasta que pudiera olvidarla.

## Capítulo 4

En medio del caos que se formó fuera de la iglesia con la huida intempestiva de la novia seguida del novio que buscaba explicaciones, Elaine tomó sus cosas y caminó al hotel más cercano en la búsqueda de una habitación para instalarse.

La recepcionista le saludó con alegría.

—Buenas tardes. Quisiera una habitación.

—Lo sentimos, en este momento no tenemos ninguna disponible.

Elaine frunció el ceño.

—Pero si ayer decía que tenían, y muchas.

—Es que el sistema ha estado fallando, y no ha hecho las actualizaciones como debe, lo sentimos, todos los hoteles cercanos estamos igual, llegaron varios grupos de turistas grandes y además, cambiaron la locación de un congreso que se celebraría en una población cercana aquí a Nerja por órdenes del ayuntamiento; eso ha sido lo que nos dejó sin habitaciones disponibles.

Elaine sentía que entraba en pánico.

Revisó su móvil. Tenía poca batería.

—¿Podría conectarme a la corriente para cargar un poco mi móvil e intentar no quedarme sin alojamiento hoy?

La chica del hotel sintió compasión por ella y asintió con una sonrisa.

—Tengo una orden de salida para pasado mañana —le indicó con pesar—; antes de eso, nada. Espero que tengas suerte en otro lado.

—Gracias —respondió Elaine sentándose en un rincón del *lobby* del hotel. No quería estar cerca de la puerta en caso de que algún conocido entrara y la viera.

Conectó el móvil a la corriente.

Lo mantenía en silencio casi todo el tiempo y las notificaciones de las redes sociales estaban desactivadas por la gran cantidad de mensajes que recibía a diario.

Y sabía que la noticia de la novia fugitiva iba a ser el tema del día, de la semana y quizá del mes.

Abrió el Instagram y se dio cuenta de que, entre los nervios de ser vista y el impacto de lo que ocurría, porque nunca antes presenció la fuga de la iglesia de una novia, el directo que estuvo haciendo lo colgó en su cuenta y estaría visible durante las próximas 24 horas.

Pensó en borrarlo, pero ya qué más daba, el directo fue enviado por mensajería privada a casi mil personas y seguiría rodando con el pasar de los minutos aunque ella hiciera algo al respecto en su cuenta.

Esa conexión con sus seguidores, después de lo ausente que estuvo de las redes sociales y después de vivir la muerte de la persona que más amaba en el mundo, era especial y se negó a borrarla por el simple hecho de que la grabación dejaba en evidencia lo que ocurrió ese día en la familia Gordon.

No era su culpa, no lo planificó. Fue casualidad el encontrarse en el ángulo equivocado.

Mala casualidad, por cierto.



Los mensajes no paraban de llegarle y los revisó por encima dándose cuenta de que la mayoría de las personas le comentaban sobre lo que era importante, el mensaje que les dio y lo que compartió con ellos. Obvio que había cotilleo también por lo ocurrido pero no le pareció que era algo grave.

De seguro era porque a Pierce Gordon se le consideraba mortalmente aburrido. Se le conocía por ser el hermano de Poppy a quien la prensa adoraba porque solía darles material para vender.

Últimamente se veía más su cara en las revistas porque estaba comprometido con Nathalie y ella sí era una mujer más social que no le importaba que la prensa la retratara a cada momento.

Después de un rato de buscar una habitación en cualquier hotel cercano, Elaine no encontraba alojamiento, la tarde ya estaba cayendo.

¿Qué diablos iba a hacer?

—¿Pudiste encontrar algo?

Elaine vio con resignación a la chica y negó con la cabeza.

Esta la sonrió de manera solidaria.

—¿Buscaste en Airbnb?

Elaine asintió sin decir nada.

Su móvil sonó en ese momento.

—Siempre llamando en el mejor momento.

—Acabo de ver tu vídeo —Ilona estaba exaltada.

—Es de no creerlo, ¿verdad?

—Te juro que la toma es mejor que hecha por un reportero. Poppy ya te envió algunas «bendiciones» en público —su amiga usaba un tono sarcástico para referirse a las bendiciones de Poppy—. Están en su último post en el que también bendice a su cuñada.

—«Casi cuñada» querrás decir. Me da igual lo que diga Poppy.

—Elaine, tengo que preguntártelo: ¿Fue casual?

Elaine soltó una carcajada.

—No, lo tenía todo planificado con Nathalie —era el sarcasmo habitual entre ella e Ilona quien lo captó de inmediato.

—Es que parece que lo hubieses hecho a propósito.

—Qué tonta eres.

—A veces, sí, lo soy. ¿Cómo vas?

—Pensando que quizá esta no fue la mejor decisión de mi vida.

—¿Por?

—No tengo alojamiento y no encuentro en ningún lado —Ilona dejó escapar el aire al otro lado del teléfono—. Empieza a caer la noche y no sé qué diablos voy a hacer.

—Deja el drama que no te pega en lo absoluto. Ve a un bar, cena algo decente, bebe algo y enrédate con un español que te invite a dormir con él. Dicen que son hombres de mucha pasión.

—No estoy para pasiones, Ilona.

—Estoy segura de que si encuentras al indicado, lo estarás.

—Deja de decir tonterías; voy a cortar, tengo que buscar en un par de sitios más.

—Esta idea de irte me tiene triste.

—A mí también; y aterrada.

—Regresa a casa, vive conmigo.

Elaine suspiró profundo. La idea se le hacía muy tentadora.

—No, Ilona. Debo seguir. Es un propósito de vida el que quiero alcanzar y no puedo darme por vencida el primer día.

—Siempre has sido así de terca. Ya sabes que aquí tienes casa. Te llamaré mañana.

—Besos, y gracias.

Colgaron.

—Escucha —la recepcionista se le acercó—, por aquí cerca a veces alquilan habitaciones, si quieres da un paseo a ver si tienes suerte, yo puedo cuidarte el equipaje hasta mañana a las 6 a.m. que acaba mi turno. Lo que no puedo hacer es permitirte que te quedes ahí sin ser huésped del hotel.

—Lo entiendo, no hay problema —Elaine sintió que podía confiar en ella—. Te dejaré el equipaje, gracias por la ayuda.

—Encantada de hacerlo, una vez en Filipinas nos tocó pasar por lo que tú ahora y no fue agradable estar tres días continuos con el equipaje encima durmiendo en la playa.

—¿En dónde puedo cenar?

—El restaurante del hotel está muy bien, sin embargo, si vas por esa calle —le señaló por la ventana la dirección hacia la que había corrido Nathalie Grant, encontrarás otras opciones y por ahí podrías hallar alojamiento.

—Muchas gracias por todo.

—Suerte.

Elaine recogió el móvil, lo desconectó de la corriente, se colgó la mochila en la espalda de nuevo. Le dejó las maletas a la chica detrás del mostrador y salió de allí.

La noche caía con romanticismo en la zona.

Quizá el aroma del mar, la gente que caminaba con tranquilidad, la brisa fresca como caricia sutil en la piel, los restaurantes decorados con luces tenues, las parejas riendo tomadas de la mano o brindando con un brillo de complicidad y seducción en la mirada le transmitió tanto a Elaine que se olvidó al momento de la mala suerte de no encontrar alojamiento para concentrarse en vivir el aquí y el ahora.

Respiró profundo, sus fosas nasales se dejaron invadir por el olor del salitre mezclado con los deliciosos aromas a comida del mar que salían de diversos lugares.

Abundaban los extranjeros en ese lugar y quizá eso no le hacía sentirse extraña. Era una turista más en un lugar lleno de magia.

Se dejó llevar por los sentidos mientras absorbía olores, vistas, reía con las risas de los que le pasaban cerca y agradecía por estar ahí. Lo sintió en lo más profundo de su ser, el agradecimiento brotó con naturalidad recordando a su abuela y lo mucho que se sentía conectada con ella estando allí.

Entró en un pequeño local en el que la atendieron de maravilla y el camarero le dejó su número de teléfono en caso de que quisiera tomarse una copa con él cuándo este finalizara su turno de trabajo, Elaine se lo agradeció dejándolo con mucha educación para otro momento.

No ese día. La verdad es que no estaba para citas porque había tenido demasiado para ser su primer día en un nuevo país para empezar una nueva vida.

Hizo algunas fotos, grabó algunos *stories* y luego se fue de nuevo al balcón de Europa en donde se sentó entre los pequeños escalones del área circular para disfrutar de la noche acompañada de la luna que resplandecía en lo alto como un faro de alta intensidad y desde donde veía el mar moviéndose menos agitado que cuando llegó al sitio.

Que relajante era aquel sonido.

La tranquilidad que reinaba en Blaston House era maravillosa. Rodeada de naturaleza, de animales; sin embargo, aquello que ahora experimentaba en la costa española, el sonido hipnotizador del agua batiéndose, reventando en la orilla en olas medianas, era tan relajante para

Elaine que podía llegar a hacerse adicta.

Siempre le gustó ese sonido, sin embargo, ese día en particular, se le hacía más atractivo.

Vio el reloj. Pasaba de la media noche y el cansancio empezaba a dominar su cuerpo. En su mochila llevaba una sudadera que se colocó de inmediato porque sentía un poco de frío y después, se asomó en el extremo que daba vistas a la playa de Calahonda la cual admiró durante el día bañada de sol, ahora, con la luna iluminándole se le hizo un buen lugar para pasar la noche y recordó que vio a la gente llegar a ella por una escalinata que encontró junto a la fuente, al inicio del Balcón.

Bajó los escalones agradeciendo que en la playa no hubiese nadie, preguntándose si no había nadie porque estaba prohibido a esas horas o no se les hacía apetecible un baño a la luz de la luna, «o unos besos fugaces» sonrió con ese pensamiento mientras dejaba sus cosas cerca de ella en la arena.

Se quitó los zapatos y se acercó al agua.

La temperatura de la misma le espabiló un poco porque aun por la época, estaba fría.

Ese pequeño lugar rodeado de acantilados era hermoso incluso con poca luz.

Un restaurante abandonado era lo único que causaba un poco de discordia en la imagen, por el resto, era un lugar maravilloso. Incluso, se veía una pequeña casa al final de la playa y Elaine se preguntó si viviría alguien allí.

¿Un pescador de la zona?

¿Cuántas cosas tendría para contarle un hombre así?

¿Cuántas cosas podría descubrir de ese mágico sitio en general?

Sintió ansiedad y sed. Bebió poca agua durante el día y no tuvo la previsión de comprarse una botella de agua.

Vio las escaleras pensando en ir a buscar una pero lo dejó para el día siguiente, ya no tenía más fuerzas.

Se tiró sobre la arena y echó una ojeada de nuevo a su alrededor. Estaba demasiado a la vista, si la playa estaba vacía porque no se permitía que la gente anduviese por allí de noche por seguridad, la echarían de allí y no le apetecía dormir como un indigente sobre alguna banqueta del balcón de Europa teniendo a tantos conocidos de su «abolengo» tan cerca.

Se levantó, tomó sus cosas y se colocó al finalizar las escaleras, en un pequeño espacio en el que no gozaba de gran vista como desde la orilla, al menos nadie la vería desde arriba y tampoco se tropezarían con ella; si otros, como ella, pensaban en bajar a la playa por la noche.

Usó la mochila de almohada y respiró profundo enfocando su vista al cielo.

Maravilloso.

Cada punto luminoso podía verse a la perfección.

¿Podría ver una noche más perfecta que esa en otra ocasión?

Sí y sonrió sintiéndolo tan profundo en su corazón que tuvo la certeza de que no solo vería otra noche tan maravillosa como esa; serían más e incluso, mejores.

\*\*\*

Pierce deambulaba por el Balcón de Europa con ganas de botar por la borda toda la mierda que lo consumía en ese momento.

Y la que le estaba revolviendo las tripas también.

Vio la botella que llevaba en la mano y frunció el ceño.

¿Si bebía más podría vaciarse de todo lo que quería?

Recordó ese mismo día cuando vio entrar a Nathalie por la puerta de la iglesia con el impresionante y delicado vestido que Valentino confeccionó para ella.

¿En dónde estaba ahora esa mujer? ¿Por qué lo dejó de esa manera tan cruel y despiadada?

Deseaba llorar pero no se lo permitía. Ya era suficiente con el *show* que estaba haciendo al exponer su despecho y borrachera como para darle lágrimas a la prensa también.

Los pilló muy cerca fotografiándole y los dejó, no tenía las fuerzas necesarias para exigir privacidad y que le dejaran en paz.

Ellos hacían su trabajo y él debía vivir su despecho para poder seguir adelante al día siguiente ya que tenía muchas cosas por hacer.

Sus padres y hermanas se estaban encargando de casi todo, sin embargo, él debía asumir su papel y también afrontar la situación enviando disculpas a los invitados, haciendo algunas llamadas, cancelando la luna de miel...

Se desinfló, bebió otro sorbo más de lo que quiera que estuviera bebiendo.

Ya no recordaba qué bebida compró para hundirse en el alcohol, tampoco podía leer las letras.

No había quién las dejara quietas en un solo lugar para poder leerlas.

Cuando se le acabara esa botella, se iría a casa; que tampoco recordaba muy bien en dónde estaba y su móvil estaba sin batería debido a los acontecimientos del día y todo lo que se publicó en las redes sociales del momento de la salida de Nathalie de la Iglesia.

Todo por culpa de una Daniels.

Esa familia no dejaba de ser como una nube de mala suerte para los Gordon.

De seguro lo hizo a propósito.

¿Es que acaso no existían más lugares en el mundo para que estuvieran los dos en el mismo, siendo muy mal momento para uno de ellos y el otro aprovechándose de eso?

Elaine Daniels.

No se le olvidaría y buscaría la manera de vengarse de ella.

Frunció el ceño.

—No matassss ni a una mal... mal... maldita mosca, imbécil —se dijo a sí mismo en voz alta arrastrando las palabras gracias a la borrachera.

No era capaz de tomar venganza contra nadie. Ni siquiera en los negocios.

Cosa contraria por parte de los Daniels.

Bufó. Esos eran de temer porque siempre iban con artimañas para salirse con la suya.

Frunció el ceño de nuevo.

De todas maneras, no se sentía bien con la idea de que uno de ellos le dejara tan expuesto al mundo. ¿Tenía idea esa chica del mal que le causó a su imagen que tanto cuidó ante la prensa toda su vida?

Circulaban memes de él en Internet y la gente se burlaba o le tenían lástima por lo ocurrido.

Era un asco.

Todo.

Bebió más.

Se levantó, dando tumbos de un lado a otro, bajó las escalinatas para llegar a la pequeña playa a uno de los costados del balcón. Tuvo suerte de que llegó abajo intacto aunque tampoco debía confiarse porque, una vez abajo, se tropezó con alguien que dormía allí y cayó de bruces sobre la arena.

—¡Qué demonios! —la chica despertó de un saltó viéndole con pánico.

Pierce quiso maldecir porque no era justo que el destino le hiciera otra mala jugada, no otra vez con Elaine Daniels, y no pudo hacer nada porque el mundo empezó a darle vueltas en ese

instante prefiriendo cerrar los ojos y dejarse llevar por el mareo que le sirvió de arrullo para quedarse dormido de inmediato.

Elaine lo observó con asombro. Era Pierce Gordon sin duda, en un estado tan deplorable que temió por su salud y la cantidad de alcohol ingerida.

Le tomó el pulso, parecía que todo estaba bien.

Muy borracho pero bien.

Seguía vestido con parte del traje que uso en su boda y dormía con el ceño fruncido. Parecía que en su mente estaba tendiendo malos sueños.

No era de extrañarse, pensaba Elaine. Era totalmente lógico que tuviera malos sueños después de lo que vivió.

Después de estar siendo el hazmerreír del mundo.

Pobre. Se compadeció de él y lo acomodó un poco para que estuviera en una posición más cómoda, si se quedaba tal como había caído, al día siguiente le dolería hasta pestañear.

Él estaba un poco más expuesto a ser visto desde arriba.

Elaine vio a su alrededor, agradeció que nadie los observaba.

Ningún periodista.

Intentó moverlo para ocultarlo hacia el lado donde se colocó ella en un principio, mas no lo consiguió. No era un hombre desgarrado para lo alto que era y la borrachera le hacía pesar más.

Se acostó de nuevo en su sitio observándolo desde donde estaba.

La luz de la luna le favorecía. Siempre le pareció que Pierce era un hombre de gran atractivo y nunca había tenido la fortuna de verlo tan cerca.

Le hizo una foto para enviársela al día siguiente a Ilona, ese momento tenía que immortalizarse aunque fuese entre ella y su amiga.

No todos los días se veía a un hombre tan correcto como Pierce Gordon, borracho por una mujer roncando a orilla del mar.

\*\*\*

Pierce se despertó de golpe sintiendo que se ahogaba.

Tosía sin parar.

Alguien le daba pequeños golpes en la espalda. Escuchaba las risas de burla.

La garganta seguía cosquilleando y con ojos aun llorosos, respiró profundo para intentar calmarse.

La risita se hizo presente de nuevo mientras sentía que alguien se sentaba a su lado.

¡Vaya manera de dolerle la cabeza! ¿En dónde diablos estaba...?

Tenía lagunas acerca del día anterior.

—No es buena idea dormir borracho en la playa.

Pierce hizo una mueca de dolor al girar la cabeza para descubrir de quien era la voz.

Parpadeó un par de veces antes de entender de quién se trataba.

Y no pudo evitar sentir un disgusto repentino al ver a Elaine Daniels frente a él.

—¿No te parece suficiente haberme arruinado la vida como para que ahora te burles de mí? ¿Me grabaste de nuevo?

—Te hice una foto pero no te preocupes que no la voy a exponer al público. Es solo para uso interno —Pierce la fulminó con la mirada creyendo que bromeaba—. No bromeo.

—¿Por qué me haces esto?

Elaine lo vio con lástima y diversión al mismo tiempo.

—Mira, Pierce, no lo tomes a mal, no estoy haciéndote nada malo y supongo que crees que planifiqué grabar todo el incómodo momento que viviste ayer...

—¿Incómodo?

Ella hizo una mueca de rechazo dándole a él la razón. Aquel era un término muy simple para lo vivido el día anterior.

—La peor experiencia de tu vida —él parecía sentirse mejor con eso último—. Lamento que lo hayas tenido que pasar y que yo haya grabado todo. De verdad, no fue planificado —Elaine bufó con ironía, nada más había que darse cuenta de en dónde estaban pasando la noche para entender que nada era planificado.

Por su parte, Pierce se relajó observando el mar. Aún era de noche pero su reloj indicaba que faltaba muy poco para que amaneciera.

Tendría que enfrentar todo el infierno en cuanto saliera el sol y le habría gustado tener un súper poder que hiciera esa noche eterna.

—¿Cómo te sientes?

Pierce resopló con asombro. Cómo diablos se iba a sentir. Retiró su pensamiento del súper poder para hacer eterna la noche y pidió por un súper poder que desapareciera a Elaine de su vida y luego se hiciera eterna la noche.

No soportaría estar con ella mucho rato.

—De verdad, lo lamento, Pierce; y créeme cuando te digo que no lo hice a propósito. Estaba aquí, llegué justo ayer, grababa un vídeo en vivo en el momento en el que todo ocurrió y luego con los nervios por querer escapar sin ser vista por todos, porque no me apetecía responder preguntas, subí el vídeo a la red. Fue muy tarde para cuando quise borrarlo —Pierce seguía inmóvil viendo el mar y Elaine no servía para suplicar perdones a nadie, más cuando no tuvo la culpa de nada—. En fin, espero que puedas solucionar todo. Solo intentaba ser amable contigo. Pensé que querías conversar con alguien.

Pierce parpadeó y la vio recoger sus cosas. Entonces se preguntó qué hacía ella allí.

—¿También estabas borracha?

Ella le sonrió con pesar aunque mostraba agradecimiento en la mirada por preguntar.

—No, estoy en mis cabales sin una gota de alcohol, con dos maletas, una mochila y desterrada por completo por parte de los Daniels —lo vio con diversión mientras él fruncía el ceño por no entender lo que decía—. Tal vez después del ridículo que te hice pasar, me abran la puerta de casa de nuevo.

Elaine ya estaba de pie frente a Pierce con la mochila en la espalda.

—Sé que mi presencia es incómoda para ti. Tengo que pasar por mi equipaje e intentar buscar alojamiento en este lugar para no pasar otra noche allí —señaló el rincón en el que se quedó dormida.

—¿Te echaron de casa? —Pierce la vio con confusión aun intentaba asimilar lo que ella decía. ¿Destierro? Aquello no existía quién sabía desde hacía cuánto tiempo.

El dolor de cabeza no le dejaba razonar con claridad.

Ella movió la cabeza a ambos lados haciendo una mueca que le indicó a Pierce que no era exactamente que la habían echado.

—Yo tomé la decisión de irme antes de que ellos me chantajearan con el dinero. Sin mi abuela allí... —Elaine se quedó en silencio porque sentía que se le cerraba la garganta en cuanto pensaba en su abuela de nuevo.

—Lo siento —él la vio con compasión recordando a su abuelo—, me imagino que la extrañas.

—Era la única persona en el mundo que podía entender quién soy.

Pierce se dio cuenta de que era una Daniels diferente y quizá se merecía una oportunidad, además, su sentido de caballerosidad le impedía comportarse como un patán con ella sabiendo por el mal rato que estaba pasando.

A él lo dejaron en la iglesia, y aunque sabía que no iba a perdonar a Nathalie por haberlo engañado —quizá en el futuro pero no ese día—, ella aún seguía viva en cambio Elaine había perdido a alguien a quién se veía a leguas que adoraba.

Y estaba sola. Rechazada por el resto de su familia.

—Bueno, me marcho —ella le sonrió, levantó la mano diciendo adiós con un gesto.

Empezó a subir la escalinata con paciencia no tenía prisa y tampoco quería llegar arriba sin aliento.

Entonces observó a Pierce levantarse con pesadez y llevarse las manos a la cabeza.

Sonrió. Sabía lo que era una resaca de esas. Muchas pasó junto a Ilona hacía un par de años cuando las fiestas nocturnas se salían de control.

El día que despertó desnuda, con sus piernas enredadas en las piernas de un chico probablemente menor que ella que era estudiante de arte y que no tenía la más remota idea de cómo llegó a casa del chico, se dijo a sí misma que aquello tenía que parar porque se estaba poniendo en peligro.

Y nunca más volvió a ingerir alcohol de esa manera.

Pierce le siguió los pasos a Elaine. No podía dejarla marchar así sin saber más sobre el por qué no encontraba alojamiento. ¿No tenía dinero?

Sintió angustia por ella, no era una chica cualquiera y consideraba que, según su estilo de vida, iba a pasar mucho trabajo.

Pensó en sus hermanas y en que él jamás permitiría que ellas pasaran por algo así. ¿En dónde estaban los imbéciles de sus hermanos para defenderla? ¿Por qué sus padres la trataban como si no fuese una Daniels?

—¡Elaine! —La llamó, ella se detuvo para esperarle cuando estaba muy cerca de alcanzar la cima de la escalinata.

Él se apresuró todo lo que sus torpes pies le permitían mientras maldecía en su interior por la forma en la que la cabeza le palpitaba.

—¿En dónde dejaste tu equipaje?

—En el hotel —señaló hacia el hotel que estaba a uno de los costados del Balcón de Europa.

—¿No me dijiste que no tenías en donde quedarte?

—Sí, es que la recepcionista no me permitió quedarme en el *lobby* pero sí me dijo que me cuidaría el equipaje hasta —Elaine vio su reloj—, dentro de media hora.

El cielo aún permanecía azul oscuro.

—Necesito un café

Observó a su alrededor mientras caminaban hacia el hotel.

—Dentro del hotel vi una máquina de café.

Pierce se metió la mano en los bolsillos y frunció el ceño. Su billetera no estaba y el dinero con el que salió de casa había desaparecido.

Elaine le sonrió con diversión.

—Yo invito, no te preocupes.

—Es inaceptable que haga algo así —«Totalmente inaceptable» remarcó en su interior.

—Entonces, ¿te quedas sin café? —Pierce le disgustó por completo aquella idea—. Exacto —afirmó Elaine ya entrando al hotel y saludando con la mano a la recepcionista—. Pierde cuidado, Pierce, las etiquetas no me van y por eso es que soy una renegada. Conmigo puedes ser solo

«Pierce», un humano más en el mundo que está pasando por un mal momento y necesita un café.

Pierce la vio con curiosidad.

«Solo Pierce», «un humano más en el mundo», ¿Eso buscaba ella? ¿Ser un humano más en el mundo?

Ese pensamiento le hizo sentir admiración por la Elaine, sin embargo, no dejó de preocuparse.

Ella se acercó a la recepcionista y le dio las gracias por cuidarle el equipaje el cual tomó con la ayuda de Pierce para dejarlo a un lado del *lobby* mientras se tomaban el café.

—El café es un símbolo de paz y de disculpas por haberte hecho pasar vergüenza en las redes sociales —Elaine levantó la mirada encontrándose con la de Pierce que la analizaba con precisión—. De verdad, Pierce, lo lamento.

—Aceptado. Y lamento toda tu situación. Diría que lo tienes merecido porque los Daniels siempre han sido malas personas con nosotros y con algunos otros —Elaine no se sorprendió del comentario, conocía bien a su familia y las historias que rodeaban a la misma, más cuando se trataba de los Gordon—. Pero no mereces cargar con las culpas de ellos porque me da la impresión de que eres diferente.

—Soy yo.

Fue la primera vez que lo vio sonreír y Elaine se dijo que esa sonrisa podía desarmar a cualquier mujer en cualquier momento. No lo había visto reír ni siquiera en fotos.

—Eres tu —confirmó Pierce aun sonriendo y asintiendo con la cabeza—, de todas maneras es un poco preocupante que estés a la deriva sola, y más en la noche. ¿Cómo piensas solucionarlo?

A Elaine le llamó la atención que él le preguntara cómo solucionaría las cosas en vez de decirle que él lo haría por ella.

Sin embargo, ella no tenía respuesta madura para esa clase de preguntas.

—No lo sé, Pierce —sonrió a medias—. Me dije que viviría una aventura de independencia y supongo que esto es parte de la aventura, no puede ponerse peor. Además, una noche más en la playa no me hará daño.

—La playa no hace daño, Elaine, es la gente la que lo hace.

—En este lugar no parece haber gente mala.

—En todos lados la hay.

Elaine entrecerró los ojos y lo vio con suspicacia.

—¿A dónde quieres llegar, Pierce?

—Al punto en el que podría ofrecerte ayuda pero sospecho que me dirás que no la necesitas.

Ella sonrió ahora con sinceridad y a Pierce le pareció que el *lobby* se iluminaba.

¿Habrían encendido otra luz?

—¿Tienes algún lugar en el que pueda pasar una noche y tomar un baño decente? —Él se sorprendió con la respuesta de ella—. Quiero independencia, Pierce, mas no soy tonta y sé cuándo es bueno aceptar la ayuda que ofrecen.

Una chica muy inteligente. Más de lo que él creía.

La mente de Pierce se vio invadida por su abuelo. La última imagen que tenía de él en su versión fantasmal, unos días antes de partir a tierras españolas para la boda.

Recordó la casa. Aquella casa que ocasionó la pelea entre ellos.

—Sí, tengo un lugar. No está en las condiciones de Blaston House y también está muy alejado de verse cómodo como este hotel. En el último reporte que me dieron me indicaban que aunque era una propiedad vieja, mantenía los servicios básicos. Llamaré a mi abogado para que pase por ti y te lleve a la propiedad —vio su reloj—. Yo debo volver con mi familia y regresar a Inglaterra. Tengo mucho por hacer y cancelar.



—Gracias, Pierce. Entiendo que estás en un mal momento y no es justo que me ayudes en esto, estoy segura de que algo se me ocurrirá.

—Solo tengo que hacer una llamada que me dejará un poco más tranquilo.

—¿Por qué te preocupas por mí? No nos conocemos y nuestras familias se odian desde tiempos remotos.

Él solo levantó los hombros.

—Si fueran mis hermanas me gustaría que alguien les ofreciera ayuda —Elaine entendió el mensaje muy bien—. Además, me da gusto saber que no todos los Daniels son egoístas, vengativos y manipuladores.

Ella entrecerró los ojos ladeando la cabeza.

—Lo siento, sé que es tu familia...

—No te disculpes. Creo que te faltó acotar frívolos e hipócritas.

Ambos rieron con vergüenza.

—Debo irme, gracias por el café —ella asintió clavando su mirada en la de él—. ¿Esperarás por el abogado o debo decirle que te busque por toda la zona?

—Esperaré en el café frente al hotel. No creo que sea buena idea que me sigan viendo aquí sentada sin ser huésped.

Él frunció el ceño.

—Eres muy valiente por dejarlo todo y construir una vida desde cero.

—Gracias.

—Tendré que regresar pronto porque hay varias cosas que pospuse por la luna de miel; y pues ahora que no habrá, supongo que no tendré excusas para concentrarme en esas tareas pendientes. Quizá nos veremos de nuevo. Hasta pronto, Elaine.

Ella sonrió con sinceridad.

—Hasta pronto, Pierce; y gracias.

Lo vio salir del hotel y pensó en que no era nada parecido a lo que se imaginó de él desde que era una adolescente y empezara la vida social de ambos.

Elaine se dio cuenta de que todos los rumores que corrían sobre Pierce Gordon y su aburrida forma de ser estaban muy alejados de ser cierto.

Pensó en que quizá se equivocaba, porque la verdad era que lo conoció ese día pero le dio la sensación de estar frente a una persona que no era la que describía la prensa.

No entendió a Nathalie Grant y su decisión de dejarlo plantado en la iglesia si parecía que Pierce Gordon eran de esos hombres a los que no se les debía dejar escapar.

## Capítulo 5

Elaine abrió los ojos de golpe aquella mañana.

Un agradable aroma a café recién colado sedujo a sus fosas nasales para levantarse de la cama y correr a la cocina por una taza de la bebida.

Vio el reloj, pasaban las 10 a.m. se reprochó haberse quedado dormida de nuevo.

Respiró profundo.

Un ruido proveniente de la cocina le sobresaltó.

Y fue cuando cayó en cuenta de que no estaba sola en la propiedad.

Hacía dos días que estaba allí gracias a que Pierce Gordon le dejara permanecer en ella el tiempo que quisiera.

Le había aclarado en esa extraña conversación que tuvieron, después de dormir como indigentes sobre la arena en la playa, que la casa no estaba en las mejores condiciones aunque de seguro tendría los servicios básicos porque se le hacía mantenimiento.

A Elaine la casa le pareció sencilla y hermosa. Claro, después de analizar las cosas con cerebro de aristócrata, aquel sitio era nefasto para cualquiera de las personas que vivieran en lugares como Blaston House o el mismo Castillo de Hartington lugar en el que residían los Gordon.

Era una vivienda luminosa, amplia y con una fuerte energía.

Su estilo mediterráneo marcaba cada rincón de la misma con sus paredes en blanco, suelos rústicos y desgastados, el techo de madera con vigas a la vista; un patio en el que se podría hacer un jardín hermoso con una piscina y muebles de exterior para hacer vida allí.

Elaine lo imaginó todo el primer día que entró a la vivienda.

El abogado le envió a buscar con un empleado de su bufete para llevarle a la propiedad tal como lo ordenara Pierce.

Dio las gracias por esa oportunidad. Ahorraría dinero mientras se asentaba en Nerja y se acostumbraba un poco a la zona.

No tenía prisa en buscar un apartamento para alquilar. Y a la vez, estaba consciente de que no podía pasarse toda la vida en esa estupenda casa que le prestaron.

No sabía cuánto podía llegar a costar esa propiedad, sin embargo, se le pasó por la cabeza hacerle un oferta a Pierce, quizá podría vendérsela.

Maduraría la propuesta cuando pudiera conseguir más información sobre los costos de viviendas de la zona.

Y más dinero, obviamente.

Había pocos muebles en el interior, sin embargo, se apreciaba la antigüedad de los mismos. Madera maciza para las mesas y algunas sillas a juego; hierro forjado para otros.

En el baño encontró una hermosa tina que dejaba en claro los años que tenía por su diseño, pero estaba bien conservada y funcionaba de maravilla.

Escuchó otro ruido proveniente de la cocina y recordó que el abogado dijo que enviaría a alguien para hacer las labores de limpieza, lo que agradecía también porque era cierto que no era

una inútil pero no sabía muy bien cómo realizar esas labores.

—Te tocará aprender, Elaine —se dijo mientras reprimía un bostezo y caminaba hacia el baño que estaba dentro de la habitación principal. Se aseó, se colocó un vestido ligero blanco y sintiendo la loza fría bajo sus pies caminó a la cocina en donde se encontró la mesa servida para una persona; y detrás de los fogones, encontró a una mujer que le sonrió ampliamente dejando ver una dentadura amarillenta y descuidada.

Elaine intentó no centrar su atención en la boca de la mujer que le sonreía con tanto cariño. No quería hacerle sentir mal.

—Buenos días —saludó esta, Elaine le respondió al saludo sorprendida. La mujer hablaba inglés, cosa que no esperaba.

—Por favor, siéntese a comer.

Elaine asintió sentándose a la mesa sin protestar.

La mujer le sirvió la comida con naturalidad, como si estuviese acostumbrada a servir de esa manera.

Recordó a las criadas de Blaston House. Esta podría estar a la altura de ellas. Pensó en Pierce y en la tontería de enviarle alguien así para que le asista. Ha podido solo enviar a alguien que limpie un poco y ya.

Ella podía arreglárselas con lo demás.

«¿Segura Elaine?» se preguntó con burla a sí misma. No sabía ni cómo diablos freír un huevo, ¿cómo pretendía sobrevivir con las labores del hogar?

El mismo tiempo que llevaba en la casa, había comido fuera. La nevera lo único que tenía era agua, zumo de naranja industrial y yogur.

«Todo se puede aprender» le pareció escuchar a su abuela quien siempre le decía eso cuando ella pensaba que no podría hacer una u otra cosa.

La mujer tarareaba una melodía que Elaine no reconocía de nada.

El desayuno estaba delicioso. Huevos, beicon, pan tostado, mermelada, mantequilla.

—Veo que el Sr. Jiménez le envió con una compra entera de comida. No ha debido molestarse.

La mujer le sonrió divertida.

—¿Desde hace cuánto tiempo vive aquí?

—Ya he perdido la cuenta milady.

Elaine bufó al escuchar «milady».

—Por favor, no vuelva a llamarme así.

La mujer la vio con duda.

—Pensé que es como se les debe llamar a las damas de su clase.

—Soy una mujer normal como usted.

—¡Ah no! ¡Eso sí que no! La piel de sus manos lo deja muy claro. Usted y yo somos diferentes. Yo hago la casa, usted disfruta de la vida.

Elaine se sintió ofendida por ser considerada frívola. Así eran los de su maravillosa clase social.

Bajó la mirada avergonzada.

—Quizá me equivoco y usted sí podría ser diferente a otras *Ladies* que he encontrado en mi camino.

La joven aristócrata sintió curiosidad por saber más. Se limpió las comisuras de la boca y le preguntó:

—¿Con cuáles familias ha trabajado?

La criada negó con la cabeza esbozando una media sonrisa.

—Solo en una, no creo que los conozca.

—Ponme a prueba —le sonrió a la mujer mientras tomaba un trozo de pan y lo untaba con mantequilla.

—No tiene importancia, he pasado más tiempo con los Gordon. ¿Usted de quién es descendiente?

Elaine negó con la cabeza y abriendo los ojos en grande.

—No soy descendiente de los Gordon, aunque quizá mi vida sería mejor al lado de esa familia a la que supuestamente la mía debe odiar a muerte. Soy hija del duque de Lanhill. Lady Elaine Daniels —la joven hizo movimientos exagerados y rimbombantes con las manos colocando un tono de voz grave y sarcástico.

La criada la vio con intensidad y Elaine percibió el cambio en la mirada de esta.

—¿Ocurre algo? —preguntó al ver los nervios de la criada.

Ella negó con la cabeza, se secó las manos en el delantal impoluto y salió de la cocina con prisa.

Elaine no entendió la reacción de la mujer y recapituló la escena para intentar comprender pero no lograba ver con claridad si es que dijo algo que pudo ofenderla.

Esperaba que no, lo hablaría con ella más tarde porque si iban a verse seguido allí, lo mejor era que se llevaran bien. También tendría que decirle que deje de llamarla «milady» porque lo odiaba. No era más que un título que le asignaron como «herencia» por ser hija del duque de Lanhill.

Terminó su desayuno e hizo una nota mental para pedirle a la criada que le enseñe a cocinar y a llevar una casa porque no tenía ni idea de por dónde empezar.

\*\*\*

—¿Se puede saber por qué estás ayudando a la estúpida de Elaine Daniels después de lo que te hizo? —Poppy parecía estar realmente ofendida, reclamándole a su hermano algo que a ella le parecía fuera de lugar.

—Porque es lo que uno hace cuando encuentra a alguien en apuros, Poppy.

—¿Dándole una casa que nos pertenece?

El Duque de Bulwick, padre de Pierce y Poppy, los veía con interés, en silencio, como siempre hizo desde que ellos eran pequeños y se ensartaban en peleas sin sentido.

El Duque estaba convencido de que no había que intervenir para que ellos aprendieran a resolver sus conflictos.

La verdad era que el Duque odiaba tener que resolver cualquier conflicto, por ello esa tarea la desempeñaba tan bien su ex mujer.

—Verás, Poppy, la casa no nos pertenece. Le pertenece al ducado y pienso venderla. Así que no le veo el problema con que Lady Elaine esté unos días allí mientras arregla sus asuntos.

—Esa mujer es una Daniels y nosotros odiamos a los Daniels.

—No —corrigió su padre que aunque no quería intervenir, le parecía importante aclarar ciertas cosas—. No odiamos a los Daniels. Ellos nos odian a nosotros porque uno de nosotros se las jugó de muy mala manera. Nosotros no odiamos, Poppy.

—Pues yo sí que la odio.

—Entonces habla solo por ti —Pierce la vio directo a los ojos. No le gustaba esa manera caprichosa e impulsiva de actuar de su hermana.

—Estoy de acuerdo con Pierce, habla solo por ti. Nosotros consideramos que ellos nos traen

mala suerte, no los odiamos.

—Yo vengo aquí a buscar ayuda y ustedes la apoyan más a ella —sentenció llorando como la niña consentida que era.

—¡Poppy! ¡Por dios! —El Duque no podía ver a su hija pequeña llorar aun sabiendo que lo hacía para manipularles—. Estoy seguro de que Pierce le habrá aclarado de que solo era por unos días que podía quedarse allí. A Elaine, su familia le dio la espalda. ¿Te imaginas que nosotros te hiciéramos eso?

—Lo están haciendo ahora, papi —sollozaba como una pequeña niña y Pierce volvió los ojos al cielo. Odiaba ese comportamiento de víctima.

—No, cariño, no lo hacemos. Solo estamos siendo gentiles y tu hermano se comportó con ella como el caballero que es. Ahora, ¿por qué no te vas de compras para que te relajés un poco?

Poppy asintió sollozando y viendo a Pierce de manera retadora.

Una vez se quedaron los hombres a solas en el despacho del Duque, este le preguntó a Pierce:

—¿Qué sabes de Nathalie?

—Nada y espero no saber nada.

—Me encontré hace unos días con Davies y me contó lo ocurrido con Lady Elaine. Parece que su hija Ilona y ella son amigas de la infancia.

Pierce descubrió algo nuevo de Elaine que le pareció otra casualidad interesante entre ellos porque él había elegido a Ilona para lo del anillo de compromiso en un primer momento.

No era un hombre que se interesara por saber de la vida de los demás aunque empezaban a llamarle la atención las casualidades entre ellos.

—Es reprobable la actitud de los Daniels hacia ella. Dormía en la playa la noche que me ayudó, padre.

El duque de Bulwick hizo una mueca de disgusto.

—Una chica admirable. Tus hermanas no habrían sido la mitad de valientes.

—Ni yo hubiese permitido que pasaran la noche en ese lugar.

—Te hemos criado bien —lo observó satisfecho y orgulloso, Pierce II actual duque de Bulwick era un ejemplo de respeto, tolerancia y sentido común. Se lo había transmitido bien a su hijo—. ¿Cómo te sientes? Ha pasado ya una semana.

—Y creo que tendrá que pasar una vida entera para que pueda olvidarme de Nathalie, papá.

—¿Hablas desde la herida o desde el amor que sientes por ella?

Pierce lo vio a los ojos con duda.

La verdad era que pensaba que hablaba desde el amor; ahora que su padre lo mencionaba, se daba cuenta de que era más desde su rabia y dolor por lo que le hizo que por el amor.

Su padre bufó con un destello en la mirada.

—¿Quieres que te diga lo que pienso?

—¿Tengo otra opción? —replicó Pierce aun pensando en sus dudas.

—Pienso que estás confundido desde que decidiste casarte con ella —Pierce parpadeó con sorpresa viendo a su padre—. Pienso que no estabas tan enamorado como para casarte con ella. Y estoy convencido de que ahora estás dominado por tu ego, quien se vio muy humillado tras la acción de ella en la iglesia. Pienso que ninguno de los dos estaba listo para dar el paso que iban a dar, y honestamente, me alegro de que haya sido así.

Pierce frunció el ceño.

—No lo tomes a mal, hijo. Ninguno de nosotros nos atrevimos a decirte nada porque es más que obvio que no ibas a hacernos caso; si te soy muy sincero, no me sorprendió la actitud de ella en la iglesia. Tu madre se esperaba algo así también.

—¿Qué les hizo pensarlo y cómo es que yo no me di cuenta?

—A veces solemos confundir amor con pasión o con un gusto extremo hacia una persona y por ello no vemos las cosas con claridad. Los que estamos fuera de la relación somos capaces de percibir lo que anda bien y lo que no y, al principio, no podíamos decir que dudamos de ella porque sería mentirte —Pierce escuchaba con atención y sin dar crédito a todo lo que le soltaba su padre en ese momento—. Sin embargo, cuando anunciaste el compromiso, empezamos a notar cosas que nos parecían extrañas. Tanto tiempo en España para planificar la boda, se iba sola sin decir cuándo volvería, en una época en la que casi todo es posible resolverlo por Internet. Su madre se quejó mil veces de que ella quería participar en los preparativos, porque le hacía ilusión, así son las madres, y Nathalie solo le decía que no, que mejor lo dejaba como estaba. Fue cuando ella empezó a sospechar que algo pasaba con Nathalie. ¿Quién mejor que su madre para saber cuándo se comporta de manera extraña?

Pierce seguía en silencio.

Su padre tomó un respiro y continuó:

—Recibió en tu presencia dos llamadas, tres semanas antes de la boda, que me dejaron muy pensativo. Los nervios que la dominaron con esas llamadas no fueron unos nervios previos a la boda...

—Las recuerdo. En un evento de caridad que hizo mamá, estábamos todos en la misma mesa y...

—Y ella se comportó de una manera muy extraña las dos veces que su móvil sonó.

Pierce se frotó los ojos. No podía creer que tuvo evidencias del engaño frente a su nariz y no fue capaz de darse cuenta.

—¿Cómo nunca me di cuenta?

—Sí lo hiciste, me lo estás confirmando ahora. Tu cerebro registró que algo no iba bien mas no quisiste afrontar la realidad porque te daba miedo descubrir una verdad que no iba a gustarte. Era más fácil atribuirlo a los nervios previos a la boda.

—El día del ensayo pensé que ella iba a sufrir un colapso nervioso.

—Nosotros también. Ahí fue cuando tu madre me dijo que tenía un mal presentimiento.

Pierce lo vio de nuevo con el ceño fruncido y su padre entendió lo que le estaba preguntando sin necesidad de expresarlo con palabras.

—¿Nos habrías creído?

Pierce negó con la cabeza.

—Exacto. Por eso no dijimos nada y cuando todo ocurrió nos sentimos mal porque no queríamos que sufrieras. Fue un gran alivio todo lo que ocurrió.

Es una buena chica pero no para ti. No es mujer para ti.

—¿Y entonces cuál es la mujer para mí?

—No lo sé, supongo que la reconocerás cuando la veas.

—Eso es lo que me pasó con Nathalie, papá.

—No, Pierce. Nathalie te deslumbró con sus largas y maravillosas piernas y con la cara de ángel que tiene que enamora a cuanto hombre ve —El Duque sonrió con diversión al ver el enfado de su hijo—, soy hombre Pierce, y sé reconocer a las mujeres bellas. Mira, Nathalie es la mujer perfecta para exhibir, con clase, porte, llena de cualidades positivas, siempre bien arreglada, con maravillosos modales y con la que nunca saldrás mal en una foto. Nunca te vi sonreír con ella. Sentirte libre, ser tú, a pesar de que me decías que te sentías así a su lado, no lo demostrabas —Pierce no pudo evitar recordar a Elaine y la conversación en la que ella le dijo que podía solo ser un ser humano—. En este medio en el que nos tocó nacer, necesitamos a una mujer que entienda

que somos seres humanos que requieren de un tiempo de privacidad en el que puedan cometer locuras juntos, contar anécdotas divertidas, tomar un trago sin miedo a que la prensa luego mida tu nivel de alcohol, amarse sin freno a puerta cerrada; necesitamos a una mujer que sea nuestra cómplice de aventuras para poder sentir la libertad que tanto añoramos. Es lo que sentía que me faltaba con tu madre. No lo supe hasta que conocí a Rosie y sin querer comparé las dos relaciones descubriendo que, con Rosie, soy feliz y con tu madre no lo era.

Pierce no salía de su asombro con todo lo que su padre le decía. Nunca antes tuvo una conversación tan franca con él, tan normal, tan relajada. ¿De eso se trataba ser humano? ¿Ser libre de los protocolos?

Y todas esas palabras empezaron a remover sentimientos que desconocía que tenía en su interior.

Su padre le sonrió complacido.

—Me alegra haber conversado así contigo, deberíamos hacerlo más seguido. A veces no hacemos más que comportarnos como malditos robots programados para seguir un protocolo que no hace más que reprimir los sentimientos y hacernos muy infelices —suspiró con tranquilidad—: ¿Puedo darte un consejo? —Pierce asintió sin decir nada—, Ve a hacer algo que siempre hayas querido hacer y que por tus responsabilidades no hayas podido. Conéctate contigo, con lo que quieres, con lo que sueñas, Pierce. Me gustaría que seas feliz aun siendo el próximo Duque de Bulwick.

Pierce recordó en ese momento la discusión con su abuelo días antes de partir a Nerja.

No había vuelto a hablar con él desde entonces y quizá eso era lo que necesitaba para sentirse un poco mejor.

Se levantó y se dirigió hacia donde estaba su padre a quien abrazó espontáneamente sorprendiendo al Duque, moviendo sus fibras emocionales.

Se palmearon las espaldas.

—Gracias, padre. Seguiré tus consejos.

\*\*\*

Elaine llevaba varios días preguntándose cómo avanzar en su nueva vida.

Era tan confuso todo todavía.

Había empezado a armar un plan de marketing y difusión en sus redes para las joyas de Ilona, y todo marchaba bien con eso, lo que le hacía sentirse tranquila porque estaba cumpliendo con lo que acordaron.

La gente se mostraba receptiva con las piezas y logró hacer que las ventas de su amiga subieran más de lo que ella estaba acostumbrada.

Después de lo ocurrido con la boda de Pierce, y algunas malas palabras que Poppy Gordon le lanzara en las redes sociales, recibió cientos de comentarios dándole apoyo a ella y haciendo a Poppy a un lado.

Eran rivales desde que un periódico inglés las retratara en una fiesta a la que ambas asistieron y luego se hicieron comparativas de vida entre las chicas favoreciendo a Elaine y dejando a Poppy como una jovencita aristócrata rebelde e inútil.

«Ser rebelde dentro de la aristocracia no quiere decir que vas a dejar de tener sentido común y que vas a usar la cabeza solo para llevar el pelo largo y bien cuidado como el de Poppy Gordon»

Hasta a ella le habría caído mal un comentario como ese, aunque no se le podía culpar a la prensa por decir mentiras porque la verdad era que Poppy era caprichosa, rebelde y le daba

material a la prensa para que hablaran de ella en cualquier momento y con cualquier cosa. Fiestas, alcohol, chicos, playas nudistas y una vida llena de lujos que la convertían en una *celebrity* en las redes.

Quienes la seguían solo se movían por la envidia de querer tener el lujo y la vida que Poppy tenía. A Elaine le habría gustado ayudarle a cambiar esa imagen pero sabía cuándo era mejor observar desde lejos y no acercarse a gente que va a negarse a recibir ayuda.

Así que cuando Poppy la atacaba en las redes, ella solo ignoraba el ataque. Para discutir eran necesarias dos personas y ella no estaba dispuesta a crearse mala fama con sus seguidores porque no le gustaba el conflicto y porque todo lo que tenía allí en esa plataforma le había costado mucho trabajo.

Muy a diferencia de lo que la gente creía, ser una aristócrata no te ponía las cosas fáciles en las redes. Quizá a los reyes sí porque todo el mundo tenía los ojos en ellos; los demás, eran solo personalidades que a menos de que hicieran *shows* públicos mal vistos, de los cuales la prensa pudiera sacar buena dinero, pasaban desapercibidos por completo.

Entonces, llegar a lo que ella alcanzó con más de un millón de seguidores, miles de visitas a su blog a diario, requería esfuerzo, dedicación y una estrategia para hacer las cosas bien.

Esclavizante para quien vendía algo que no era. No era el caso de Elaine quien desde el primer momento, desde la primera foto, el primer párrafo escrito, dejó en claro su esencia, quién era en realidad y apartó su apellido, el dinero del ducado y todo el lujo con el que nació.

Por eso la gente la quería. La admiraba y la respetaba.

Su lista de seguidores creció exponencialmente tras el post que le dedicó a Pierce ofreciéndole una disculpa pública por haber estado en el lugar equivocado a la hora equivocada y también, le agradeció el maravilloso gesto de darle alojamiento en una propiedad de los Gordon a pesar de todo el odio de siglos que existía entre las dos familias.

La gente preguntaba de qué iba el odio, le pedían que contara más y ella se negó a hacerlo. No se sabía bien la historia y era mejor no hablar sin tener la certeza de lo que se va a decir.

Aprendió mucho de su paso por las redes. Cualquier cosa que digas puede ser usado muy a favor o muy en contra, por eso se debía estudiar muy bien el contenido a escribir y cómo escribirlo.

Era su trabajo y le encantaba.

Seguía sin saber nada de su familia. Parecía no importarles y suponía que después de que se enteraran de lo ocurrido con la boda de Pierce y el contacto entre ellos, estaba segura que estaría en marcha la exclusión de su persona del patrimonio; hablarían de destierro también, como exigía la antigua cláusula.

Maxwell tampoco le había llamado. Elaine cumpliría con su palabra de avisarle cuando ya tuviera un lugar alquilado y esperaba que al menos él, le visitara de vez en cuando.

Esa tarde estaba más caliente que las anteriores, necesitaba salir a dar un paseo por los alrededores de Nerja para encontrar inspiración y con ella, empezar a desarrollar su idea de mostrarle a la gente las bellezas ocultas de ese lugar.

Quería encontrar anécdotas, sitios, paisajes que no fuesen de fácil acceso. Que no fuese lo que todo el mundo conocía.

Quería algo especial pero no sabía por dónde empezar.

Se estiró en la silla, cansada y hambrienta.

Estuvo probando a cocinar. No había forma de que le saliera algo decente y empezaba a hartarse de comer sándwiches, tortilla pre empacada del supermercado y hummus.

Ya estaba hasta la coronilla del hummus.



Lo único decente en su vida eran los desayunos que la criada le dejaba cada mañana.

Después de aquella conversación en la que le pareció que había dicho algo indebido y la criada se sintió ofendida o nerviosa, Elaine no volvió a verla más.

Cuando ella abría los ojos por la mañana, la seducían los olores del desayuno y cuando llegaba a la cocina, la mujer no estaba por ningún lado, sin embargo, el desayuno estaba servido y caliente esperándole.

La casa bien recogida, parecía que la criada esperaba a que Elaine saliera para dedicarse a recoger y limpiar todo con rapidez antes de que esta regresara.

Llevaba todo el día allí frente al mapa de Nerja, leyendo parte de su historia pero no encontraba inspiración suficiente.

Tomó el bolso y salió. El aire libre siempre era bueno para activar la creatividad.

Su paseo favorito consistía en caminar hasta el Balcón de Europa y ahí sentarse a comer, tomar café, comerse un helado, ver la gente disfrutar del sol.

Le tocó presenciar otra boda, aunque por fortuna nadie se dio a la fuga y después de la ceremonia, hicieron una maravillosa sesión de fotos en aquel lugar impresionante.

Se conocía algunas de las playas cercanas al balcón. Aun no exploraba tanto más la zona aunque sabía que le quedaba mucho por ver.

El acueducto, las cuevas, entre otras cosas.

Dio un recorrido por las estrechas calles del pueblo deteniéndose en un par de tiendas para comprar algunas cosas que necesitaba y luego decidió ir al supermercado para comprar fruta y otras cosas más.

Al salir del supermercado, pasó frente a una agencia inmobiliaria y pensó que era buen momento para empezar a dar pasos importantes.

No podía quedarse toda la vida en casa de los Gordon y no deseaba que Pierce le llamara para decirle que su estadía allí no podía ser eterna.

Así que le explicó a la mujer que la atendió lo que buscaba, un espacio pequeño y cómodo, céntrico y de estilo mediterráneo a un precio moderado para poder rentarlo por tiempo indefinido.

No sabía si quería permanecer allí de por vida, por el momento no quería pensar en el tiempo de su estadía en aquel bonito lugar.

Solo quería disfrutar.

Intercambiaron teléfonos y se fue de nuevo a su casa provisional en la que encontró una ensalada fresca esperándole en la mesa, se le hizo agua la boca en cuanto la vio.

La tarde empezaba a caer.

No esperaba encontrar a la criada en la terraza trasera de la propiedad cuidando de las plantas que parecían estar sedientas.

—No esperaba encontrarte aquí —la criada no le dijo nada—. Gracias por todo lo que haces por mí. Voy a comer mi ensalada, me muero de hambre. No sé cocinar y... —Elaine se quedó en silencio al darse cuenta de que la criada no le prestaba atención o eso pensaba ella—. Bueno, gracias.

Se dio la vuelta y se sentó a la mesa intercambiando el plato vacío por el *bow*l de ensalada.

Al diablo los buenos modales, además, nadie estaba allí con ella para juzgarla.

Era una ensalada fresca, crujiente, deliciosa al paladar de Elaine que estaba reseco de tanto pan y porquerías pre cocidas.

—Deberías alimentarte mejor.

Se sobresaltó al ver a la mujer detrás de ella. Era extraña y Elaine estaba convencida de que estaba molesta con ella desde la última vez que hablaron. Como no estaba dispuesta a dejarla ir

de nuevo sin disculparse fue lo siguiente que hizo:

—No se cocinar —levantó las cejas divertidas—. Oye, quería disculparme; el otro día cuando nos conocimos, creo que dije algo que no te hizo gracia alguna y luego no volví a verte más.

—No me gusta que los patrones me sientan en la casa.

—No soy tu jefa. Soy una invitada de la familia a la que pertenece esta propiedad.

La mujer se acercó a Elaine escudriñándola.

¿Había odio en su mirada? ¡No! No llegaba a ser odio; sí desconfianza y rabia.

Mucha rabia.

¿Por qué?

La mujer vio el mapa desplegado a un lado del comedor de madera maciza.

—Hasta cuándo se queda.

—No tengo fecha. Es decir —Elaine se limpió las comisuras de la boca con la servilleta de papel y después bebió un sorbo de agua—, hoy estuve buscando alojamiento nuevo. No puedo seguir quedándome en esta casa, me la prestaron por unos días y aunque me encanta no quiero abusar de la confianza de Pierce. En Nerja, no sé —levantó los hombros restando importancia con el *bowl* de ensalada apoyado en una mano mientras con la otra sostenía el tenedor—. El tiempo que haga falta. Quiero descubrir este sitio. Quiero vivir la historia. Mi abuela quería hacer lo mismo y la vida no le dio el tiempo para hacerlo, así que lo haré por las dos.

Finalmente la mirada de la mujer se suavizaba.

Y se acercó más a ella.

La analizaba estudiando sus facciones con gran interés.

—¿Cuánto tiempo tiene usted viviendo aquí? Quizá podría contarme cosas de este lugar que no aparezcan en los libros.

La mujer, por primera vez, le dejó ver una mezcla de melancolía y amabilidad en la mirada.

—Tengo muchas historias para contar y solo una que nadie conoce de verdad.

Elaine se removió curiosa en la silla.

—¿Me la contarías?

—Sí, milady.

—No vuelvas a llamarme milady, por favor, quiero dejar a tras el lugar en el que me crie y quiero ser una persona normal y corriente. Y hablando de eso, ¿podrías enseñarme a cocinar?

—Yo estoy para cocinarle.

Elaine la vio con cariño.

—No, de ahora en adelante estarás aquí para enseñarme y ¿sabes español?

—Por supuesto, soy española.

—¡Ah! Creí que eras inglesa.

—Descendiente de ingleses.

Elaine asintió alegre por haber entablado una conversación con ella.

—Entonces, de ahora en adelante me enseñarás a cocinar y hablar español, ¿Qué me dices?

—Estoy para servirle.

Elaine volvió los ojos al cielo. Ciertas costumbres en las criadas eran difíciles de borrar, ella se encargaría de que la relación entre ambas fuese un poco más impersonal y estaba segura de que llegarían a ser buenas migas.

Recordó a su abuela y pensó que la criada y Ella Daniels habrían sido buenas compañeras de té y cotilleo de haber estado allí con ellas.

¿Lo estaría?

Sonrió negando con la cabeza porque no creía en cosas del más allá pero desde que murió su

abuela le gustaba pensar en que siempre estaba acompañada por ella.

\*\*\*

Pierce se despertó esa mañana con la firme decisión de pasar por la habitación de su abuelo ese mismo día. Llevaba evadiendo el tema desde que llegara de España después de la boda porque le costaba pensar en que debía darle una disculpa a su abuelo por haberse ido en la manera en la que se fue.

Sobre todo después de la conversación que tuvo con su padre hacía unos días, cuando este le hizo remover emociones en su interior que desconocía que existían en él.

Rabia, frustración, soledad.

No le temía a la soledad pero sabía que si no ponía de sí para buscar una compañera pronto, empezaría a verse como el soltero que nadie quiere y...

El protocolo de nuevo.

¿Cómo podía deshacerse de esa manera en la que lo habían criado?

Todos los hombres en la familia se casaban jóvenes, él ya iba con gran retraso en comparación con su padre o el hermano de este que se casó un poco más tarde que el Duque pero mucho antes que Pierce.

Dos de sus hermanas ya estaban con sus parejas; Poppy, aunque era un alma sin rumbo estaba seguro de que encontraría un prometido muy pronto; y él, que se suponía que debía ser el primero en contraer nupcias, no solo no lo había hecho sino que además, no tenía ni siquiera una candidata a la vista.

¿Cómo se deshacía del sentimiento de que no estaba haciendo las cosas de la manera correcta?

Por eso la frustración. No sabía cómo diablos librarse de eso y cada vez le apetecía más mandar todo el asunto del ducado al infierno y largarse a vivir la vida libremente como lo hizo Elaine Daniels.

Sin embargo, su sentido de la responsabilidad y de las buenas costumbres le hacía entrar en la senda del buen proceder apenas intentaba planificar un escape hacia una vida un poco más relajada.

Debía poner resistencia; y lo sabía en su interior que, un poco de resistencia, le sentaría bien y le ayudaría a seguir los consejos de su padre.

Por eso, esa mañana, después de su rutina de ejercicios en el gimnasio del castillo, desayunó algo ligero y se fue de inmediato a la habitación de su difunto abuelo. No quería postergar más esa visita y además, lo necesitaba.

Lo extrañaba.

Recorrió el corredor a paso lento contemplando cada una de las obras de arte que colgaban en las paredes de lado y lado como si nunca antes las hubiese visto.

Admiraba a su madre que era la que se encargaba de mantener, junto con Kristen, otra de sus hermanas, cada rincón del castillo y de las propiedades vecinas al castillo que pertenecían al ducado, estuviesen abiertas o no al público.

Incluso entrar al sótano de seguridad en el que se resguardaban piezas de valor incalculable, era una experiencia única.

Su madre disfrutaba de cuidar de la historia, del arte, de decorar, rediseñar sin dejar perder la esencia de quien una vez levantó la mole que ahora compartían todos como vivienda.

Su madre hizo un estupendo trabajo recuperando uno de los jardines más emblemáticos de la propiedad, casi sacado de un cuento de hadas, con un laberinto de arbustos y banquetas de concreto para sentarse a disfrutar del silencio del laberinto.

En cierta época del año, cuando el tiempo mejoraba, casi toda la propiedad estaba abierta al público porque no solo se ofrecían los clásicos tours por el interior de las propiedades para admirar el lujo de las habitaciones más importantes y con más historias, también se alquilaban espacios para eventos como banquetes, ceremonias y varias actividades al aire libre que eran las que Pierce más disfrutaba: práctica de tiro y pesca.

Pierce y su padre eran los encargados de las finanzas del ducado, de mantener la propiedad en óptimas condiciones, por ello estaban de acuerdo en que el turismo y el alquiler para eventos; rodaje para cine y televisión, eran un sustento seguro que cubría gastos de mantenimiento de la propiedad y sus adyacencias sin tocar el patrimonio del ducado.

A Pierce siempre se le hizo atractivo el tema financiero. Le gustaba negociar, se le daba de manera natural mover las piezas para hacer buenos negocios sin que tuviera que hacer grandes esfuerzos. Sabía aprovechar ocasiones para crear buenos contactos que pudieran servirle a sus negocios en el futuro. Por eso su padre no dudó en ponerle a cargo de los activos del patrimonio en cuanto terminó el doctorado en Business Administration en la London Business School después de haberse graduado con honores en Cambridge como Administrador de empresas.

Todas las compañías familiares pasaron a su cargo, sin embargo, no movía las piezas sin antes obtener la aprobación de su padre, el duque, tal como era debido.

Gracias a él y su buena cabeza para los negocios, nadie en la familia Gordon se preocuparía por el dinero en largo tiempo y varias generaciones.

Se detuvo ante uno de los ventanales que estaban en ese largo pasillo para observar a través del limpio cristal, el laberinto de arbustos en la lejanía.

Allí vivió buenos momentos junto a sus hermanas con quienes jugaba a las escondidas; y solía perder, porque ellas parecían las tres mosqueteras que juraron hacerle la vida imposible a él.

Las adoraba. A todas por igual. Con sus marcadas diferencias.

Todavía recordaba la llegada de Laurie, la mayor de las mujeres.

Su madre salió del castillo con una barriga inmensa y regresó con una niña regordeta y preciosa en sus brazos.

Al parecer, ese fue el parto más fácil de Lady Eliza.

Laurie era muy parecida a él. Conoció muy joven a su actual esposo y ella era lo que siempre había soñado ser: la esposa y ama de casa perfecta. Era feliz, lo veía en sus ojos cada vez que coincidían en algún lado.

Sonrió cuando pensó luego en Kristen. No recordaba su nacimiento, aunque podía decir que fue la más tranquila de los cuatro desde muy pequeña. Le interesaban los libros, la historia y desde hacía un año estaba prometida con un joven del mismo círculo social de la familia Gordon.

Y luego, estaba Poppy.

Negó con la cabeza cuando recordó a Poppy siempre llorando, desde que había nacido. La más pequeña, la consentida de su padre.

Desde el parto dio inconvenientes. Ese sí que lo recordaba porque su madre estuvo más de un día en cama con dolores inmensos de parto sin poder alumbrar hasta que, cuando Poppy lo decidió, salió sin más.

Su alumbramiento era como su vida. Hacía las cosas cuando así ella lo quería. No antes, no después. Sus caprichos y sus impulsos no tenían límites y algo de lo que iba a arrepentirse algún día era lo mucho que le daba a la prensa para hablar.

De igual manera la adoraba y quería lo mejor para ella pero sentía que tenía que sentar cabeza en cualquier momento.

Pudo verlos, a los niños, no en sus recuerdos, no, los escenificó allí en el laberinto corriendo

entre los arbustos, riendo y divirtiéndose.

«Tiempos maravillosos» pensó.

Se dio la vuelta porque no podía pasarse todo el día allí recordando. Tenía una misión que cumplir ese día, tal como cuando era pequeño y se ponía misiones para encontrar tesoros en el castillo.

Abrió la puerta de la habitación de su abuelo, lo encontró en su forma fantasmal sentado en el sillón frente a la ventana.

Percibía la satisfacción del viejo en el ambiente.

Cerró la puerta.

Se acercó a él con las manos en los bolsillos del pantalón y la cabeza gacha.

—¿Salió mal?

Dejó escapar el aire siendo la primera vez que se permitía quebrarse ante alguien después de lo ocurrido en la iglesia con Nathalie.

Algunas lágrimas le resbalaron por las mejillas.

No intentaba controlarlas, lo pensó en cuanto sintió el escozor en los ojos y se preguntó de inmediato qué sentido tendría controlar esa emoción si más bien lo que debía era soltarla para poder avanzar de la manera adecuada.

Así que ahí, junto a su abuelo, la persona en la que más confiaba en el mundo aunque fuese un fantasma, se dejó llevar por todas esas emociones que se concentraban en su pecho desde hacía tantos días.

Y fue liberador llorar en silencio a su lado.

Pensando en Nathalie y en lo mucho que le dolía lo que le hizo, en cierto modo también se lo agradeció ya que de haber seguido con la farsa del matrimonio habrían sido ambos muy infelices y no era lo que él quería, para ninguno de los dos.

—¿Qué te hizo? —Patrick V lo vio con compasión. El fantasma de su abuelo, así como otros tantos del castillo, no podían salir de ahí. Parecía que estaban atados a su patrimonio incluso en espíritu.

Pierce le contó todo lo ocurrido.

El anciano negó con la cabeza, estaba claro que sentía enfado porque esa mujer, había lastimado a su nieto.

—Pero ya pasó, abuelo. Lo voy a superar, no te preocupes.

—Lo sé, eres fuerte y un buen hombre, encontrarás a la mujer indicada.

Pierce resopló con divertida ironía.

—No quiero saber nada de mujeres, abuelo. No por un tiempo —hizo una pausa pensando muy bien sus palabras—. Escucha, quiero disculparme por haberte hecho enfadar antes...

Su abuelo levantó la mano para que dejara de hablar.

—No he debido pedirte algo así en un momento especial de tu vida. Esa casa es mi obsesión, no tiene por qué ser la tuya.

—¿Sabes que hay una Daniels ahora ahí?

Patrick mostró interés absoluto en su relato.

Pierce le sonrió con sinceridad.

—Lady Elaine Daniels, se hospeda en la casa de los amantes fugitivos.

—¿Cómo llegó allí?

Pierce arrugó la frente frunciendo el ceño.

Su abuelo, de inmediato, reconoció la señal de que algo no iba bien.

—Esos Daniels son unos miserables —refunfuñó con gran enfado en la mirada y Patrick se

mostró aún más interesado en la historia. Debía ser muy grave para que Pierce dejara ver su molestia, era bueno disimulando ese tipo de emociones—. La echaron de casa, abuelo. Murió hace poco Ella Daniels y...

—La madre del Duque —Pierce asintió—. Una buena mujer. Alguna vez pude cruzar alguna palabra con ella después de la muerte de su marido y estaba tan alejada de ser una Daniels.

—Quizá su nieta heredó esos genes. No se parece en nada a ellos. Es... —Pierce no sabía cómo definir a esa chica—, es...

Patrick se mostró más que interesado en aquella historia porque nunca había visto a su nieto dudar para dar la descripción de alguien. Usualmente era bueno estudiando a las personas.

—¿Sencilla? —Patrick intentaba ayudarlo. Su nieto se mostraba realmente confuso.

—Amable, abuelo. Es sencilla, amable y hasta simpática.

Patrick era un zorro viejo aun siendo un fantasma así que supo apreciar el cambio de humor en su nieto. La chica le gustaba pero no iba a decírselo. No. Menos después de la ruptura con Nathalie porque estaba seguro de que Pierce se negaría a aceptarlo.

Sí, Lady Elaine le atraía como mujer.

Le contó cómo se conocieron y el momento en el que Pierce decidió darle ayuda con la casa.

—Hiciste bien, aunque quizá la casa no estaba a la altura de ella.

Pierce recibió la indirecta que su abuelo le envió. Recordó el último día que estuvo ahí antes de irse a España para la boda, diciéndole las mismas palabras, esa vez, haciendo referencia a Nathalie.

—Estaba durmiendo en la playa, abuelo. Hasta una choza habría sido mejor que estar a la intemperie expuesta a cualquier peligro.

—Siempre has sido protector con los débiles. Me alegro de que lo hicieras esta vez también a pesar de las diferencias que tenemos con los Daniels desde hace cientos de años.

—Sigue allí, hablé hoy con el abogado porque he tomado varias decisiones.

—Si me vas a decir que vas a vender la casa, ahórrate el momento. Puedes hacerlo, ya no pienso discutirlo más, pero por favor, no me lo estés echando en cara a cada momento.

Pierce sonrió.

—He decido cumplir mi promesa, abuelo. La que te hice hace tantos años.

Su abuelo lo vio con esperanza y emoción.

—¿Me hablas en serio?

Pierce sonrió de nuevo y asintió.

—He decidido emprender un viaje que me ayude a olvidar, a sanar; y a la vez, que me sumerja en una de esas aventuras de investigación que tanto me gustaban de niño. Quiero hacer algo por mí. Por los dos.

—Estoy seguro de que vas a encontrar una gran historia, muchacho —Patrick V no podía disimular la emoción que lo embargaba—. Siempre lo he presentido, que la historia de los amantes fugitivos no es nada parecida a lo que nos han contado y por alguna razón, debe ser sacada a la luz toda la verdad de ese asunto.

—Yo lo voy a desentrañar todo, abuelo, te lo prometo.

Ambos sonrieron deseando poder fundirse en un abrazo de celebración que no sería posible, era más que obvio; así que se quedaron en sus puestos, viéndose a los ojos con expectativa y decidiendo un plan que los ayudara a remover el pasado para aclarar el presente.

## Capítulo 6

Había sido un día intenso para Elaine y se sorprendió al ver a María del Mar en la casa, aun cuando era casi de noche. La mujer solía hacer todos los quehaceres de la vivienda para luego perderse entre los jardines; y después de cuidarles con el mimo diario que necesitaban, Elaine no volvía a verle hasta el día siguiente.

Pero ese día estaba ahí, esperándole.

—¿Todo bien? —preguntó la joven aristócrata en cuanto la vio en la cocina preocupada.

No. Más bien, lucía triste.

La mujer asintió señalando un sobre.

Elaine fue a ver de qué se trataba y sintió compasión por la pobre criada al darse cuenta de que, lo recibido, era una nota del agente inmobiliario que contrató hacía unas semanas y en esta, le indicaba a la joven una cita para la siguiente mañana porque tenía algunos apartamentos con las características como los que requería Elaine que debía ver lo antes posible.

Le pidió en la misma nota que le confirmara en cuanto recibiera ese papel porque estuvo intentando llamarle pero no tuvo éxito.

Lo entendía, se había ido muy temprano a explorar la zona como otros días. Esa vez, estuvo en la Cueva de Nerja maravillándose con la antigüedad del lugar y deleitando su mirada con las formas que la naturaleza le regalaba.

—Parece que te vas —María del Mar habló con un tono de reclamo que dejaba en claro que no le hacía ninguna gracia quedarse sola de nuevo.

—Todavía no me voy, tranquila —Elaine tampoco quería dejarla sola y entendió perfectamente el sentimiento de la mujer que se había convertido en una agradable compañía en esos días.

Era una incansable trabajadora.

En sus momentos de enseñanzas culinarias, la criada le contó que llegó muy joven a esas tierras y que el mar y el sol aliviaron las penas de estar lejos de su familia.

Elaine prefirió no preguntar sobre su vida y dejarla a ella contar solo lo que quisiera. Logró identificar que, hablar del pasado, la lastimaba; le quitaba esa expresión vivaz y alegre que mantenía en los ojos desde que se vieron por segunda vez en ese lugar.

Elaine se sentía una chef de cocina, aunque sabía que no llegaba ni ayudante del chef de Blaston House.

Se sentía muy orgullosa de sí misma y de las cosas que iba alcanzando poco a poco en esas semanas que pasaron desde su llegada.

Sabía cocer un huevo de tres maneras diferentes, a pesar de que la versión frita todavía se le quemaba un poco; aprendió a asar patatas, preparar una tortilla que aun necesitaba perfección porque lo consideraba todo un arte; y también, aprendió a preparar arroz.

Esa semana practicaba con la ayuda de YouTube otros menús y la criada le iba dando algunas instrucciones; aunque ya pasados tantos días, a Elaine poco le importaban las recetas y la cocina.

De hecho, no era que le gustaba cocinar.

Se daba cuenta que, estar las dos en ese sitio, les daba la oportunidad de hablar; de contarse

cosas importantes para conocerse mejor; o cuando María del Mar parecía detener el mundo alrededor de Elaine y sumergirla en viejos relatos que hablaban de la historia de ese espléndido lugar al sur le península ibérica.

Y entre historias, risas y conversaciones personales, estaba tomándole cariño a María del Mar. Era agradable conversar con ella.

Recordaba las conversaciones con su abuela que eran muy similares.

Elaine se volvió muy buena escuchándole sin apenas pronunciar palabra. No lo necesitaba, la criada siempre cubría todas sus dudas en cuanto al relato.

Así, le contó, por ejemplo, que en las primeras décadas del siglo XVII a los muertos se les enterraba en la cripta que se encontraba debajo del castillo. Y que el castillo se encontraba en donde actualmente estaba el Balcón de Europa.

También le contó que Nerja, bajo el dominio musulmán, se llamó *Narixa* que significa «Fuente abundante» y de ahí a su nombre actual.

Que fue en la primera mitad de ese mismo siglo, en la que el castillo se convirtió en el núcleo al rededor del cual se desarrolló una nueva población.

Le contó anécdotas de la región que solo podía conocer quien vivía allí.

Pero ese día, el de la nota, poco más se dijeron.

Tal como otras veces, Elaine no quería presionarla a hablar porque notó que no estaba conforme con la idea de que ella se marchara.

Así era la vida y Elaine debía volver a su misión de salir adelante por cuenta propia.

María del Mar la dejó en la cocina para perderse entre los matorrales del patio como siempre hacía.

Elaine estaba segura de que en algún momento, se escabullía por el corredor externo que conectaba el patio trasero con la entrada de la propiedad y se marchaba.

En cierto modo le agradecía que no se hiciera sentir porque la casa era grande y el terreno al rededor, más; en las noches, el juego de sombras podía hacer ver como si personas deambulaban en el jardín. Y cualquier ruido, le recordaba a Elaine que estaba sola y desprotegida ante cualquier intruso.

Cenó algo ligero recordando su paseo por la Cueva.

Espectacular.

No tenía más palabras para describirlo.

En 1959 fue descubierta la Cueva en donde encontraron pinturas de arte rupestre que podían ser consideradas las más antiguas en la historia de la humanidad por datar de hace 42.000 años.

Elaine tomó unas fotos maravillosas dentro de la cueva y en los alrededores.

También notó que pronto se celebraría un Festival de música con presentaciones de diversos artistas y agrupaciones fuera de la cueva; y algunas otras, en el interior de la misma.

Hizo un apunte en su agenda para no olvidarlo porque estar dentro de ese sitio tan único percibiendo la buena música de algún artista debía ser toda una experiencia.

Tal como la vez que pudo presenciar una ópera en las Termas de Caracalla en Roma.

Algo totalmente sublime.

Suspiró mientras revisaba las fotos tomadas y las ponía a buen resguardo porque eso era parte de su trabajo ahora.

Se sirvió una copa de vino tinto que ya estaba abierto en el refrigerador desde el día anterior y se sentó en el salón de la propiedad con el ordenador para ponerle un poco de orden a eso que ella llamaba trabajo en ese momento de su vida.

La verdad era que no estaba haciéndolo como lo planificó cuando salió de Blaston House y



desde el subidón violento en la cantidad de seguidores gracias a lo ocurrido en la boda de Pierce, esa lista no se había movido mucho más y no era algo que le angustiaba pero sí era algo en lo que debía trabajar con seriedad si quería que las redes sociales fuesen su sustento.

Tendría que ayudarse con las aplicaciones de programación para publicar contenido y debía organizarse mejor para poder escribir los posts de sus descubrimientos acerca de Nerja en el blog.

«Una cosa a la vez, Elaine» pensó, mientras bajaba la tapa del ordenador y echaba hacia atrás la cabeza.

Vio al patio trasero sin percibir nada entre las sombras de la noche.

Suspiró de nuevo y sintió emoción por lo que podría ocurrirle al día siguiente.

Aunque no quería marcharse de la casa, todo en ella le atraía.

Deseaba poder comprársela a Pierce.

Tenía un encanto especial. Personalidad. Y se sentía cómoda y segura ahí dentro.

—Creo que estás sabotando tu visita a nuevas viviendas que harás mañana, Elaine. Déjate de tonterías. Esta casa es hermosa, pero no es tuya y tampoco lo será porque dudo que te la vendan. Además, no tienes el dinero ni siquiera para hacer una oferta. Deja de soñar.

Se reprendió y se terminó la copa de vino.

Antes de irse a la cama dejó previsto organizar mejor su agenda de trabajo para el siguiente día.

Actualizaría sus redes y sacaría estadísticas de las fotos que había subido con las joyas de Ilona. Se acercaba el momento de entregarle un balance de las promociones indirectas que ella estuvo haciendo y no quería tener trabajo atrasado.

\*\*\*

Al día siguiente, el despertador le falló a Elaine y cuando abrió los ojos ya estaba corta de tiempo para llegar puntual a la cita con el agente inmobiliario.

Saltó de la cama al baño, en donde se aseó y después de ponerse lo primero que encontró en el armario fue a la cocina por un vaso de jugo de naranja, cuando se percató de que no había desayuno servido y María del Mar no estaba por ningún lado.

Pensó que tal vez estaría en el jardín. Quería decirle que volvería a tiempo para la cena, como hizo otros días para que la criada esperara por ella y cocinaran las dos juntas.

No la consiguió en ningún lado. No le dio mayor importancia.

Tenía que concentrarse en su próxima cita que sería un gran paso en su vida.

En el camino, puso al tanto a sus seguidores de sus movimientos a través de varios vídeos.

Les dejó ver su emoción y además de eso, la vista maravillosa del mar ese día.

Estaba enamorada de aquel sitio.

No tardó en llegar al sitio acordado y el agente, paciente y encantador como cada persona en Nerja, le dejó ver varios apartamentos dentro del mismo edificio que tenía una excelente ubicación para Elaine y que, además, la relación precio-vivienda le parecía que estaba muy bien para ella y su nueva condición económica.

Muy cercano al ayuntamiento de Nerja y a unos cientos de metros de la playa, decidió reservarse el apartamento que tenía dos habitaciones, dos baños y estaba parcialmente amueblado, lo que le permitiría ahorrar dinero.

No tenía hermosas vistas desde su piso, pero podía subir a la zona común en donde estaba la piscina y tendría las vistas privilegiadas de la zona.

O simplemente salía de casa y daba un paseo por el Balcón de Europa si lo que necesitaba era tener una gran vista.

Sonrió sintiéndose llena de adrenalina cuando cerraron el trato ella y el agente.

El hombre le entregó las llaves y le comentó en dónde podría comprar cosas de casa en caso de que necesitara. La tienda de cosas para el hogar le quedaba a un poco más de una hora, no le importaba, valía la pena el paseo.

Llamaría a un Uber y se llevaría con ella a María del Mar porque no tenía idea de todo lo que necesitaría para poder abastecer y hacer comfortable su nuevo hogar.

Le hizo fotos al lugar y creó un nuevo álbum destacado de sus stories al que llamó: Hogar dulce hogar.

Compraría lo necesario y se permitiría comprar alguna que otra cosa para decorar la vivienda a su gusto.

Y flores, naturales. De muchos colores.

Antes de emprender el camino de regreso a su actual casa, hizo una parada en la heladería que más le gustaba de las que había ya probado por la zona y sin importar que aún no fuese el mediodía y apenas recordando que su estómago estaba vacío porque salió sin desayunar, se compró una barquilla de tres bolas que combinó mezclando sabores como Rocher, Kinder y Nutella.

Se sentó en los escalones de la plaza del Balcón y lloró de alegría mientras se comía el helado para celebrar que estaba en la dirección correcta.

Lo iba a lograr.

Ya tenía casa y saldría adelante.

\*\*\*

Elaine regresó agotada a la propiedad de los Gordon.

Llevaba también un poco de frustración porque, entre las publicaciones que hizo ese día con respecto a su nuevo hogar, recibió una serie de mensajes por parte de Poppy Gordon en los que la mujer le expresaba la envidia auténtica que le tenía y la rabia de que su hermano le hubiese ayudado prestándole una de las propiedades del patrimonio.

En donde, por supuesto, una Daniels no tenía entrada.

Ella no quiso responderle, sin embargo, cuando llamó a Ilona para pedirle consejos de compras para el hogar porque no consiguió a María del Mar por ningún lado, su amiga del alma le dijo que tanto ella como varios de sus más fieles seguidores habían puesto a Poppy en su lugar, esta parecía no darse por vencida y continuó con el ataque.

«Déjala» fue lo único que le mencionó Elaine a Ilona y luego le cambió de tema sumergiéndose en conversaciones placenteras para la joven aristócrata sobre sus nuevos artículos de hogar.

Ilona le recomendó algunas tiendas online, sin embargo, a través de una vídeo llamada, le dio consejos interesantes sobre el uso de algunas cosas y le dio una lista rápida de básicos para el hogar.

Elaine disfrutó la compra más que cualquier otra que hubiera hecho en su vida.

Estaba invirtiendo en su futuro y le agradaba cómo sonaba eso.

La mayor parte de las cosas se las harían llegar al siguiente día a la dirección que había dejado.

Todo iba bien, pensaba en firmar el inmueble al día siguiente e ir equipando con el pasar de los días, quizá con la ayuda de María del Mar si es que lograba conseguirla; pero a media tarde,

recibió un mensaje privado de Poppy que le cortó la inspiración y le sembró la frustración de forma automática.

Pensó en responderle y bloquearla, pero ella se consideraba mejor persona y más inteligente por lo cual aunque en su interior estaba molesta por no poder llevar a cabo sus planes como lo quería, no se lo expresó a Poppy.

Otra vez se recordó que para pelear hacían falta dos, lo había aprendido en casa a temprana edad cuando su madre buscaba hacerle la vida miserable a ella y a su abuela quien siempre le aseguraba que lo más inteligente era no discutir porque las discusiones se veían muy mal y más cuando se daban en público.

Como era el caso.

En el mensaje, Poppy le dijo que su hermano, Pierce, estaba próximo a subirse a un vuelo para ir a España a sacarla de la propiedad de ellos de la que Elaine «supuestamente» quería adueñarse. Le insinuó que sabía muy bien cuáles eran sus intenciones porque era una Daniels y nada bueno podía esperarse de ella y de su familia.

Aquello le enfureció, no porque Poppy le estuviese llamando oportunista, no, le enfureció porque odiaba que la compararan con el resto de su familia porque no se parecía en nada a ellos y le enfureció también porque debía acelerar su salida de la casa de los Gordon para no seguir levantando los mismos pensamientos que tenía Poppy.

Dudaba que Pierce Gordon estuviera cercano a echarla de la casa, pero tampoco lo conocía y no sabía si de pronto le parecía un abuso de su parte haberse quedado allí por varias semanas considerando adecuado ponerle un punto y final a aquel favor que le ofreció por lo que debían ser solo unos días.

Dejó las bolsas en el salón, María del Mar le observaba con tristeza.

Se sonrieron.

—Pensé que no te vería ahora.

—Estuve arreglando algunas cosas. Vamos a cocinar. Ven.

Como cualquier otra tarde, se pusieron manos a la obra para preparar algo ligero de cena y esta vez, Elaine le pidió que comiera con ella, María del Mar se negó aunque aceptó acompañarla a la mesa.

Ese día, Elaine se sentía analizada de una manera diferente por parte de la criada.

Casi no hablaba, estaba pensativa y la nostalgia no se borraba de su mirada.

—¿Por qué tan callada hoy?

—Pensé que te quedarías más tiempo.

—Yo también. Me gusta cuando nos sentamos a conversar así y voy a extrañarlo. Estos días me has recordado mucho a mi abuela y lo bien que me sentía hablar con ella de cualquier cosa durante horas.

María del Mar le sonrió complacida.

—¿Cuál es tu historia, Elaine? Nunca me has contado con detalle por qué estás en Nerja. Puedo intuir que escapas de tu familia...

Elaine sonrió a medias y se sentó en una de las sillas del comedor después de servirse una copa de vino.

La criada la veía desde la encimera de la cocina mientras recogía y dejaba todo en orden.

Después de tantas cosas que le contó esa mujer acerca de la región y todo lo que le ayudó a enriquecer su blog y así ayudarle a crecer económicamente en poco tiempo, decidió que era justo con ella hablarle de su infancia en Blaston House y de su vida junto a su abuela.

Además, la extrañaba muchísimo y le vendría bien recordarla.

Empezó contando sus años como niña aristocrática. Sus estudios en Mayfield School considerado uno de los mejores internados de niñas al norte del país en donde descubrió que era buena en el ballet clásico y el teatro. Fue la primera vez en su vida que le confesó a un extraño que quizá si hubiera nacido en otra familia, habría sido bailarina de ballet o actriz.

Ahí entendió que su vida siempre estaría unida a lo sencillo, a lo espontáneo a lo creativo.

Y fue cuando empezaron los problemas en casa debido a su comportamiento considerado bohemio y poco digno de su estatus social.

—Cuando salí del internado, mi familia esperaba grandes cosas de mí. Mi padre quería una abogada en la familia que llegara a ser parte importante del sistema judicial inglés, pero yo no quería eso.

—¿Qué querías?

—Viajar, recorrer el mundo, descubrir lugares y contárselo a la gente de alguna manera.

Entonces le contó cómo nació su blog, el éxito que tuvo; que siempre mantuvo el apoyo incondicional de su abuela y todo el rechazo que empezó a vivir por parte de su familia cuando anunció que estudiaría Marketing en Derby porque Ella Daniels estaba dispuesta a ayudarla.

—Mi madre y mi padre casi dejaron de hablarle a la abuela —Elaine vio a la criada, le sonrió a medias—. A veces me sentía culpable de que la abuela no pudiera disfrutar de su hijo por mi culpa.

—No creo que debas culparte por una decisión que asumió tu padre y que tu madre no le aconsejó de la manera adecuada.

—Lo mismo decía la abuela.

—Por todo lo que me has contado de ella, siento que era una buena mujer.

—La mejor.

—¿La extrañas?

Elaine asintió tragando fuerte para enviar al estómago la bola de lágrimas que se formaba en su garganta.

La mujer vio a Elaine pensativa.

—No te pareces en nada a ellos.

—No. Eso también lo decía la abuela. De hecho, ella siempre decía que mi padre parecía la reencarnación de Constance Daniels. Un antepasado familiar que al parecer no tenía límites. Una mujer tan macabra como hermosa. Encima de la chimenea de Blaston House hay todavía un retrato de ella y desde pequeña me da pánico verle a los ojos porque parece que el artista logró plasmar con exactitud la maldad y la codicia que había en ella —vio a la criada que lucía consternada—. No habría querido conocerla en persona.

—Una mujer de temer.

Elaine la vio con duda.

—¿Sabes de ella?

La criada asintió.

—¿No sabes la historias de los amantes fugitivos? ¿Entre los Gordon y los Daniels?

—Un poco ¿Cómo es que sabes de ellos?

—Cosas que uno escucha entre las paredes —sonrió divertida a Elaine dándole crédito a la mala fama de la servidumbre de escuchar detrás de las puertas.

—En casa no se habla mucho de eso porque es como si se estuviese invocando al mismísimo demonio. ¿Puedes creer que dentro de los estatutos del patrimonio hay uno que dice que no podemos tener ningún trato con ningún Gordon porque podríamos ser desterrados?

La criada la vio con indignación.

—No me sorprende. Yo me sé la historia de los amantes. ¿La quieres escuchar?

Elaine arrimó su silla y la vio con emoción.

—Por supuesto, nada me gustaría más.

\*\*\*

La mujer se dedicó a contarle a Elaine una historia de amor por la cual la chica se sintió atraída al momento. No tenía nada que ver con lo que su abuela le contó.

En el momento en el que la criada empezó a hablar, Elaine fue absorbida por un momento único en el que su atención se concentraba en la mujer que hablaba de forma pausada y le iba narrando una historia que Elaine podía casi sentir en carne propia.

Era tan real la manera en la que María del Mar describía paisajes, momentos, miradas, caricias, besos, que la joven aristócrata podía recrear cada instante narrado en su cabeza casi como si estuviera viendo una película.

Y a pesar de parecer tan real aquella historia que empezaban a escuchar sus oídos, también era tan ajena a lo que ella conocía como la historia de los amantes fugitivos.

Desde tiempos remotos, dentro de los Daniels se contaba que en el siglo XVII después de la muerte de August, Duque de Lanhill, su primogénito tuvo que emprender un viaje a España para cumplir con compromisos sociales que no podían obviarse. En el viaje conoció a una mujer que según la historia, se le había metido por los ojos con la intención de dominarlo y hacerse dueña y señora del ducado en su momento.

Poco fue lo que pudieron hacer para intentar que August viera las verdaderas intenciones de esa mujer hasta que, un buen día, la suerte entró a favor de ellos dejando al descubierto que estaba dispuesta a acostarse con cuanto hombre se le pasara al frente incluso estando bajo el mismo techo del hombre que habría dado su vida hipnotizado por ella.

Por ello cuando fue descubierta, fue enviada de inmediato a la propiedad de los Gordon con su amante y se les declaró la guerra social a la familia por haber faltado el respeto a la buena fe y confianza que se le dio a George Gordon, hijo del duque de Bulwick Patrick I, quedando así desde ese momento establecido que nadie de la familia Daniels ni sus empleados podrían mantener algún tipo de relación con cualquiera de los integrantes de la familia Gordon o personas cercanas a ellos y fue cuando se creó el estatuto del destierro, entre otras cosas, para el que se le ocurriese saltarse la regla más importante del ducado.

También, desde ese momento, estaba bien visto y aceptado como algo respetable el hacerle la vida miserable a los Gordon tanto en los negocios como en la parte social dejándoles en ridículo en muchas ocasiones y quitándoles de las manos negocios que pensaban que ya habían cerrado de palabra.

Unas generaciones se ensañaban más que otras, todo dependía de la forma en la que criaban al duque de turno.

Aunque aquello no era garantía de nada porque el duque August Anthony VI, abuelo de Elaine, fue un hombre pacifista que quería hacer cambios en el ducado con respecto a los Gordon pero su forma de ser metódica y tranquila siempre le hacía darle vueltas a una idea durante mucho tiempo antes de que por fin la llevara a cabo y la muerte lo sorprendió antes de tomar una decisión al respecto.

Se suponía que Lawrence VII su hijo y padre de Elaine, debía continuar con esa idea, fue criado con ella, sin embargo, la personalidad del actual Duque le hacía distar mucho de los pensamientos de su difunto padre.

La criada contaba una historia tan diferente.

Tan romántica.

Una chica de la que el antepasado del Elaine, el August del siglo XVII se enamoró profundamente a pesar de que eran de diferentes clases sociales.

Elaine prestaba atención al relato sin pestañeo.

—August enamoró a la chica con su caballerosidad —la mujer bajó la mirada—. Nunca le habían respetado de la manera en la que él lo hizo. Nunca un hombre la valoró como mujer y como ser humano y no la veía como a un objeto del cual podía aprovecharse, con el que satisfacer una necesidad y ya.

Elaine podía imaginarse cómo eran las cosas en esa época. Había leído relatos muy crueles llevados a cabo por su propia familia o cualquier otro miembro de la aristocracia.

Se creían superiores. «Aun se creen» rectificó mentalmente.

—No tardaron en fundirse en cuerpo y alma —la vio interrogante preguntándose si le había entendido y Elaine asintió entendiendo que August y la chica tuvieron sexo—. Y él decidió llevarla a su tierra, a su casa y hacerla su esposa.

«Y fue cuando empezaron los problemas» dedujo Elaine que ya sabía cómo era que funcionaban las cosas en su clase social sin importar la época en la que se encontrara.

—El viaje a Inglaterra fue muy diferente a lo que la chica que acompañaba a August pensó que sería. Se imaginaba un barco hermoso, brillante, limpio y la realidad era que lo único que reinaba en ese lugar era la mugre, los malos olores y hombres que parecían haber salido de una maldita pesadilla.

Elaine vio como la mujer intentaba medir sus siguientes palabras.

—Londres fue maravilloso para ella. Empezaba a vivir una vida que muchas soñarían pero ella quería hacerlo bien, quería formar parte de ellos y hacer sentir orgulloso a August. Que le aseguraba que nada tenía que hacer porque él ya estaba orgulloso de ella —La mujer clavó la vista en el exterior, a través del cristal que ella misma dejó tan limpio que podría traspasarse pensando que la ventana estaba abierta—. Una vez que llegaron a la mansión, todo cambió para ambos.

—Constance, la madre de August —a partir de ahí Elaine conocía la historia que le había contado su abuela.

La mujer frente a ella asintió.

—Una mujer cruel, de doble cara —la criada empezó a hablar entre dientes con odio y rencor—. Desde que la chica llegó allí no hizo más que tratarla con odio y asco. Mientras estaba frente a August el trato que le daba era sin interés y August le decía que así era su madre y que se le pasaría eventualmente. La chica por poco se confía y le cree cuando la crueldad de esa mujer le llevó a exponerla ante otras señoritas de su abolengo que quizá sí hubieran sido las candidatas perfectas para que su hijo eligiera una esposa entre ellas —hizo una pausa bajando la mirada de nuevo—. Muy cruel. Llegó un momento en el que pensó que era mejor regresar a Madrid con su familia pero la manera en la que se fugó con August no le serviría para volver con arrepentimiento. La patrona de casa y amiga de la Madre de August, no la recibiría y echaría a su familia también dejándolos sin trabajo.

Elaine pensó en lo dura que fue esa época para las mujeres como esa chica que se enamoró del hombre equivocado.

—Un día, una tormenta cayó sobre la zona dejando en calidad de huésped a George Gordon en la propiedad de los Daniels porque el hombre venía a negociar algunas cosas con ellos. La cena ese día ocurrió en calma y con una amabilidad para la chica que le hizo pensar que finalmente

estaba siendo aceptada por su futura suegra —la mujer clavó la vista en Elaine haciéndole sentir un escalofrío en el cuerpo—. No podía estar más equivocada. Aquella noche fue cuando encontraron a la chica en la cama de George, desnuda, con la cabeza llena de dudas y fue cuando su vida y la de August, quedaron rotas para siempre.

—¿Cuál era su nombre? —Elaine se percató de que no conocía el nombre de la chica ni siquiera en los relatos de su abuela.

La mujer la vio con nostalgia.

—Alma.

—¿Cómo ocurrió?

La criada negó con la cabeza.

—Qué más da cómo haya ocurrido, de seguro que la madre de August tuvo mucho que ver en eso. En cuanto August los descubrió les echó de la casa y George se hizo responsable de ella en todo momento.

—Un caballero —comentó Elaine y no pudo evitar pensar en Pierce.

—El mejor caballero que ella haya podido conocer, milady —Elaine sonrió pensando que nunca dejaría de llamarla así—. Cuenta la historia que Alma estaba aterrada por su destino y por lo que podría ocurrirle a sus padres aunque estuvieran en otro país, temía que sus vidas se vieran afectadas por su desgracia. Salió de Blaston House para ir directo al castillo de Hartington. Propiedad de los Gordon.

—Todavía lo es.

La mujer le sonrió.

—Lo sé —Elaine se reprochó su comentario tonto teniendo en cuenta de que aquella mujer trabajaba para esa familia—. Los Gordon no parecían una familia feliz, quedaba claro que entre Lady Diane y Lord Bulwick no había buenas relaciones matrimoniales, eso no le impedía ser amables entre ellos y con los otros. Con sus hijos. Aunque con George, el duque fue un poco duro pero se entendía que era porque lo único que deseaba era protegerle.

—¿De qué?

—En ese momento Alma no lo sabía y George no tardó mucho en confesárselo para que no se hiciera falsas ilusiones. George se sentía mejor en compañía de los hombres que de las mujeres.

—En esa época eso era causa de pena de muerte.

—Y de las peores, milady. Porque era considerado un acto antinatural, impúdico —la vio con cansancio—. Y solo era amor.

Elaine entendió bien aquella expresión y sintió pena, una inmensa y profunda pena por la represión y barbarie que sufrieron mucho y que aun, en cierto modo, sufrían; a pesar de estar en tiempos muy modernos.

—El duque de Bulwick les organizó un viaje a España, se suponía que volverían con los padres de Alma pero ella les imploró por no hacerle regresar allí porque no deseaba ponerles en peligro a ellos. La situación con George era muy grave y debían salir de allí cuanto antes. George se negaba a irse y dejar al hombre con el que su madre le encontró —Elaine se llevó una mano al pecho porque entendía la gravedad de todo—. Llegó a un acuerdo con su padre de cuidar de Alma como si fuera su esposa ante los ojos de otros para no hacer caer en desgracia ni a los Gordon ni a Alma que había sido tan comprensiva con él y su secreto; todo a cambio de que el hombre que él amaba fuese puesto en libertad y se le permitiese llevarlo con ellos en calidad de mozo.

—Estaba enamorado.

—Lo estaba. El duque aceptó, no muy contento porque temía que pudiera fallar algo y que les descubrieran, sin embargo, confió y aceptó. Así que el viaje de regreso a España fue apresurado,

poco planificado; tenían dinero para mantenerse durante un tiempo. Además, parecía que no era la primera vez que George visitaba el país y conocía a algunas personas que podrían ayudarles a pasar desapercibidos.

La criada hizo una pausa.

—Entraron al país desde el norte y emprendieron un viaje por tierra hasta Madrid en donde se instalaron durante un tiempo. Se habituaron pronto a esa nueva vida, e intentaron dejar a un lado quienes eran ellos realmente. George quería desaparecer por completo. Quería ser libre.

«Como yo» pensó Elaine. Parecía que muchos de los de su clase escogían ese hermoso lugar en el mundo para vivir en libertad. Se sintió una vez más en el sitio y momentos perfectos.

—¿Qué hicieron? —preguntó con interés a la criada.

El móvil de Elaine sonó y se disculpó porque debía atender la llamada.

—¿Cómo te fue con la compra? —Ilona dejaba salir su natural curiosidad.

—Fabulosa.

—Comprar sube la serotonina.

Ambas mujeres rieron.

—Estuve hablando con mi padre y me recomendó que incorporara la marca dentro de alguna revista de moda famosa —Ilona suspiró con nerviosismo—. Implica una fuerte inversión que estoy dispuesta a asumir porque las ventas han aumentado. Estamos hablando de mucho dinero para ocupar la contratapa de importantes revistas dentro del mundo de la moda.

La joven le hizo señas a la criada para que la disculpara porque no podía cortar a su amiga en ese momento. Sentía que la necesitaba. La mujer asintió con pesar y se puso a terminar de organizar la cocina mientras Elaine salía a la terraza para conversar con su amiga en privacidad.

Elaine sabía que el dinero no era un problema en la vida de Ilona, su padre podría dárselo pero ella se negaba a que su padre le ayudara con nada que no fuera conocimiento.

Para iniciar el negocio que hoy en día tenía, había solicitado un crédito al banco. Su padre se enfureció al momento y luego la felicitó por haber resuelto por cuenta propia y con mucha responsabilidad un asunto financiero.

El mayor problema con respecto al aumento de las ventas y de la publicidad en la revista era que la producción de joyas subiría e Ilona no se daría abasto.

—Tendrás que expandir tu taller, no vas a poder sola...

—Lo sé —interrumpió cortante. Elaine sonrió porque sabía que esa reacción era una respuesta automática debido a los nervios que aquella idea le producía a Ilona. Y era normal, la entendía—. Me aterra.

—Vas a poder con todo, siempre lo has hecho y sabías desde hace unos meses que te tocaría expandir. Empieza tu proceso de selección pronto para que luego no tengas que correr.

Ilona se desinfló al otro lado del teléfono.

—Me haces mucha falta.

—Y tú a mí. ¿Por qué no vienes unos días y así me ayudas con el apartamento? Estoy pensando en marcharme mañana mismo.

—¿Por qué tan pronto? Pensé que te tomarías unos días antes de hacerlo.

—No puedo —Elaine le contó todo acerca del mensaje privado de Poppy—. No quiero que Pierce llegue y me eche.

—¿Tú crees que lo haría? A mi ese hombre me parece tan correcto que debe ser mortalmente aburrido.

—Yo tampoco creo que lo haga pero no quiero quedarme a probar. A mi ánimo no le vendría nada bien.



—Estás deprimida.

—No, sin embargo, no consigo enfocarme en las cosas que quiero hacer. Todo lo pospongo.

Ahora fue Elaine la que se desinfló.

—Quizá me vendría bien visitarte —ambas sonrieron con ilusión—. Así podríamos coordinar una buena sesión de fotos para hacer esa campaña que enviaré a la revista. Qué nervios nada más de pensarlo.

Elaine sonrió en grande.

—Iré buscando fotografías buenos en la zona.

—No. Sabes que soy muy controladora con esto. Lo llevaré yo desde aquí. Mañana empezaré a coordinar todo y te avisaré cuando tenga todo listo.

—No tardes.

—No lo haré. Necesito sol. El maldito clima de esta ciudad me vuelve loca.

—Amas Londres.

—Y el sol.

Ambas rieron divertidas y luego de despedirse, colgaron.

Elaine respiró profundo sintiendo el olor del mar llenar sus fosas nasales. La brisa soplaba fresca en el exterior.

Cerró los ojos e intentó relajarse.

Cuando los abrió de nuevo, le pareció ver a María del Mar al final del jardín, entre los árboles.

Había olvidado que la mujer le esperaba en la cocina y era tarde para que ella estuviese allí, solía irse mucho más temprano pero con la conversación que tenían...

Suspiró profundo.

Se levantó y entró en la casa.

Quería saber más de la historia que la criada le contaba; no sería posible esa noche.

«Tampoco en los siguientes días» pensó Elaine porque ya había tomado la decisión de marcharse muy temprano al día siguiente dejándole una nota a la mujer, indicándole que volvería para terminar la historia que dejaron pendiente esa noche.

## Capítulo 7

Pierce subió a un avión en Londres decidido a cumplir con la promesa que le hizo a su abuelo cuando aún era un joven adolescente y que pensó que no llevaría a cabo por el matrimonio con Nath.

No le comunicó a nadie en casa sus verdaderas intenciones. Solo dijo que quería salir de la ciudad por un tiempo indefinido y le pidió a su padre que se mantuvieran en contacto por los negocios del patrimonio.

Pierce quería relajarse por completo mas su sentido de la responsabilidad se lo impedía. Además, no sabía con lo que se iba a encontrar en esa aventura en la que se estaba embarcando porque su abuelo aseguraba que existía una historia oculta detrás de lo que se sabía de los amantes fugitivos pero ¿quién podía saber si las intuiciones de su abuelo eran reales?

Tal vez llegaba al sur de España y solo encontraba una casa.

Necesitaba mantenerse ocupado en otras cosas que no fueran los amantes o pensar en Nathalie que, al parecer, no quería salirse de su cabeza.

Seguía pensando en ella con añoranza y sintiendo un vacío enorme cada vez que su cerebro evocaba la imagen de la chica.

Suponía que era lo normal. No quería obsesionarse con el porqué de sus pensamientos o el porqué de sus sentimientos todavía hacia ella.

Su idea inicial había sido llegar a España y hacerle una visita al abogado para preguntarle por el estatus actual de la casa de los amantes. Además, necesitaba saber si Elaine estaba allí aun porque no quería aparecer de sorpresa y hacerle sentir que la estaba echando.

Sin embargo, cuando aterrizó en Málaga, tuvo la necesidad imperiosa de hacer algo que nunca antes hizo en su vida: dejar todo a un lado por algunos días y vivir algo totalmente improvisado.

Si se quedaba mucho tiempo analizando los pros y los contras de la improvisación, acabaría por no hacerlo; por ello, en cuanto apareció su equipaje en la banda del aeropuerto, lo tomó y salió directo a la tienda de alquiler de coches para rentar uno y marcharse a recorrer varios lugares del sur.

No sabía a donde quería ir pero lo averiguaría mientras estuviese rodando en la autovía.

No tenía prisas, ni compromisos con nadie. Así que se lo tomaría con calma total y disfrutaría de hacer algo diferente por primera vez en toda su existencia.

Sintió ansiedad y emoción. Cosas que pocas veces dominaban a Pierce.

Su sentido de la responsabilidad era tan estricto que suprimía la parte emocionante de la vida con sus listas interminables de tareas pendientes y una agenda que se negaba a soltar.

Al subirse en el coche lo primero que pensó era que debía colocarse alguna vestimenta menos calurosa que la que llevaba puesta.

A pesar de que aún no llegaba el verano el clima era caliente en esa zona y el sol, una maravilla.

Le gustaba la sensación de los rayos penetrándole la piel incluso cuando empezaba a maldecir por el calor que sentía.

Condujo un buen rato antes de darse cuenta de que iba hacia Marbella. Un lugar que no olvidaría jamás de sus viajes con la familia cuando visitaban la misma costa por alguna invitación de sus iguales en España.

Se hospedaría en algún hotel por unos días y trataría de buscar un poco de paz interior allí, bajo el sol, junto al mar.

Sonrió. Con sinceridad, sonrió.

Tenía semanas sin sonreír de esa manera y se sintió cómodo con la sensación que se instaló en su cuerpo después de esa sonrisa.

Parecía que había tomado una buena decisión.

Tendría el tiempo para él que tanto necesitaba y luego iría a cumplir con su promesa.

\*\*\*

Elaine se colocó las manos en la cintura observando complacida a su alrededor.

Sonrió.

No podía sentirse más orgullosa de ella misma ese día por lo que hizo en el lugar en el que viviría el próximo año.

Consiguió abrir huecos en paredes, clavar clavos, instalar lámparas, colgar algunos cuadros y hasta vestir una cama de manera correcta en su nuevo hogar.

Hogar.

Sonrió de nuevo pensando en eso mientras le tomaba fotos al espacio.

Estaba documentando su mudanza para luego narrar su experiencia en el blog.

Ilona le recomendó algunos tutoriales en YouTube para poder hacer todo lo que necesitaba. No le fue difícil aunque admitía que por poco ocurre un accidente cuando accionó el taladro. Aun no sabía si el ruido o la vibración imprevista en su mano fue lo que le asustó y lo que le hizo soltar la herramienta de golpe cayendo esta, muy, muy, cerca de su pie derecho poniéndolo en peligro.

Por fortuna, no ocurrió nada y empezó a ser más precavida.

Con el martillo no tuvo la misma suerte y consiguió pillarse un dedo sin mayores daños que el golpe del momento más un impropio que salió de su boca y por el que su madre se hubiese sentido muy decepcionada de ella.

Bufó.

Decepcionada se había sentido su madre siempre. Si no era por sus hijos, era por el matrimonio y si no, por cualquier otra cosa. Porque nunca estaba conforme con nada.

Pobre. Debía ser terrible vivir así cada día de tu vida.

No era momento para arruinar sus victorias y pasos importantes con recuerdos de su familia que siempre oscurecían todo.

Ella estaba a miles de kilómetros de distancia y debía concentrarse en su vida, no en la de ellos.

Ya no compartía nada con ellos porque, a esas alturas, estaba segura de que su padre estaría en conversaciones de desheredarla del patrimonio.

Le daba igual también.

Recordó las cosas que dejó en el sótano de Blaston House y que le gustaría recuperar en algún momento más por el valor sentimental que material que podían tener.

Ya buscaría la manera de hacerlo, más adelante le pediría ayuda a Maxwell.

Recordó que le prometió que en cuanto consiguiera un apartamento, le llamaría.

«No ahora, Elaine» pensó, mejor sería hacerlo en otro momento.

Ilona le escribió un mensaje felicitándola por lo bien que le había quedado todo.

Chatearon algunos minutos y luego Elaine se dijo que debía darse una recompensa.

El sol brillaba en el cielo y el calor estaba por hacerse insoportable.

Todavía no sabía cómo iba a manejar el verano en aquel lugar porque esperaban temperaturas cercanas a los 50 grados centígrados ese año.

Nada más de pensarlo ya se deshidrató.

Tenía que hacer algunas compras en el supermercado pero antes iría a la playa y se quedaría allí leyendo el resto de la tarde.

Luego iría a hacer la compra y se prepararía una deliciosa cena.

Pensó en María del Mar, se reprochó por no haber pasado en esos días a verla. Desde la mañana en la que se marchó no había vuelto a saber de ella a pesar de que le dejara sus datos de contacto para que pasara por su casa a visitarla.

Tal vez estaba enfadada porque se fue sin despedirse y porque no regresó como le prometió para seguir con la conversación que tenían de los amantes fugitivos.

No le gustaba pensar que esa buena mujer estuviese enfadada con ella, además, sabía que la forma en la que salió de la propiedad de los Gordon; sin despedirse, eso no estuvo bien.

No después de lo buena que fue María del Mar con ella.

Se lo debía. Volvería a visitarla esa misma semana.

\*\*\*

Pierce accedió a la propiedad que pertenecía al patrimonio varios días después de que llegara a la Costa del Sol.

Estuvo recorriendo Marbella, Puerto Banús; hizo algunas visitas a amigos de la familia que tenía mucho tiempo sin ver porque se instalaron en ese lugar y pasó varios días en Málaga conociendo la ciudad por su cuenta.

Estuvo en la zona con Nathalie alguna vez, pero quiso recorrer otra vez el centro para descubrir algo nuevo o simplemente para recordar un pasado que aun dolía.

No tenía clara su intención de volver a ese sitio y seguía sin querer obsesionarse aunque empezaba a preocuparle que su cerebro no dejara a un lado a Nathalie.

Hacía dos noches se hundió por segunda vez en el alcohol y pensó en ella sin control dejando salir la tristeza una vez más. Pensando en si estaría bien, si sería feliz.

Quizá se arrepentía de lo que hizo y...

Entonces recordaba que lo engañó desde mucho tiempo antes de la boda y se sacudía sus intenciones de tener un contacto de nuevo con ella. De darle otra oportunidad si la tuviera en frente.

Tenía que aprender a manejar aquel sentimiento que lo dominaba de vez en cuando porque no podía pasarse la vida llorando por ella y mucho menos, pensando en regresar con ella.

Sentía que aún la quería.

Se preguntaba cuándo dejaría de hacerlo.

Y entre preguntas y recuerdos recorrió varios lugares más, teniendo presente solo algunos sitios que eran difíciles de obviar como la imponente catedral en el centro histórico de Málaga a la cual llamaban La Manquita porque una de sus torres no llegó a construirse por completo.

No entró al templo; desde el exterior podía deducir cómo sería el interior de la misma.

La visita a la casa natal de Pablo Picasso también la tenía fresca en la memoria.

Pero contaba con varias lagunas sobre sus recorridos hasta llegar a la propiedad del

patrimonio y ver al abogado encargado de entregarle las llaves según acordara esa misma mañana con el bufete que llevaba las cosas de la familia en España.

Le había llamado para detener cualquier acción de compra-venta con ese inmueble hasta nuevo aviso y también porque quería saber si Elaine aún estaba allí.

Al saber que no, pidió que le entregaran las llaves de la propiedad al finalizar la tarde.

Tal como lo hacían en el momento.

—Está todo en orden dentro, señor.

—Gracias, Jiménez.

—Por fin conseguimos a alguien para la limpieza. No teníamos personal disponible y eso fue lo único que no pudimos proporcionarle a su invitada mientras estuvo aquí hospedada —Pierce lo vio con mala cara. Habría querido hacer sentir cómoda a Elaine—. Lo sentimos, señor, esta época empieza la temporada alta en la zona y es difícil encontrar personal. Vendrán cada día dos personas para encargarse del jardín y la limpieza respectivamente. Tienen llaves propias y saben que no deben sentirse dentro de la propiedad. Estarán aquí un par de horas cada mañana.

Pierce no dijo nada sobre el no haber hecho un esfuerzo mayor por darle a Elaine más comodidad porque no tenía ganas de entrar en discusiones, estaba muy claro que él no estaba de acuerdo con ese razonamiento.

Siempre se podía encontrar personal. Mucha gente había en la calle pasando trabajo dispuestos a tener una forma honrada de ganarse la vida.

Ya lo hablaría con el dueño del bufete que era amigo de la familia.

Y buscaría la forma de disculparse con Elaine.

—Muchas gracias, le haré saber si necesito algo más.

Se despidieron y Pierce entró en la propiedad.

La primera sensación que tuvo estando allí fue como si estuviera haciendo un viaje al pasado.

La casa, sencilla, sólida y hasta hermosa, era un reflejo de lo que fueron las construcciones del siglo XVII en la zona.

Paredes blancas, arcos, muchas ventanas por las cuales pasaba la luz natural.

Se veía en dónde remodelaron por completo y en dónde solo hicieron los arreglos necesarios dejando piezas originales para darle un toque a la casa entre nuevo y antiguo.

Se respiraba paz ahí dentro, le gustó la sensación de tranquilidad.

El jardín, necesitaba mejor cuidado, en nada se parecía al jardín del castillo pero para esa humilde casa, estaba bien.

Limoneros. La decena de plantas en ese descuidado jardín era de limoneros y estaban cargados con unos frutos redondos y grandes como bolas de béisbol.

Sería divertido recogerlos y hacerse una limonada fresca.

Pierce, de pequeño, en sus exploraciones por el castillo, conseguía escabullirse en la cocina y colaboraba en la preparación de ciertos alimentos. A veces, Kristen le acompañaba y se divertían mucho cocinando pastelillos o galletas con el chef encargado de alimentar a la familia entera.

Agradecía que su madre nunca les hubiera regañado por hacer eso, sus conocimientos culinarios y la atracción que siempre sintió por la cocina le sirvió en varias oportunidades en la vida.

Bufó negando con la cabeza recordando que esas oportunidades fueron solo para lucirse frente a Nathalie mientras la conquistaba.

Del resto, no había tenido necesidad de pisar una cocina para poder alimentarse ya que todo se lo servían y en el castillo siempre había alguien que podía encargarse de esas tareas.

Ahora tenía una cocina toda para él. Le emocionó saber que podría experimentar sin que

tuviera a alguien al lado recogiendo las cosas o limpiando lo que él iba dejando sucio.

Abrió la nevera y la encontró vacía. Necesitaba hacer una buena compra.

Eso hizo rugir a su estómago haciendo recordar que no había comido nada desde el desayuno que lo había hecho tarde.

Terminó de recorrer la propiedad viendo que la habitación principal tenía una buena cama y vista al jardín. Le habría gustado más que tuviera una gran vista al mar, entendía que en el siglo en el que la casa fue construida era mejor no vivir tan cerca del mar, sobre todo en esa zona que sufrió ataques e invasión extranjera.

Dejó su equipaje en la habitación, entró al baño para refrescarse un poco y cuando salió al salón de nuevo se fijó en que sobre la encimera de la cocina, había una nota.

Frunció el ceño porque la encimera estaba reluciente, libre de adornos y electrodomésticos, habría notado el trozo de papel a su llegada.

No estaba allí y podía jurarlo.

Se acercó para leerlo.

“Querida María del Mar:

Lamento irme de esta manera, por razones que te explicaré luego, debo salir de esta casa pronto. No quiero un enfrentamiento con los Gordon.

Espero que sepas entenderme y disculparme. Vendré a visitarte pronto, tenemos pendiente la historia que me estabas contando.

Muchas gracias por todo,

Elaine Daniels”

De pronto, a Pierce lo abordaron varias interrogantes.

¿Quién era María del Mar y por qué Elaine le dejaba una nota dentro de la casa?

¿De dónde había salido la nota?

La que más le preocupaba y que desplazó a todas las demás era por qué Elaine salió de allí con prisas para evitar un enfrentamiento con su familia.

¿De dónde sacaba esa mujer que podía haber un enfrentamiento con ella por permanecer en la casa?

Los datos de Elaine estaban en la misma nota, pensó en llamarla de inmediato para aclarar aquel enredo pero se detuvo cuando ya había marcado el primer número.

Acababa de llegar allí y no era el momento más adecuado para aclarar algo así.

Esperaría y pensaría en la forma correcta de acercarse a Elaine para dejar las cosas claras entre ellos.

\*\*\*

Dos días después, Pierce ya estaba acomodado en su hogar temporal y más o menos adaptado a lo que iba a ser su vida en las próximas semanas.

Debía reconocer que hacer las cosas por su cuenta quitaba demasiado tiempo; aunque de la limpieza y el lavado de su ropa no tenía que preocuparse porque, tal como le dijo el abogado, venía una mujer cada mañana a encargarse de eso.

Sin embargo, bajo esta experiencia, comprendió un poco a la gente normal que no cuenta con ayuda de ningún tipo para mantener en orden una casa, hacer comida a diario para alimentar a una familia, y atender al trabajo que genera ingresos.

Le hizo sentir admiración por los padres solteros que intentan sobrevivir en un mundo cada vez más acelerado que les exige tantas responsabilidades para sacar adelante a sus hijos.

Debía ser igual de fuerte la situación para hombres que para mujeres, sin duda la sociedad no le hacía las cosas fáciles a las mujeres, sin importar que fueran madres solteras o no, pero él quería pensar que para los hombres una paternidad en solitario, sin ayuda externa para cuidar de los niños, de la casa, teniendo que compartir momentos con ellos, enseñarles, y además, trabajar a tiempo completo o más para poder mantenerles, debía ser inmensa la presión.

Últimamente no dejaba de pensar en niños y en familias, tal vez era porque se había imaginado que pronto tendría una inmensa junto a Nathalie.

Le habrían gustado cuatro o cinco hijos.

Tenían el soporte económico, una mole como vivienda y unas ganas inmensas de ser padre.

Aquello ya no iba a pasar y Pierce volvía a sentirse decepcionado por todo lo que ocurrió.

El patio de la casa de los amantes era grande; y sofocado por el calor, pensó en que era una buena idea hacer algunas reformas a la propiedad para embellecer el jardín anexándole una piscina.

Esa mañana fue a la oficina del abogado con quien discutió todas las reformas que quería y le pidió que le pusiera en contacto con alguien que se encargara de eso.

Al salir de ahí, se quedó dando un paseo por los alrededores. Era casi la hora de almuerzo, estaba sediento y quería sentarse en algún lugar a repasar algunas de las cosas que le contó su abuelo sobre los amantes fugitivos para poder empezar su investigación la cual no tenía ni pies ni cabeza.

Estaba claro lo que su abuelo quería pero no el cómo Pierce iba a conseguir saber lo que en realidad ocurrió en esa casa en el siglo XVII porque no había nada que pudiera arrojarle alguna pista.

Nada.

Y dentro de la casa no había nada...

¿O sí?

Recordó que cuando se le hicieron ajustes a la casa, el abogado le comentó que algunas cosas del patrimonio estaban a buen resguardo dentro de la propiedad.

No era cosas de valor. Más bien, personales.

Pierce en ese momento no le prestó mayor atención. No le interesaba.

Tomó el teléfono y llamó al hombre.

—Jiménez, Pierce Gordon de nuevo —Jiménez le saludó elocuente con su voz de fumador empedernido y ese acento particular de la gente del sur estuviesen hablando en español o en cualquier otro idioma.

—¿Qué se le ofrece?

—Hace un tiempo me indicaste que algunos efectos personales del patrimonio estaban a resguardo, ¿en dónde están?

—En el sótano de la propiedad. Debajo de la cama de la habitación principal hay una trampilla que le lleva a un pequeño espacio bajo tierra el cual acondicionamos de manera adecuada para proteger de la humedad de la zona lo que estaba allí dentro. Son papeles y algunos retratos. Se los habría enviado pero usted no quiso y...

—No te preocupes, Jiménez. Solo quería saber la ubicación. Muchas gracias.

Se despidieron y colgaron.

Pierce sintió que había un rayo de luz con eso que acababa de decirle el abogado.

Quizá encontraría algo allí que le diera alguna pista sobre las sospechas de su abuelo.

¿De dónde sacaba su abuelo que la historia de los amantes no era lo que contaban?

¿Qué era lo que a él no le encajaba de aquel relato?

Y luego resopló pensando si de verdad habrían existido esos dos personajes o solo fue un invento de alguna de las dos familias para empezar con una absurda guerra de poder.

Negó con la cabeza mientras bebía de su cerveza helada que, a esas temperaturas ambientales, se le hacía súper refrescante.

El mesero le tomó la orden y se marchó, dejando a Pierce sumergido de nuevo en sus pensamientos.

Recordando que tenía que ofrecerle una disculpa a Elaine por no haber recibido un trato adecuado mientras fue su huésped en la misma casa que ahora él ocupaba.

Y recordó la nota que le dejó a María del Mar.

Nació la curiosidad en él de nuevo, se preguntó quién era Lady Elaine Daniels. Porque no parecía ser la misma mujer de la que hablaba la prensa o de la que hablaban los amigos que tenían en común.

Recordó que la chica era famosa por sus andanzas en las redes sociales. Cosa que a Pierce no le hacía gracia alguna porque para él, las redes sociales no era más que un criadero de víboras aunque tuviesen tanto valor comercial en los tiempos modernos.

Más allá de que podían ser una gran herramienta para los negocios, a Pierce le parecía que las redes sociales también creaban conflictos y mala imagen. Ya ni hablar de las cosas más abominables como los vídeos de actos terroristas o los retos absurdos que podían acabar en suicidio.

El *cyber bullying* y otras tantas cosas más negativas que le hacían pensar a Pierce que las redes sociales tenían más de negativo que de positivo.

Él las evitaba cuanto podía.

A diferencia de sus hermanas, que se empeñaban en compartir cada paso que daban a través de Instagram, Pierce se mantenía al margen.

No estaba de acuerdo con que sus hermanas lo usaran de una manera tan informal, a veces no daban buena imagen.

Hizo una mueca pensando en que las estaba metiendo a todas en el mismo paquete cuando en realidad, Kristen y Laurie compartían cosas de su día a día sin verse como un libro abierto, en cambio Poppy...

Dejaba mucho que desear de vez en cuando.

Poppy era el alma que parecía no tener reparo dentro de los Gordon.

Irreverente, altanera, caprichosa y manipuladora en exceso, además de holgazana y derrochadora como ninguna otra mujer en la familia.

Pierce solía pensar que quien se casara con Poppy tendría que poseer una fortuna como la de los Gordon para poder aguantar los excesivos gastos diarios que la chica producía.

No había manera de pararla y por supuesto, su padre, el duque, tampoco ayudaba porque no hacía más que decir que la chica aún era muy joven y que ya encontraría la madurez.

A su edad, sus hermanas no eran unas santas y tampoco se restringían en gastos pero al menos mostraban interés por ser alguien más que un integrante de la familia Gordon.

Poppy no.

Sabía que heredaría una fortuna que le permitiría vivir sin preocupaciones el resto de su vida, lo que no sabía —porque no le interesaba saberlo— era que el dinero es superfluo y tal como llega está dispuesto a irse.

El ducado tenía muchos años sin caer en desgracias económicas pero siempre podía volver a



ocurrir y a Pierce le preocupaba la estabilidad de su hermana si eso llegara a tocarles.

«Aprenderá con golpes, la vida es así» le dijo una vez su madre cuando, preocupado, conversaba con ella que no era posible que Poppy se la pasara durmiendo; entre fiestas y de compras el poco tiempo que estaba despierta; dejándole ver al mundo una mujer superficial.

La meta más grande que tenía Poppy en su vida era conservarse bella y ganar miles de seguidores diarios en las redes.

Popularidad a costa de lo que sea.

Así, fue retratada topless, e incluso en fotos más comprometedoras que una simple puesta de tetas al aire; dos veces se retrató con cara de haberse bebido todo el alcohol que le ofrecieron en la fiesta en la que se encontraba.

Siempre envuelta en un escándalo.

Cosa que Pierce detestaba.

Recordó que su hermana se quejó ante él y el duque, sobre haberle permitido a Elaine hospedarse en una propiedad que pertenece al patrimonio.

Eso quería decir que Elaine debía estar muy activa también en las redes sociales.

Ingresó en Instagram con la cuenta ficticia que tenía que no poseía seguidores y que alguna vez abrió dominado por la curiosidad de lo que ofrecía esa red social. Al darse cuenta de lo que implicaba con el asunto de las fotos, con lo que no era nada bueno y que le restaría tiempo a su vida en general, nunca más hizo uso de ella, ni siquiera para ver las publicaciones de su exnovia; la cuenta del castillo que ofrecía tanta información importante de este; y mucho menos, para ver la cuenta de Poppy y sus hazañas.

Sin embargo, ese día en particular, sentía curiosidad por Elaine y su vida. No sabía qué iba a conseguir y en realidad, esperaba encontrar un *feed* como el de su hermana, banal y exhibicionista; y se sorprendió mucho al encontrar algo totalmente diferente.

Sobrio, delicado y profesional.

Elaine parecía medir bien cada ángulo de sus fotos y de las palabras que adjuntaba en las fotos

Leyó su biografía pensando que descubriría grandes cosas de ella y solo encontró una frase:

«Intentando ser yo ante el mundo y queriendo vivir cada instante al máximo»

También había una dirección web que Pierce no tardó en pinchar.

Le llevó a un blog que contaba con gran estética y un contenido de tal calidad que pronto se vio absorbido por la lectura de una mujer que narraba su experiencia en rincones del mundo que se le hicieron tan atractivos como ese en el que se encontraba ahora al sur de la península ibérica.

Descubrió que Elaine era sensible a lo que veía.

Que las pequeñas cosas llamaban su atención de inmediato, tenía esa sensibilidad de los artistas que ven en lo simple algo maravilloso y hermoso. Único.

Sus viajes nada tenían que ver con lujos y visitas superficiales.

Tenían que ver con una pasión que ella llevaba en su interior; recorrer rincones pequeños y especiales le llenaba de inspiración más que cualquier gran ciudad del mundo.

No había fotos ni descripciones de Nueva York, Los Ángeles o Mónaco. Lugares en los que una mujer como ella de seguro estuvo repetidas veces.

Sí había viajes por pueblos en Francia, que estaban tan alejados de cualquier población que la gente no les tomaba en cuenta para visitar y eran una parada obligada por su importancia histórica o su belleza.

Rincones especiales de todo el mundo.

Eran cientos de entradas para leer llenas de emociones, detalles y muy bien documentadas con fotos.

Pierce leyó mucho esa tarde y logró entender parcialmente a Elaine Daniels. No se parecía en nada a los Daniels que él conocía.

Era una anomalía en esa familia y se sintió a gusto con la idea de que ella decidiera apartar su rumbo de la codicia, el odio y las continuas tonterías de los Daniels sobre quien les hiciera algo que ellos consideraban indebido o traición.

También sintió pena de nuevo por ella, porque no le parecía justo que la rechazaran de esa manera ¿por qué?

¿Por querer llevar su vida de otra forma?

Poppy la llevaba muy mal y ellos serían incapaces de echarla de la familia.

Elaine solo estaba buscando un hueco en un mundo normal y le daban la espalda a pesar de hacerlo con consciencia, elegancia, poniéndole corazón y hasta viéndose profesional.

Leyó un poco de la biografía de ella en el blog y entendió mucho.

Elaine era un libro abierto para sus seguidores. Allí hablaba de su pasión por los viajes y las redes sociales. Lo mucho que le gustaba compartir sus experiencias con otros en el mundo y lo agradecida que estaba con su abuela por haberla apoyado en sus estudios para hacer de su pasión, una profesión.

Volvió a Instagram, al perfil de ella dándose cuenta de que la chica sí la usaba a modo profesional.

Le patrocinaban.

Ilona Davies y su marca de joyas exclusivas le estaban patrocinando.

Cada foto tenía un sentido así fuese solo mostrar un pequeño gesto que para ella tuviera un gran significado.

Como el de la foto en donde únicamente estaban dos manos cubriendo la más joven a la anciana.

Su abuela.

Leyó el contenido de ese momento y sintió escozor en los ojos.

Los sentimientos de Elaine hacia su abuela eran tan reales y tan hermosos que Pierce casi podía sentir envidia de no haber tenido a su abuelo en vida para poder hablar de la misma manera que lo hacia la chica con respecto a esa relación.

También notó que un mensaje de su hermana destacaba de entre los miles que tenía Elaine de parte de sus seguidores.

Algo bueno por parte de Poppy. Una de esas pocas veces en las que su hermanita le hacía sentir orgulloso.

Después siguió viendo más momentos de Elaine.

Los más recientes hablaban de su mudanza.

Uno de ellos, mostraba su nueva vivienda.

Se sintió feliz por ella y se contagió de la alegría de sus palabras mientras las leía.

Era una chica fuerte.

Y quería salir adelante sin ayuda de nadie. Lo dejaba en claro.

Entonces fue cuando vio mensajes que otras personas, desconocidos, le escribían etiquetando a Poppy y las palabras hacia su hermanita no eran buenas.

Nada buenas.

La gente parecía estar defendiendo a Elaine y no entendía de qué.

Abrió la cadena de comentarios y después de un rato de intentar llegar al origen de aquel hilo de insultos para Poppy y defensa para Elaine, entendió que Elaine Daniels representaba una amenaza sincera para la fama de Poppy.

Que según Pierce lo veía, Elaine merecía esa fama porque todo lo que hacía tenía un sentido profesional aunque él consideraba que publicar en las redes sociales con o sin patrocinadores no era un trabajo.

Eso era lo que él consideraba, que evidentemente estaba muy lejos de lo que ocurría en realidad.

Para Pierce era más válido ser publicista o especialista en marketing a la vieja usanza pero eso ya no se hacía y entendía que él lo único que hacía era resistirse a los cambios.

Elaine mezclaba sus aprendizajes en los estudios con su pasión y se le daba muy bien. Lo hacía con naturalidad y era muy empática con sus seguidores. Les enseñaba quién era en realidad.

Cosa que no ocurría con su hermana. Negó con la cabeza al leer los mensajes de Poppy para Elaine y luego, la forma determinada en la que sus seguidores le defendieron.

Es que hasta él la defendía de semejante ataque por parte de su hermanita. Tenía que hablar con ella cuando regresara a casa porque no podía seguir con esa actitud hacia una chica que ni siquiera la tomaba en cuenta.

«Y ese es el principal problema de Poppy, Pierce» se reprochó.

Entonces recordó el mensaje que leyó en la nota de Elaine: «quiero evitar un enfrentamiento con los Gordon». Podía tratarse de este ataque.

Inaceptable la conducta de Poppy y tendría que haber consecuencias aunque sabía que su padre la iba a defender pero eso requería una disculpa pública porque implicaba a toda la familia y él no iba a permitir que se pensarán cosas malas de toda la familia por culpa de los caprichos de su hermana menor.

No.

Era imperativa una disculpa por su parte, y en persona, hacia Elaine.

\*\*\*

Elaine recogió sus cosas ya cuando el sol empezaba a esconderse.

Estaba tomando por costumbre bajar al atardecer a la playa para disfrutar del mar, la brisa y una buena lectura.

Lo consideraba su tiempo.

Llevaba dos días que, después del desayuno, no hacía más que concentrar su atención en el trabajo que le daría el sustento.

Estaba creando planes de marketing, estrategias para marcas y contactando a algunas personas conocidas con las que podría trabajar promocionando de forma indirecta sus marcas.

Necesitaba mayores ingresos que los que Ilona iba a proporcionarle. También estaba trabajando en la próxima visita de la chica que sería en algunas semanas porque el fotógrafo elegido por ella no estaba disponible antes para hacer el viaje a Nerja. Se quedarían una semana y debían aprovechar el tiempo de trabajo al máximo.

Elaine también estaba ajustando detalles para que el mismo fotógrafo le hiciera una buena sesión de fotos que le sirviera para alimentar sus redes en momentos determinados y para eso, tenía que haber una estrategia para poder elegir los cambios de ropa, escenario y el porqué de cada cosa porque todo iría acompañado de un texto que tendría que tener relación.

También se diseñó un plan de trabajo para cada día. Estableciendo prioridades y pequeñas tareas que le mantuvieran activa y muy motivada.

Y a pesar de que era algo que ya venía haciendo desde hacía mucho tiempo, estaba emocionada porque estaba expandiendo su trabajo.

Quería que pasara muy de prisa el tiempo en el que su amiga llegara a visitarle porque la extrañaba muchísimo.

Necesitaba sentarse a conversar con ella, junto a una buena botella de vino a arreglar los problemas del mundo o quizá solo discutir las atrocidades de vestimentas que usaron los de su círculo social en el último evento importante al que tuvieron que asistir.

Elaine sonrió pensando en que no volvería a esos eventos, con suerte, en un largo periodo pero sospechaba que no podría volver nunca más.

No era algo que le quitaba el sueño tampoco.

En el camino de regreso a casa, se detuvo en una de las tiendas cercanas para comprarse una botella de bloqueador solar que ya no tenía más y el sol allí no era para tomárselo en juego, también se compró unas vitaminas que necesitaba y pastillas para el dolor de cabeza que de vez en cuando le sorprendía uno y no era buena idea no tener nada de eso en casa.

Lo guardó bien en el bolso que llevaba y cuando iba a salir del establecimiento, notó que un hombre dejaba un papel en la puerta del mismo con un texto que decía: «Aprende Español al aire libre»

—Hola —interceptó al chico.

—Hola, ¿qué tal?

Le respondió esté acentuando la pronunciación en aquellos sonidos que parecían una J en español

María del Mar le estuvo enseñando un poco del idioma.

—¿Eres tú el que enseña español? —preguntó al chico.

—Mis hermanos y yo lo hacemos, les gusta a los extranjeros. A las chicas bonitas como tú.

Elaine sonrió negando con la cabeza. El chico debía tener unos cinco años menos que ella.

—No busco nada más que unas lecciones de español.

—Una lástima —ambos sonrieron—. Toma —le dio un teléfono que no estaba apuntado en la hoja—. Es el de mi hermano mayor. Ya tiene novia así que solo va a darte lecciones de español —le hizo un guiño de ojo—, si quieres algo más —le tomó la mano y apuntó otro teléfono en la palma de Elaine que reía divertida—, este es mi número. Puedo enseñarte otras cosas.

—O quizá sea yo la que te enseñe a ti —le hizo un guiño al chico—. Gracias —se vio la mano —, Marcos.

Se dio la vuelta y siguió su camino.

Se le hizo agua la boca pensando en un helado.

Se reprendió también porque no podía seguir comiendo helados de esa manera deliberada. Acabaría engordando y afectando a su salud.

«Un café de la heladería» algo debía suplantar al pensamiento del helado para abandonar la idea y el café siempre se le hacía apetecible.

Se detuvo en el mostrador y saludó a la chica que estaba al otro lado.

Ya empezaban a entablar una relación cordial debido a la frecuencia con la que Elaine les visitaba.

—Un café como me gusta, por favor.

—¿Elaine? —se dio la vuelta para saber quién le llamaba porque no reconocía la voz.

Y se llevó una buena sorpresa al ver que Pierce Gordon era quien lo hacía.

—¡Hola, Pierce! —lo saludó con sincera sorpresa. No esperaba verlo allí.

La dependienta le dio el café.

—¿Cómo estás? —preguntó él levantándose de la silla en la que se encontraba acercándose a la chica con las manos en los bolsillos del pantalón.

Elaine sacaba un billete para pagar su bebida.

—Ponlo a mi cuenta, por favor —indicó Pierce a la dependienta y observó la incomodidad de parte de Elaine—. Si no te parece correcto, dejo que lo pagues, no hay problema. Solo quiero ser caballero contigo. Por el café que me invitaste tú.

Elaine sonrió recordando aquel primer encuentro entre ellos.

—Ok. Lo acepto. Gracias —lo vio con duda—. ¿Qué haces aquí?

—Asuntos familiares —señaló la mesa que había estado ocupando—. Te sentarías conmigo un rato a conversar.

Elaine se sintió extrañada ante tal petición, mas viniendo de un Gordon.

—Sí, claro. ¿Por qué no?

Él, dejando constancia de sus buenos modales, la acompañó hasta la silla la cual abrió y le ayudó a sentarse tal como correspondía.

Elaine tuvo una extraña sensación con esa acción de parte de Pierce. No quería nada de eso, tampoco se atrevió a pedirle que no lo hiciera. Tenía la impresión de que para Pierce, no seguir las normas sería algo totalmente incomprensible.

Él tomó asiento frente a ella.

—¿Cómo has estado?

—Muy bien —ella le mostró una radiante sonrisa—. Las cosas marchan mejor de lo que pensaba.

—Me alegra saberlo.

Hubo un incómodo silencio entre ellos.

—¿Qué tal tu alojamiento en la casa?

—Estupendo y te agradezco de nuevo por ello. La verdad es que me ayudó mucho en esos primeros días. Lamento haberme quedado más tiempo del que...

—No tienes que disculparte, Elaine —Pierce la vio con seriedad y un atisbo de vergüenza en la mirada—. No hubiese habido conflicto o enfrentamiento alguno con nosotros.

Elaine lo vio divertida.

—Eso no fue lo que mencionó Poppy en privado. El mensaje lo borré porque no suelo engancharme en peleas y menos por las redes, me fui casi corriendo de allí porque mencionaba que venías en camino a sacarme de la propiedad y...

Él frunció el ceño.

—¿De verdad pensaste que podría hacerte algo así?

—No me culpes, Pierce; pero no nos conocemos de nada. No sé cuáles eran tus verdaderas intenciones y nuestras familias...

Pierce no le dejó terminar.

—Honestamente, Elaine, me ofenden tus dudas. Creo que mi gesto hacia tu situación no era para entrar en dudas, sin excusas de las rencillas familiares.

—Lamento haberte ofendido —fue lo único que Elaine pronunció siempre viéndole a los ojos. A Pierce le gustó esa reacción sincera y calmada.

Sí, había dudado de él y no se lo pensó dos veces para hablarle con la verdad.

Ella vio el reloj que llevaba en la muñeca; él vio que llevaba un teléfono apuntado en la palma de la mano con el nombre de un tal Marcos.

Recordó a la misma Poppy diciendo que los Españoles eran hombres de mucha pasión y de pronto, se preguntó si Elaine ya estaba enredada con uno.

Habría sido incapaz de preguntárselo. No era asunto suyo y además, qué tanto le podía importar si la chica salía con alguien o no.

—Tengo que marcharme, Pierce. Gracias por el café. De seguro nos veremos de nuevo por aquí.

—Solo quería disculparme en nombre de la familia por el mensaje de Poppy —dijo con rapidez Pierce mientras la chica devolvía la silla vacía a su lugar.

—Disculpas aceptadas, no tenías por qué darlas. Es algo entre Poppy y yo.

—Entiendo.

Elaine sentía que la conversación entre ellos era forzada. Nada parecida a la primera cuando despertaron en la playa.

Parecía que este Pierce era el metódico, correcto, de pocas y precisas palabras.

Y era mejor salir de ahí pronto porque no estaba a gusto.

—Que tengas buenas noches, Pierce. Hasta pronto.

Pierce la vio perderse entre la gente sin decirle nada.

¿Se podía ser más descortés y tonto en la vida?

¿Cómo era que había querido disculparse por la actitud de su hermana con ella y acabó él empeorando la situación?

Pensó en seguirla para disculparse con toda sinceridad por la actitud de Poppy y la propia pero no quería acosarla y menos si ella desconfiaba de él.

Aquello no le gustó porque le parecía que en ningún momento le dio motivos para tal desconfianza.

«¿Puedes culparla?, idiota, ¿Tú no habrías pensado también que podrían jugarte una mala broma o usarte para causar más conflicto?»

«Tiene razón, no me conoce de nada»

Respiró profundo y meditó un segundo encuentro con ella en el que las cosas quedaran bien aclaradas y pudieran tener una relación cordial entre ambos.

Después de todo, iban a ser casi vecinos; tal como en Inglaterra pero con la ventaja de que el odio familiar permanecería en casa.

Y a tantos kilómetros de distancia, las cosas siempre podían ser diferentes.

## Capítulo 8

—¡Maldita cama! —exclamó Pierce haciendo todos los intentos posibles, por cuarto día consecutivo, para mover la cama que, debajo, tenía la trampilla de acceso al cuarto secreto que el abogado le comentó.

Habría pedido ayuda al personal de limpieza pero si algo tenía muy arraigado en sus genes era que nunca, nunca, se le daba tal confianza a nadie que no perteneciera a la familia a menos que fuese de su máxima confianza, como el abogado.

Aunque el hombre le aseguró que solo había papeles allí, era un cuarto secreto que nadie más conocía y que Pierce prefería seguir manteniendo en secreto. No se sabía cuándo pudiera ser usado para resguardar algo de gran valor como una caja de seguridad oculta.

Y era mejor no revelar su existencia.

El asunto era que si la cama no se movía, la alfombra bajo esta no podía ser retirada y la trampilla abierta.

Lo estuvo intentando pero pesaba tanto o más que los muebles que él ya conocía, que eran antiquísimos y estaban en el castillo.

Con un gran dosel; cabecera labrada. Toda una obra de arte inmensamente pesada.

Debía acceder a los documentos que estaban allí debajo para poder empezar con su investigación de alguna manera y no encontraba forma de mover la maldita cama.

Derrotado una vez más y bañado en sudor, decidió irse de paseo.

El día anterior estuvo jugando golf en un campo cercano.

La costa del sol era un lugar maravilloso, no solo por la bendición del astro acariciando la piel y el mar refrescando; sino también, porque contaba con una extensa, extensísima, lista de campos de golf para jugar.

Después de hacerlo con un equipo de alquiler, Pierce llamó a casa y le pidió a su madre que en cuanto pudiera, le enviara todo su equipo de golf a la dirección del bufete.

El abogado se lo llevaría a casa.

Podía comprar todo nuevo y dejarlo allí, sin embargo, para Pierce, eso era sinónimo de malgastar el dinero.

No volvería a jugar hasta que llegaran sus palos.

Así que esa actividad quedaba descartada.

Quería conocer la zona mejor.

Ya la había recorrido una vez con Nathalie y hubo cosas que no hicieron porque para ella no resultaban divertidas. El paseo en Kayak fue una de esas alternativas que pensó en realizar ese día.

Su estómago rugió y se dio cuenta de que pasaba la hora de la comida y no había almorzado nada.

Fue a la cocina, tomó un trozo de pan, lo untó con un poco de aceite de oliva, le colocó una buena dosis de un exquisito Jamón serrano que compró en las tiendas locales y se sentó a comer acompañado de una cerveza fría.

Era perfecto.

Nada refinado, ni parecido a las comidas en el castillo pero para él, aquella vida estaba siendo casi perfecta.

Teniendo la mente ocupada con su trabajo habitual ya sería una vida perfecta.

Suspiró de nuevo percatándose cuenta de que los recuerdos de Nathalie pesaban menos.

Eran menos intensos y rasgaban mucho menos en su interior.

Sintió alivio y quiso seguir ese camino porque necesitaba empezar a olvidarla y hacerla formar parte de un pasado que no volvería.

Quiso prepararse otro pan una vez devoró el primero y sería por pura gula, lo sabía, así que luchó para no ceder ante ella.

Dejaría un espacio adecuado para un buen postre más tarde.

Recordó que desde que llegó no había pasado una tarde en la playa sin nada más que hacer que leer un buen libro y se dijo que aquel día era un buen momento para hacerlo.

El paseo en Kayak podría esperar.

Recordaba que en el centro de la población, en algún punto cercano a la iglesia en la que se habría casado, estaba una librería local en la que podría encontrar algo de su interés para leer en la playa.

Organizó la cocina tanto como pudo aunque aquello no se le daba muy bien y agradecía que la mujer de la limpieza dejara todo en orden cada día en sus visitas.

Salió de casa sabiendo que la librería tardaría en abrir pero no le importaba, siempre podría dar un paseo largo antes de que se reactivaran las actividades en las tiendas.

El calor no le estaba haciendo el paseo divertido. Se compró una botella de agua fresca y se sentó debajo del árbol que estaba frente a la iglesia que le daba buena vista de cuanto ocurría a su alrededor.

Todo estaba bastante tranquilo, era la hora de descanso para los españoles, la mayoría de los comercios cerraban durante dos o tres horas cada tarde.

Seguía pareciéndole una gran pérdida de tiempo y dinero el mantener un comercio cerrado por tantas horas productivas al día; nada podía hacer él para cambiar un sistema que parecía estar bien para los españoles así que ya no perdía tiempo analizando la economía del país y sus mejoras si la vida laboral y comercial, en general, tuviera un horario corrido.

El agua fresca lo revitalizó y la sombra del árbol le refrescó por completo. El aire soplaba muy fresco en la sombra así decidió quedarse allí lo que faltaba hasta la apertura de la librería.

Observó a su alrededor a los turistas caminando por la pasarela del Balcón de Europa; otros, comiendo en los restaurantes cercanos; algunos disfrutando de la hora después de la comida con un buen café en las mesas de la heladería que ya era un lugar de visita recurrente para él y otros...

¿Esa era Elaine?

Fijó la vista a través de sus gafas de sol negras para poder definir si era ella o no.

Estaba de espaldas, aun así, la melena ondulada y rubia la delataba. La mujer soltó una carcajada echando la cabeza hacia atrás y fue cuando Pierce confirmó que sí, era ella.

Junto a un hombre que parecía que le estaba contando algo muy divertido.

¿Sería el tal Marcos que llevaba ella apuntado unos días antes cuando se vieron en ese mismo lugar en el que ella estaba ahora y en el que él se comportó como un idiota ante ella?

Pierce sintió gran curiosidad.

Se preguntó por qué sentía gran curiosidad respecto a eso, si la vida de los demás no era algo que le interesara.

Ella no paraba de reír entre frases que hablaba y el hombre reía con ella, aunque no con la



misma intensidad.

Era español, definitivamente. Pudo escucharle la voz ronca al hombre hablándole a ella en un español muy fluido.

¿La estaría seduciendo así? ¿Habría sido igual con Nathalie y el hombre con el que le engañó? Sacudió la cabeza frunciendo el ceño. No podía seguir comparando situaciones con Nathalie.

No estaba bien.

Además, lo que sea que estuviera haciendo Elaine no era su asunto.

Se levantó de su lugar y caminó hasta la puerta de la librería agradeciendo que, en ese preciso momento, estuvieran encendiendo las luces en el interior.

Se quedaría un buen rato ahí dentro, lo suficiente para no sacar conclusiones ni comparar situaciones.

Ni meterse en la vida de nadie.

\*\*\*

Elaine pensó en instalarse en la playa de Calahonda después de un día muy ocupado.

Estuvo contactando nuevos clientes por la mañana y después de almuerzo, tuvo su tercera clase de español junto a Salvador, el hermano mayor de Marcos, el chico que se encontró pegando el cartel de las clases de español al aire libre y que estuvo coqueteando con ella.

Tenía muchas ganas de aprender el idioma porque se le hacía tan romántico como el italiano; o el francés, que dominaba muy bien desde pequeña.

Salvador le dijo que iba muy bien para ser su tercera clase y ella le estuvo contando sobre su llegada a la zona y lo mucho que le ayudó María del Mar a su llegada.

Las clases eran divertidas, al aire libre. Un par de horas cada día, si era por Elaine se pasaba toda la tarde aprendiendo pero Salvador tenía otros alumnos y ocupaciones.

Junto a sus hermanos, al parecer eran tres, eran los propietarios de un hostel cercano al Balcón de Europa y les iba muy bien. Sin embargo, Salvador necesitaba ingresos extras porque estaba pensando en pedirle matrimonio a su novia de la cual aseguraba estaba muy enamorado.

Por ello las clases.

En cuanto bajó la escalinata de Calahonda, Elaine se ubicó en el único hueco disponible de la playa para colocar sus cosas y sentarse sobre la toalla que llevaba.

La hora y la temporada empeoraba cada vez más la tranquilidad en las playas de la zona. Debía acostumbrarse a eso o marcharse a playas más amplias y eso requería de una movilización que Elaine prefería evitar debido al calor que la agobiaba.

La vida en el mar era mejor, sin duda, pero no con aquel sofocante calor y Salvador le estuvo comentando que se pondrían las cosas como en el infierno en cuanto apareciera el Terral, un tipo de viento que trae consigo un aumento en la temperatura y disminución de la humedad.

Salvador le aseguró que el viento se sentía tal como la bocanada de aire que sale del horno cuando se abre la puerta de este mientras está a su máxima potencia.

Un infierno, sin duda.

Se quedaría en casa, al confort de su aire acondicionado en esos días de calor intenso.

Después de que se sentó sobre la toalla echó un vistazo al rededor y suspiró.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que, a un par de metros de distancia frente a ella, estaba Pierce Gordon ensimismado en la lectura de un libro que tenía en las manos y que devoraba con rapidez.

Elaine sintió curiosidad de saber qué libro leía pero no quiso molestarlo.

Era su momento y ella necesitaba uno para ella también.

Así que se colocó los audífonos, seleccionó la lista de canciones del momento de su cuenta de Spotify y se dejó llevar por la música.

Su pamele de rafia le protegía mucho del sol, de igual manera decidió colocarse una buena capa de protector solar +60 en todo el cuerpo.

Le quedó de experiencia de los primeros días de exposición al sol que, por fortuna, no fueron quemaduras graves y sí muy incómodas.

Vio a Pierce de nuevo, se preguntó si él estaría protegido del sol porque solo llevaba lentes oscuros y una gorra. Las piernas estaban protegidas a la sombra de su propio cuerpo y sus shorts de playa al estilo surfista le ayudaban a protegerlas más.

Y luego se dio cuenta de que la camisa que llevaba era manga larga de color blanco. De seguro, una de esas camisas especiales con protección solar incluidas.

Se quedó más tranquila tras inspeccionarlo y verificar que algo de protección tenía.

Siguió observando a la gente hasta que el compás de la música la relajó al punto de tumbarse por completo boca abajo y cerrar los ojos.

No supo en qué momento se quedó dormida pero entendió que lo había hecho cuando sintió que alguien la llamaba a lo lejos.

—¿Elaine? —un toque delicado en un brazo le obligó a abrir los ojos.

—¿Mmm? —pronunció, aun soñolienta mientras se apoyaba de los antebrazos y levantaba la cabeza.

Pierce estaba frente a ella dejándole ver una sonrisa que, de seguro, era la que arrancaba suspiros en las mujeres.

Ella lo habría hecho, habría soltado un gran suspiro de no haber sido porque no entendía en dónde diablos estaba y por qué Pierce la despertaba.

Lo vio de nuevo confusa.

Sí, Pierce Gordon era muy guapo.

Él la vio y amplió su sonrisa que ahora denotaba diversión y ¿burla?

¿Se burlaba de ella?

—¿Te estás burlando de mí, Pierce?

Él no pudo esconder sus emociones.

—En parte.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Y qué te parece tan gracioso?

—Que estabas roncando.

Ella abrió los ojos por la sorpresa de aquella respuesta y sus mejillas se volvieron tan rojas que Pierce pensó que cualquier navegante en la distancia podría preguntarse qué diablos eran esos faroles rojos en la orilla de la playa.

Sonrió de nuevo.

—¿Me estás jugando una broma?

Él negó con la cabeza riendo, sentándose junto a ella.

—¡Por el amor de dios, qué vergüenza!

Él soltó una carcajada.

—No fue tan grave, tranquila —Pierce intentó restarle importancia al asunto pero la verdad era que los ronquidos de Elaine le sacaron violentamente de su lectura en la que estaba muy concentrado.

Al momento, se sintió molesto y ofendido de que le interrumpieran de esa manera; cuando se

dio la vuelta y vio de quien se trataba, se acercó a ella para despertarla porque era lo correcto.

No podía permitir que ella fuera el hazme reír de todos los que todavía quedaban ahí en la playa.

No eran muchos, la noche empezaba a hacerse visible y la gente se había empezado a marchar hacía un poco más de una hora.

Así que la situación no fue de tanta gravedad para ella.

—¿Me grabaste?

—No, por supuesto que no —no era la forma de actuar de un caballero como él. Elaine no acababa de entender quién era él y eso le estaba enfadando.

Ella se frotó el rostro con ambas manos.

—Voy a darme un baño. Necesito despertarme por completo. ¿Vienes?

El hombre negó con la cabeza y el ceño fruncido.

Pierce no sabía cómo disimular sus emociones ante Elaine.

Ella observó que él, de pronto, dejó de verse divertido y se preguntó por qué cambiaba de humor de esa manera tan drástica. No le gustaba esa actitud de él.

No la percibió el primer día que se vieron en esa misma playa.

El contacto con el agua la hizo despertarse por completo. Estaba más fría de lo que esperaba.

Se sumergió y nadó un poco. Después apreció las estrellas haciéndose presentes en el firmamento y sintió que tenía hambre.

Era momento de salir de ahí.

Mientras caminaba hacia Pierce, lo notó analizándola. Pensativo, aun con el ceño fruncido.

Recapituló su reciente conversación con él y la anterior a esa.

Se dio cuenta de que, en ambas, ella dudó de él.

Aun teniendo razones para hacerlo porque la realidad era que no le conocía más que lo que la prensa hablaba de él, que no era gran cosa; y de la primera vez que estuvieron en esa misma playa estando él muy borracho.

Sintió confusión en su interior porque algo le decía que estaba siendo desconfiada sin razón. Que Pierce era un hombre criado en las mismas costumbres en las que se criaron los hombres de su casa y...

Rectificó porque se dio cuenta entonces del error que estaba cometiendo.

Pierce había sido criado en otra familia. Con otros valores. No en la suya. Y aunque los Daniels eran hombres con los mejores modales, ella sabía que sus valores no eran ni parecidos a los de Pierce.

No estaría allí de ser así si su padre o Lawrence confiaran en ella y le dejaran hacer su vida tal como la quería hacer.

Tomó otra toalla que tenía en su bolso y luego se secó el exceso de agua del cuerpo, cabello y del bañador.

Se sentó frente a Pierce de nuevo.

—Lo siento —él la vio con confusión y ella le sonrió amistosamente extendiéndole la mano—. Empecemos de nuevo. Mucho gusto, soy Lady Elaine Daniels.

Él no sabía qué hacer ante eso. Decidió seguirle la corriente a la chica.

Respondió como era debido ante una dama.

Le tomó la mano dejando el dorso de la misma por encima de la suya y la acercó hasta sus labios.

Besó con delicadeza la piel de ella, que le dejó los labios un poco salados y le permitió a su olfato distinguir una mezcla de aromas que se le hicieron diferentes y encantadores.

—Encantado de conocerle, milady. Yo soy Pierce Gordon III heredero al ducado de Bulwick. Por su parte, Elaine no esperaba otra reacción de Pierce.

Lo sabía y por ello le puso a prueba. Le saludó de la manera oficial ante las damas.

No tenía por qué hacerlo así. Lo que decía que Pierce era muy correcto y que sería incapaz de hacer uso de la estúpida relación entre los Gordon y los Daniels para dañar la imagen de ella o perjudicarle de alguna otra manera.

De todas las veces que Elaine fue saludada de esa forma a lo largo de su vida, esa fue la única vez que se sintió a gusto ante un caballero como Pierce.

¿Por qué Pierce no despertaba el mismo aburrimiento y hastío que despertaban los demás? Se preguntó, viéndole con curiosidad mientras él clavaba su vista en la de ella y le soltaba la mano.

—¿Cómo has estado? —le preguntó Elaine acomodándose en la toalla.

Él levantó los hombros como queriendo restarle importancia a su estado de ánimo.

Ella prefirió no preguntar de nuevo.

—Es difícil —por fin respondió Pierce haciendo que Elaine lo escuchara con atención—. No todos los días a uno lo dejan plantado en la puerta de la iglesia.

Ella lo vio divertida.

—Tu novia salió corriendo, no te dejó plantado.

Él bufó viendo a Elaine a los ojos. Le gustaba esa manera de ser de ella.

—Es verdad. Gracias por aclararlo.

—No hay de qué. Para eso estamos los amigos.

—¿Somos amigos?

—Bueno, digamos que mejor eso que manteniendo venganzas, ¿no?

—Es mi ex, por cierto.

—Es verdad, es tu ex —hubo un silencio entre ellos—. ¿Has sabido algo de ella?

Pierce negó con la cabeza.

—Prefiero no saber nada más. Aunque a veces me pregunto qué va a pasar cuando vuelva a verla.

—¿Qué crees que pueda pasar? —Elaine sintió pena por él y su situación.

—No lo sé. Unos días creo que no va a pasar nada. Otros días temo ser débil y perdonarla.

—¿Te puedo dar un consejo? —Elaine se estaba metiendo en donde no le habían llamado.

—Es lo que hacen los amigos, ¿no?

Se vieron a los ojos por un momento. Un momento cargado de confusión por parte de ambos.

—No luches contra el sentimiento. Es peor. Déjalo fluir con sus altos y sus bajos. El tiempo es el único que va a decirte cómo reaccionar y qué hacer con lo que sientes.

Eran tan ciertas sus palabras que Pierce se las agradeció con la mirada.

—Parece que te han dejado muchas veces en el altar —bromeó Pierce y ella rio con gusto.

—Habrían querido. Soy escurridiza Pierce y le huyo al compromiso con los hombres de nuestra sociedad porque eso me va a amarrar a una vida que no quiero.

Pierce entendió su punto y la comprendió.

Por eso quizá salía con un hombre de la zona, se dijo; recordando el momento de esa misma tarde en el que la vio sentada en las mesas de la heladería tan a gusto con aquel español.

Ella notó que él se perdía en sus recuerdos y prefirió no preguntar nada más.

Era momento de cambiar la conversación.

Pensó en preguntarle por María del Mar pero de seguro que no sabía ni quién era. No veía a Pierce entablando conversación con la servidumbre aunque parecía de los que los trataría con el mayor de los respetos.

—¿Qué tal van tus asuntos? —preguntó él, que también necesitaba hablar de otra cosa que no fuera Nathalie.

—Bien, avanzando. Iona vendrá pronto para trabajar juntas en su marca y hoy he estado contactando a otras personas para trabajar con ellos.

—Genial. Elaine, si alguna vez necesitas algo solo...

Pierce se preocupaba por su bienestar y eso le agradó. Solo Iona se preocupaba así por ella. Y su querida abuela.

—Gracias, estoy bien. Voy a salir adelante, te lo aseguro.

—No lo dudo. Yo ahora te sigo en las redes y te leo en el blog. Lo haces muy bien, inspiras al lector a visitar esos lugares a los que vas.

Elaine se sintió feliz y orgullosa de sí misma.

—Es el fin. Es lo que busco en cada post, conectar con las emociones de mis seguidores. Todavía tengo mucho trabajo por hacer, esta zona tiene tanto por recorrer y me han estado hablando maravillas de Marbella.

«El español, de seguro» pensó Pierce, reprendiéndose a sí mismo sobre su comentario.

¡Qué más le daba a él quien demonios le aconsejó a ella para visitar nuevos lugares!

—¿Has ido a la Cueva?

—Hace un tiempo.

Elaine entendió el corte brusco de esa frase. «Hace un tiempo: Con Nathalie».

—Podría llevarte si quieres. Una segunda exploración siempre ayuda a tener otra perspectiva.

Él la vio con esperanza.

—Suenan genial.

—Pronto habrá un concierto dentro de la cueva y creo que será brutal verlo. ¿Te animarías?

—Claro —la vio con duda—. ¿No deberías ir con Marcos?

Elaine lo vio con la ceja elevada. No entendía de lo que le hablaba.

—¿Marcos?

—Sí, el español con el que hablabas hoy en la tarde. Pensé que tú y él...

Elaine soltó una carcajada.

—Estaba con mi nuevo profesor de español.

«¡Ah! ¡Con que era su profesor!». ¿Debería tomar también él algunas clases de español?

—¿Cómo sabes de Marcos?

—Accidentalmente, la última vez que nos vimos, vi ese nombre en tu mano apuntado junto a un número y pensé que era alguna cita... ya sabes.

Pierce estaba avergonzado por confesarle cada detalle que notaba de ella, no podía evitarlo.

No era costumbre en él y parecía que ella se le hacía irresistible para averiguarle la vida.

¿Sería por su valentía a romper con sus lazos familiares y por luchar por lo que quiere?

Sí, debía ser eso.

Que para él era una mujer diferente a las que estaba acostumbrado a ver.

Ella le sonrió con complicidad.

—Marcos es el hermano de Salvador. Debe ser mucho menor que yo, de todas maneras, estaría encantado en tener una cita conmigo. Me lo dejó en claro el día que me dio su teléfono y el de mi profesor.

—Entiendo. Discúlpame por meterme en cosas que...

—Ay, Pierce, vamos a dejarnos de formalidades, por favor. Si vamos a ser amigos, fuera de nuestro entorno, intentemos comportarnos como la gente normal —él asintió como un niño cuando acaba de ser regañado—. ¿Qué leías hoy en la tarde, antes de que yo te interrumpiera con mis

ronquidos?

Ambos rieron.

—Te sonrojas cuando sientes vergüenza.

Elaine se sintió sonrojar aún más. Ningún hombre antes se había percatado de ese detalle que, además, en ella, ocurría con frecuencia porque se avergonzaba a menudo frente a los chicos aunque lo disimulara muy bien.

—Me suele pasar y si lo notan, me sonrojo más.

—Ya puedo darme cuenta. Incluso desviaste la mirada.

—Eres el primero en notarlo —Pierce se sintió importante sin saber por qué—. ¿Qué leías?

Le cambiaba la conversación y el giro le pareció atractivo a Pierce.

La mezcla en la personalidad de Elaine se le hacía tan tentativa como leer el bestseller de moda y descubrir qué ocurre con la historia a medida que va siendo leída.

—¿Me habías visto?

—Sí, y no quise interrumpirte porque estabas muy concentrado.

Se vieron con la misma intensidad que hacía un rato mientras mantenían el silencio entre ellos.

—El último libro de Todd Reagan.

—Excelente escritor. Me he leído varios de él, aunque prefiero más la comedia romántica.

—Te gusta reír.

—Exacto. Por eso es que busco mi libertad, para reír cuanto quiera. Burlarme de mí misma, sobre todo cuando ronco en lugares públicos.

Ambos rieron de nuevo y Pierce sintió una profunda admiración por esa manera tan particular de pensar.

Ella empezó a recoger sus cosas.

Pierce pensó que aún era temprano para que se marchara. Era agradable conversar con ella.

—¿Ya te vas?

—Me está dando hambre y no soy muy buena compañía cuando paso hambre.

—Vamos a cenar. Así te cuento un poco de Marbella y quizá podríamos organizar un paseo a esa zona.

—Acepto —Elaine no se podía resistir a la comida inmediata y a pensar en nuevos lugares para recorrer—. ¿Has estado comiendo fuera desde que llegaste?

Él negó con la cabeza mientras le ayudaba a recoger todo. Pierce solo llevaba una toalla, el libro y la botella de agua vacía que había comprado en la tarde después de salir de casa.

—Se me da bien la cocina. Desde pequeño —Elaine sintió curiosidad por saber más de eso. ¿Cómo era que un futuro duque sabía cocinar desde pequeño? En casa de los Daniels la cocina era solo conocida por la servidumbre. A Lady Joanne le podía dar un infarto de enterarse que algunos de sus hijos quisieran desarrollar sus aptitudes culinarias—. No he hecho una buena compra y últimamente solo como pan del día con jamón serrano.

—Delicioso si le untas aceite de oliva o tomate crudo y le pones un poco de rúgula, con el pan tostado, una delicia. Deberías decirle a María del Mar que te enseñe a preparar la tortilla española. A mí aun no me queda como la de ella pero seguiré probando.

—¿Y María del Mar es...? —Pierce recordó la nota que encontró en la encimera de la cocina que iba dirigida a la misma mujer y escrita por Elaine.

Subían la escalinata de Calahonda.

—La mujer que atiende los asuntos del hogar en la propiedad de ustedes.

—No sé de quién me hablas. ¿A la que le dejaste la nota?

Elaine asintió frunciendo el ceño pensando en la criada y en el por qué Pierce no sabía nada de

ella.

—Quizá no la has visto porque en realidad no se hace sentir.

—Lo dudo, le preguntaré al abogado sobre ella.

—Y me contarás luego lo que te dijo porque me preocupa que pudiera haberle pasado algo. Es una buena mujer.

—Lo haré.

Terminaron de subir la escalinata en silencio. Pierce, sumergido en la curiosidad que le despertaba Elaine; y ella, ella solo se quedó pensativa con respecto a María del Mar.

No estaba bien que no hubiese ido a visitarle en esas semanas.

Esperaría a que Pierce investigara y luego la contactaría.

No pudo evitar preocuparse esperando que todo estuviese bien con María del mar porque le había tomado gran cariño y no se perdonaría a sí misma haberse marchado sin despedirse de la manera correcta y de no haberla vuelto a contactar en todo ese tiempo.

No, no se lo perdonaría.

## Capítulo 9

Elaine observaba a Pierce caminar en la pasarela del Balcón de Europa con sus manos metidas en los bolsillos de su pantalón corto de lino, perfectamente planchado y que combinaba muy bien con la polo azul vibrante que llevaba puesta, que además, hacía juego con los ojos del hombre.

Los paseos, las comidas y las cordialidades entre ellos se hacían cada vez más presentes.

A ella le gustaba su compañía. Como no, si era un hombre atento, culto por demás y gracioso.

Era un hombre que la veía con admiración y eso le hacía sentir... tan bien; extraña también, porque nadie la vio antes de la misma manera en la que Pierce la observaba.

Solían verla como la niña rica, inútil e indefensa que solo piensa en gastar dinero en cosas innecesarias y que necesita a un hombre a su lado que le arregle la vida entera y la cuide.

Pierce no le hacía sentir así, quizá esa era la razón por la que le gustaba pasar tanto tiempo con él a pesar de que los hombres del estatus social de Pierce eran muy aburridos para ella.

Además, parecía que sabía muy bien cuando callar, cuando obsequiar un consejo, cuando dar espacio, cuando preguntar con verdadero interés.

Le había ayudado a organizar un poco la parte financiera de su negocio, le dio buenas ideas para administrarse y consejos increíbles para invertir pequeñas cantidades en cosas que podían darle buenos beneficios a futuro.

—¿Tienes todo listo para la llegada de Ilona?

Elaine sonrió asintiendo con la cabeza y la emoción reflejada en los ojos.

Pierce sintió que veía a un ángel. Con su cabello dorado en ondas, que ella llamaba ondas playeras y que se hacían de una manera que Pierce no mostró interés alguno en comprender, sus ojos cristalinos como esa pequeña sección del mar que, desde el balcón, parecía ser verde turquesa; la sonrisa maravillosa que tenía y que le regalaba a todo el que se cruzaba en su camino sin darse cuenta de que con ese simple gesto le alegraba el día a muchos.

A él conseguía hacerle especial cada día compartido a su lado.

Era una buena mujer, además de hermosa.

La ayudaba cuanto podía o mejor dicho, cuanto ella se dejaba porque Pierce habría querido darle la comodidad y seguridad económica que ella se merecía pero prefería no mencionarlo a menos de que viera que ella realmente estuviera en un gran aprieto económico que, hasta ahora, no era el caso.

Ella le demostró que confiaba en él cuando se sentaron a analizar sus cuentas y él le ofreció ciertos consejos de inversiones que la ayudarían a aumentar sus ingresos. Quizá esa era la forma correcta de ayudar a una mujer emprendedora como Elaine Daniels.

Y lo haría mil veces más de ser necesario porque la chica valoraba cada una de sus palabras y su experiencia. Ponía en práctica sus consejos y luego compartía resultados.

Así es como se enteró que su negocio en las redes crecía poco a poco; y también, fue como se enteró de la verdadera herencia que recibió de su abuela.

Elaine se abrió un poco con él en ese aspecto, él la escuchó sin juzgarla.

¿Cómo podría hacerlo? Si hasta ahora lo único que ella demostraba al mundo era una valentía admirable y unas ganas recias de salir adelante por sus propios medios.



«Mérito» era lo único que se le veía a la cabeza a Pierce cuando la observaba trabajar con tanto ahínco. Gracias a ella entendió el difícil proceso que hay detrás de una publicación con sentido y visión en las redes sociales.

Siempre creyó que estar metido allí día tras día lo que hacía era hacerle perder el tiempo a la gente.

Quizá eso era lo que veía de Poppy o de Nathalie.

Elaine le regaló otra visión de ese importante medio de comunicación actual.

Hasta él estaba pensando en incluir más los negocios de una manera atractiva dentro de ciertas redes sociales y en algunas ocasiones, le pidió consejos a ella que, con la mayor de las pasiones, le explicó todo cuanto requería.

Eso tenía esa mujer. Pasión por lo que hacía. Él hacía lo que hacía porque así le enseñaron en casa. Aprendió finanzas y negocios en la universidad porque eso era lo requerido para sacar adelante el ducado.

No sabía qué le apasionaba de verdad.

Si no fuera Pierce Gordon III heredero al ducado de Bulwick ¿Quién sería?

—Parece que alguien está muy pensativo hoy —comentó Elaine bromeando mientras ambos perdían sus miradas en la inmensidad del mar que tenían bajo los pies.

—Pues sí. Estaba pensando en que he aprendido muchas cosas estando contigo —Elaine volvió la cabeza para verlo a la cara porque, en su interior, esas palabras resonaron con tanta intensidad que la conmovieron. Nadie, nunca, había aprendido nada de ella—. Me estás viendo como si fueras a echarme a llorar ahora mismo y estoy empezando asustarme.

Ella soltó una carcajada con los ojos rojos, intentando no derramar lágrimas allí, frente a todos.

—La verdad es que me conmueven tus palabras, Pierce. Nadie me lo dijo antes.

—Porque nadie te conocía de esta manera —se vieron a los ojos con intensidad—. Y me alegro haber tenido la fortuna de hacerlo. Pensaba en que, cada vez que hablas de tu presencia en las redes o la forma de mejorar una publicación, o que me das cualquier consejo que tenga que ver con el manejo de la imagen de un negocio en esos medios actuales, lo haces con tanta pasión que me da hasta envidia.

Ambos rieron con diversión.

—Entonces —continuó Pierce—, me preguntaba que quién sería yo si no fuese el heredero al ducado. Cuando nací me asignaron esta herencia que no pedí. Mi educación se la debo a la mejor escuela para los de mi clase: Stonegate College —ella asintió entendiendo muy bien a lo que él se refería, sus hermanos también habían ido a ese internado de Elite solo para varones—. Y después entré en Cambridge para estudiar administración de empresas, graduarme con honores, hacer un doctorado en la escuela de negocios de Londres y terminar encargándome del patrimonio familiar.

Vio de nuevo al mar. Elaine solo lo observaba a él. Estaba absorta escuchando cada una de las palabras que salían de la boca de Pierce.

—Me gustan las finanzas, los números, sacarle provecho a los negocios, soy bueno para eso, pero no llevo en mi interior esa pasión que transmites tú y que supongo que solo se consigue cuando desarrollas una actividad profesional que abarque lo que amas hacer en la vida.

Elaine asintió con la cabeza.

—Jamás habría podido ser la abogada que necesitaba mi padre.

—Opino lo mismo, no tienes alma de abogado. Menos, de los que necesita tu padre.

Pierce negó con la cabeza por lo que acababa de decir al ver que ella bajó la mirada y se entristeció.

—Lo siento —le colocó una mano en el hombro—. No era mi...

Ella lo vio a los ojos de nuevo. Le gustaba cuando lo veía así, sin aviso, clavando esos ojos llenos de ilusión en los suyos.

Sonrió a medias.

—No tienes que disculparte. No dices nada que no sea cierto y no soy una niña que no sepa la clase de padre que tiene, Pierce. Sé muy bien de lo que son capaces mis padres por conseguir lo que quieren. Incluso Lawrence, es igual.

—Lo sé. Hace poco tuvimos un altercado comercial con él directamente. Un negocio muy bueno que ya teníamos casi asegurado y él intervino para arrebatárnoslo una vez que habíamos hecho todos los estudios necesarios para verificar la rentabilidad del mismo. Un descaro. Poca ética.

—Así son. Lo siento —ella cerró los ojos y respiró profundo, cuando abrió los ojos de nuevo, lo vio con ese brillo que parecía hipnotizarlo. Curiosidad. A Elaine la movía la curiosidad muchas veces—. ¿Qué serías, entonces, si no fueses el heredero del ducado?

Pierce bufó.

—No lo sé.

—Pues yo creo que habrías sido... —Elaine se quedó pensativa—: maestro de escuela primaria. Tienes paciencia para enseñar y te gusta que la gente haga las tareas que dejas asignadas.

Él sonrió.

—Buen análisis y aunque me gustan los niños y quisiera tener muchos un día, no creo que llegara a ser buen docente para ellos.

—De seguro que sí, tu seriedad los mantendría bajo control —Elaine soltó una risita divertida.

—¿Te parezco serio?

Ella asintió sonriendo.

—Correcto, muy correcto. Admito que en los últimos días has estado mucho más relajado y estás dejando al «próximo duque de Bulwick» fuera de órbita.

—Me he dado cuenta yo también de eso —sonrió relajado—; me gusta la sensación de libertad que me da estar aquí.

—Lo sé, es grandioso.

—Tendré que volver en algún momento.

Ella ladeó la cabeza y asintió una vez pero sus pensamientos se nublaron ante esa idea. No supo identificar el porqué.

Él permaneció callado unos minutos.

—¿Sabías que este lugar fue un castillo hace siglos? —ella le sacó de sus pensamientos. Pierce estaba reprochándose el no querer volver a casa. No quería hacerlo. Esa era la realidad.

—Sí, algo he leído.

Elaine le explicó mucho más de ese lugar, recordando toda la información que le había dado María del Mar.

—Así es como el Rey Alfonso XII —señaló a la estatua de metal que estaba en uno de los costados del Balcón, en honor al monarca—; después de un terrible terremoto que devastó la zona, llamó a este lugar El Balcón de Europa; cuando se asomaba, le parecía como si Europa se terminara aquí porque lo siguiente —Elaine señaló al frente, a la línea que unía el mar con el cielo en la lejanía—, es África. ¿Y sabías que toda la zona de la iglesia era un cementerio?

—Lo leí en tu blog —Elaine sonrió complacida, no era la primera vez que Pierce le hacía esa clase de comentario y la verdad era que le gustaba cuando lo hacía—. ¿Quieres un café? Creo que

el sol está cociéndome la cabeza lentamente, necesito un poco de sombra.

—Estaría bien, vamos.

Se dieron la vuelta y caminaron de nuevo en silencio.

—¿Has leído mucho de la historia de este sitio por lo que veo?

—No, en realidad todo me lo contó María del Mar mientras estuve hospedada en tu casa. ¿Has sabido algo más de ella?

—No, el abogado sigue buscando.

Unos días antes, Pierce había contactado al abogado para preguntarle de esta misteriosa mujer y este le dijo que no sabía nada pero que investigaría y que le avisaría en cuanto obtuviera alguna respuesta.

—Me preocupa. Espero que esté bien.

En un acto espontáneo, Pierce pasó su mano a lo largo de la espalda de Elaine produciendo en ella una serie de pensamientos que iban desde una simple mirada, hasta un beso que la hiciera estremecer aún más de lo que esa simple caricia compasiva estaba despertando en ella.

Elaine se detuvo y lo vio a los ojos.

—De seguro estará bien —él no se mostraba confundido.

¿Qué diablos estaba ocurriendo con ella?

Elaine asintió con nerviosismo y retomó el camino con Pierce aun apoyándole la mano en el centro de la espalda. Sus pensamientos estaban revolucionados, tanto como empezó a acelerarse su corazón.

¡Por dios santo! ¿Qué le ocurría?

De pronto, la mano de él cayó como en peso muerto y en ese momento fue él quien se detuvo de golpe, con la vista clavada al frente y la expresión de quien acaba de ver un fantasma.

Elaine dirigió su mirada hacia el punto en donde veía Pierce y entonces, su sistema empeoró sintiendo una angustia palpitante en su interior al darse cuenta de que Nathalie, reaparecía en la vida de Pierce.

\*\*\*

—¿Estás bien? —Elaine no pudo controlar su angustia. Pierce llevaba tantos días sin mencionarla, que pensaba que ya la estaba olvidando. Había algo más en Elaine que la preocupaba además de querer bienestar y tranquilidad para su amigo.

Pierce no reaccionaba.

Nathalie bajó la mirada y fue cuando Pierce decidió acercarse a ella.

Elaine le siguió manteniendo cierta distancia.

Una distancia en la que no se entrometía pero que sí podía escuchar lo que se decían.

Se mantuvieron en silencio por algunos minutos. Solo se observaban a los ojos como si estuvieran manteniendo una conversación en sus pensamientos.

Elaine se preguntó cuándo empezarían a hablar porque necesitaba saber qué era lo que tenían para decirse.

¿Lo necesitaba?

¿En serio?

¿Por qué podría necesitarlo?

Negó con la cabeza y decidió apartarse del sitio por completo. No era su asunto y ella no pintaba nada allí.

Se sentó bajo la reconfortante sombra del árbol frente a la iglesia.

Y aunque quiso distraerse con algo más, no lo consiguió dejando que ese sentimiento de curiosidad intensa, la dominara.

Clavando la vista en la pareja que se reencontraba.

Observó a Nathalie asintiendo; por supuesto, no conseguía escuchar lo que decían.

Estaba muy alejada para eso.

Respiró profundo e intentó, de nuevo, buscar otra cosa en la que distraerse. Encontrando de pronto, a un hombre con una cámara fotográfica en mano que veía con interés a la pareja que ahora se sentaba en una de las mesas de la heladería de costumbre.

Elaine identificó los movimientos del desconocido, no lograba ver bien a la pareja por la posición en la que se encontraban y porque, Pierce llevaba gafas oscuras y ella llevaba un sombrero que le cubría parte de la cara.

Tenía interés en ellos.

Todas las alertas de Elaine se encendieron cuando se dio cuenta de que el hombre iba a ponerse en posición para visualizar a la pareja con el lente de aproximación de su cámara.

Un reportero.

Se levantó con prisas de su asiento y fue hasta donde estaban ellos tapando por completo la visión del reportero hacia la pareja.

—Ya sabes en donde está mi casa. Hay un reportero al que yo puedo hacer distraer sin problemas —vio a Pierce y este asintió con la cabeza sin decir una palabra—. Cuando me veas hablando con él, levántense con discreción y se marchan. Mantén la posición que tienes ahora.

Elaine no dejó que Pierce dijera nada más, era su amigo y quería ayudarlo. Sabía que debía hablar con Nathalie para poder cerrar un ciclo de su vida.

«O volver junto a ella» rectificó porque no sabía qué era lo que quería Pierce. No volvieron a hablar de eso y aquel pensamiento la invitó a fruncir el ceño de manera espontánea haciéndole sentir una serie de punzadas en el pecho que no le gustaban en absoluto.

¿Qué diablos pasaba con ella ese día?

No supo cómo o cuándo pidió el café que llevaba en las manos, estaba demasiado ocupada con sus pensamientos como para notar algo tan irrelevante, y que estaba programado para suceder desde que se levantó de su asiento bajo el árbol y caminó hacia la pareja.

Ubicó al reportero rápidamente que había cambiado su sitio de observación, estaba a punto de hacer las fotos que Elaine quería evitar a toda costa.

Apresuró el paso y de manera casual, ya cuando estaba muy cerca del hombre, fingió tropezar y le echó encima el contenido del café haciendo que el líquido cayera en parte del equipo fotográfico.

Y luego cayó al suelo, con la suerte de que no se lastimó con la caída forzada.

El hombre, entre murmullos de rabia y frustración, se acercó a ella para ayudarle a levantarse.

—¡Dios santo! ¡Lo siento tanto de verdad! —Ella le hablaba en inglés y detectó que el hombre no le entendía. Tampoco la reconoció a ella.

Era un español, entonces.

Elaine siguió hablando, fingiendo una vergüenza que no sentía en lo más mínimo y diciéndole que cubriría los daños del equipo. Incluso sacó su monedero para decirle al hombre que le pagaría todo su equipo fotográfico.

Lo haría de verdad si era necesario pero tal como fueron sus sospechas, el hombre le aseguró que no tenía que preocuparse porque no había sido tan grave el accidente para su equipo.

Él no sabía que ella le entendía, siguió fingiendo hasta que el reportero la dejó ir.

Para entonces, Pierce y Nathalie ya no estaban en los alrededores.

Quiso respirar aliviada por hacer que su plan funcionara a la perfección y en vez de eso, lo que hizo fue sentir más ansiedad al pensar en que Pierce y Nath estaban a solas en su casa.

Y volvió a preguntarse: ¿Por qué?

\*\*\*

Pierce entró al apartamento de Elaine por segunda vez desde que entablara con ella una amistad.

La primera vez entró para acompañarle a ella porque olvidó el móvil en casa y ese día irían hasta Marbella de paseo todo el día. Ella necesitaba documentar su viaje por ello no podía marcharse sin su móvil aunque tuviera una cámara para grabar o retratar algunas otras cosas.

El lugar era sencillo y agradable. A Pierce le transmitía la calidez de un hogar.

Dejó las llaves en una mesa que estaba en la entrada y después vio a Nathalie.

—Siéntate por favor.

Ella seguía sin pronunciar palabra. Pierce la observaba con detalle. Estaba tan cambiada.

No era ni la cuarta parte de la mujer refinada que salió a la carrera de la iglesia.

No pudo evitar preocuparse por ella.

—¿Estás segura de que estás bien? —ya se lo había preguntado en cuanto la vio porque le causó un tanto de impresión su imagen tan natural e imperfecta.

Nada parecida a ella.

—Lo estoy, Pierce —ella le sonrió con pesar. Esa sonrisa que muchas veces, aunque denotara tristeza, a Pierce le removía el suelo y le hacía sentir cosas maravillosas. Ese día no le producía nada—. Lamento mucho lo que ocurrió.

—Yo también, Nathalie —Se sentó frente a ella—. Te ofrecería algo de beber pero no es mi casa y...

—No te preocupes, esto tampoco es una visita social. Yo lo entiendo muy bien. Quieres explicaciones.

Él frunció el ceño, asintió clavando su mirada en la de ella.

Nathalie se quitó el sombrero y lo tomó con las dos manos mientras buscaba en su cabeza la manera adecuada de explicar todo lo que ocurrió en su vida desde que empezara a organizar la boda con Pierce.

Era complejo explicarlo desde el principio y según analizó, tanto como otras veces, ya no importaba el origen de todo. Un dato que solo le servía a ella para entender el porqué de sus acciones.

A él solo le importaba saber por qué ella llevó todo hasta ese momento en vez de acabar con la boda antes de que empezara la ceremonia.

Y ella no tenía una respuesta para eso.

No sabía por qué no lo hizo antes.

Sus miedos e inseguridades la arrastraron hasta el momento en el que sabía que si seguía adelante, no habría marcha atrás y se uniría a un hombre que ya no amaba.

Suspiró profundo.

Pierce pensaba que la conocía tan bien que podía deducir lo que pensaba. Quizá en otra época fue así pero desde el momento que se reencontró con ella minutos antes, afuera, en público, se vieron a los ojos por un rato intentando establecer una comunicación que Pierce encontró rota.

Su mirada no le transmitía nada.

—No tuve la valentía de acabar con todo antes de la ceremonia.

Pierce asintió. Eso ya lo había entendido, sus acciones lo dejaron muy en claro.

—¿En qué te fallé?

Entonces ella lo vio con duda y entendió que Pierce se culpaba de lo ocurrido. Pensaba que el engaño con su actual novio había sido porque Pierce no le cumplió tal como debía hacerlo.

Le tomó las manos y apretó con fuerza.

—Pierce, cariño, tu no fallaste en nada. Eres un hombre maravilloso que merece encontrar a una mujer que solo tenga ojos para ti. Que te ame con todas sus fuerzas. Yo entendí en el camino que esa mujer no soy yo. A pesar de que así lo creía —Nathalie no dejaba de verlo a los ojos avergonzada por todo lo que le hizo sufrir—. Lamento haberte lastimado y no haber tenido la valentía de abordar mis sentimientos y enfrentarme al escándalo. Al final hice un escándalo mayor —sonrió con ironía—. No supe cómo manejarlo. Por eso corrí, huía de mis responsabilidades, no quería atarme a un hombre que ya sabía que no amaba.

Él la vio con indignación y ella no pudo culparlo.

—¿Qué fueron de los besos y las palabras antes de la boda, Nath? ¿Todo fue una maldita mentira?

—Confusión. No sabía qué sentía en realidad. Pensaba que mi nueva ilusión era pasajera. Me sentía muy mal por haberte engañado y además, por haber quedado ilusionada con él. No te merecías eso. La culpa me comía y me arrastraba a seguir porque creía que todo pasaría y tú no te enterarías jamás; y yo volvería a tener esos sentimientos profundos que creía tener por ti.

—Aun estás con él, supongo.

Ella asintió con una dulce sonrisa en sus labios. Una que, antes, le habría dedicado a él y hoy era porque pensaba en ese otro hombre.

—Y te quedaste aquí definitivamente.

—No pienso irme de aquí, Pierce. Es un lugar maravilloso. Aquí encontré a mi verdadero amor. No es un hombre con grandes recursos pero es tan bueno y dedicado como tú.

—Eres feliz, entonces.

—Mucho.

Hubo un silencio entre ambos en el cual, Nathalie vio a su alrededor.

—Elaine Daniels ha sabido cómo avanzar a paso seguro —dijo después de un rato—. La sigo porque me inspira. Lo hacía desde antes, aun cuando sabía que tu familia y la de ella no son buenos amigos. Nunca me imaginé que la chica diera un cambio tan brutal a su vida. Recuerdo que, unos días antes de la boda, murió su abuela y me sentí muy mal por ella. Nunca te lo comenté, por lo mismo que sabía de las pésimas relaciones familiares. Y después de que pasó lo de la boda, incluso algunos días más tarde cuando intentaba empezar esta nueva vida que tengo, vi sus movimientos, los cambios que empezó a hacer, cómo avanzaba en la dirección que ella quería sin la ayuda de su familia y la forma en la que rompió de raíz con su estatus social y su calidad de vida. Me sentí tan identificada con ella que ahora es para mí una persona a quien se le debe admirar y por quien uno puede dejarse inspirar.

Nathalie no pudo describir mejor a Elaine. A la Elaine que él parecía haber llegado a conocer tan bien.

—¿Cómo es que ahora son amigos? —preguntó curiosa.

—Una larga historia que empieza desde que ella te grabó huyendo de la iglesia.

—¿Y estás aquí de nuevo, supongo que por ella?

Pierce dudó de la respuesta que iba a darle. Por un momento, se sintió muy confundido con respecto a la razón por la cual seguía allí a pesar de que no conseguía mover la cama para descubrir documentos del pasado y no conseguía dar con nada que le ayudara a él y a su abuelo, a

entender el pasado de los Gordon y los Daniels.

—Estoy aquí por algunos asuntos de la familia. Pronto tengo pensado marcharme.

Ella le sonrió a medias. No quiso preguntar más, conocía a Pierce y su mirada le delató. Dudó cuando le preguntó por qué estaba en Nerja.

Quizá no se había dado cuenta de que Elaine Daniels le gustaba o quizá ya estaba enterado y no sabía cómo enfrentarlo debido a los problemas entre ambas familias.

Quizá no eran compatibles porque sí era cierto que Elaine era muy diferente al resto de las aristócratas que ella conocía y a pesar de que el Pierce que estaba ante ella parecía otro hombre, uno que a ella le gustaba más, el heredero al ducado de Bulwick siempre se regiría por las normas y las buenas costumbres que dicta su exclusivo círculo social.

Elaine no.

Suspiró de nuevo mientras Pierce se frotaba la cara con ambas manos.

—Tengo que marcharme —anunció ella colocándose de pie. No quería extender más ese incómodo momento entre ambos. Le dijo todo lo que tenía que decirle y lo más importante para él, era que ella le dejó ver la sinceridad en sus palabras. Pierce lo entendió todo. Entendió que ella no sentía nada por él y ella leyó en la mirada del hombre que tampoco existían sentimientos por ella.

Ningún sentimiento.

Era lo mejor.

—Nos encontraremos en los alrededores, supongo.

—Eso creo —ella le dejó ver una sonrisa amistosa y le abrazó por sorpresa.

Pierce la aferró con fuerza a él, dándose cuenta de que ese abrazo ya no significaba lo mismo que había significado meses atrás.

No había nada en él hacía ella.

Se sonrieron de nuevo mientras despegaban sus cuerpos y luego, ella salió con prisa de la propiedad.

Bajó las escaleras, vio a Elaine sentada en un banco cerca del edificio.

Solo le sonrió mientras asentía con la cabeza y se alejaba de ellos.

Hubo una parte de su nueva vida que no le explicó a Pierce y que Elaine también desconocía.

Quizá debió aclararlo en el momento, luego sintió que mejor era hacer una cosa a la vez. Estaba segura que la vida misma, en un pueblo tan pequeño, lo aclararía todo en cualquier otro momento.

Por su parte, Elaine subió con prisas a su casa y se encontró con Pierce saliendo de allí.

—¿Ya te vas? —se reprendió por hacerle esa pregunta porque le hizo quedar como una mujer cotilla. Y en cierto modo, Elaine quería saber que ocurrió entre ellos.

Él la vio con alivio sonriendo de lado.

—Gracias por esto. Por prestarme tu casa para cerrar esta parte de mi vida —le tomó una mano y le colocó las llaves en ella.

Entonces, sus miradas se encontraron intensificando ese contacto que ahora se daba entre sus manos.

Lo que un simple roce de piel despertaba en las extremidades de ambos.

Pierce observó el brillo en la mirada de ella y Elaine sintió que él la analizaba con tanta profundidad que sus nervios empezaron a hacerse notar haciéndole sonrojar de manera épica.

Pierce sonrió divertido y sin pensárselo, porque ya ese día no quería pensar nada más, se dejó llevar por sus impulsos por una vez en su vida.

La abrazó. De la misma manera espontánea y sorpresiva en que Nathalie lo hiciera con él

minutos antes.

La apretó con fuerza contra sí mientras la sentía reaccionar con lentitud. Iba cerrando su abrazo ella también alrededor de la espalda de Pierce.

Elaine sintió que las piernas le temblaban y que el corazón le latía tan rápido, que estaba a punto de sufrir un ataque de nervios gigante.

¿Qué era lo que pasaba?

—Gracias, Elaine. No sabes cuánto me has ayudado hoy.

Volvió a aferrarse a ella permitiéndose sentir porque estaba más que clara la diferencia entre los abrazos que les diera a las dos mujeres; haciendo que uno de esos abrazos empezara a confundirlo en su interior.



## Capítulo 10

La vida es mil veces mejor si se tiene a alguien con quien compartirla.

Eso pensaba Elaine.

Mucho mejor aún si esas personas con las que se comparte significaban algo en tu vida.

La llegada de su amiga fue una inyección de adrenalina que la hizo activarse.

El pasar varios días juntas, así fuese sumergidas en el trabajo, fue algo que Elaine esperaba que se repitiera mil veces más y con más frecuencia de la que ellas mismas quisieran.

A tan solo una hora de haberse marchado de nuevo a Inglaterra ya la echaba de menos, como si tuviera un año sin verla.

Ilona era esa amiga de la infancia a quien consideraba una hermana de vida.

Pero no la hermana que le habría gustado tener, no. Porque temía que de haber tenido una hermana habría salido igual que su padre o su madre y tampoco se llevaría bien con ella.

Era mejor solo dejar a Ilona en el puesto de hermana de vida.

De toda la semana en la que compartieron, dividieron su tiempo en recorrer la zonas puntuales de Nerja para las sesiones que necesitaban, refugiándose por las tardes en casa de Elaine o en la playa para conversar y ponerse al día de las cosas que les ocurría a cada una en ese tiempo en el que no se habían visto.

A pesar de que conversaban por el chat o por vídeo llamadas con mucha frecuencia, no era lo mismo que tenerse a la mano en la misma ciudad.

Había cosas que no podían ser contadas por el teléfono, no era igual que hacerlo en persona.

Por supuesto, Ilona interrogó a Elaine en cuanto esta nombró a Pierce más de lo que se consideraba normal dentro de 24 horas.

«Fui con Pierce a la Cueva» «Cuando Pierce me llevó a Marbella» «Me encontré con Pierce y cenamos»

«Demasiados Pierce en tu vida en poco tiempo» le dijo en algún momento Ilona y Elaine solo se sonrojó. A lo que Ilona no dudó ni un solo segundo en sentarla y actuar como el más eficiente agente del MI6 para sacarle toda la verdad acerca de Pierce.

Una verdad que ni siquiera Elaine sabía que estaba ahí.

Es decir, después del encuentro de Pierce con Nathalie, Elaine se dio cuenta de que algo ocurría con ella cuando estaba con Pierce. No tuvo mucho tiempo para analizar momentos específicos pero cuando hizo un balance a modo general, la noche previa de la llegada de Ilona, cuando no concebía el sueño porque solo pensaba en lo bien que se sintió entre los brazos de Pierce, se dio cuenta de que algo pasaba con ella y ese hombre.

Lo que le ponía los nervios de punta, porque pensaba que estaba confundida, al punto que no sabía si sentía algo de verdad por él o simplemente estaba confundiendo las cosas.

La compañía, la gratitud que sentía por él, la emoción que le daba saber que alguien tan importante como él le admiraba, quizá solo se trataba de confusión.

Nada más.

Y esas mismas palabras fue lo que le dijo a Ilona. No podía engañarla, Ilona le conocía desde

la infancia y sabía cuándo Elaine mentía.

—¿Sentiste celos cuando apareció Nathalie?

—No lo sé, Ilona.

Su amiga volvió los ojos al cielo.

—¿Cómo diablos no lo vas a saber? Has estado enamorada antes y deberías saber qué son los celos.

Elaine estuvo un par de minutos en silencio antes de responder a eso.

Bebió un sorbo de su copa de vino.

—Bueno, si debo compararlo con otros celos que haya sentido —ladeó la cabeza y abrió los ojos—, sí, lo son. Pero —interrumpió a Ilona que se disponía a hablar—, puede ser que sea únicamente porque le tengo mucho cariño a Pierce.

Ilona sonrió a medias.

—Tu jamás puedes tener «mucho cariño» a alguien Elaine. O amas u odias.

—¡Mentira! —Elaine trataba de sonar ofendida de que su mejor amiga dudara de esa manera de ella—. A Poppy no la odio. A mis padres tampoco, y tengo razones de sobra para hacerlo.

—¡Por dios! A Poppy no la conoces, por eso no sientes nada por ella. Y con respecto a tus padres, bueno, es una excepción que se debe a que son tus padres y crees que tienes que amarlos por sobre todas las cosas.

Elaine no dijo nada aunque en su interior le dio la razón a su amiga.

Por su parte, Ilona sabía lo que representaba el silencio de Els.

—Me estás contando todo lo que has sentido con él y es una lástima que tú misma no puedas ver el brillo que te salta en la mirada cuando hablas de Pierce. Nunca te había visto así.

¿Entonces sí sentía algo por Pierce?

¿Cómo era posible si ella le huía a los hombres de su entorno social por lo que representaban en compromisos sociales?

—¡Bah! Por favor, deja de decir tonterías —disimuló ante su amiga—. Es un hombre guapo, es lógico que me despierte suspiros. De ahí a enamorarme... Además, recuerda que yo no quiero una relación con un hombre como él. Eso me ataría de por vida a un estilo de vida del que estoy huyendo.

—No digas estupideces. Tú no estás huyendo de tu estatus social, tú estás huyendo de las imposiciones y el maldito control de tu familia. Nada tendría que ver que te enamores de Pierce, o de otro de tu entorno.

Elaine se quedó pensativa.

¿Y si era así?

Ahora que recordaba esa conversación reciente con su amiga se daba cuenta de que quizá ella tenía razón.

Quizá Elaine Daniels no negaba a enamorarse de un hombre como Pierce porque no quisiera estar unida a un futuro duque y todo el compromiso social que eso suponía.

Negó con la cabeza.

Desde ese día no concebía bien el sueño y empezaba a sentirse irritable.

Su humor empeoró un poco cuando llamó a Pierce para saludarle y no le respondió.

En la primera llamada, pensó que estaría ocupado, por eso no le pudo responder.

Ya pasaba mediodía y aún seguía sin saber de él.

Antes de que se encontraran con Nathalie, él estuvo comentándole que se pondría de lleno con las cosas familiares que debía resolver esa semana en la que Elaine estaría ocupada por la visita de Ilona y por el trabajo que tenían que realizar en conjunto para la marca de joyas de Ilona.

Cada quien tendría su espacio para las actividades que, en cierto modo, eran una responsabilidad, sobre todo para Elaine que su economía dependía un poco de esa visita.

Pierce le dijo también que podrían organizar una cena en cualquier momento junto a Ilona y que estarían en contacto pero eso no había ocurrido, ni lo uno ni lo otro.

En principio no le molestó, le pareció de lo más normal que cada uno estuviese ocupado en sus asuntos; además, no tenían ningún tipo de compromiso entre ellos más allá de una amistad o eso creyó Elaine hasta la pasada conversación con su amiga en la que su confusión con respecto a Pierce se disparó a niveles sorprendentes.

Y ahora que no sabía nada de él, empezaba a preocuparse.

Más cuando recordaba la escena del encuentro entre él y Nathalie y la poca información que tenía de ese encuentro.

Respiró profundo.

Vio el reloj, recordando que recién llegada a Nerja, cuando vivió en la propiedad de los Gordon, sobre la misma hora, se sentaba a la mesa de la cocina a recibir algunas lecciones para llevar un hogar por parte de María del Mar.

Se removió algo en su interior cuando pensó en ella y en lo extraño que era que ni el abogado de Pierce, ni Pierce, la conocieran si ella parecía haber trabajado con los Gordon durante años.

Para saberse la historia de los amantes fugitivos, tenía que estar trabajando con la familia.

Volvió a pensar en Pierce y se le hizo un nudo en el estómago creyendo que ese día tampoco lo vería.

Claro, todo podía cambiar porque Elaine podía acercarse hasta la propiedad y verificar que el próximo duque de Bulwick estuviera bien.

Y podría verlo.

¿Y si lo invitaba a cenar?

Negó con la cabeza.

—Parece que Ilona va teniendo razón en este asunto. Pierce te gusta más de lo que crees, Elaine.

No quiso detenerse a pensar nada más sobre eso porque era enfrascarse una y otra vez en un asunto que, según ella, no sabía cómo definir.

Asintió mientras tomaba su decisión final.

Llamó a un Uber. Iría hasta la propiedad para saber qué diablos ocurría con Pierce y aprovecharía para ver si encontraba algo que le indicara en dónde se encontraba María del Mar.

\*\*\*

Elaine entró en la propiedad sin problema porque encontró la puerta principal abierta. Lo que le parecía bastante extraño. Caminó por el sendero escuchando el crujir de sus pasos sobre las pequeñas y blancas piedrecillas.

El jardín se veía diferente. La terraza delantera también.

Algo cambió desde que estuvo allí hospedada.

El jardín se veía precioso lleno de coloridas flores y palmeras.

No sabía que Pierce estuvo haciendo cambios.

¿Habría sido esa semana?

Entonces recordó que hacía unas semanas le comentó que tenía ganas de hacer reformas en la propiedad y que estaba en conversaciones con el equipo que le recomendó el abogado; parecía que las cosas no se podrían llevar a cabo pronto porque había una serie de compromisos

burocráticos que cumplir antes de poder empezar a cavar en el jardín trasero para hacer la famosa piscina de la que le habló Pierce en su momento.

«Que a la casa le vendría genial» pensó ella.

Le gustaba el resultado que ahora veía y sintió curiosidad de ver el resto.

Siguió por el sendero hasta el patio trasero y vio mucha maquinaria pero ningún cambio.

No habían comenzado aún allí.

—¡Maldita cama, como te odio! —la voz de Pierce causó un cúmulo de emociones en su interior que la hicieron sonreír.

Entró en la casa notando algunas cajas en el salón. Siguió su camino y se detuvo en la puerta de la habitación principal para observar a Pierce intentando empujar, con todas sus fuerzas, la cama en la que parecía que dormía porque estaba deshecha.

Carraspeó su garganta y Pierce se sobresaltó en el acto girándose sorprendido.

Se puso de pie.

Sonrió.

Se acercó a ella, pensó en abrazarla y se detuvo antes de cometer una imprudencia.

Dejó sus manos en apoyadas en sus caderas.

Elaine notó la forma en la que retrajo su acción, le habría gustado que la abrazara y se preguntó por qué no lo había hecho.

—¡Hola! —le saludó él sonriéndole con gran nerviosismo.

—¡Hola! —ella le devolvió la sonrisa bastante avergonzada. Un segundo después se sacudía la vergüenza para no ser descubierta—. Veo que necesitas ayuda con esto —señaló la cama—. ¿Estás remodelando?

—¡Oh no! Las remodelaciones son solo para el exterior, si es que consigo los permisos necesarios porque parece que haya que pedirle permiso al mismísimo Rey para poder cavar un maldito hoyo para una piscina. Y me disculpo por la mala palabra —Elaine soltó una carcajada todavía le hacía gracia lo correcto que podía llegar a ser Pierce—. ¿Ya se fue Ilona? —Elaine asintió con la cabeza.

—Ayer —lo vio a los ojos examinando su mirada azulada y pacífica. Era como la calma que le regalaba el mar cada mañana cuando salía a dar un paseo—. ¿Por qué no pides ayuda para moverla?

Pierce vio de nuevo hacia la cama con recelo.

—Es que no quiero que sepan por qué quiero hacerlo —Elaine se mantuvo atenta sus palabras—. Cosas de la familia que prefiero mantener en privado.

Elaine sonrió divertida.

—De esas cosas que está llena Blaston House o que debe estar lleno el Castillo de Hartington.

—Algo así. ¿Quieres algo de tomar?

—Algo fresco y que no sea alcohol. Ilona me hizo probar demasiado vino.

Pierce soltó una carcajada.

—¿Qué tal su paso por aquí?

Elaine se entretuvo contándole todo lo que hicieron esa semana en cuanto a trabajo y al tiempo que pasaron juntas como las buenas amigas que siempre han sido.

—¿Qué has hecho tú? ¿Pensé que podríamos vernos en estos días? —Pierce la observó con duda, Elaine notó como el hombre miraba hacia su lado derecho. Buscaba una respuesta o le mentía—. No hay problema si no quieres decírmelo. Puedo entender que sea un asunto personal

Él la vio con el ceño fruncido.

—Es familiar, más que personal.

Le seguía mintiendo.

—La limonada está muy buena, gracias —él asintió sin dejar de verla a los ojos, la estudiaba, Elaine podía sentirlo—. ¿Has sabido algo más de Nathalie?

—No tengo porqué. Ya dejamos todo bastante aclarado hace una semana.

—¿Y cómo te sientes con eso?

—Genial. Dejé de pensar en ella por completo. Tengo hambre, ¿Quieres quedarte a comer?

—¿Vas a cocinar tú?

—Por supuesto —le sonrió divertido—. Y tú vas a ayudarme.

Elaine aceptó la oferta.

Pasaron un buen rato en la cocina conversando de cosas cotidianas. Los planes de Elaine para los próximos días en cuanto a sus clientes para promocionar en las redes, le comentó que necesitaba concentrarse en sus futuras publicaciones porque valdrían mucho dinero.

Él se ofreció a ayudarle y a ella le gustó ese ofrecimiento.

De tanto en tanto, Elaine notaba que Pierce la miraba de otra manera. Era como si quisiera acercarse más a ella pero su sentido de lo correcto no se lo permitía.

Ella parecía emocionarse cuando pensaba en esa aproximación entre ellos.

Prepararon una deliciosa y fresca ensalada de aguacate y tomates Cherry para acompañar a los camarones jumbo que Pierce compró esa misma mañana.

Decidieron no acompañar la comida con vino porque Elaine prefirió la refrescante limonada que Pierce le había servido en cuanto llegó y después del banquete que se dieron, hicieron sobremesa bebiendo una taza de café Elaine; y Pierce, una de té.

—Te quedó todo delicioso.

—Nos quedó. Somos un equipo —Pierce se quedó mudo tras decir eso y Elaine sintió como si mil alarmas se activaran en ella.

¿A él le estaba ocurriendo lo mismo?

—¿Lo somos? —Le gustaba ver cómo Pierce perdía el control de sus emociones ante ella ese día.

En ese momento, el hombre tomó la taza de té y se la llevó a la boca para beber un sorbo.

Después la regresó a su lugar y Elaine estuvo a punto de sentir decepción por no obtener una respuesta.

—Yo creo que lo somos.

La vio a los ojos con tal intensidad que Elaine sintió vibraciones en todo su cuerpo.

Aquel mar relajante y lleno de calma que se reflejaba en los ojos del hombre, parecía un mar revuelto lleno de expectación y de mucha confusión también.

Elaine sintió que sus mejillas enrojecieron.

—Quizá, sí —le regaló una tímida sonrisa escondiéndose con rapidez tras la taza de café tal como lo había hecho él minutos antes—. ¿Cuéntame de la razón real por la que estás aquí?

Hubo un silencio entre ellos.

—Creo que me comentaste que sabías algo de los amantes fugitivos —Pierce hablaba con cautela como si tuviera miedo de exponer algo ante Elaine que pudiera revelarle un secreto del cual ella no tenía por qué enterarse.

Ella respiró profundo pensando en las cosas que sabía de casa y las que después le contó María del Mar.

—Sé un poco de lo que hablan en casa, eso no es mucho porque como te lo dije una vez, es como un delito hablar de ese pasado en mi casa —hizo otra pausa—. María del Mar me contó más.

Pierce la vio con gran duda.

—¿La mujer que dices que estuvo aquí contigo?

—Sí, ella.

—Elaine —le tomó la mano y la vio a los ojos con seriedad. Ella lo sintió como un acto espontáneo al principio, notando a continuación que detrás de su «espontaneidad» se escondía la intención del contacto entre ellos porque pudo verlo en su mirada. ¿Quería tener un contacto físico con ella?

¡Dios! Las cosas parecían ponerse cada vez más intensas entre ellos y aun no se decían nada.

¿Y si ella se lo estaba imaginando todo?

—Elaine —él volvió a escudriñar en su mirada, como intentando entender en cuáles pensamientos se encontraba ella—. ¿Estás aquí? —Elaine asintió de forma automática—. Me decías que María del Mar sabía de los amantes...

Ella volvió a asentir. Pierce y su mano sujetando la de ella la tenían muy nerviosa.

Como pudo, se calmó un poco para narrarle a Pierce lo que María del Mar le contó.

De pronto Pierce se quedó en silencio y su semblante cambió por completo.

Parecía que había visto un fantasma.

—¿Qué ocurre? —Elaine sintió algo extraño en el ambiente, no podía identificar qué era. Los nervios empezaron a dominarla. Pierce se levantó de su asiento sin decir ni una palabra y se fue directo a la habitación principal.

El viento empezó a soplar con fuerza fuera de la propiedad. Los árboles se batían y el sonido podía ponerle los pelos de punta a cualquiera.

Siguió a Pierce corriendo porque empezó a temer de quedarse sola.

Recordó cuando llamaba a su madre a gritos porque tenía miedo debido a las pesadillas que la acechaban de pequeña en Blaston House y por supuesto, su madre nunca venía.

Su abuela siempre fue su salvavidas.

Pierce estaba de pie observando todo a su alrededor.

Se agachó e intentó mover la cama de nuevo, esta no cedió ni un milímetro.

Elaine necesitaba ponerse a hacer algo porque los nervios estaban a punto de hacerla gritar como histérica.

Se agachó junto a Pierce.

—Eres débil, lo que necesitas son mis músculos —ella rio convertida en un manojo de nervios y él solo negó con la cabeza soltando un sonriente bufido—. A la cuenta de tres debilucho: Uno —Elaine apoyó las manos en el borde de madera maciza de la base de la cama—; dos —concentró la fuerza en sus brazos para dar el empuje necesario—; ¡tres!

Ambos empujaron con tanta fuerza que la cama no solo se movió sino que consiguieron estrellarla en la pared del frente.

Él la vio con sorpresa.

—¿Qué demonios?!

—Es que no te comes las espinacas, Pierce, y eso no te hace fuerte como a mí —ella colocó su brazo en un ángulo apretando el bíceps y haciendo que Pierce se riera con burla de ella. Aunque no dejaba de tener una mirada que ahora despertaba una inmensa curiosidad en Elaine.

—Ayúdame a levantar la moqueta.

La doblaron con cuidado porque no era ni de imitación ni de las baratas. La colocaron en un lugar seguro.

Elaine encendió la luz porque empezaba a caer la noche y ya casi no se veía con claridad dentro del interior de la casa.

Pierce seguía viendo a su alrededor.

—Pierce, si sigues viendo a todos lados vas a quedarte solo porque me estás poniendo los nervios de punta. ¿Qué es lo que ocurre?

—Algo extraño, Elaine, que voy a explicarte luego de que sepamos qué hay allí debajo — aclaró, señalando la trampilla de la que le habló el abogado.

La levantó y buscó una linterna pequeña que tenía en el primer cajón de la mesa de noche.

Alumbró a las escaleras.

—Vas tu primero —sentenció Elaine viéndole con terror a los ojos.

—Prefiero que te quedes aquí.

—Ni pensarlo, tú estás muy extraño; como buscando gente que no existe y no me gustan, para nada, las historias de fantasmas. Así que, tú vas primero y yo te sigo.

Pierce sonrió con diversión y ella se preguntó qué diablos le parecía a él tan divertido.

La tomó de la mano haciéndole sentir que junto a él nada iba a pasarle. Ella le apretó el agarre mientras descendían por las escaleras.

—Ve con cuidado que puedes caerte.

—Alumbra al frente, y deja de hablar que estoy aterrada.

Él soltó una carcajada.

—No pensé que fueras tan cobarde. ¿Nunca hiciste expediciones en Blaston House?

—No, Pierce. No tenía tiempo para eso ni ganas de escuchar a mi madre indicándome que las niñas de mi clase no podemos ser expedicionarias.

—¿Y qué te da miedo de lo antiguo?

—La gente muerta específicamente, los que quieren reaparecer como fantasmas.

Pierce bufó divertido de nuevo.

Una vez abajo y adaptados a la poca luz, pudieron observar que había algunos objetos de gran tamaño bien protegidos y embalados. Varias cajas también estaban allí.

Pierce se acercó a lo que parecía ser un retrato al óleo.

—Necesitamos sacar todo esto de aquí. Ayúdame a subirlo.

Entre los dos, fueron subiendo las cosas y una vez dejaron la habitación secreta vacía, cerraron de nuevo la trampilla y se sentaron en el suelo para abrir las cajas y empezar a desenterrar el pasado.

Pierce rasgó con gran cuidado los envoltorios de la pintura y la fue destapando poco a poco con ayuda de Elaine, que parecía un niño que habían llevado a Disney por vez primera.

Los nervios ocasionados por la actitud extraña de Pierce, de la cual no se había olvidado y por la que le interrogaría luego, seguía allí pero disminuida, o quizá suprimida por la que empezó a sentir cuando aparecieron las cajas y supuso que encontrarían cosas del pasado.

Cuántas cosas parecidas podría encontrar bajo la mansión en la que siempre vivió. La única vez que estuvieron allí a escondidas su abuela y ella fue para investigar algo sobre... lo amantes fugitivos.

¿Casualidad todo lo que estaba ocurriendo?

—Este era George Gordon —dijo Pierce dejando ver a un hombre en la pintura que representaba muy bien a los hombres aristócratas del siglo XVII. Era bien parecido, un poco delgado y la nariz la tenía un poco pequeña para su rostro.

No le encontró parecido alguno con Pierce, quien terminó de rasgar el plástico que protegía la obra.

Se hizo a un lado para que Elaine pudiera verlo bien.

—Y esta debe ser...

—¡María del Mar! —exclamó Elaine abriendo los ojos como platos por la sorpresa, dejando que los nervios le dominaran de nuevo.

Las manos empezaron a temblarle.

—Pierce, es María del Mar. Incluso viste igual... yo...

Elaine sentía que hiperventilaba.

—Ven —Pierce la tomó de la mano y la acercó a él apretándola lo más que pudo a su cuerpo haciendo que Elaine enloqueciera de nervios y de angustia por estar tan cerca de él y por no entender qué demonios estaba ocurriendo esa noche.

En cuanto él empezó a respirar con calma y ella se concentró en el movimiento acompasado y tranquilo de su pecho, sumado a ese palpitar delicado que escuchaba en el centro del pecho del hombre, perdió la noción del tiempo, cerró los ojos y dejaron de importarle todas las cosas que hasta ese momento le habían ocurrido.

El olor de Pierce la dominaba, la embriagaba, la invitaba a responder a ese abrazo. A ser ella y dejarse llevar por sus emociones. Unas emociones que en ese preciso momento empezaban a tomar la forma clara y precisa del enamoramiento.

De la ilusión.

De la pasión

¡Cuántas cosas despertaba Pierce en ella!

¿Cómo lo hacía?

Así estuvieron un rato hasta que la imagen de María del Mar regresó a ella y se sintió sobresaltar de nuevo.

Él cerró aún más el abrazo haciéndole sentir segura pero sin conseguir que se calmara por completo.

Lo sintió inhalar con disimulo el aroma de su cabello que agradeció haberlo lavado y arreglado ese mismo día. Sonrió, por lo banal de sus pensamientos mientras estaban sumergidos en otras cosas pero era chica ante todo y una chica muy coqueta, por cierto.

Cuando ella se acomodó con confianza en sus brazos, él dejó escapar el aliento por completo y Elaine notó cómo su cuerpo se relajaba.

Le gustaba. Podía sentirlo.

¿Temía confesárselo?

¿Por eso no supo nada de él en toda esa semana?

—Tenemos que hablar de la mujer, Elaine —ella levantó la cabeza; el esperaba ese movimiento atrapando luego su mirada, sonriéndole con dulzura. Era la primera sonrisa de ese tipo que le dedicaba y ella se sintió ante la presencia de un sexy ángel—. Hay una leyenda que gira en torno a los Gordon y sus propiedades y es que, algunos de ellos cuando mueren sin haber conseguido algunas cosas que querían resolver en vida, continúan apareciendo en la propiedad en la que vivieron.

Elaine lo veía asombrada mientras él conseguía que sus nervios se esfumaran a pesar de la historia que le contaba. La apretaba con fuerza contra sí.

Estaban tan cerca que podía sentir la calidez de su aliento rozándole con timidez los labios.

La veía con ansias aunque se mantenía enfocado en su discurso.

—La mujer del retrato es Alma, la que engañó a Daniels con...

—Con George —Elaine se dejó dominar de nuevo por la curiosidad, despegándose de Pierce, agradándole sentir que él ponía resistencia a su acción.

La quería con él.

Tendrían tiempo luego. Ahora quería entender cómo es que María del Mar y Alma...



Entonces, todo tuvo sentido.

Las imágenes de los encuentros con Alma aparecieron, en un bombardeo que le dejó ver el sin sentido de sus repentinas apariciones y desapariciones. Lo escurridiza que era para algunas cosas.

El hecho de que nadie más había podido saber de ella.

Las manos de Elaine empezaron a temblar de nuevo.

—¿Me visitó su fantasma? —vio a Pierce alarmada que estaba esperando paciente a que ella atara los cabos por su cuenta. Asintió ante su pregunta regalándole una mirada compasiva.

—Lo extraño es que nuestros fantasmas solo se dejan ver ante los de la familia —Pierce respiró profundo—. Parece que mi abuelo tenía razón, Elaine. Tenía que venir aquí y resolver todo este misterio.

Elaine lo vio con duda.

—¿Tu abuelo? Pierce...

—Sí, él también es un fantasma y le prometí, hace muchos años, que iba a resolver esto. Por eso estoy aquí y no me arrepiento de estarlo —la vio a los ojos, no le hizo falta decirle nada más para que Elaine pudiera entender lo que intentaba decirle.

Le sonrió con gran nerviosismo y sus mejillas subieron de intensidad.

Él le acarició una de las mejillas con el dorso de su mano; el contacto fue sublime.

La pintura giró sobre el suelo sobresaltándolos a ambos.

Elaine dejó escapar una exaltación llevándose la mano al pecho. Demasiadas emociones en tan pocas horas.

Vio el cuadro una vez más con susto y emoción. No había experimentado asuntos del más allá; en cambio él, parecía estar muy acostumbrado.

—Es ella, Pierce, y fue tan buena conmigo —tocó la imagen con gran delicadeza porque sabía lo mal que podía sentarle a una antigüedad de ese tipo el contacto directo con la piel—. Exacta. Me contó cosas que... —vio a Pierce con sorpresa—, solo ella podía saber, ¿Cómo no me di cuenta?

—No lo sé; es algo que debemos investigar juntos. ¿Qué me dices?

—Creo que es nuestro destino, Pierce, eso es lo que creo —se mantuvieron las miradas dudando sobre qué hacer a continuación.

Ninguno de los dos lo sabía y no tardarían en descubrirlo.

\*\*\*

Pierce había tenido una semana de mierda.

De no ser por el compromiso que tenía con su abuelo, se habría largado de aquel lugar que tantos conflictos le estaba trayendo a su vida desde que decidiera casarse allí con Nathalie.

Por fortuna consiguió cerrar el ciclo con ella. Desde que la vio salir del apartamento de Elaine todos los pensamientos que le correspondían por despecho, desilusión, rechazo, abandono; así como los buenos que aún le quedaban por la chica, se fueron con ella.

Ese día que parecía liberador y feliz; acabó siendo un infierno después de que abrazara a Elaine.

El olor que desprendía esa mujer se le metió como un maldito veneno en la piel e invadió cada célula de su organismo deseando quedarse allí para siempre.

Una impresión en sus células que le impedían apartarla de su mente; y ya ni hablar de la asfixia que sentía cada vez que pensaba en que la chica le gustaba como nunca antes le había gustado una mujer.

Nunca antes.

Esto era tan intenso y tan diferente que Pierce no pudo encontrar paz en toda la semana que se mantuvo alejado de ella.

Quería estar lo más lejos posible porque estaba tan confundido como asombrado por esa revelación en su interior que no sabía cómo manejarla.

Y no tardó en entender que aunque huyera de ella, ya la tenía en su interior, clavada, establecida. Su organismo la necesitaba porque sentía que formaba parte de él.

Reflexionó mucho al respecto pensando que solo podía tratarse de pasión.

Una pasión que podría ser aliviada en un momento de cama y luego, cada quien a sus vida de nuevo.

Pero cada vez que pensaba en Elaine para una noche, la sangre le hervía con tal intensidad que se sentía capaz de combatir al mundo entero en una batalla épica en la que él lucharía a muerte contra quien intentara apartarla de su lado.

O hacerle daño.

Porque sus reflexiones le llevaron al momento en el que se conocieron en la playa y por qué ella llegó allí.

Si ya en aquel momento sintió la más profunda de las indignaciones por lo que los Daniels hacían con Elaine, durante esa semana, después del abrazo en la puerta de su casa; después de que ella invadiera su sistema y le regalara las sonrisas más dulces que había visto en su vida; después de eso, lo que quería era arremeter contra todos los Daniels que la lastimaban.

A pesar de todo lo que estaba descubriendo que sentía por ella, decidió alejarse esa semana porque quería deshacerse de aquel sentimiento que lo embargaba.

Pensaba que, al no verla, todo mejoraría. Volvería la claridad a su vida y se llenaría de la vitalidad y buen humor que lo caracterizaba.

Además ella no tenía por qué sentir lo mismo por él y si llegaba a darse cuenta de sus nuevas emociones, la amistad entre ellos se derrumbaría y no podía permitir que algo así pasara.

Su amistad valía mucho para Pierce.

El momento en el que se dio cuenta de lo mucho que valía su amistad para él, entendió que así fue como ella lo conquistó. No había estado en la condición de amigo de las chicas con las que salió en el pasado. Ni siquiera de Nathalie. Todo se daba en plan de citas, conquista.

Y con Elaine no estaba siendo así.

Con Elaine nada parecía ser como debía ser.

Su esperanza estaba puesta en que todo pasara en esa semana.

Intentó mover la cama mil veces para mantenerse ocupado; daba paseos muy prologados en la playa; se mantuvo ocupado con el asunto de la remodelación de la propiedad y la construcción de la piscina; se compró un kayak para hacer más deportes y mantenerse activo; en fin, hizo cualquier cosa que le llevara a pensar que con esas ocupaciones se olvidaría de Elaine y lo que sentía por ella.

Sin embargo, lo único que logró fue un humor que espantaba a cualquier ser humano de su lado y también logró sentirse a punto de enloquecer porque los días pasaban con pasmosa lentitud haciendo que extrañara a Elaine con el alma.

Cuando la vio en el umbral de la puerta, irradiando esa luz tan particular de la que era dueña y con la que bañaba todo a su alrededor haciendo las imágenes más intensas, sonriéndole de esa manera tan especial que tenía; observándolo divertida con esos ojos de muñeca de porcelana que lo atrapaban como si le estuvieran embrujando, Pierce entendió que no quería separarse de ella de nuevo y unas horas más tarde, cuando la abrazó con fuerza por el ataque de pánico en el que ella

entró a causa de la noticia fantasmagórica, en ese momento en el que pudo sentirla tan cerca, deseó sentirla suya también, pero no para una noche.

Se sintió tan bien con ella entre sus brazos, protegiéndola; aunque sabía que ella podía cuidarse sola, que valentía y fuerza no le faltaban.

Le gustó saber que tenía debilidades, miedos de los cuales podría cuidarla.

Le asustaban los fantasmas. Lo encontró tierno y maravilloso.

Y sintió emanar de ella también algunas cosas en ese abrazo, temió a ser rechazado si le confesaba lo que sentía por ella.

Era una tontería porque la chica también le dejó ver algunas señales, ella se sentía atraída por él pero lo que él temía era que solo fuera una atracción.

Su temor iba dirigido a que Elaine no tuviera ningún sentimiento hacia él.

«¿En dónde me estoy metiendo?» pensó al verla tan esbelta y concentrada, organizando con cuidado cada cosa que iba sacando de las cajas que encontraron en el sótano de la casa.

Todavía no salía de su sorpresa de que la cama se moviera gracias al apoyo entre ellos dos.

Vio la cama y la regresó al sitio en el que estuvo originalmente, confirmando sus sospechas.

Parecía que también las de su abuelo.

Algo extraño había en la historia de los amantes fugitivos y requerían de las dos familias para poder averiguarlo.

Al tener ese pensamiento, la vio de nuevo.

A la mujer fantasma. Alma.

Estaba de pie en una esquina de la habitación y le sonrió, dejándole ver agradecimiento en la mirada.

«¿Es eso? Hay una verdad que debemos saber ambas partes»

La mujer le sonrió de nuevo y desapareció.

Ya entendía por qué Elaine se puso tan nerviosa al verla retratada en el cuadro. Era exacta a la pintura.

Una pintura, por cierto, que estaba intacta a pesar de que era del siglo XVII. Los documentos que estaban manipulando también databan de esa fecha. Algunos más habían de siglos posteriores, todos en lo que él consideraba «buen estado».

Elaine trataba todo con sumo cuidado. Solo una chica que valoraba las antigüedades podría ser tan cuidadosa. ¿Cuántas cosas habría por descubrir en Blaston House?

Su hermana Kristen le dijo, hacía mucho tiempo, que daría lo que fuera por poder entrar en Blaston House y apreciar todo lo que la casa custodiaba.

—Veo que te atrae lo antiguo —comentó él deleitándose con los movimientos elegantes de la dama que tenía enfrente.

—Mi abuela me enseñó muchas cosas. Respeto por el pasado fue una de ellas y con el respeto, viene la conservación de la historia para poder transmitírsela a...

—Futuras generaciones, porque gracias al pasado podemos evitar muchos errores en el futuro.

Elaine se dio la vuelta y lo encontró con los brazos cruzados apoyado en la pared.

Le sonrió divertida y él por poco corre de la felicidad debido a esa sonrisa.

—Parece que nos enseñan a todos el mismo lema —acotó ella dándose la vuelta de nuevo. Pierce notó entonces su anatomía. Le seducían sus movimientos lentos y elegantes. Sus largas piernas cubiertas con esos vestidos de colores intensos y de faldas vaporosas que la hacía lucir bohemia y hermosa.

No tenía unas piernas de muerte, pero su espalda, ahí en la parte baja en donde se curvaba era atrevida y sexy.

La mayoría de los días la llevaba al descubierto, haciendo que sus curvas y sus pecas le tentaran de la manera más descarada.

Luego estaban sus manos, dedos largos estilizados, bien mantenidas las uñas, con la piel tersa en el dorso; lo confirmaban sus labios que tuvieron la fortuna de probar esa piel hacía un tiempo atrás. Manos que, de seguro, se movían deliciosamente sobre las teclas del más refinado piano.

Pierce tragó grueso al darse cuenta de que sus pensamientos estaban subiendo la intensidad con gran velocidad y empezaban a hacerse sentir en su zona viril.

Se acercó a la mesa en la que estaban dejando todo lo que sacaban de las cajas. Había algunos objetos de madera que parecían adornos y que, de seguro, habrían tenido algún significado sentimental.

Un caballito, lo que parecía un oso y un barco estaban dentro de una caja, todo hecho de la misma madera.

—Se cuenta que George hacía estas cosas. Era bueno en ellas.

Pierce inspeccionó las piezas de cerca y en efecto, el trabajo estaba hecho con detalle.

—Esas piezas deben de ser de gran valor debido a lo bien conservadas que están.

—Se lo preguntaremos a mi hermana.

Elaine lo vio a los ojos.

—¿Vas a llamar a tu hermana?

—Kristen es restauradora y ha trabajado con mi madre tasando cosas antiguas desde que tiene uso de razón. Es su pasión —Pierce no pudo evitar compararla con la pasión que Elaine sentía por lo que hacía y de nuevo, sintió incomodidad por no saber qué actividad podía hacerle sentir tan motivado en la vida—. No tendrá problema en venir, más, cuando le diga lo que hemos encontrado.

—¿Y no será mejor que lo lledes tu a casa?

—No me voy a ir a ningún lado, Elaine.

La vio con seguridad transmitiéndole sus intenciones claras y fuertes sin palabras.

Ella le entendió a la perfección.

Logró ponerla nerviosa, lo que le gustó.

Dejó a sus labios esbozar una pequeña sonrisa de alegría.

Aquellos nervios podían indicar que ella se sentía algo más que atraída por él y...

«Basta, compañero, vamos a pensar en otra cosa» se ordenó.

—¿Cómo es que llegaste a saber todo esto, Pierce?

—Mi abuelo, como te comenté antes, me contaba historias desde que lo vi por primera vez en el castillo.

—¿No te asustaste?

—No era el primero que veía. Parece que es una habilidad que heredamos algunos en la familia. Mis hermanas nunca han visto nada, o por lo menos no hemos compartido historias de esta cualidad familiar. Mi padre tampoco lo ha mencionado nunca. Mi madre, no es Gordon de nacimiento, sin embargo, tengo mis dudas con respecto a lo que puede saber del castillo y lo que no.

Elaine lo vio con duda.

—Creo que es la que más sabe de los secretos que esconde esa mole en la que vivimos. Nunca le gustó que yo anduviera de expediciones por el castillo. Decía que había cosas que un niño no podría entender o que quizá podría correr peligro —bufó recordando la vez que encontró el pasadizo que iba desde un lugar secreto de la biblioteca hasta un sótano de la propiedad que desembocaba en algún punto del bosque, protegido por una reja de hierro macizo muy oxidado.

Lugares que no han sido mantenidos porque no se sabe de ellos y que probablemente eran túneles de escape en caso de que fueran atacados por enemigos.

—Blaston House debe estar lleno de eso.

Él la vio divertido.

—Kristen daría lo que fuera por poder entrar en Blaston House para recrearse con las antigüedades.

—Lo disfrutaría si la dejaran. Mi padre no deja la biblioteca, que es uno de los lugares que guardan documentos de mayor valor preservados con la más alta de las tecnologías de conservación y seguridad para que nadie pueda tocarlos —Elaine levantó los hombros restándole importancia al asunto—, lo que debe ser normal, supongo. No deja de parecerme exagerado.

—En Hartington también tenemos esos sistemas, tienes razón, es normal y también, exagerado. Todo sea por conservar la historia. Ustedes también tienen una parte abierta al público, hay que cuidar todo lo que se ve allí.

—Lo sé. Blaston House es impresionante. El Castillo en el que tú vives debe ser más intimidante aún. Nosotros solo tenemos 130 habitaciones y creo que unas 25 o 30 están abiertas al público. Tenemos pinturas que valen mucho dinero pero que algunas son tan terribles como la de Rembrandt en la que retrató al Rey Ozías cuando tenía lepra.

—Sí, bueno, en esas épocas hacían cosas que para nosotros son un poco desagradables.

—Como esa extraña manía del siglo XIX en el que retrataban a los muertos sentados en el salón de la mansión.

—Lo sé, la fotografía post mortem —bufó Pierce irónico y divertido—, las he visto en los archivos del castillo, la verdad es que prefiero ver los fantasmas.

Elaine negó con la cabeza.

—Ni lo uno ni lo otro.

—Kristen suele mencionar con mucha frecuencia la colección de dibujos antiguos de las que ustedes son dueños.

Elaine le habría gustado aclararle a Pierce que ella, a esas alturas, ya no debía ser dueña de nada porque de seguro su padre ya la había desheredado.

Tenía tiempo sin hablar con Maxwell y aunque parecía que las aguas estaban calmas con su familia, no dudaba que estuvieran al tanto de su cercanía con Pierce, eso era motivo suficiente para ser desterrada y que le obligaran a renunciar a todo lo que involucrara el patrimonio de los Daniels.

—Pues sí, la hay. Unos en exposición, otros muy bien guardados. Rembrandt, Rubens, Van Dyck, Da Vinci, algunos bocetos valiosos de Rafael. Las de exposición, se hacen en pequeños grupos en una sala especial de Blaston House. Manuscritos de Isabel I, libros de Enrique VII, cartas de presidentes del siglo XX, esculturas, piezas egipcias y quien sabe cuántas cosas más que siempre parecen ser más importantes que la propia familia del duque de turno. No puedo ni pensar en todas las pinturas de cada uno de los Daniels que hay en toda la propiedad, expuestos al público o no, todos con ese porte altivo, haciéndote sentir la cosa más insignificante del mundo cuando les ves a los ojos —Negó con la cabeza—. O que te hacen temblar, como el cuadro de Constance que está en la biblioteca. El retrato de esa mujer me pone la carne de gallina desde que la vi por primera vez.

—¿Es la misma Constance de la historia de los amantes?

Elaine asintió dejando todo en orden y sentándose junto a Pierce.

Ambos observaban todo lo hallado con fascinación.

—La misma mujer, según cuenta la historia. Mi abuela hablaba poco de ella. María del Mar —

Elaine cerró los ojos y sacudió la cabeza—, Alma, quiero decir, me contó algunas cosas extra. ¿Sabrás por qué me dijo que se llamaba María del Mar?

Pierce negó con la cabeza.

Entre ambos, fueron comparando la información que tenían.

Se parecían mucho las versiones que intercambiaron, seguían existiendo vacíos y apareciendo cada vez más interrogantes.

—¿Por qué Alma engañaría a August? —preguntó Elaine.

—No lo sé. Supongo que es eso lo que nos toca resolver a nosotros pero será a partir de mañana, es tarde y necesitamos descansar.

Pierce no quería llegar a ese momento, sin embargo, al sentarse y relajarse con la conversación, el cansancio empezó a vencerle, necesitaba recuperar energía pronto.

Y a la vez no quería dejarla ir.

No esa noche.

«Ni nunca» pensó.

Ella bostezó con intensidad. También estaba cansada.

—Llamaré a un Uber y te acompañaré a casa, es tarde.

Ella lo vio con esos ojos que lo derretían aun sin saberlo.

Vislumbró el miedo en ellos.

—No quiero quedarme sola, Pierce.

Él sonrió divertido, no porque se burlara de ella si no por la forma en la que la vida le estaba moviendo las piezas a su alrededor para no poder despojarse de ella y de sus embrujos.

—No te burles, no estoy acostumbrada a los fantasmas y...

Era tan dulce cuando se ponía nerviosa.

Pierce la tomó de la mano y la vio a los ojos.

La sorprendió, descubriendo entonces que le gustaba sorprenderla de esa manera.

Ella clavó su mirada en la de él. Esos ojos grandes y brillantes lo observaron con vergüenza.

Consiguió sonrojarse con intensidad y Pierce paseó su mirada por los labios de ella.

Carnosos, rosados y provocativos.

Sintió la creciente tensión en su entrepierna.

¿Qué se sentiría besarla?

Probarla.

Colocó una mano en el cuello de ella dejando que el pulgar reposara sobre esa mejilla sonrojada que llenaba de color la pálida piel de la chica que revolucionaba su sistema de una forma que desconocía.

¿Cómo lo hacía?

Quería descubrir todo de ella y no quería esperar más.

La acercó a él y cuando sus labios apenas alcanzaban a rozarse, empezando a desatar estimulantes cosquillas en todo su organismo, le dijo:

—No quiero que te vayas.

Y sin dejarla reaccionar, la besó.

## Capítulo 11

*España, Siglo XVII*

August Daniels llegó a Madrid con el agotamiento de quien hace un viaje largo por primera vez. Sin embargo, también llegó con ansias y curiosidad.

Su padre, fallecido hacía unos meses, le había hablado de esta ciudad durante mucho tiempo. Sobre todo desde que llegase la invitación a la unión eclesiástica entre Oliver II Edevane y su prometida.

Los Edevane eran una familia aristocrática muy cercana a la familia Daniels.

Oliver I Edevane era casi un hermano para el padre de August; hacía años, hizo un viaje a España para conversar sobre algunas cosas de interés mutuo con El Rey y durante su estadía, tuvo la oportunidad de codearse con las familias más importantes de la aristocracia española, encontrando en la familia Salazar a su futura esposa.

Permanecieron en España, en donde formaron una familia sólida, estable y que hasta felices parecían, según lo que le decía su padre a August.

La noticia de la unión del primogénito de los Edevane-Salazar fue motivo de alegría para los Daniels, también motivo de tormentos para August porque su madre, Constance, Duquesa de Lanhill, estaba profundamente preocupada por los años de vida que tenía y el poco interés que mostraba en unirse en matrimonio con alguna de las varias candidatas que la misma Constance le sugería.

No quería una mujer impuesta por su madre.

Quería una mujer que le hiciera vibrar cada vez que la viera. Y ninguna de las chicas que su madre proponía, le hacían sentir de esa forma.

Le llevaba la corriente a su madre, como no; le decía que lo pensaría y luego, la persuadía explicándole cualquier imperfección de la candidata de turno.

Unas era muy superficiales, otras muy dulces, otras muy serias.

Una no le gustó para nada su sonrisa y la última, aunque le pareció simpática no lograba cumplir con eso que él ansiaba.

Quería una mujer, no una esposa y dudaba que pudiera encontrar alguna entre las jovencitas de la aristocracia. Estaban criadas para ser muy infelices; como lo era su madre, mientras se aguantan a un marido que no las merece y procrean sin parar porque su mayor meta en la vida es ser esposas y madres.

«Mujeres decentes» decía su madre.

Ahora que su padre ya no estaba y debido al luto, la presión de Constance sobre su hijo había bajado un poco pero sabía que no tardaría en volver al ruedo porque así era su madre. Insistente. Impositiva. Caprichosa.

Ya se las arreglaría cuando regresara a casa.

Pasaría unas semanas en Madrid, en nombre de la familia, celebrando y conociendo esa tierra

que tanta curiosidad le creaba.

Lo que August vio en el viaje por tierra, mientras entraba en la ciudad, le gustaba aunque eran construcciones muy diferentes a las Tudor que se veían en sus tierras.

Cuando bajó del carruaje ayudado por el mozo que luego se encargaría de dejar su equipaje en su habitación, la puerta del palacio se abrió dejando ver una figura que lo hechizó al momento.

Una belleza morena de ojos negros como la más oscura de las noches y la piel blanca como las nevadas de su tierra, lo dejó atónito por unos segundos.

Atrapándolo.

Se atraparon, mejor dicho, porque ella tampoco conseguía dejar de verle aun sabiendo que lo que hacía sería castigado luego porque era una absoluta falta de respeto ver a los patrones, o sus invitados, a los ojos de esa manera.

Ella no estaba a la altura de ellos.

Era muy inferior y no podían permitirse ciertas cosas que solo se estaban permitidas entre las personas del mismo círculo social.

Un carraspeo de garganta los sacó de la mutua hipnosis en la que permanecían y de inmediato, la chica bajó la mirada sonrojada por la vergüenza del acto cometido.

Él sintió que la tierra se movía bajo sus pies.

¿De verdad la tierra se movía?

Ella permaneció junto a la puerta, con la cabeza baja y manos temblorosas por lo que sabía que le tocaría cuando llegara a la cocina.

La Señora de la casa estaba junto a ella, altiva y sonriendo a la fuerza para disimular el disgusto de la osadía de la criada.

August entendió lo que ocurriría y por un momento, sintió preocupación.

¿Qué ocurría con él?

¿Desde cuándo se preocupaba por los criados?

No eran su asunto. Eso era cosa de las mujeres.

—¡August! —María del Pilar Salazar de Edevane lo recibió como era debido. La mujer tenía un extraño acento pero sabía manejar bien el idioma de los ingleses—. ¡Bienvenido!

—Gracias, Sra. María —respondió August con la caballerosidad que tanto le caracterizaba y besó el dorso de la mano de su anfitriona como correspondía, pero aprovechando la ocasión para agacharse un poco y poder capturar la mirada de la chica que ahora estaba a su izquierda y tan cerca de él que podía contar las pecas que tenía en las mejillas.

Ella levantó un poco la mirada con el movimiento del hombre y observó cuando August la detallaba con curiosidad.

—Puedes retirarte, Alma —La Sra. María la vio con mirada reprobatoria y el tono de voz que uso para dirigirse a ella, le indicó a August que la chica estaba a punto de sufrir algún castigo.

La vio perderse en un largo pasillo de poca luz que estaba frente a la puerta principal.

María del Pilar le sonreía con impaciencia.

August entendió que debía comportarse y entrar en la propiedad.

Debía dejar a un lado a la chica que acababa de abandonar el espacio y concentrarse en su anfitriona si no quería que la criada sufriera un castigo peor por su culpa.

Se preocupó de nuevo.

Y sacudió la cabeza, queriendo sacudirse cada uno de los pensamientos que lo dominaban en ese momento.

No estaba siendo él.

Tomó asiento en el salón, decorado con simplicidad y elegancia. En esas tierras nada era como



en las suyas.

Recordó que Oliver I nunca encajó entre los aristócratas de Inglaterra.

Siempre fue diferente en pensar y actuar.

—De inmediato nos traerán algo refrescante para beber —agregó su anfitriona—. Antes de que empecemos a conversar y de que aparezcan los demás miembros de la familia quiero decirte que lamentamos mucho la muerte de tu padre. No me imagino cuánto debe estar sufriendo tu madre y agradezco mucho el gesto de que tú hayas podido venir a la boda de Oliver en representación de toda la familia.

Le dio unas palmaditas en la mano que el joven tenía apoyada en el sillón en el que ambos estaban sentados.

—Gracias —sonrió con amabilidad, María del Pilar parecía sincera—. La verdad es que la muerte de mi padre nos tomó por sorpresa y creo que aún no he tenido tiempo para entenderlo con claridad. He debido asumir la totalidad de la responsabilidad de los negocios familiares y de la familia en sí, como corresponde.

—Lo entiendo.

La chica motivo de las distracciones de August hizo acto de presencia de nuevo y el joven no pudo evitar observarla al entero.

Estilizada, con una figura que le hacía agua la boca, un pecho que invitaba a hundirse en él y una boca carnosa y rosada que le resecaba la propia.

María del Pilar no era una mujer a la cual se le pudiese engañar con facilidad y apreció toda la escena tal como era.

—Te recomiendo concentrarte en lo que realmente es importante, August —este la vio de inmediato incómodo. La chica desapareció de la habitación de nuevo. María del Pilar sonrió con normalidad—. Entiendo de las tentaciones entre los jóvenes pero no es buena idea relacionarse con gente diferente a nosotros. Podría haber problemas a futuro y además, nos harías un desplante enorme. A tu madre le sentaría muy mal si hicieras algo indebido bajo nuestro techo, lo entiendes, ¿no?

August vio a María del Pilar con sorna.

Estaba acostumbrado a la sinceridad mordaz de las mujeres con poder. Como su madre y en este caso, María del Pilar.

Ella le entregó un vaso de agua fresca con limón. La mujer tomó un sorbo del propio.

Estuvieron en silencio unos segundos en los que August no hizo más que pensar en la chica.

Unas voces masculinas irrumpieron en la habitación haciendo desaparecer el tenso momento entre August y su anfitriona.

Oliver y su padre aparecían ante ellos.

El viejo Edevane seguía viéndose como August lo recordaba. Quizá el cabello un poco más blanco. Del resto, estaba igual. Fuerte, rebotante de energía, con una gran sonrisa en el rostro y la mirada traviesa de un niño de cinco años.

Y Oliver II era una copia al calco de cómo se había visto su padre cuando tuvo su misma edad.

August se puso en pie y la estancia se llenó de voces de alegrías con palmadas de bienvenida y saludo en las espaldas de cada uno de los hombres.

El viejo Edevane se sentía feliz de poder recibir en su casa a uno de los suyos, porque aunque no tenían ningún parentesco consanguíneo, consideraba a los Daniels familia.

Conversaron durante un rato sobre los cambios de España en los últimos años.

Para la época, ya se había establecido el Tratado de Londres, lo que hacía que España e Inglaterra finalmente estuviesen en paz

Parecía que venían buenos tiempos para el país y eso llenaba de emoción a la familia Edevane-Salazar porque las riquezas aumentarían.

Estaban a punto de construirse nuevos palacios por órdenes del Rey y la ciudad, que ya había sido declarada capital de España, estaba aumentando su población y popularidad.

Con la Corte asentada allí, la organización administrativa se hizo más compleja, aumentando en pocos años el número de cortesanos, funcionarios, consejeros y esto multiplicaba la demanda de servicios.

Antes de la hora de la comida, se le permitió a August ir a sus aposentos a asearse y descansar un poco.

Lo agradeció.

Lo necesitaba.

Entró en su habitación y encontró a la chica en ella.

Le estaba dejando el agua limpia preparada para que pudiera lavarse.

Le sonrió y ella bajó la mirada de inmediato.

Se sentó en la silla que estaba frente a la pequeña mesa de madera bajo la ventana.

No le quitaba la vista a ella de encima.

Se sintió tentado a acercarse y tocarla porque su belleza se le empezaba a hacer irreal.

—No deberías verme de esa manera. Es impropio.

Él sonrió con mayor amplitud y ella no pudo evitar responder ante esa sonrisa por la que se sintió deslumbrada al momento.

—Hablas mi idioma.

—Mis padres vinieron con el Señor Edevane desde Inglaterra. Son de su confianza.

August asintió.

—¿Cómo te llamas? —August no conseguía recordar el nombre que María del Pilar pronunció cuando estaban en la puerta de entrada de la propiedad.

Y no podría saberlo en ese momento porque unos toques en la puerta les interrumpieron.

La chica corrió a abrir la puerta.

El joven Oliver le sonrió con sorna.

Y la dejó salir, estaba nerviosa. Él la conocía muy bien.

—Yo, en tu lugar, tendría cuidado con esa —le hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta. Se refería a la criada—. Es incapaz de delatarte pero no tiene miedo a defenderse. Te lo digo por experiencia. No se le irá la lengua para acusarte, sin embargo, es probable que te deje unas cuantas marcas cuando se defiende. Sabe cómo y en dónde golpear, ten cuidado.

August lo vio con duda.

—Ya sabes a qué me refiero. Si necesitas ponerle calor a tu cama, ten cuidado con ella —le dio unas palmadas en el hombro y August se mantuvo serio. No le cayó nada bien el comentario del joven aunque no era el primero que escuchaba de ese estilo.

Su padre, el Duque de Lanhill, era el primero en aconsejarle que la servidumbre le servía incluso para calmar sus deseos más bajos.

August funcionaba de otra manera y era incapaz de obligar a nadie a complacerle en nada.

A Oliver le pareció que su invitado no mostraba empatía a sus gustos y prefirió cambiar de tema. Quizá era de los del grupo de su padre que no se atrevía a ponerle los ojos a nadie que no fuese su esposa.

Oliver sabía que jamás pertenecería a ese grupo de hombres porque le gustaban todas las mujeres que veía.

Se casaba por órdenes de su madre, creyendo que eso le libraría de la vida descontrolada que

llevaba.

Estaba convencida de que su insípida y aburrida prometida le otorgaría la estabilidad que necesitaba.

Lo dudaba.

Y no dejaría de colarse en la cama de las sirvientas. Sobre todo de aquellas que disfrutaban tanto como él de esos encuentros.

Alma estuvo obligada a ceder a las pasiones de Oliver algunas veces, cuando el joven abusaba del vino en las cenas especiales que organizaba su madre para su exclusivo círculo social.

—¿En qué te puedo ayudar, Oliver? —preguntó finalmente August rompiendo el tenso silencio entre los hombres que parecía que habían entrado en zona hostil.

—Solo venía invitarte a dar un paseo a caballo luego de la comida. Para enseñarte nuestras tierras.

—¿Tu padre, nos acompañara?

—Si es lo que deseas, no tendrá problemas.

August asintió entendiendo que era lo mejor para ambos.

El invitado lo veía con seriedad intentando no mostrarse grosero, le estaba costando sobremanera disimular su enfado causado por la sugerencia de Oliver hacia la chica.

Sintió por primera vez una rabia creciente en su pecho y ganas de defender a la chica de hombres sin escrúpulos como ese que ahora tenía en frente. Sin importarle qué tan amigo fuese de su propia familia.

—Bien —Oliver rompió el silencio pesado que se hacía entorno a ellos—. Daré la orden de que tengan listos los caballos y le informaré a mi padre que nos vendría bien su compañía.

—Gracias por tu hospitalidad.

August trataba de sonar lo más educado que podía pero sentía que las palabras le salían entre los dientes, como un siseo de serpiente.

Oliver sonrió con malicia viéndole a los ojos de manera retadora y luego se marchó.

\*\*\*

Alma se encontraba en la cocina cuando su madre la sorprendió observando a través de los cristales a uno de los invitados de la familia que se hospedaba allí con ellos. El joven, que provenía de sus adoradas tierras a las que echaba de menos cada día de su vida, disfrutaba de una calmada conversación con Edevane en los jardines de la propiedad.

Alma suspiró.

Faltaban pocos días para la boda y cada día que pasaba, acercaba más a Alma y a August.

Desde que lo vio en la puerta de la propiedad, hacía unas semanas, Alma no había podido dejar de pensar en él. Así como tampoco había podido dejar de sonreír.

Ese día, el de la llegada, la criada pensó que recibiría un gran castigo por parte de su patrona por haber visto de manera descarada al invitado cuando caminaba hacia la puerta.

Y en ese momento estuvo dispuesta a asumir todos los castigos que fuesen necesarios porque la mirada de ese hombre era tan diferente a la de los hombres que la rodeaban y le causó tanta curiosidad, que necesitaba estudiarla más.

Así como lo hacía ahora, cada noche, cuando se sentaban a conversar un poco en la habitación de él en el tiempo en el que se supone debería estarle sirviendo y dejando todo arreglado para cuando desee meterse en la cama.

No era lo que hacía porque él se lo impedía. Le decía que quería pasar tiempo conversando

con ella y no viéndola hacer quehaceres que él mismo podía realizar.

Era un hombre diferente en todos los sentidos.

La respetaba y la hacía sentirse importante.

Querida.

—Saca tus ojos de ahí, Alma.

Se sobresaltó con la voz de su madre tras ella.

—¿Me estás espiando, mamá?

Su madre la vio con reprobación.

—La Sra. María del Pilar no está contenta con tu comportamiento, Alma. Y te lo dejó saber la última vez con una advertencia muy clara.

«Si vuelve a ocurrir, tendrás que marcharte» dijo la dueña de la casa en tono severo después de la cena, cuando entró en la cocina a verificar, por cuenta propia, como iba la limpieza de la misma, el mismo día en el que August llegara a la casa.

—No lo he olvidado, mamá, y no estoy haciendo nada indebido. Solo observo el día maravilloso que tenemos hoy. Eso es todo.

La vio a los ojos, lo que hacía cuando quería convencerla, calmarla.

Como las veces que salía desmoralizada del cuarto de Oliver y se perdía en el campo unas horas para calmar su rabia, el dolor del ultraje y la angustia de que su padre se enterara de lo que ocurría porque sabía que su padre mataría a Oliver y no quería ocasionar una tragedia en su propia familia. A su regreso, ante las preguntas de su madre, siempre conseguía dedicarle miradas que la convencían de estar bien.

—Sé que algo pasa en tu interior, Alma. Tú nunca estás tan feliz y sonriente. No es tu manera de ser —su madre le hablaba con dulzura, la conocía tan bien—. Has puesto los ojos en el hombre equivocado y eso me preocupa porque vas a salir lastimada.

Ella la vio entonces con una sonrisa franca y tierna.

—Eso no va a ocurrir, mamá. Te lo prometo.

Su madre suspiró y ella cogió el cesto de la ropa que debía ser llevada al río al día siguiente para ser lavada.

Alma era la encargada, junto a otras dos criadas jóvenes, de lavar la ropa de la familia; una tarea que en épocas del buen tiempo hacía con gusto y que en invierno detestaba a morir.

A veces soñaba con salir de ahí, dejar de servir, vivir para ella y no para los demás.

Eran solo sueños, lo sabía. Le gustaba refugiarse en ellos.

Tendría una bonita casa en el campo, viviría de lo que sembraría en la tierra y usaría una fuente de agua natural cercana a esa casa en el medio de la nada donde se imaginaba disfrutando de la vida, siendo libre.

A veces, también se imaginaba recorriendo el mundo, conociendo lugares diferentes.

Viajando en los barcos que hablaba su padre.

Suspiró abatida.

Sueños.

Dejó la ropa en lugar indicado y luego fue a hacer el recorrido de las habitaciones, empezaba a caer la tarde y pronto servirían la cena para luego dar paso al descanso nocturno.

Cuando estaba dejando en orden la habitación del invitado, este entró y la saludó alegre.

—Me da gusto encontrarte aquí —se sentó en la cama y la vio divertido.

Ella le devolvió la sonrisa y se sentó en la silla frente a la mesa que servía de escritorio.

Así lo estuvieron haciendo las últimas noches, pasando un rato juntos, corto pero agradable, conociéndose, conversando de ellos, de sus gustos, de sus manías, de las cosas que les gustaría

cambiar en el mundo.

Alma sentía que conocía a August de toda la vida y cada minuto que pasaba junto a él, el mundo se detenía a su alrededor haciéndoles vivir un momento inolvidable.

—¿Qué tal estuvo tu día?

Ella levantó los hombros para restarle importancia a su día. No era tan valioso como el de él.

August lo consideraba al contrario.

Desde que compartía esos momentos a solas con ella, apreciaba cada vez más el valor de las criadas en las casas de los aristócratas.

Debían ser más valoradas, más respetadas.

Gracias a ellas, la casa se mantenía impecable, la ropa limpia, la comida servida caliente y en tiempo; y aguantaban todos los requerimientos de los patronos así fuesen contra la moral de ellas.

Eran mujeres admirables.

Su hermana tendría mucho que aprender de ellas, incluso su propia madre tendría mucho que aprender que siempre había tenido las cosas fáciles en la vida y tanta facilidad la hacía despiadada y cruel en muchas ocasiones.

La amaba, era su madre, pero reconocía que, a veces, no obraba de buena manera. Solo obraba a conveniencia propia o de los suyos.

Alma y August se vieron en silencio, con una sonrisa tímida que ambos sabían lo que significaba.

Se gustaban.

Se sentían atraídos física y sentimentalmente.

—No me has dicho, ¿cómo estuvo tu día? —se acercó un poco y se sentó en el suelo, frente a ella para apreciarla mejor.

Era hermosa.

Delicada.

—Estuvo bien, ayudé a madre en la cocina, fregué los suelos y dejé la ropa lista para mañana.

—¿Qué ropa?

Ella le sonrió con burla. Él no entendía de nada de lo que debía hacerse para mantener una casa en orden.

—La ropa que usas. La que usan los patronos, la ropa de cama. La ropa. Hay que lavarla.

Él le vio interrogante. Ella ya conocía ese gesto que le pedía más información de lo que él desconocía.

—Cada cuatro semanas seleccionamos la ropa que hay que ir a lavar al río. Mañana corresponde día de lavado y me toca a mí. Mis compañeras de esta tarea estarán ocupadas en los vestidos de la ceremonia que ya está por celebrarse.

August asintió.

—¿Cómo se hace?

—¿El lavado de la ropa?

Él asintió con seriedad.

—¿Y para qué quisieras saberlo? Tú no vas a tener que lavar la ropa jamás.

El joven August se encogió de hombros.

—Nunca se sabe.

Ella soltó una risita baja. August siempre conseguía robarle sonrisas.

—Mañana, todos estarán ocupados en los asuntos de la ceremonia y no tendré a nadie a mí al rededor, si quieres, podría acompañarte.

Ella lo observó con vergüenza. Sus mejillas se encendieron de pensar que estaría a solas y en

libertad con él.

Tenía sentimientos encontrados al respecto, no porque le tuviera miedo. Era imposible temerle a un ser tan dulce como August.

Temía que alguien los viera y luego la echaran a ella o peor aún, a sus padres que no podían perder ese empleo porque no tendrían a donde ir y morirían de hambre.

Su corazón se debatía entre su familia y August.

Él se acercó un poco más y extendió su mano para alcanzar rozar la de ella.

Saltaron los deseos de ambos y el fuego intenso marcado en las pupilas de cada uno, avivó las ganas que tenían de comerse a besos y de fundirse en un acto que los elevara y les hiciera sentirse inseparables.

August besó el dorso de esa mano y a pesar de que su piel se le antojó gruesa y seca, por todo el trabajo que realizaba día a día, deseó poder repetir ese simple acto mil veces más.

Finalmente conseguía un contacto entre ellos.

Alma lo veía con ternura. Él le sonrió dejándole ver a través de sus ojos lo que sentía por ella.

No solo era deseo, ella ya lo había descifrado antes.

Existía un sentimiento que los unía. Un hilo que los iba envolviendo sin darse cuenta y los acercaba cada vez más.

—Tendrás que ayudarme si vienes conmigo —agregó ella después de ese silencio intenso. Él sonrió con amplitud, complacido y ella sintió nerviosismo en su interior. Le aclamó al cielo que nadie los descubriese porque no quería hacer de aquello un mal recuerdo.

En unos días, August regresaría a Inglaterra y no volvería a verlo jamás.

Ella no pertenecía a su mundo, lo sabía desde el principio, sin embargo, en los sentimientos nadie mandaba y ella no opuso resistencia para dejar de sentir.

Quería sentir.

Quería saber lo que era el amor aunque fuese por una sola vez en su vida.

\*\*\*

Al día siguiente, August no encontró a Alma por ningún lado y cuando decidió echar un vistazo en la cocina, la madre de Alma lo interceptó.

—Buenos días, Señor. ¿Necesita algo?

August se sobresaltó y vio con diversión a la madre de Alma, no sabía su nombre, pero lo consideraba una gran mujer porque había criado a una hija con grandes valores.

—Buenos días. No, solo venía con ganas de buscar una bebida caliente.

La mujer lo vio con cara de pocos amigos.

—Puede ir al salón, se la llevaré de inmediato.

Él asintió entendiendo que no le dejaría entrar a la cocina.

Y pensó en preguntarle por Alma pero la mujer se anticipó a sus pensamientos.

—No la busque, Señor, por favor. Evítenos un problema.

Él le sonrió con dulzura.

—Nada será un problema. Se lo prometo. Ya se fue al río ¿cierto?

La mujer asintió en silencio con pesar en la mirada.

Su hija salió a realizar sus deberes muy temprano, mucho antes de lo normalmente previsto porque así lo había decidido su madre. Quien sabía que se encontraría con él en algún lado.

Y aquello le daba muy mala espina.

Se lo vio en los ojos la noche anterior cuando ella cantaba feliz y no dejaba de sonreír. Incluso

llegó a decirle que se acostaría temprano porque al día siguiente le esperaba un gran día.

¡Vaya si la sorprendió!

La misma niña que había que meterla en la cama obligada cada noche desde que había nacido. La misma a la que los días de lavado le ponían de muy mal humor; y no la culpaba porque sabía lo que era esa difícil tarea.

Entonces, lo entendió.

Se encontraría con él porque la familia estaría ocupada con asuntos de la ceremonia que ya estaba muy cercana la fecha y el invitado estaría en soledad ese día.

Fue cuando supo que tenía que remediar aquello pronto y levantó a su hija una hora antes de lo previsto y la obligó a darse prisa porque, por órdenes de la señora María del Pilar, la mayoría de las criadas estarían a cargo de otras actividades que eran necesarias para la ceremonia y ella misma tenía mucho por hacer en la cocina y necesitaría ayuda que Alma debía darle en cuanto regresara del río.

Alma se fue enfadada, no le importó. Usaría ese enfado para fregar con más ímpetu la ropa y su tarea sería recompensada cuando la Señora viera qué bien había quedado su ropa lavada ese día.

Además, la libraría de un futuro que no quería para su hija.

Era cierto que tampoco la quería de sirvienta pero eso era mucho mejor a ser la querida de uno superior a ella en clase y abolengo; o peor todavía, quedar destrozada, sin virtud para dar a un hombre de su clase que la amara realmente y hasta con un hijo bastardo.

No.

Eso no era lo que quería para su Alma.

Así que no se arrepentía de haberla mandado antes de tiempo a desempeñar sus deberes y cuando regresara, no le dejaría salir de la cocina en todo el día. Al caer la noche, estaría tan cansada que se iría a la cama sin pensárselo.

Por su parte, August se quedó en las adyacencias de la propiedad las primeras dos horas después de que el sol despuntara y empezara a calentarse con lentitud.

La familia empezó a aparecer un poco después de que la madre de Alma le llevara la infusión caliente al salón y por supuesto, se sentó a desayunar con todos.

Oliver I se excusó mil veces por dejarle solo ese día, le prometió que le compensaría al siguiente porque luego, empezarían los preparativos finales para llevar a cabo la boda y no podría dedicarle tanto tiempo.

Había mucho que atender y su mujer requería de un poco de ayuda a pesar de que consideraba que esas tareas no eran asunto de los hombres.

Él ayudaba de igual manera y lo hacía con gusto, según observaba August.

En nada se parecía a su padre.

Oliver II también estuvo ocupado arreglando asuntos legales sobre la propiedad en la que viviría con su futura esposa, la selección de los hombres del servicio que serían los encargados del mantenimiento de toda la nueva propiedad, los establos, los jardines, reparaciones a la casa, etc.

Su prometida haría lo mismo con la servidumbre femenina. Muchas de las jóvenes compañeras de Alma en casa de los Edevane se irían a la nueva casa porque la Sra. María del Pilar, se las obsequiaría a su nuera para su mayor comodidad.

Así funcionaba la gente de su clase, nada le sorprendía, la verdad.

Cuando la casa quedó en silencio, solo con el ir y venir de los empleados que limpiaban, arreglaban y embellecían todo a su alrededor, empezó a sentir ansiedad y desespero.

Quería verla.

No.

Necesitaba verla.

¿Y si iba? Nadie se enteraría. Es más, podría decirle a la madre de Alma que necesitaba algo caliente de nuevo porque creía no sentirse muy bien y que lo llevara a la habitación en donde se quedaría descansando el resto del día.

Lo pensó mejor.

No.

Lo mejor en ese caso en el que él se encontraba era darse a la fuga de una vez y de la manera más sigilosa posible.

Si corría con suerte, nadie lo vería.

Y eso hizo.

Mientras se alejaba de la propiedad por un camino que recorrió a caballo unos días antes con el viejo Edevane y su hijo, veía a su alrededor para asegurar de que nadie lo cogía por sorpresa.

No quería meter en problemas a la chica y a su familia. Por él no importaba, con decir que estaba caminando y de pronto perdió el rumbo, estaría bien y nadie se atrevería a refutar su palabra.

Por fortuna nadie le siguió y la madre de Alma tampoco notó su ausencia en el resto del día.

Al llegar a la orilla del río, la vio y sintió que su corazón se aceleró.

Estaba de rodillas en la tierra, con el vestido mojado, las mangas de la camisa dobladas hasta los codos para no mojárselas, intento en vano porque aquella tarea le hacía mojarse casi al completo.

Hacía buen día, aunque estaba fresco.

Se preocupó por ella, podría resfriarse.

Fregaba la ropa con rabia contra una piedra mientras murmuraba cosas a modo de protesta.

Sonrió divertido, se veía más hermosa cuando estaba enfadada y suponía que la razón de su enfado era la acción sorpresiva de su madre de enviarla antes de tiempo a hacer la colada rompiendo con los planes que ellos dos tenían.

No había nadie más en la zona, no le extrañó.

La propiedad de los Edevane era inmensa y el caudal de agua la cruzaba en la parte norte.

Caminó un poco para acercarse a ella y la chica estaba tan concentrada en su tarea que ni siquiera se detuvo en el momento en el que una rama seca crujió bajo la pisada de August.

Al llegar junto a ella, se aclaró la garganta y fue cuando Alma levantó la vista y lo vio.

Se tapó con la mano el sol que la cegaba y al ver el rostro del hombre que tenía día a día en el pensamiento y en el corazón, sonrió alegre respondiendo sin pensar a su espontaneidad, levantándose de un salto y brincándole encima al hombre que, imitándola, se dejó llevar por lo que sentía y no por lo que debía ser políticamente correcto.

¡Al diablo las posturas de la sociedad!

Ese día era para ellos y los disfrutarían.

Ella se arrebujó en su pecho y él la rodeó con sus brazos haciéndole sentir querida, protegida, feliz.

La chica suspiró con gusto y desde su postura, la vio sonreír con dulzura con tranquilidad.

Se sentía tan bien tenerla entre sus brazos.

—Mi madre... —ella empezó a excusarse pero él se lo impidió. No perdería el tiempo en eso.

No.

Levantó el rostro de ella con delicadeza desde el mentón.

¡Dios! Era maravillosa. Sus pecas, la blancura de su piel, la lozanía de la misma, el brillo



delicioso y sensual en su mirada que lo invitaba a intimar con ella y a la vez, le dejaba saber que era una chica dulce y fiel.

Sus ojos se pasearon por su boca, carnosa, rosada, delicada, suave.

Su dedo pulgar lo confirmó cuando rozó sus labios y los ojos de ella destellaron de nuevo con ese brillo irresistible para él.

Se acercó un poco más y ella tembló en sus brazos.

—No hablemos de nadie hoy —le sonrió de lado acercándose más, haciendo que el cuerpo de ella, al entero, empezara a temblar y no de frío, si no de nervios de lo que él proponía porque sabía que pasaría entre ellos ese día y sin duda, lo deseaba.

Deseaba sentir los besos de August en todo su cuerpo, sus manos cubriendo cada parte de su piel y finalmente, necesitaba que la hiciera suya.

Le temía al futuro, claro que le temía pero quería un momento especial con él porque había un sentimiento que los unía, lo veía en sus ojos.

Lo sentía en sus palabras y ahora, podía sentirlo en el endurecimiento que se instalaba en la parte baja del abdomen del hombre.

Se ruborizó al pensar en eso y él se sintió avergonzado por el descubrimiento de la chica sobre su excitación.

No podía controlar nada en su ser en ese momento porque lo único que quería era estar con ella y amarla una y otra y otra vez.

¿La amaba?

Frunció el entrecejo mientras seguía observando la calidez de su mirada y la ansiedad con la que lo veía.

Urgencia.

Suplicaba por ese beso que ya era un hecho entre ellos.

¿La amaba? Se preguntó de nuevo sintiendo que su mundo cambiaba.

Nada parecía ser igual después de hacerse esa pregunta.

Los colores brillaban más, la brisa se sentía como una caricia sublime en el rostro, la naturaleza olía a esperanza, a compañía, a sentimientos.

Se acercó más cerrando todo el espacio que quedaba disponible entre ambos.

Ese sutil roce de labios, el primer contacto, le dejó saber que su vida no sería igual sin Alma.

Que necesitaría tenerla con él todo el tiempo.

Ella estaba nerviosa, su respiración se lo dejaba saber.

August le demostraría que en sus brazos no tenía nada que temer porque él estaba dispuesto a protegerla, a amarla y respetarla.

Su labios se entre abrieron dejando que su lengua, curiosa y ávida, saliera a acariciar con delicadeza los labios femeninos, aquel deleite era solo el principio de todo lo que pasaría ese día.

Un tímido gemido se escurrió de la garganta de Alma invitándole a continuar.

¡Cuánto la deseaba!

La guio en ese beso. Y ella se dejó guiar, confiada, tranquila pero llena de ansiedad y expectación por lo que vendría a continuación.

No le temía.

No le daba asco como ocurría con Oliver.

August era un caballero. Uno de verdad y la trataba con delicadeza y consideración.

Ella le permitió entrar en su boca. Sentirla. Explorarla.

Le aferró más a él mientras le acariciaba la espalda en toda su extensión.

Alma se sentía en el cielo.

La besó luego en el cuello, acarició su pecho por encima de la ropa haciendo que ella echara la cabeza hacia atrás dejando escapar nuevos gemidos que aumentaron la excitación de August y la necesidad de hacerla suya.

No habría vuelta atrás después de ese momento.

Le dolió un infierno pensar en una vida sin Alma y sabía que la vida de ambos cambiaría después de ese día.

Porque era inconcebible la vida sin ella a su lado.

Sí, la amaba y la haría parte de su vida para siempre.

\*\*\*

Alma se encontraba en la habitación de Oliver haciendo la ruta nocturna de las habitaciones de los señores e invitados como le correspondía hacerlo cada noche.

Entraba, preparaba el lecho, dejaba agua fresca para el aseo y se aseguraba de que todo estuviera en orden y según los gustos de cada habitante de la casa.

Sería la última noche del joven Oliver con ellos. Al día siguiente, sería la ceremonia que los tuvo tan ocupados la última semana.

Tan ocupados que solo un par de noches pudo escabullirse del yugo de su madre para encontrarse con August en la habitación de este bien entrada la noche, cuando los fantasmas eran los únicos que transitaban con libertad por la casa.

August.

Sonrió al pensar en él y en todas las cosas hermosas que le hacía sentir.

Esponjó la almohada de la cama y estiró las sábanas un poco más porque tenían que estar perfectas. Cosa que no entendía, porque la gente acababa destrozando la perfección cuando entraba en ellas para descansar.

Así eran los ricos y había que cumplir con las órdenes de ellos.

Pensó en la familia de August. Le preguntaba por ellos y él no se detenía a explicarle cómo eran o habían sido ellos.

Su padre, con su estricto carácter y su constante uso del poder que el título nobiliario le otorgaba, había sido una figura poco amigable para August que no coincidía con sus abusos de poder y sus insultos hacía su madre, que no era mejor persona que su padre.

Constance, duquesa de Lanhill, tenía un carácter agrio y severo. No la culpaba, no había sido feliz jamás en su matrimonio y mucho había tenido que aguantar del descarado Duque de Lanhill que le ponía los cuernos dentro del mismo castillo cada vez que le venía en gana y su madre, como una mujer digna de la época, aguantaba con la cabeza en alto ser motivo de lástima entre las demás damas de la aristocracia inglesa. Ahora sufría por la muerte del Duque. Y su sufrimiento parecía genuino.

Por su parte, August le aseguró a Alma que sí, extrañaba a su padre pero no de la manera en la que se suponía debía extrañarlo. A él no le interesaba para nada el título que había heredado y con este, cada una de las responsabilidades adjuntas. No le interesaba ser duque solo quería ser un hombre normal y corriente, dedicarse a los negocios de la familia, promover nuevas actividades económicas que generaran mayores ingresos porque su madre y su hermana eran insaciables y solo pensaban en gastar dinero en las joyas más vistosas, los vestidos más lujosos y las fiestas más impresionantes que pudieran organizar.

Todo eso requería de mucho dinero y después de la muerte de su padre, descubrió que las finanzas no estaban del todo bien. Muchos errores cometidos por su difunto progenitor quien

tampoco era un ejemplo de ahorro.

Descubrió que gastaba mucho dinero en alcohol y prostitutas y no tenía buena cabeza para los negocios.

Desde que August tomara las riendas de las familia, empezó a hacer algunos recortes con los que su madre y su hermana no estuvieron muy de acuerdo y que aceptaron solo por un periodo de tiempo mínimo que les permitiera estabilizarse de nuevo económicamente porque August fue muy claro con ellas al decirles que si continuaban por ese camino, se quedarían sin un centavo al finalizar el año.

Fue un poco exagerado, había más dinero, soportarían más tiempo, pero era mejor alarmarlas cuanto antes para poder recuperar los fondos familiares y vivir como estaban acostumbrados a hacerlo.

Sin restricciones.

También le contó de sus hermanos.

August tenía dos hermanos varones, Edmond y Anthony quienes le seguían en ese orden para finalizar con la pequeña Elizabeth que era una dama encantadora y muy divertida. Quizá la que más parecida a él era en cuanto a personalidad.

Elizabeth tampoco disfrutaba de ser una aristócrata cuando se trataba de imposiciones y reglas. Su madre empezaba a buscarle marido y la búsqueda y la imposición de citas y encuentros con jóvenes respetables del mismo círculo social, hacían que Elizabeth y su madre acabaran gritándose a través de todo el palacio en el que vivían, mientras la primera intentaba huir de su madre hasta que llegaba a su habitación y daba por terminada la conversación con un severo portazo que era capaz de hacer retumbar las paredes de la imponente propiedad.

Por otro lado, sus hermanos, Edmond, igual de déspota y despilfarrador que su padre; y Anthony, contaba con una extraña mezcla entre: los andares lujuriosos del fallecido Duque, la diversión de la adorable Elizabeth y la inteligencia para mover las piezas a su antojo que tenía Constance.

Alma también le contó sobre su padre y su madre aunque nada tenía que ver con la familia de él, claro estaba.

Su familia era muy pequeña, carente de recursos económicos y siempre a los servicios de los señores desde que ambos eran niños.

También le contó lo mucho que le gustaría viajar, conocer otras tierras, no tener que servirle a nadie.

Tampoco quería servicio a su mando, no era lo que deseaba para nadie porque el trabajo no era agradable y a veces resultaba ser perturbador.

Alma hizo una mueca de disgusto al pensar en esa conversación que tuvo con él cuando aún sus cuerpos no se había enfriado después de darse placer hasta el cansancio.

Estaba tan relajada, tan feliz de compartir ese momento de intimidad con él que para ella no solo representaba al acto carnal sino también un acto en el que conectaban los sentimientos de ambos a través de las palabras, de los conocimientos que tuvieran de cada uno; y tan cómoda se sentía hablando con él que no se dio cuenta de que estaba confesando algo que había jurado llevarse a la tumba.

Cuando mencionó que podía resultar perturbador, August la obligó a verle a los ojos y sin ella tener que decir nada más, supo todo lo que había vivido.

Así era a veces el lenguaje entre ellos.

No les hacía falta palabras.

Vio la ira en los ojos de su amado y le suplicó que no le dijera nada a nadie.

Le rogó que se olvidara de lo que dijo y le agradeció no haberla juzgado la primera vez que estuvieron juntos en el río.

Ese día, Alma estaba nerviosa porque sabía que su virtud no podría ser demostrada.

Había quedado marcada hacía mucho tiempo en sus ropas íntimas después de que Oliver hiciera lo que hiciera.

Sacudió la cabeza para olvidarse de ese día y otros más como ese que siguieron hasta que el interés por ella terminó.

Revisó la cama, las ventanas y cuando todo parecía estar en orden, la puerta se abrió dejando ver a un Oliver al que Alma le tenía miedo.

\*\*\*

La cena había sido un banquete de lujo en la víspera del matrimonio entre Oliver y su prometida.

Los Edevane decidieron celebrar por todo lo alto pero en la privacidad del hogar. Solo la familia y los invitados que se hospedaban con ellos fueron los presentes en dicha celebración en la que los manjares y el vino les acompañaron hasta que se retiraron a sus habitaciones.

August lamentó no poder estar con Alma esa noche, no le quedaban muchas más allí en esas tierras y ya había tomado algunas decisiones importantes que estaba ansioso por compartir con ella y deseaba que la fecha de su regreso a casa llegara pronto para poder sacar todo a la luz y llevarse a Alma con él.

No iba a dejarla.

No.

De hecho, lo primero sería pedirle matrimonio y hablar con sus padres.

Lo segundo, comunicárselo al viejo Edevane y por último, llevarla con él a casa.

Luego mandaría a buscar a sus padres para el día de la ceremonia.

Y de su propia madre, ya se encargaría cuando estuviese de regreso.

Estaba pensando en sacar también a la luz el asunto de los abusos de Oliver porque quería hacerle pagar con creces.

Maldito.

Lo veía reírse tan descaradamente, paseándose por todos lados, tan tranquilo, como si no estuviese afectando la vida de nadie.

No le importaba. Creía que los criados eran merecedores de ese destino, como lo creyó su propio padre, el supremo Duque de Lanhill que le hizo la vida miserable a muchos.

Pasó casi toda la velada obligándose a sonreír por cortesía y a no brincarle encima al desgraciado en la más mínima oportunidad que se le presentaba para partirle la cara y hacerle ver a los demás que, detrás de esa fachada de caballero intachable, había un ser monstruoso capaz de arrebatar la virtud de mujeres como Alma.

Su Alma.

¡Dios!

Esa mujer se le metió bajo la piel; tan profundo, que era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera ella.

La amaba, no le quedaba duda aunque pudiera parecer pronto, o quizá pudiera parecer un arrebató pasional, no lo era.

Su corazón se lo dejaba en claro cuando la veía.

Cuando no estaba con ella. Como en ese momento, que sabía que estaría haciendo el recorrido

de la noche dejando todo en orden para cuando todos ellos decidieran ponerle fin a la velada y subir a sus habitaciones.

August había bebido, no tanto como los demás, no acostumbraba a hacerlo porque sabía que en cualquier momento podía perder el control y hacer el ridículo como lo hizo muchas veces su padre o lo hace ahora su hermano Anthony.

Y no era de su agrado. Además, dejaría muy mal parada a su importante familia y su madre armaría un escándalo que en ese momento no le convenía, porque con la llegada de Alma junto a él de manera sorpresiva, sería más que suficiente para un escándalo.

Observó gran parte de la cena al viejo Edevane y su hijo, solo se parecían en el físico porque el joven no contaba con nada de la honorabilidad y respeto que tenía el viejo hacia los demás.

Era un gran hombre que sufriría de saber la clase de basura que tenía por hijo.

Chin, chin, chin.

Alguien llamaba la atención de los presentes para decir unas palabras y hacer otro brindis, August había perdido la cuenta de todos los brindis que se hicieron esa noche, en esta ocasión, el padrino de la boda, gran amigo de Edevane era quien tomaría el turno en desearle Oliver II una vida próspera en matrimonio.

—¡Oliver! —le llamaba con alegría buscándole con la mirada. Los presentes le imitaron, ayudándole en la búsqueda, tampoco era que el salón de la casa era inmenso y había cientos de invitados como ocurriría al día siguiente, en la boda—. Si hace un rato lo vi sentado allí, ¿en dónde se ha metido?

Y en ese instante, August tuvo un pensamiento que le pareció exagerado debido al movimiento que había en la casa a esas horas y a lo imprudente que sería por parte de Oliver meterse entre las piernas de las sirvientas en ese momento.

Sin embargo, recordó que Alma comentó que el alcohol no le favorecía y al pensar en eso, recordó que Alma estaba en el recorrido que le correspondía hacer a esas horas en las habitaciones.

Sintió miedo repentino de que pudiera pasarle algo.

Necesitaba cerciorarse de que estuviera bien.

—Yo iré a ver si subió a su habitación —le dijo al viejo Edevane y este se lo agradeció sonriente.

August subió las escaleras con prisa y corrió por el corredor que dejaba ver el patio central, bien cuidado, de la propiedad.

Ya cuando estaba acercándose a la habitación de Oliver, el corazón se le paralizó al escuchar un llanto ahogado y al llegar a la puerta de la habitación de este, pudo reconocer la voz de ella, le suplicaba a Oliver que la soltara.

No se lo pensó dos veces para abrir la puerta y ponerle las manos encima Oliver que mantenía prisionera bajo su cuerpo a Alma, que forcejeaba con él para defenderse.

De un tirón, lo tumbó al suelo y así mismo con la ira que le servía de estímulo, lo tomó por ambas solapas de su impecable chaqueta y lo levantó del suelo para darle un par de puñetazos en la boca del estómago que lo hicieron caer sin aire y retorcerse del dolor.

Luego se acercó a él y le dijo:

—La tocas de nuevo y te juro que yo mismo te mato.

Alma se agarraba el vestido como podía porque estaba hecho jirones.

La chica temblaba y se echó en sus brazos en cuanto él la tomó de la mano con delicadeza y viéndola a los ojos para que supiera que podía confiar en él.

La llevó a su habitación y la inspeccionó.

Tenía un pómulo morado y el vestido desgarrado dejando el pecho al descubierto.

Ella se aferró a él con fuerza una vez estuvieron a solas en la habitación de August.

—Gracias —pronunció en un susurro—. Llegaste justo a tiempo, me salvaste. Me defendía, tal como otras veces él me... me... —se echó a llorar y August sentía que quería cruzar la puerta y moler a golpes al miserable.

—No va a ocurrirte nada más, Alma, porque voy a sacarte de aquí —tomó el rostro de ella entre sus manos y la vio a los ojos. Unos ojos que estaban enrojecidos por el llanto—. No pensaba hacerlo de esta manera ni en este momento tan poco romántico para ti pero te amo, Alma, y quiero hacerte mi esposa.

La chica rompió en llanto abrazándolo con fuerza y él se sintió confuso porque no sabía si aquella propuesta la estaba lastimando.

¿Por qué lloraba de esa manera?

—No somos iguales, August —pronunció entre sollozos.

Él la vio con una sonrisa dulce y compasiva.

Le demostraría lo iguales que eran.

—Sí, lo somos, ¿no me amas?

Ella lo vio y asintió sonriendo con las lágrimas aun brotándole de esos hermosos ojos.

—Y ¿no quieres ser mi esposa?

—Nada me gustaría más.

—Entonces vamos a hacerlo realidad, cariño —la besó con ternura en los labios y la ayudó a meterse en la cama—. Iré a buscar a tu madre porque quiero que te cuide mientras yo no esté en la casa.

—¡No! —Ella lo vio con terror—. No les hagas eso a mis padres, por favor. No quiero que se enteren de nada. Mi padre sería capaz de...

August entendía muy bien lo que sería capaz de hacer el padre de Alma a Oliver de enterarse lo que hacía el maldito.

Él mismo quería matarlo en ese momento.

—Alma, quiero pedirle permiso a tu padre para casarme contigo.

—No. Yo les dejaré una carta y nos iremos cuando lo dispongas. Sufirán menos de esa manera.

—¿No te gustaría que estuvieran contigo el día de tu boda?

—¿Podrían estarlo? ¿Tu familia lo permitirá?

Una de las cosas que más le gustaban de esa chica era lo franca que podía llegar a ser.

August frunció el entrecejo.

—A mi familia poco podrá gustarle nuestra decisión, me da igual. No pienso hacer lo que me digan y quiero que sepas que si es tu deseo que ellos estén con nosotros, e incluso que vivan con nosotros, para mí será todo un placer cumplir con ese deseo.

Se acercó de nuevo a ella y la besó con cariño.

Se metió en la cama a su lado y la acunó entre sus brazos.

Ella aun sollozaba.

—¿De verdad, te quieres casar conmigo?

Él la vio con ilusión.

—Nada me haría más feliz en la vida que tenerte conmigo día y noche.

\*\*\*

Constance, Duquesa de Lanhill y viuda del Duque de Lanhill, estaba escribiendo en su diario personal, costumbre que mantenía desde que era una niña, cuando una criada corrió a sus habitaciones para avisarle que, su hijo, August, ahora Duque de Lanhill, estaba entrando en la propiedad.

Acompañado.

La Duquesa vio con duda a la criada de confianza.

—Es una mujer muy joven, Duquesa.

Constance frunció más el ceño.

—¿Mujer? ¿Qué aspecto tiene?

—Uno muy bueno, aunque se le nota que no es el que le corresponde.

La Duquesa, de inmediato, cerró el pequeño libro y lo metió debajo de su almohada.

Se revisó la indumentaria y salió directo al salón principal en donde su hijo dio indicaciones de que le esperaba.

¿Qué se traía entre manos ahora?

Cuando llegó al salón de la enorme residencia, observó a su hijo algo cambiado y temió por lo que vendría a continuación.

Su instinto de madre le daba la dirección exacta que tomarían los siguientes acontecimientos y empezó a pensar cómo se libraría de semejante campesina, porque se negaba a aceptar que esa mujer formara parte de su prestigiosa familia.

Prestigio que recién había recuperado gracias a la muerte de su marido.

Hacia unos meses apenas que había quedado en libertad de ser vista siempre con lástima por sus iguales cuando quedaba a la luz pública una nueva aventura de su marido con alguna criada, prostituta o cualquier mujer que se le cruzara por el medio; menos ella, por supuesto. A ella la tocó solo para dejarle embarazada, porque así nadie dudaría de su hombría y porque necesitaba herederos del título.

Después de eso, la veía solo como un estorbo.

«Tiempo pasado, Constance, tenemos cosas frescas de que librarnos» pensó mientras intentaba sonreír para no entrar en polémicas tan pronto con su hijo.

—Madre —se levantó este del asiento que ocupaba, junto a su ahora prometida, en un elegante mueble de terciopelo color burdeos. Abrazó a su madre como lo contemplaban las normas de la aristocracia, con la proximidad justa que le permitía un saludo «cariñoso» sin llegar a parecer que le daba asco acercarse a la otra persona.

Para él, ese acto era frío y absurdo. Un hijo debía estar en todo el derecho de dar —y de recibir— un abrazo cálido, cercano y tierno de parte de la mujer que le dio la vida.

Constance lo vio a los ojos y luego inspeccionó a Alma.

—¿Quién es tu invitada? —se acercó a ella que ya estaba de pie, lista para saludarle con educación pero sin conocer al completo el protocolo de los aristócratas.

Constance la vio con sonrisa de burla que le dedicó únicamente a ella, claro estaba; luego le haría saber a su hijo lo que opinaba de aquella locura.

—No es mi invitada, madre. Alma es mi prometida.

—Necesitamos hablar a solas en la biblioteca —dijo la mujer en una clara orden viéndole a los ojos con reprobación absoluta y después, emprendió el camino a la gran biblioteca que tenía la mansión.

Le escuchó decir a la campesina que hablaría con ella y que luego volvería, que no se moviera de allí.

La Duquesa observó el retrato que estaba sobre la chimenea de la biblioteca mientras su hijo

cerraba las grandes puertas de roble para tener una conversación privada.

Constance había sido muy bien retratada en ese cuadro.

Altiava, elegante, poderosa. Como le gustaba sentirse.

Suspiró cuando sintió los pasos de su hijo acercarse a donde se encontraba ella.

—Madre, no me hagas las cosas difíciles, menos a ella. La amo de verdad.

Constance lo vio y soltó senda carcajada que empezó a irritar a su hijo.

—August, cariño, eres un soñador y un blandengue. Siempre lo has sido. Tienes un complejo de héroe que no te va —no lo veía a él, solo se auto admiraba mientras descargaba palabras amargas y crudas sobre su hijo dejándole saber cuál era su opinión de esa locura y además, aclarándole que no le iba a permitir casarse con una campesina—. Siempre quieres ayudar a los criados, a los débiles. Cada quien tiene el destino que se merece y el tuyo, es el de ser un Duque. Un gran Duque, no como lo fue tu padre. Así que por el amor que dices que me tienes, saca a esa mujer de mi casa antes de que nuestras amistades se enteren y empiecen a hablar de nuevo a nuestras espaldas.

Sintió que la mirada de August se clavó en ella pero decidió no moverse de su postura en la que seguía deleitando a su propio ego.

—No voy a complacerte.

Entonces, se dio la vuelta para verle a los ojos.

—No es cuestión de complacer, August, es cuestión de lo que debes hacer por el bien de la familia y del ducado que hoy recae en tus hombros.

—Que yo nunca pedí.

—¡Pero es lo que corresponde! —Constance empezaba a exasperarse—. Y vas a hacer lo que yo diga ¿Quedó claro? —su hijo no respondía—. ¿Quedó claro? —preguntó de nuevo entre dientes.

August la vio con ironía.

—A la que debe quedarle claro aquí como son las cosas es a ti, madre. Yo soy el duque y como tal, puedo hacer lo que quiera, incluso, se me ocurre que podría dejarte sin dinero ahora mismo y seguir con mi plan de casarme con la mujer que amo —la vio con una seriedad que heló a la duquesa—. Soy un caballero ante todo y jamás dejaría que tu o Elizabeth pasaran trabajo. Jamás. Así que tendrás que aprender a compartir espacio con Alma porque además, será ella la nueva señora de la casa. La nueva Duquesa de Lanhill. Ahora, si me disculpas, voy a retirarme para enseñarle a Alma su nueva casa.

Hizo una pequeña reverencia y se dio media vuelta dejando a Constance más irritada que nunca y con la necesidad urgente de librarse de esa mujer de inmediato.

\*\*\*

La nueva vida en la que Alma estaba sumergida la tenía un poco abrumada.

Muchas reglas que aprender y muchos comportamientos que corregir.

August estaba en desacuerdo con que ella dejara de ser la mujer espontánea y libre que era. La que no se callaba nada.

Sin embargo, ella se negaba a seguir siendo esa Alma.

Su nuevo estatus de prometida del Duque de Lanhill la obligaba a tener un comportamiento ejemplar y modales dignos de un aristócrata, aunque, la verdad era que no sabía si llegaría a lograrlo alguna vez porque era demasiado.

Lo que a Elizabeth, su futura cuñada y con quien hizo migas pronto, se le deba tan natural, para



ella era un asunto que le llevaba días aprender.

Pero era necia, terca y empecinada y no se iba a rendir tan fácilmente.

Pensaba en sus padres y en lo mucho que les extrañaba.

En cualquier momento les escribiría para decirles que todo estaba bien y que pronto se verían de nuevo.

Cuando salieron de España, lo hicieron con la ayuda del viejo Edevane con quien August habló con toda sinceridad respecto a Oliver y este, avergonzado por la actitud baja y asquerosa de su hijo con la chica y sabrá dios con cuántas más, les ayudó a salir de la casa sin que nadie viera a Alma.

Fue el viejo Edevane quien se comprometió a darles la carta a los padres de ella.

Lo haría, era un buen hombre y Alma confiaba en él.

Todavía recordaba el viaje en barco, no había sido nada parecido a lo que ella imaginó que sería viajar.

La nave era un lugar hostil, lleno de hombres con muy mal aspecto que la veían como si fuera carne fresca.

El capitán, amigo de Edevane, les cedió su propio camarote para que se sintieran cómodos y seguros. Por supuesto, August no dejaba a Alma sola en ningún momento porque no se fiaba de nadie. Él debía cuidarla y lo haría como era debido.

El barco olía a mugre, desechos humanos, y por mucho que intentaran limpiarlo, el sitio no era lo que Alma pensó.

Estaba muy lejos de esas naves de madera pulida y brillante que se imaginó que serían, con una bodega limpia y arreglada para mayor comodidad de la carga animal que transportaban, así como de agradables habitaciones para pasar la noche o estar a resguardo en caso de que les sorprendiera el mal tiempo durante el viaje.

Nada era como ella lo había imaginado.

Pensaba que podría dar paseos diarios por cubierta si el clima era bueno para tomar sol y poder tener una conversación agradable sobre el mar y los viajes con el capitán o con cualquiera de los ayudantes.

Aquellos hombres estaban muy lejos de ser considerados aptos para una agradable conversación; a excepción del capitán, que les trató con todo el lujo y respeto que pudo, y durante las cenas, que hacían en el despacho del hombre en una mesa diminuta bajo el ligero bamboleo de la nave, les habló de las bondades e infortunios que tenía ser capitán de un barco.

Al llegar a Londres, Alma no podía dejar de ver la ciudad asombrada y feliz de haber llegado a nuevas tierras.

Su madre le hablaba mucho de la ciudad, pero no era lo mismo verlo con los propios ojos.

Los edificios eran diferentes a los de Madrid y luego, también descubrió las Country House de estilo Tudor que se alzaban como grandes y lujosas moles sobre los campos.

En una de esas vivía ahora.

Era un palacio.

Hermosa, brillante, amplia.

A veces la sentía demasiado grande. La casa de los Edevane estaba lejos de ser pequeña pero jamás se le podría comparar con su nuevo hogar y su habitación, parecía una casa entera de lo amplia que era.

Mantendrían habitaciones separadas para no añadir más problemas de los que ya tenían con la madre de August, su futura suegra, la que desde el primer momento que la vio la hizo sentir como la cosa más insignificante del mundo.

Alma no era tonta, sabía en donde se encontraba y entendía a Constance.

Para una mujer de su estatus era impensable que uno de sus hijos contrajera nupcias con una campesina, tal como la llamaba siempre que August no se encontraba por los alrededores.

Su futura suegra era una de las razones más poderosas por las que se empeñaba en aprender sobre los buenos modales de los aristócratas y perfeccionar sus atuendos según lo dictaban las normas de tan alta sociedad.

Tenía vestidos hermosos que en su vida habría soñado en tener.

El primero lo obtuvo en la parada que hicieron en la ciudad antes de llegar a Blaston House, lugar en el que ahora residía.

Desde que bajaron del barco en PortsMouth emprendieron un viaje que les tomaría varios días para llegar a su destino final que era Blaston House. Así que August decidió hacerlo sin prisa. Y parando en Londres, para poder hacer las compras necesarias para su futura esposa.

Era muy considerado con ella.

Sonrió pensando en lo mucho que le amaba y lo feliz que le hacía a pesar de que la duquesa no les estaba haciendo la vida fácil.

Era una mujer caprichosa y se valía de artimañas para intentar controlar a August sin éxito alguno.

El día anterior había tenido invitadas en el palacio y le pidió a Alma, que se encontraba en la biblioteca admirando los libros, que se uniera a ellas.

Le pareció, en el momento, que la duquesa buscaba la forma de acercarse a ella y por supuesto, aceptó.

No tardó en darse cuenta de que Constance lo único que quería era burlarse de ella frente a sus amigas y tratarla como una más de la servidumbre.

No le contó nada a August, no merecía la pena.

Se sintió muy mal después de eso, tanto, que en cuanto August terminó con sus obligaciones y volvió a casa, ella se refugió en sus brazos sin ganas de apartarse de él.

No volvería a caer en los juegos viles de esa mujer, sabía que eso sería la declaración de la guerra.

Los besos y las caricias de August esa noche le aliviaron las penas y le hicieron pasar la página, olvidar lo que la afligía para luego caer en un profundo y reparador sueño en los brazos de su amado hasta un poco antes que el alba despuntara y ella volviera con prisa y a hurtadillas a su habitación para guardar las apariencias.

Quedaba muy poco para que todo acabara y ella se convirtiera en la esposa de August.

Cuando eso ocurriera, podría sentirse más tranquila.

Ya quería tener hijos y corretear detrás de ellos en ese inmenso jardín que tenía la propiedad.

August se uniría a los días de juego y serían muy felices.

Suspiró con ilusión.

Sí, serían muy felices.

## Capítulo 12

Cuando Pierce abrió los ojos y vio a Elaine a su lado, envuelta en las mismas sábanas que le envolvían a él, respiró con alivio.

Tuvo una noche tan intensa como extraña a su lado.

Intensa porque no sabía que Elaine Daniels fuese capaz de despertar tanta pasión en él, tanta excitación, tanto placer.

Desde el momento en el que sus bocas hicieron contacto, sus cuerpos se dejaron llevar por las emociones que parecían dominarles a ambos.

Nunca antes fue capaz de mantener una danza tan coordinada y sensual en el interior de la boca de una mujer.

Elaine se dejó seducir, explorar, admirar.

Gemía y pedía más de aquello que le gustaba.

Le encantó recorrerla de mil maneras, conocerla con sus manos y disfrutar del contacto con su piel. Esa suavidad que lo invitaba a seguir explorándola. Recorrerla con los labios y llenarla de besos en sus lugares más íntimos.

Probarla, dándose cuenta de que no solo era dulce por fuera. Cada rincón de su cuerpo lo degustó como al más delicado y anciano de los vinos encontrando tonos dulces, picantes y cálidos que amenazaban con hacerle un adicto a ellos.

Esos pezones que ahora descansaban después de haber permanecido en tensión absoluta bajo las torturas que les dio con su lengua, las mismas torturas que la hicieron alcanzar a ella el clímax cuando se entretuvo jugando y deleitándose con su centro de placer, acariciando con sus dedos, deslizado las caricias al interior de ella y succionando esa zona húmeda y cálida que al primer contacto lo enloqueció.

Una noche intensa como ninguna otra que acabó llevándoles al punto extremo del agotamiento pero saciados por el placer.

Estar en su interior y sentirla contraerse por él, a causa de sus caricias, de sus besos, verla convulsionar de placer por sus embestidas era algo que con tan solo pensarlo, quería repetirlo de nuevo.

Aunque la chica, su chica, dormía tan plácidamente que sintió pena en despertarla.

Y esa noche intensa junto a ella, también había sido extraña.

No solo por el hecho del fantasma de Alma, la conversación de los amantes y el haber llegado ellos a ese punto en el que se encontraban.

No.

Pierce abrió los ojos confundido debido a los sueños que tuvo en cuanto se quedó dormido.

Parecía que no solo las emociones por Elaine eran nuevas.

No, sus sueños también los eran.

La forma en la que se le presentaron fue tan real que tenía las imágenes vivas en su mente, como si de una película se tratara.

Sintió temor a perder parte de la historia porque sabía que había soñado con Alma y August Daniels.

Vivió el sueño. Se sentía flotar cerca de los personajes que hablaban en él.

Parpadeó un par de veces y se levantó con delicadeza para asearse en el baño.

Debía tomar nota de cada parte de su sueño, no quería perder las imágenes que estaba reteniendo.

Luego despertaría a Elaine, sonrió divertido con ese pensamiento y sintiendo la excitación llegar a su cuerpo.

La haría suya toda la mañana. Todo el día.

El pasado tendría que esperar por ser resuelto porque ese día sería solo para ellos y para hablar de lo que empezaba a nacer entre ambos.

\*\*\*

Elaine se tumbó en la cama. Pierce la imitó a su lado.

No tardó en pasarle el brazo debajo del cuello para que ella se arrimara a él apoyando su cabeza en ese lugar que le daba tanta paz.

Sentir los latidos del corazón de Pierce era sublime.

Su respiración, calmada y profunda.

Entrelazó sus piernas a las de él y cruzó su brazo libre sobre el dorso del hombre.

Cerró los ojos tratando de pensar qué era lo que estaba ocurriendo entre ellos.

«¿Para qué lo piensas?» Le estaría diciendo Ilona. «Vívelo y deja que pase, el tiempo te dirá qué es lo que ocurre».

Y quizá era eso lo que debía hacer aunque sentía que ya estaba nadando en aguas profundas.

Llegó a la propiedad de los Gordon buscándole porque se moría por verle.

Ya eso le había dejado en claro lo que sentía por él y después de la forma en la que la abrazó para calmarla por su ataque de pánico; los besos, las caricias, las miradas que le dedicó durante la noche y en el resto de ese día, Elaine le quedó muy en claro que si no estaba perdidamente enamorada de él, estaba a un paso de hacerlo.

¿Cómo había ocurrido eso? ¿Cómo llegaron hasta allí?

Volvió a escuchar a su amiga en su interior «¿Qué importa el cómo?»

Suspiró.

No era una experta en hombres, tampoco era tonta pero estaba segura de que ninguna de sus experiencias previas podía compararse con esa y dudaba que alguien pudiera elevarla al punto al que Pierce había conseguido elevarle.

¿Sería eso parte de enamorarse?

Le inquietaba no tener la certeza de lo que sentía por Pierce. Porque nunca antes había sentido nada parecido.

Suspiró de nuevo.

Él le dio un beso en la coronilla.

—¿Qué ocurre?

Ella se quedó en silencio, no quería darle la impresión de ser la clásica chica que quiere hablar de sentimientos después del sexo.

—Nada.

—No me mientas, Elaine, eres una mujer muy sensata; y por lo mismo, entiendo que debes estarte preguntando cosas.

Ella se apoyó en un costado y lo vio a los ojos.

—Me las pregunto —él le sonrió con diversión—. Pero no sé si quiero las respuestas con palabras o que sea el tiempo quien me lo explique.

Pierce la vio con asombro.

—Bueno, podemos hacer una mezcla, si te parece, porque yo también tengo preguntas. Ni creas que ustedes, son las únicas que se preguntan cosas después de tener sexo con alguien. Nosotros también tenemos sentimientos.

Ella soltó una carcajada.

—¿Cuáles son tus preguntas?

—¿Vas a jugar con mis sentimientos? —Pierce estaba dramatizando su pregunta para hacer el momento divertido. Él también estaba apoyado de costado frente a ella que le sonrió y volvió los ojos al cielo—. Ya, en serio, tengo una pregunta —ahora, ella lo veía con absoluta atención—: ¿Planeas salir corriendo de tu propia boda cuando decidas casarte?

Ella le sonrió con complicidad; aunque la pregunta podía parecer intimidante, entendía cuál era el punto de Pierce.

—Solo si el novio está dispuesto a correr conmigo.

Él le sonrió de una manera que Elaine sintió brillar la habitación.

—Esa es mi chica —se acercó a ella y la besó con un beso fugaz.

—Soy tu chica, entonces.

Y se vieron con intensidad a los ojos por unos segundos.

Elaine se asombraba de poder entenderle con tanta facilidad tan solo con verse a los ojos.

—No pretendo que seas otra cosa. —a Elaine le gustó esa respuesta y le emocionó como si fuera una adolescente. Parecía que estaba peor de lo que pensaba—. Además, somos un equipo de investigación que tiene que resolver una gran historia. Tengo cosas que contarte al respecto y si no salimos de esta cama, vamos a quedarnos otro día más... —ella le tomó por sorpresa haciéndole caricias en su virilidad que reaccionó de inmediato a ella. Elaine lo vio divertida y se acercó para besarle en los labios con gran sensualidad mientras le hacía perder el norte de la conversación.

—¿Me decías? —lo retó de manera tan seductora que Pierce sintió que quería devorarla de nuevo y mil veces más.

¡Qué capacidad tenía esa mujer para excitarlo!

—Todo puede esperar, cariño —la besó con pasión, con desespero—. El tiempo es nuestro.

Ella le sonrió y se concentró en hacer que, su chico, disfrutara el momento.

## Capítulo 13

*España, siglo XVII*

Alma vio con absoluta preocupación a George.

—Esto lo complicará todo, George. No quiero crearte más problemas. Más responsabilidades —Alma se desinfló en su silla—. No sé cómo es que no me di cuenta hasta ahora —empezó a llorar con angustia—. ¿Cómo es que mi vida pasa tan deprisa que ni siquiera me doy cuenta de que estoy embarazada?

John se acercó a ella y le levantó el mentón para que pudieran verse a los ojos.

—No estás sola, Alma. No vamos a abandonarte.

Ella siguió llorando desconsolada mientras John se acercó al amor de su vida y le dio un beso en la mejilla.

George asintió tras entender lo que John insinuaba.

Nada de lo que George hiciera para mantener el honor de Alma, podría afectar el amor que existía entre ellos.

John salió, dejándoles en privacidad para conversar con más tranquilidad.

Alma era una pobre chica víctima de la aristocracia, tal como lo era él aunque sin duda tuvo mayor suerte al estar con los Gordon. Los Daniels nunca le parecieron buenas personas.

Sobre todo la arpía de la duquesa. Esa mujer daba miedo solo con verla.

En la habitación, George se sentó en una silla junto a Alma y le acarició la espalda con ternura. La arrimó a él y le dio el cobijo y el consuelo que la chica necesitaba en ese momento.

Pasaron tantas cosas en su vida en las últimas semanas que la pobre aún estaba en shock y no acababa de entender su situación real.

Hasta que se dio cuenta de que no estaba menstruando y de que algunos días, no se sentía muy bien.

Entonces, la realidad para ella fue difícil de soportar; completamente alejada de su familia y rechazada por el maldito imbécil del prometido.

Alma era buena, pura. Habría sido incapaz de engañar a August.

Era correcta.

Desinteresada y luchadora.

George estaba convencido de que algo malo ocurrió esa noche. Les tendieron una trampa. No tenía pruebas para demostrarlo.

Tanto él como Alma tenían un vacío en el tiempo, aquella noche que tuvo que pernoctar en Blaston House porque una tormenta le sorprendió en su visita.

Los Daniels no se encontraban en su mejor momento económico y el Duque de Bulwick, padre de George, aprovechándose de eso, envió a George a negociar algunos terrenos de Blaston House que les diera algún tipo de estabilidad.

Eran buenos terrenos y George sabía muy bien cómo negociar. Era un talento nato. Por ello su padre le encomendaba siempre esa tarea y en esos momentos en los que empezaban a tener una mejor relación después de que se enterara el duque de su amorío con John y encerrara a este en un calabozo, George haría todo lo que su padre le ordenara.

No solo para mejorar la relación entre ellos porque George admiraba a su padre y se sentía avergonzado por hacerle pasar ese disgusto, también lo hacía para no empeorar la situación de John que su padre prometió mantenerlo con vida hasta tanto pensara en cómo sacarlo de sus tierras y si podía, del país.

George llegó a casa de los Daniels con retraso porque el tiempo no le había puesto fácil las cosas. Una tormenta empezó a amenazar en el cielo y el viento no ayudó en su recorrido.

Llegó justo a tiempo para ver cómo el cielo se tornaba tan oscuro que parecía que caía encima la noche más negra y cómo, de pronto, se desató el aguacero más intenso que presenciara en su vida.

Después de haber estado varias horas conversando con la duquesa Constance y August, prometido de Alma, y conseguir cerrar el negocio favorablemente, George se habría devuelto al castillo con las novedosas noticias.

No le quedó más remedio que aceptar el amable hospedaje que sus anfitriones le brindaron ante la situación de emergencia.

Un poco antes de la cena, George tuvo el honor de conocer a Alma y pudo apreciar el sentimiento que había en August por ella. La amaba de verdad, por ello no entendía cómo pudo haber dudado de ella con tanta facilidad.

Sí, la forma en la que les consiguieron en la cama que ocupaba George no era como para dejar dudas en el aire pero George también amaba y su amor, le hacía confiar.

—Desde aquella noche no hago más que pensar en cómo ha cambiado mi vida —Alma parecía estar un poco más calmada y parecía que sus pensamientos estaban dominados también por los recuerdos de esa noche fatídica para ella—. No era feliz en Madrid, George, no lo era. Me pasaron cosas terribles que no debería pasarle a ninguna chica pero estaba con mis padres que siempre me demostraron amor. Lo dejé todo por él. Y ahora estoy aquí, embarazada, sin saber cómo es que voy a sobrevivir a esto.

—Eres fuerte y nosotros no vamos a dejarte sola —le dio un apretón que ella agradeció—. Aquella noche nos cambió a todos, Alma. Y a ti te demostró que es mejor que estés alejada de esa familia. Quizá tu felicidad no iba a ser August.

—Imposible —la chica rompió a llorar de nuevo y no pudo culparla. Ella estaba muy enamorada de Daniels—. Y ahora pensará que este hijo es tuyo.

—Y lo será, Alma. Lo será. Nos casaremos y lo haremos de la manera correcta.

Ella se levantó de golpe y lo vio a los ojos con sorpresa.

—No puedo aceptar eso, George. John...

—John está de acuerdo con esto. Sabe que es lo mejor para nosotros también. Tú y yo aparentaremos ser un matrimonio con un hijo y John siempre estará con nosotros. De todas maneras, no hay mucho que podamos hacer él y yo en público —ambos rieron—, así que no se habla más del tema. Cuidaremos de ti y de ese pequeño. Hemos pensado en irnos al sur. En la costa dicen que se vive bien y apenas empieza a poblarse, lo que nos da ventaja y tranquilidad —Alma entendió bien lo que quería decirle. Ventaja para poder establecerse económicamente y tranquilidad para John y él—. Necesitamos conseguir más dinero. No podemos emprender un viaje así; menos, contigo en tu estado. Podría escribirle a mi padre para que...

—¡No! —Alma le interrumpió aterrorizada—. Por favor, George, no lo hagas.

George no podía culparla de sentir tanto miedo.

Algo se le ocurriría para poder sobrevivir sin que ella pasara ningún tipo de necesidades.

—Lo haremos como tú lo decidas. Solo quiero que sepas que puedo y quiero asumir la paternidad de ese niño para evitar tu deshonra y la de la criatura.

—Sería muy injusto con ustedes. Pensaremos en algo más, tenemos tiempo y aunque ahora no veo nada con claridad y estoy dominada por la tristeza y nublada por mis miedos, sé que pronto encontraré una solución para que nuestro futuro sea como el que deseamos y que mi hijo, pueda tener una vida digna a nuestro lado.

George asintió abrazándole con fuerza.

—Gracias, George. Gracias por todo esto que haces por mí.

\*\*\*

Unos días más tarde y después de mucho meditarlo en la privacidad de su habitación, Alma entendió que lo mejor para su hijo era crecer dentro de una familia constituida.

Discutiría algunas cosas importantes con George y John. Por ejemplo, se negaba a que los Gordon y mucho menos los Daniels, se enteraran de ese niño que venía en camino.

A Alma le aterraba la idea que alguien pudiera venir de tierras lejanas a lastimarles o a quitarles a la criatura una vez esta naciera.

No quería ni pensarlo.

Sería un secreto bien guardado y sabía que la familia de George no se interesaba en saber nada de ellos, de ser posible, nunca más porque el duque temía por la seguridad de toda la familia si llegaba a descubrirse lo que hizo George; y que él, además, lo salvó de ser juzgado ante el Rey como correspondía.

Solo les quedaba asegurarse una buena suma de dinero para viajar al sur de España y asentarse finalmente como una familia.

Sintió pena por George y John porque no pudieran consolidar a la luz pública su amor. La misma pena que sentía por ella misma por no poder consolidar su amor con August.

Ambos fueron víctimas de una trampa, sin embargo, a ella le marcó que él no le creyera. Que se atreviera siquiera a sospechar de ella aunque la escena no dejaba espacio para dudas.

Ella le demostró mil veces su amor por él y August, al final, se comportó como un hombre cualquiera. No el hombre que ella conoció.

Cada día que pasaban en España, menguaba su dolor por todo lo vivido y por la ansiedad que le producía sentirse tan sola a pesar de estar rodeada de valiosas personas.

Los amigos de George que les ofrecieron hospedaje en la ciudad, eran encantadores y pasaba mucho tiempo conversando y aprendiendo de ellos. Alma no se cansaba de leer en los dos idiomas que conocía. Aprendía palabras sueltas de nuevos idiomas gracias a su anfitrión y ella, le enseñaba a este a perfeccionar su español que era bastante rudimentario.

Alma también pasaba mucho tiempo entre la cocina y el bordado, sus pasiones además de la lectura.

Le apreciaban por sus buenos modales, su comportamiento como el de la dama más fina. Lo consiguió, después de todo, aunque ya no estaba con August.

Los amigos de George también estaban al tanto de lo que ocurría entre este y John así como de la situación con Alma, y estuvieron dispuestos a ayudarles desde el primer momento en el que los recibieron.

—Me ha dicho alguien de confianza que quieren traducir la primera parte de Don Quijote —



comentó Eugene, amigo de la infancia de George que se había establecido hacía poco en España buscando alejarse lo más posible de las imposiciones que rodeaban a su familia debido a su estatus social.

De padre Ingles y madre Holandesa, Eugene era un rebelde, bohemio, amante del arte y las letras.

Un hombre de gran conocimiento y sensibilidad.

Debido a sus viajes por el mundo, tenía conocimiento de varios idiomas, siendo el español el que menos tiempo tenía practicando y agradeciéndole a Alma por hacerle mejorar cada día en este aspecto.

—Yo podría hacerlo —comentó Alma notando como los hombres intercambiaban miradas cargadas de dudas—. ¿No me creen capaz?

—No es eso, Alma —George la vio con compasión—. No debes olvidar que por ser mujer estás limitada a ciertas actividades.

A Alma le hervía la sangre cada vez que le decían algo así, pero era la verdad.

—Bueno, siempre podríamos decir que es un amigo de ustedes el que está interesado en hacer esa traducción y le inventamos un nombre —la chica dejó reposar sus cubiertos de la manera correcta sobre la mesa—. No sé, podría llamarse Edmond, Charles, Christopher.

Eugene la veía con absoluto interés.

—Siempre me has parecido una audaz jovencita.

—Necesitamos dinero para poder partir de aquí y empezar una nueva vida —argumentó Alma decidida.

—Es arriesgado, Alma, si nos descubren...

—¿No me crees capaz de hacer una traducción de tal envergadura? Hablo español mejor que cualquiera en esta casa porque nací en este país y mis padres, ambos ingleses, me dieron el regalo de su lengua así que sé manejarme muy bien entre ambos idiomas. Y por fortuna, no solo los hablo, también leo y escribo en ambos idiomas.

John la vio sorprendido por la seguridad que emanaba la chica ese día. Tan sorprendido como el resto de los hombres.

—Los rumores se pueden echar a correr pronto en este barrio —Comentó Eugene divertido ya que la idea de la chica le parecía emocionante.

—Entonces podríamos decir que un pariente lejano que se hospeda contigo tiene gran interés en traducir tan importante obra en su idioma nativo —Alma lo observó divertida—. Podrías interpretar el papel de tu vida fuera de escena, Eugene; y eres una persona reconocida entre los conocedores de arte y literatura. Sabrán que pueden confiar en ti.

—¿Yo podré confiar en ti? —Eugene la veía con ironía—. La última mujer en la que confié me dejó abandonado.

Alma lo observó con duda.

—No entiendo, pensaba que tus gustos eran como los de George y John.

—Hablaba de mi madre, cariño, no te confundas más —Eugene soltó una divertida carcajada.

—Yo no creo que sea buena idea.

—George, si quieres hacer dinero, esta es una buena manera de empezar.

—¿Qué ocurrirá cuando pidan ver a la persona que va a traducir la obra?

Alma se levantó de su asiento y, sin darse cuenta, impulsada por la ansiedad y la excitación de esa nueva aventura que viviría, empezó a caminar en círculos por el salón mientras se acariciaba la barriga con una de las manos.

Aun no se le veía nada pero ella ya amaba a ese pedacito de su ser que crecía en su interior.

—Podría presentarme yo —anunció John y George lo vio con molestia.

—¿Estás loco? Si te descubren vamos a morir todos.

—No, confío en Alma. Hará todo lo necesario para sacar adelante a su hijo. Le ayudaré para involucrarme en el proceso y trataré de hacerme ver lo menos posible.

—No. Conozco a alguien que nos ayudará desde dentro y que hará que confíen en mi palabra sin ver a nuestro personaje —acotó Eugene decidido—. ¿Has leído la obra de Cervantes, Alma?

Esta negó con la cabeza.

—En la biblioteca tengo un ejemplar, te lo daré para que hagas un modelo de traducción y escribas una misiva ofreciéndote para tan importante tarea. Cuida las palabras. No puedes mostrarte como una jovencita recatada. Recuerda que serás un conocedor del arte y la buena literatura —Alma asintió—. Y serás... Thomas... Thomas Shelton —pensó por algunos segundos sus palabras—. Hijo de un comerciante que murió tras muchos años de prisión debido a su lealtad a la fe católica. Tú huiste y buscaste refugio en países que apoyaron a tu tierra manteniendo la misma fe. Te refugiaste en Bruselas, luego viviste una temporada en Francia y ahora vienes a disfrutar de las bondades de estas tierras. Habla del arte, de la historia. Agradece el refugio de dios y del rey. Yo me encargaré del resto.

George estaba realmente preocupado.

—Todo saldrá bien. Confía en mí.

—Como nos descubran, iremos todos a prisión y luego seremos condenados a morir.

—Pues es mejor que no nos descubran, trabajemos para eso ¿Quieres? —replicó John en tono histérico. Se notaba que estaba nervioso pero también ansioso por embarcarse en una aventura tan osada como la que estaban planificando—. Confíemos en que todo saldrá bien y en poco tiempo, estaremos partiendo a nuevas tierras, para empezar una nueva vida.

Alma se acarició la barriga una vez más y sonrió con nervios, todo tendría que salir bien.

Por su hijo.

Todo saldría bien.

## Capítulo 14

—¡Pierce! ¡Pierce!

Pierce abrió los ojos con pesadez.

—¿Estaba soñando de nuevo?

Se frotó los ojos. Elaine le sonreía divertida.

—Sí. Algo emocionante, parece, porque estabas muy agitado y tenías esta expresión aun dormido —la chica levantó las cejas con los ojos cerrados. Era tal como si Pierce estuviese sorprendido por lo que veía y escuchaba.

El joven aristócrata intentó recordar qué era lo que estuvo soñando pero tal como le ocurría en esos extraños sueños con sus antepasados, al momento de despertar, no concebía recuperar ni una sola imagen clara de lo visto.

Muy diferente al primero que tuvo. Ese sí consiguió retenerlo y no dejarlo escapar incluso después de tomar nota sobre lo soñado. Pero los sueños que siguieron a este, eran escurridizos y no se dejaban atrapar para verles bien una vez que Pierce despertaba.

Un torbellino de imágenes que se negaban a detenerse.

Se percató de que Elaine está vestida para salir.

—¿A dónde vas? —mostró gran curiosidad.

—Tengo cosas que hacer, Pierce; y hoy tengo clase de español que ya no quiero seguir retrasando. Tenemos una semana aquí encerrados y necesito un poco de contacto con más humanos.

—¿Qué tipo de contacto? —Él la vio con ese brillo especial en la mirada que la desarmaba—. Yo puedo ayudarte con eso.

Elaine sonrió divertida, después le dio una ráfaga de traviosos besos en una de las mejillas.

—Quiero conversar en español y tú aun no sabes hacer eso —Pierce frunció el ceño—. ¿Qué ocurre?

—Creo que mi sueño iba de algo de eso.

—Te dejo —Elaine revisó el reloj que llevaba en la muñeca—. Se me hace tarde. Estaremos en el café de siempre en el Balcón de Europa. ¿Vendrás más tarde? Podríamos ir a la playa y luego comer algo por ahí...

—¿Regresarás a casa conmigo en la noche?

—No, esta noche no puedo, cariño. Me quedaré en mi casa. Mañana tengo una reunión con una buena marca y quiero estar enfocada para dar lo mejor de mí.

—¡Aburrida!

—Responsable —replicó la chica mientras se agachaba de nuevo para darle otro beso y él la atrapó en un abrazo que la tumbó en la cama a su lado.

Se hundió en su cuello, respiró ese delicioso aroma dulce y fresco que emanaba su piel. Le recordaba el rocío de las mañanas en el castillo, cuando salía a correr por los alrededores muy temprano.

Le dio un beso que le produjo cosquillas y la hizo removerse.

—La responsabilidad que te mueve es una de las cosas que más me gustan de ti. Ve, antes de que no te deje salir de aquí nunca más.

Ella sonrió avergonzada.

Cada vez que Pierce le hacía un cumplido semejante ella se sentía morir de la vergüenza. Aunque también le hacía sentirse orgullosa de sí misma.

«En la perseverancia está la clave del éxito, Elaine» su sabia abuela siempre repitiéndole las cosas en sus recuerdos.

Salió de la propiedad con prisa.

Aprovechó la soledad para recapitular todo lo ocurrido con Pierce en los últimos días.

Tenía que llamar a Ilona para ponerla al tanto. Sería una de las cosas que haría esa noche en casa, estando a solas. Necesitaba hablar con su amiga sobre el romance naciente entre ella y el heredero al ducado de Bulwick.

Elaine estaba metida dentro del ojo del huracán que iba a desatarse en su vida cuando su familia se enterara de que ella y Pierce estaban involucrados sentimentalmente.

Cosa que ni ella se lo creía, todavía.

No sabía si declararse enamorada, le parecía pronto y un poco infantil, pero sí podía asegurar que Pierce la derretía en todos los aspectos.

Sus palabras, sus besos, sus caricias, el trato que le daba, la atención que ponía cuando ella le hablaba, la forma de ayudarle, y lo que a Elaine más le gustaba de él: La forma en la que la admiraba.

No solo físicamente, porque ya lo había pillado en varias ocasiones embelesado con su espalda o con su pecho, que a ella le parecía pequeño y bastante normal, él lo veía como golosinas.

Más allá de eso, le gustaba tanto la forma en la que admiraba el esfuerzo que ella hacía por salir adelante, la pasión que ponía en cada cosa que hacía relacionada a su actividad económica, la responsabilidad que la caracterizaba tal como se lo recalcó minutos antes.

Era un hombre único que ella no se propuso conquistar, porque la realidad era que Pierce era justamente de lo que Elaine huía.

Se quedó rememorando el encuentro con Ilona y la conversación que mantuvieron sobre Pierce cuando su amiga le aseguró que ella no huía de su aristocrática vida, si no de su familia.

Ahora que estaba más que enredada con Pierce, parecía que las palabras de Ilona tenían muchísimo sentido.

Pierce le gustaba, le hacía sentir emociones que nunca antes experimentó, era un hombre especial.

Y así como ella no se propuso conquistarlo, ahora se encontraba en ese punto en el que parecía que su vida no tendría mucho sentido si no la compartía con él y eso le llevaba a pensar que, tal vez, sí estaba enamorada.

Que ese vacío que sentía cuando pensaba en alejarse de él por unos días, quizá si era amor.

«Solo llevan una semana juntos, Elaine. Cálmate.»

Sonrió nerviosa.

«¿Cuánto tiempo le toma a la gente enamorarse?» Se preguntó.

¿Por qué debería ser mucho o poco?

Si lo pensaba mejor, llevaban unos meses frecuentándose y conociéndose.

Ella pudo haberse enamorado poco a poco de él, ¿no?

«Eres mi chica» recordó sus palabras después de la primera noche que estuvieron juntos y se le erizó la piel al recordarlas.

¿Él también se sentía como ella?

¡Cuántas preguntas!

Tenía tanto por hacer ese día. Agradecía que hubiera mantenido un buen calendario de publicación en las redes, eso le permitió estar tranquila; sin embargo, para sus seguidores habría sido extraño que no publicara vídeos en directo o los *Stories* que con tanta frecuencia al día grababa.

Y era mejor que empezara a hacerlo ese mismo día, debía recuperar el tiempo perdido.

Sentía ganas de compartir su aventura con Pierce. Mejor dicho, sus aventuras porque no solo estaba la parte del enamoramiento sino también la de Alma y August.

¿Qué escondería esa historia?

¿De qué se trataría el nuevo sueño de Pierce?

El primero fue sobre la forma en la que Alma y August se conocieron, se enamoraron.

Elaine aun podía recordar la intensidad de la mirada y de las palabras de Pierce mientras le contaba aquel sueño que salía de sus labios como si fuese una historia vivida en carne propia.

Él le aseguraba que solo flotaba por encima de todos los personajes y de todo lo que ocurría.

Habló de Constance y de todas las cosas que le hizo pasar a la pobre Alma.

Elaine negó con la cabeza pensando en su propia familia.

La actual.

Su padre, que parecía un hijo directo de Constance Daniels.

Y también pensó en Alma y en lo mucho que le gustaría verla de nuevo, aun sabiendo que le entraría un pánico terrible porque seguía sin gustarle el tema de los fantasmas. Quizá por eso la mujer no se dejó ver nunca más.

No quería causarle más incomodidades.

¿Qué buscaba el abuelo de Pierce removiendo esa historia? ¿Por qué alma se le presentó a ella y luego a Pierce? ¿Por qué parecía que les pedía ayuda?

Negó con la cabeza de nuevo y parpadeó una vez al darse cuenta de que ya estaba descendiendo por la calle que desembocaba en el Balcón de Europa.

Respiró profundo intentando apartar sus pensamientos para concentrarse en su próxima clase con Salvador que ya le esperaba tan puntual como siempre en el café.

Le sonrió al verla y se puso de pie para recibirle y ayudarle con la silla.

—¿Cómo has estado? —le preguntó el hombre mientras le hacía señas a la dependienta para que les sirviera los cafés como de costumbre.

—Bien —Elaine no se atrevió a decirle nada más porque sentía que algo referente a Pierce se le iba a escapar. Aunque no debía de preocuparle porque ¿Qué podía saber Salvador de ella y de Pierce?—. ¿Y tú?

—Ansioso. Alegre. Aterrado —se frotó el rostro con las manos y le sonrió con gran nerviosismo. Elaine se percató de que le hablaba en inglés y lo dejó continuar porque él parecía querer decirle algo importante y ella se moría de la curiosidad por saber qué diablos le pasaba.

La chica se mantuvo en silencio mientras la dependienta les dejaba la orden.

El café le supo a gloria y el estómago le rugió en protesta por no haber desayunado. Lo haría luego.

Ahora, su curiosidad estaba en niveles muy altos.

—¡Voy a ser papá! —soltó de repente Salvador con gran alegría y con los mismos nervios con los que había empezado a hablar.

Elaine sonrió en grande y sintió verdadera emoción por él aunque no se conocían de nada.

Le parecía un buen hombre.

—¡Qué alegría! ¡Felicidades! —apretó una de sus manos con emoción y él la vio con angustia y vergüenza.

—Tenemos que hablar, Elaine, porque no es justo que te siga ocultando quién es la mujer dueña de mi amor y que, ahora, también será madre de mis hijos.

Elaine lo vio con duda. No entendía a qué diablos se refería.

—Nathalie Grant —soltó Salvador, sin más, haciendo que la expresión de sorpresa en el rostro de Elaine fuese imposible de disimular.

## Capítulo 15

*Inglaterra, siglo XVII*

Constance Daniels caminaba en círculos dentro de la amplia biblioteca en Blaston House. En otro momento se habría detenido a admirar el paisaje a través de las immaculadas ventanas de la mansión. Los prados y bosques de Derbyshire recreaban su vista gran parte del día.

También pasaba horas admirándose en el retrato sobre la chimenea del lugar.

Elegancia y respeto, difundía aquella imagen.

Era el propósito de la misma.

Que nadie olvidara jamás que ella era la dueña y señora de esa inmensa propiedad.

Que gracias a ella, se mantenía todo y seguían conservando una posición dentro de la aristocracia.

Recordó a su difunto marido y todos los problemas que les dejó tras su muerte.

Gracias a sus gestiones, y al buen proceder de su primogénito ahora Duque, estaban casi a salvo de un escándalo social que los apartara de todo lo que conocían.

Lujos, confort, gente de abolengo como ellos.

Constance temblaba de pensar que pudieran verse fuera de todo eso.

Necesitaba que August contrajera nupcias con una buena mujer, proveniente de alguna adinerada familia porque eso les aseguraría una dote que les daría un buen respiro económico.

Pero el muy necio se empeñaba en contradecirle y además, ahora le había metido a la mujercita esa en la casa.

¡Su casa!

Indicando que ella sería la próxima dueña y señora.

Eso no iba a ocurrir.

Así como no permitió que su marido los llevara a la quiebra y al escándalo social, tampoco permitiría que esa campesina y sirvienta se adueñara de todo.

La muy cretina, como la odiaba con su buen porte y su capacidad para hablar varios idiomas.

Debía admitir que aprendía muy rápido y que podría pasar por ser una mujer de su clase y abolengo sin ningún problema.

Belleza. Lozanía. Elegancia.

Constance chasqueó la lengua sintiendo que la vida, la belleza y la juventud a ella se le escapaba como agua entre los dedos.

No soportaba que la gente le dijera que la chica tenía una belleza inusual y una educación prometedora aunque se sabía que no fue educada bajo sus mismos patrones.

Había gente que nacía con talento, sin duda. Y la cretina esa era una de esas personas de las que ella necesitaba librarse porque no iba a permitir que el ducado quedara en las manos equivocadas.

Amor.

¡Bah! Su hijo era un pobre iluso que solo hablaba de hacer las cosas correctas y por amor.

¡Qué diablos sabía él lo que era el amor!

Al cabo de un tiempo, cuando a la sirvienta se le cayera el pecho y las carnes aumentaran en todo su cuerpo, August se comportaría como cualquier otro hombre y saldría a buscar carne fresca y firme.

Como lo hacían todos.

Y quizá encontraría el verdadero amor en el cuerpo de otra mujer con la que acabaría revolcándose a escondidas como lo hacía ella con Patrick.

¡Qué tarde llegaron a encontrarse!

Jamás olvidaría ese encuentro en la fiesta que organizaron los Gordon para celebrar el compromiso del primer hijo de Patrick con la insulsa de su mujer Diane.

Patrick era un hombre en toda la extensión de la palabra. Uno real, de esos que hacían erizar a las mujeres con solo pensar en sus caricias.

Constance no pudo evitar rozarse el escote con un dedo y sentir como su entrepierna se contraía al pensar en la excitación que le producía Patrick.

Que delicia.

Y le había tocado una mujer enferma y triste que lo opacaba por completo.

Ella lo representaría como él se lo merecía.

Así como ella se habría merecido un semental como él y no un imbécil como su difunto marido que lo único que hacía era emborracharse y acostarse con cuanta mujerzuela veía a su paso.

Maldito bastardo, ¡cómo la hizo infeliz y desdichada!

Pero pronto Patrick la comprendió y le dio, en privado, todo lo que ella necesitaba de un hombre.

Se sintió tan bien cuando finalmente se libró de su difunto marido.

Ahora llegaba el turno de librarse de la estúpida de Alma.

Todo iba saliendo según el plan que ella y Patrick idearon para poder salvar a George Gordon de revolcarse con...

El rostro de Constance se deformó con una mueca de asco al pensar en lo impropio, en lo que George Gordon había hecho con ese empleado del castillo y el problema al que podría enfrentarse de ser descubierto.

En fin, el caso es que su plan funcionaría muy bien para salvar a George y liberarse de Alma.

—Dos pájaros de un solo tiro.

Dos golpes sutiles sonaron sobre la puerta de la inmensa biblioteca.

—Adelante.

—Madre, ¿me mandaste a llamar?

—En efecto, hijo. En unos días recibiremos a George Gordon porque quieren hacernos una propuesta.

August frunció el entrecejo.

—¿Cómo es que hablan contigo y no conmigo?

—Porque yo soy la señora de esta casa, August.

—Y yo el duque, madre. Así que es conmigo con quien deben hablar. Además, debes entender que muy pronto tienes que dejar atrás tu actitud de dueña y señora porque dejarás de serlo.

Constance cruzó la distancia que lo separaba de su hijo con prisa, con la mano lista para asestarle una bofetada que le hiciera retractarse por ser un insolente.

August ni siquiera se inmutó tras el choque de la mano firme de su madre contra su mejilla.

—¿Terminamos? Tengo cosas que arreglar junto a Alma, y que no se te olvide esta conversación, madre, porque no tendré miedo de recordártela frente a quien sea.



Se dio media vuelta y se marchó.

Constance cerró el puño con gran ira en su interior. Sintió ganas de dejar fluir todo y destruir la casa entera para que esa maldita no se hiciera dueña de nada.

Ella era la única señora.

Y se libraría de esa intrusa ahora más que nunca.

Claro que sí lo haría.

## Capítulo 16

Pierce se despertó de un salto.

Intentando recordar cómo se había quedado dormido.

Cerró los ojos y recordó a Elaine marchándose a sus clases de español.

Se encontrarían de nuevo en el Balcón de Europa en un par de horas.

Abrió los ojos de golpe, observando el reloj.

Todavía tenía tiempo para hacer las cosas con calma.

Se metió en el baño para asearse.

La ducha lo reconfortó y lo preparó para asumir el día.

También le dio la lucidez para ir rememorando momentos del sueño anterior.

Y del anterior a ese.

Parecía que le llegaban en desorden. Tendría que tomar su cuaderno de notas e ir apuntando lo que le viniera a la mente para luego ir ordenando las cosas.

Este último era de Constance Daniels.

La piel se le puso de gallina cuando pensó en esa mujer y le llegó la imagen de la misma en un imponente cuadro que se encontraba sobre la chimenea de una biblioteca que era envidiable.

El castillo no tenía una igual y si la que él soñó era la de Blaston House, ya podía entender por qué su hermana moría de ganas de entrar en esa propiedad a ver qué se esconde en ella.

Su hermana.

Tenía que llamarla para que les ayudara.

El cuadro recuperado del sótano de la propiedad en la que se encontraba, estaba en muy —muy— buen estado, sin embargo, después de ver a su hermana en acción recuperando obras de gran antigüedad e importancia, sabía que una vez el cuadro estuviese en las manos de Kristen luciría mucho mejor y en el salón de esa casa había una hermosa chimenea en donde el cuadro calzaba a la perfección.

Lo dejaría allí porque sentía que era donde pertenecía.

Se secó y se vistió.

El sol resplandecía haciendo brillar los colores de la naturaleza bajo el toque de sus rayos. Hacía calor a pesar de que aún no era medio día.

No podía negar que extrañaba el castillo, sus días nublados, las lluvias constantes y el gris en general de la ciudad en un día normal; los delicados rayos de sol que a veces se colaban entre las nubes grises que cubrían constantemente la ciudad y también extrañaba esos pequeños momentos de alegría que se sentían cuando el sol les regalaba un día completo de calidez y de luz.

No, no podría negar que extrañaba todo eso y a su familia. El castillo. Su abuelo.

Sin embargo, se sentía a gusto allí en ese lugar que nunca en su vida le pareció relevante y que ahora, parecía ser lo más importante en su vida.

No solo por la promesa a su abuelo, no.

En ese lugar conoció a Elaine y ya eso lo hacía importante.

Tomó su cuaderno y después de servirse un zumo natural de naranja se sentó en el patio trasero de la propiedad.

La obra de la piscina y la restauración del jardín estaban paradas; un poco por los trámites que

aún no se resolvían y estaban en mano del abogado; y otro poco, porque Pierce solo centró su atención esa semana en Elaine.

Sonrió al pensar de nuevo en ella.

Parecía que la chica le arrancaba sonrisas sin remedio y le gustaba.

¿Era eso la felicidad?

No lo sabía y sí quería averiguarlo aunque había algo que en el fondo le inquietaba y era qué pasaría con ellos cuando Pierce regresara a Londres, porque eventualmente, tendría que hacerlo. Él tenía responsabilidades allí que debía atender y no debía dejarlo todo por una chica que desde que la tomó entre sus brazos la sintió tan suya que ahora no podía siquiera pensar en dejarla atrás.

Respiró profundo.

Odiaba fallar en sus responsabilidades pero por primera vez en toda su vida, eso quedó minimizado ante la posibilidad de fallarle a ella.

Negó con la cabeza.

Era impensable que le fallara a Elaine Daniels por varias razones, la más importante, era que si le fallaba a ella sentía que se estaría fallando a sí mismo.

Suspiró.

¿Cómo tomarían en casa su relación con ella?

Mientras antes lo anunciara, antes lo sabría; temía a dar el paso.

Otra vez, no quería encontrarse en el dilema de fallarle a alguien que para él es importante.

Suspiró de nuevo.

¿Cómo llegó allí? ¿A ese punto? ¿A esas inseguridades si él no era esa clase de hombres?

Un ruido en el interior de la casa lo sacó de sus pensamientos.

Y otro. Parecían cosas que caían.

Entró siguiendo el ruido.

Provenía de la habitación en la que él y Elaine dejaron bien arregladas las cosas halladas en el sótano hacía una semana.

Aun no revisaban nada de lo que se encontraba allí.

Por poco le da un infarto al ver cómo estaba el interior de esa habitación.

—¡Con un demonio! Si quieres que revise algo solo tienes que pedirlo.

Casi todo estaba revuelto y en el suelo. Volvió a recoger las hojas sueltas con cuidado porque sí, estaban en excelente estado pero no se podía olvidar que eran frágiles ya que tampoco habían tenido el cuidado apropiado por cientos de años.

Las agrupó de nuevo y vio a su alrededor.

Las hojas se removieron en la cama otra vez.

Pierce sonrió divertido.

—¿Por qué no te dejas ver como lo hiciste con ella en vez de hacerme recoger este desastre? Te prometo que revisaremos todo luego, ahora no puedo hacerlo.

Salió de la habitación, se sentó de nuevo en la terraza.

Entonces, la vio, en el jardín, al fondo, en la sección en la que había más limoneros agrupados.

Con su traje antiguo como el del retrato y su cabello oscuro en un moño bajo; sí, la vio.

Estaba embarazada.

Ella se tocó la barriga y luego cruzó su mirada con la de Pierce.

Fue cuando Pierce recordó el sueño en el que ella descubría que estaba en estado y que George le decía que se haría cargo de esa criatura.

Pierce abrió los ojos con sorpresa.

El padre de ese niño que Alma sostenía en brazos en la pintura no era de George.

No era un Gordon.

Era un Daniels y aquello podría cambiar muchas cosas en la historia de esa familia.

\*\*\*

—Tengo algo que contarte —Elaine vio a su amiga con picardía y emoción. Llevaban rato conversando sobre los negocios en común, detalles que tenían que discutir para que Elaine pudiera hacer las próximas promociones. Una vez terminaron ese tema e Ilona le dijo que estaba cansada de tanto trabajo pero feliz y que no tenía más cosas relevantes que contarle, Elaine se dijo que era el momento de lanzarle todas las noticias buenas.

Ilona la vio con suspicacia a través de la pantalla, tomó un sorbo de su copa de vino.

—Por el brillo que veo en tus ojos, el placer de nuestras conversaciones se la vamos a deber al próximo duque de Bulwick —Elaine no respondió y sonrió con ilusión—. Por el amor de Dios, Elaine Daniels, nunca te había visto tan ilusionada.

—Es un encanto.

—Necesito más detalles.

Ambas mujeres rieron y se sumergieron en una conversación entre amigas de esas que dejaban salir expresiones de sorpresa, alegría y un montón de risas cómplices y nerviosas.

—Pensé que lo vería contigo —comentó su amiga alegre—. Te conozco y sabía que esto iba a ser inevitable entre ustedes. Hablabas más de la cuenta de él para no interesarte como hombre. Te lo dije en la conversación que tuvimos, ¿recuerdas?

Elaine asintió.

—¿En dónde está ahora?

—En la propiedad de los Gordon.

—¿Esa casa no tiene nombre?

Elaine se quedó pensativa.

—Pues creo que no. Aunque seguramente encontraremos algo en los documentos que hallamos en el sótano.

Ilona se mostró muy interesada en saber más y Elaine no dudó en contarle todo.

—Els, es impresionante lo que me cuentas, se me pone la piel de gallina del susto. ¿Hay un fantasma allí?

—Y hablé con él —Elaine rectificó—. Con ella. Alma.

—¿Nunca te diste cuenta de que era un fantasma?

—No, Ilona, ¿Cómo diablos iba a saberlo?

—No lo sé, nunca me he topado con uno.

—Exacto, por eso es que no sabemos diferenciarlos.

Ambas rieron.

—Que miedo.

—No sabes. Ese miedo fue el detonante para que Pierce y yo...

Ilona soltó una carcajada.

—A ustedes no les hacía falta ni miedos ni fantasmas, lo único que necesitaban era besarse como lo hicieron y ya está.

—Eso no es todo lo que tengo que contarte.

—Por el amor de dios ahora no me salgas con que estas embarazada del heredero al ducado.

Elaine la vio con asombro.

—No soy yo —Ilona bebió un trago largo de su copa y luego vio a su amiga con intriga—.

Nathalie.

—¿Te engañó con ella?!

—¡No! ¡Déjame terminar! ¿Recuerdas que te dije que estoy tomando clases de español?

Ilona asintió.

—Bueno, resultó que mi profesor Salvador es el hombre por el que Nathalie dejó a Pierce y ahora, están esperando un hijo.

—Voy a escribir un libro con todo esto.

Ambas rieron de nuevo.

—No sé qué voy a hacer con esa información.

—Debes decírselo.

—Y si...

—Elaine, debes decírselo y asumir lo que ocurra. Sea cual sea su reacción será mejor que sepas en dónde te estás metiendo ahora, desde el inicio y no cuando sea más doloroso. Si él aun ama a Nathalie y te lo deja ver, es un imbécil; y le vas a dar dos patadas en el trasero. Una por ti y otra por mí. Si ocurre lo contrario, sabrás que está siendo sincero contigo y con respecto a lo que está naciendo entre ustedes.

Elaine suspiró de nuevo.

—Eso no es todo, supongo —Elaine negó con la cabeza y la mirada apagada—. Temes la reacción de tus padres cuando lo sepan.

Elaine asintió.

—Va a ser una guerra que superarás.

—Lo sé pero va a implicar mucho. Estaré fuera del patrimonio y de Blaston House para siempre.

—Como en la época medieval —Ilona suspiró—. Nunca he entendido esas reglas de ustedes los aristócratas. Pues que te saque de todo, Elaine, ahí nunca fuiste feliz y ahora te veo tan dichosa que estoy segura que no necesitarás de nada del patrimonio. Y si es por entrar a Blaston House, pues nos colamos como cuando nos escapábamos de adolescentes.

Ilona intentó que su amiga riera con ella, Elaine solo dejó escapar el aire.

—No te angusties. Vive lo que sea que te haga feliz ahora y deja a un lado del camino a todos los que quieran arruinar tu felicidad —Ilona analizó un poco mejor a su amiga—. No has hablado con él tampoco de eso —Elaine negó con la cabeza—. Pues más te vale que lo sientes y aclares todo de una vez, seas libre y le digas a todo el mundo que estás saliendo con un buen hombre. Que no es tan aburrido como parecía —sonrió con picardía y Elaine la imitó.

—Primero le digo lo de Nathalie.

—¡Oh! Por supuesto, ni se te ocurra soltar la noticia medievalesca de tu familia sin saber si él aun siente algo por ella. Mujer precavida vale por dos, querida.

—Eso haré.

## Capítulo 17

*Inglaterra, siglo XVII*

Alma entró en el gran salón de la comida a la hora acordada.

Más temprano, en la tarde del mismo día, había sido informada por la criada que le atendía que su futura suegra organizaría una cena para el invitado que tenían en casa.

George Gordon, un hombre que ella no conocía, había llegado ese día poco después de las horas de descanso de la tarde. Al parecer tenía programado llegar más temprano pero el clima de la zona le sorprendió con los preparativos para una tormenta que empezó a desatarse apenas el hombre entrara en Blaston House.

Lo que produjo que su futura suegra y August, el amor de su vida, invitaran al hombre a pernoctar en la propiedad para resguardarse de tan terrible temporal.

Sabía que ambas familias, Gordon y Daniels no tenían las mejores relaciones, August le estuvo contando que los Gordon solían arrebatarle negocios de las manos con gran facilidad porque tenían más dinero que ellos.

Fue cuando le explicó la verdadera situación económica de la familia que sería la suya a partir del momento en el que contrajera nupcias con August.

A ella poco le importaba el dinero. Solo lo quería a él. Podía regresar a lavar la ropa de otros, a servirles a otros sin ningún problema siempre y cuando tuviera a August a su lado.

Era su mundo y lo amaba con locura.

El mismo amor —y con la misma intensidad— que él le profesaba.

Faltaba poco para la boda y los preparativos los llevaban muy bien.

—Buenas noches —saludó haciendo que su suegra sonriera con malicia como cada vez que la veía en esos últimos días y también provocó que los hombres presentes se colocaran de pie para saludarle como correspondía.

August se acercó a ella y le dio un beso espontáneo y maravilloso en la mejilla que aunque parecía discreto y correcto, a ella le hizo vibrar en su interior.

—Amor mío, te presento a George Gordon —George se acercó y después de que ella le tendiera la mano como correspondía, este la tomó con delicadeza y le besó en el dorso con toda la caballerosidad que meritaba el caso.

—Mucho gusto, milady. Permítame felicitarle por su próxima boda con el duque.

—Gracias —Alma sonrió con la misma sinceridad con la que George les había felicitado. Le pareció un hombre bueno, decente y muy educado.

Se sentaron a la gran y elegante mesa servida para ellos cuatro nada más.

—¿Tus hermanos? —preguntó Alma con curiosidad a August.

—Están indispuestos esta noche —sentenció Constance de inmediato y por su tono de voz, nadie se atrevió a preguntar nada más.

La comida fue un banquete especial que Alma disfrutó conversando con su prometido y el invitado.

Su suegra casi no hablaba y cuando lo hizo fue para denigrar a Alma.

—¿Me han dicho que usted es de España? —preguntó George con gran interés a Alma.

—Sí —respondió esta con ganas de que la conversación se dirigiera a otra persona. Le intimidaba ser el centro de atención.

—De que familia, conozco gente en Madrid.

—¡Oh! No, no, George, a la familia de alma no podrías conocerla a menos de que entres a la cocina de la respetada familia Edevane-Salazar. ¿Cierto, querida?

August no pudo disimular su enfado.

—Es cierto —Alma vio a su futura suegra a los ojos, no la odiaba. Le tenía gran lástima por ser tan infeliz y hacer que sus hijos fuesen tan infeliz como ella—. Mis padres son personas honestas y trabajadoras, no provengo de una familia tan respetada como para la que trabajábamos en Madrid, señor.

George la vio con admiración.

August notó el brillo y la empatía en la mirada de George.

—Ya me habían hablado de su belleza física, que es indiscutible, sin embargo, creo que admiro más su valentía.

—Y será mi esposa muy pronto, será la duquesa de Lanhill —Alma notó el enfado en la voz de August, veía a su madre con rabia y a George como si representara una amenaza, ¿estaba celoso?

Constance rio observando a los hombres. Parecía sonreír con victoria.

Le gustaba provocar a su hijo y crear conflictos. Eso sí que Alma lo detestaba y por ello, se mantenía lo más alejada que podía de esa mujer.

Había momentos del día en el que los encuentros eran inevitables y Alma siempre intentaba llevar la fiesta en paz, más cuando estaba en presencia de August. Ambos sabían que Constance no la soportaba pero él aun creía que su madre la aceptaría y cuando la mujer fingía algún tipo de falsa bondad y aceptación por Alma, August se ablandaba con ella porque creía que intentaba hacer las cosas bien para que todos, sobre todo que Alma, la mujer que él amaba, fuera feliz en esa casa.

—Bueno —Constance vio a Alma con recelo—, hagamos un brindis por el negocio que acabamos de cerrar.

Levantaron sus copas y con gran tensión en el ambiente, brindaron.

Llegados al momento de finalizar la velada, Constance encargó infusión para todos tal y como solía hacerlo cada noche. Ella no era tonta y sospechaba que lo hacía para que el sueño les venciera a todos; así, August y ella no podrían tener sus encuentros como cada noche.

La verdad era que Alma nunca finalizaba la infusión porque tenía un regusto amargo que detestaba y August fingía tomarla pero sus labios nunca conseguían tocar el líquido marrón porque tampoco le gustaba el sabor.

Sin embargo, esa noche, por protocolo con el invitado que tenían, todos hicieron esfuerzo y bebieron de sus tazas.

Un error grave que Alma lamentó pronto, cuando sintió el estómago un poco descompuesto y gran somnolencia.

Vio a August con preocupación y este se puso de pie de inmediato para acercarse a ella.

—Lo siento —anunció Alma—. Creo que voy a retirarme porque... no me... —un mareo la hizo sentarse de nuevo. Podía jurar que había visto la maldad pura aparecer en la mirada de Constance; el mareo y la náusea repentina no le dejaban hablar y mejor que no lo hiciera para no dejar en ridículo a nadie.

August le ayudó a no derrumbarse en su asiento.

—¡Oh, querida, cuidado! —Constance se puso de pie de inmediato para ayudarle, August no le hacía la tarea fácil.

—Vamos, cariño, te acompaño a tu habit...

—De eso nada —sentenció Constance viendo a su hijo con autoridad y este, por respeto a su invitado, se hizo a un lado. Además, no quería hacer ver a Alma de la manera equivocada ante los ojos de otro hombre—. ¡Justine! —Constance llamó a su doncella de confianza—. Acompañame a dejar a Alma en su habitación —Se giró por un momento hacia su invitado que estaba de pie al igual que August—: George, estás en tu casa; por favor, pide cualquier cosa que necesites.

—Gracias por su hospitalidad.

—Vamos querida —Constance apretó un brazo de Alma con fuerza y esta quiso quejarse; la boca no la sentía.

La doncella y Constance comentaron cosas entre murmullos mientras prácticamente arrastraron a Alma a su habitación, una vez dentro, la tiraron en la cama.

Alma se preguntaba qué diablos hacían y quería preguntarles, defenderse, exigir respuestas a sus preguntas pero no podía ya casi moverse.

Le pesaban los brazos, las piernas.

¿Qué diablos pasaba con ella?

Los párpados amenazaban con cerrarse.

¿Qué pasaba esa noche?

¿Por qué sentía el mismo temor que sintió en el pasado cuando Oliver la sorprendía a solas y la obligaba a hacer cosas que ella no deseaba?

Las imágenes de lo que ocurría a su alrededor parecían ir y venir, sincronizados con la pesada batalla que libraban sus párpados por mantenerse arriba y permitirle estar alerta porque sabía que algo iba muy mal, no solo con ella. Con lo que pasaba en su entorno también.

Entonces, en algún momento de la batalla en la que pudo ver qué ocurría, observó cuando Constance y la doncella cortaban la tela del vestido, del corsé y la dejaban sin ropa alguna.

Los párpados se le cerraban.

—Déjala aquí y luego que vengan por ella. Cuando ya esté dormida y él también.

¿Él? ¿August? ¿De qué hablaban?

Sintió que de su garganta se escapó un sonido gutural pero no alcanzó a decir o hacer nada más.

Algo malo iba a pasarle.

El sueño la dominaba.

Sintió la puerta cerrarse y ella solo pudo quedarse allí, indefensa, expuesta a lo malo que vendría a continuación.

No podía hacer nada para cambiar lo que estaba pasándole, no conseguía moverse.

Rezó para que nada malo le ocurriera, rezó para no sufrir ni sentir dolor y se concentró en los ornamentos que estaban tallados en el dosel de su cama, dejándose llevar con esa imagen y con la sensación de que cuando despertara, toda su vida sería un infierno.

\*\*\*

Blaston House amaneció rodeada de niebla y aquello era un mal augurio para los Daniels.

August sentía como si tuviera un maldito ejército batallando en su cabeza. Algo había debido caerle mal durante la cena.

Miró por la ventana y frunció el ceño.

—Que mal día. Dolor de cabeza, niebla. Mal día.



Negó con la cabeza y vio hacia su cama.

Era aún peor un día así, sin Alma mezclada con sus sábanas.

La noche anterior vio en los ojos de su madre que las cosas se calmarían y no quería revolver las aguas con ella de nuevo.

Constance le prometió que no se entrometería más en su relación con Alma, lo que le hizo bajar la guardia con ella. Quizá se daba cuenta de que Alma era una buena mujer y aunque le costaba admitir que se había equivocado con respecto a ella, era un buen comienzo que decidiera no meterse más ni con la chica ni con la relación entre ellos.

Sabía que muchas veces su madre fingía empatía hacia Alma solo cuando estaba él presente y luego, en privado o en presencia de sus amistades, le hacía o le decía cosas que la humillaban.

Alma era fuerte, siempre conseguía salir victoriosa de esas humillaciones por ello August intentaba no intervenir. Su prometida sabía defenderse y era una cualidad que le atraía en ella.

Su fuerza y su determinación.

Constance conseguía disminuir a la gente pero no a Alma.

Necesitaba verla.

Se aseó, se vistió con prontitud porque pensaba pasar por su habitación para tomarla por sorpresa con un beso matutino que despertara la pasión más profunda en ellos y que alejara toda la niebla que los rodeaba ese día.

Eso era Alma en su vida, una luz.

Su luz.

Sus ansias de besos y pasiones debieron postergarse al llegar a la habitación de ella y encontrarla vacía.

Cuando llegó al comedor en donde su madre y su hermana esperaban al resto para tomar el desayuno y no la vio con ellos, pensó que podría estar en la cocina, lugar en el que se refugiaba con frecuencia para mantenerse ocupada.

August la dejaba. No le parecía mal que se entretuviera con cosas que le gustaban. Además, se le daba bien cocinar y sus postres resultaban tan dulces como ella.

—Buenos días, hijo.

—Buen día, madre. Elizabeth —les dio un beso a ambas ocupando luego su puesto a la mesa.

—Edmond.

—August.

—Esperaremos unos minutos más por George y... —Justine irrumpió en la habitación con prisa y cara de espanto. Se acercó a su señora y le habló al oído.

—¡Esto es intolerable! —Constance gritó y se levantó de la mesa sin mayor explicación haciendo que sus hijos se vieran con gran confusión.

August, siendo el mayor, el duque y el responsable, le ordenó a Elizabeth y Edmond que se mantuvieran allí mientras él veía qué ocurría.

Siguió a su madre.

—Madre, ¿qué ocurre?

Constance no hablaba solo caminaba con ímpetu y con los puños apretados.

Llegó a la habitación en la que dormía George y abrió la puerta de golpe haciendo que, en el interior de la misma, Alma y George despertaran de un salto.

—¡¿Cómo te atreves, maldita mujerzuela?! —se le fue encima a Alma y le abofeteó el rostro un par de veces.

Alma, aturdida y sin saber qué diablos pasaba, veía a su alrededor buscando ayuda.

Sus ojos se encontraron con los de August que estaba petrificado en la puerta de la habitación

ante la escena.

Alma vio en su mirada cómo sus ilusiones y su amor por ella se caían a pedazos.

¿Por qué?

Fue entonces cuando se observó a sí misma y entendió todo lo que ocurría.

Estaba desnuda y junto a George en las mismas condiciones que ella.

Se tapó con la sábana como pudo.

—August, yo te juro que esto no es...

—¡¡¡Maldito!!! —August se le fue encima a George que parecía aún más confuso que Alma. Recibió varios golpes que lo aturdieron más, dejándole encogido en el suelo intentando protegerse de la embestida que Daniels le estaba dando.

Gritos.

Alma pedía ayuda.

George pedía que parara.

August solo se sentía poseído por el dolor, la rabia y la traición.

Vio a Alma con las mejillas rojas por los bofetones que su madre le dio.

La vio a los ojos; en otro momento, habría jurado que era inocente de todo pero no esta vez.

Él la encontró y la vio con sus propios ojos.

Sintió las lágrimas que le quemaban la piel.

—¿Por qué? —fue lo único que consiguió preguntarle a ella y Alma, solo lloraba sin poder pronunciar palabra.

La culpa.

—Te quiero fuera de aquí ya. ¿Lo entendiste?

Alma asintió. No se defendía como la vio defenderse otras veces, entonces... ¿sí que era culpable?

Sí, lo había engañado.

«¿Con este y con cuántos más?» Se preguntó.

Parecía que su madre siempre tuvo la razón en cuanto a Alma.

¡Qué ciego!

Dejó escapar un alarido que retumbó en toda la mansión.

Salió con el diablo metido en el cuerpo dispuesto a matar a quien le impidiera perderse en el bosque con una botella de alcohol para ahogar en ella el maldito amor que acababa de destrozarlo por completo.

En tanto, Constance se estiró el traje y observó a Justine.

—Que tengan todo listo para largarse en poco tiempo.

Los vio con sorna y también salió de la habitación.

Alma lloraba sin consuelo, desnuda, abrazando sus piernas en el pecho.

Lloraba con dolor, con angustia.

George, a pesar de lo dolorido que se encontraba, y lo aturdido que pudo estar minutos antes, entendió pronto todo.

Un plan. Y estaba seguro de que su padre tenía mucho que ver en eso.

Por él no le importaba, arreglaba el error que cometió con John, sin embargo, lo lamentaba por ella.

Alma parecía ser una buena mujer y no se merecía nada de lo que le estaba ocurriendo.

Se la llevaría con él. No permitiría que le ocurriera nada malo. No se sabía su historia completa pero sabía algunas cosas de ella como que estaba sola en Inglaterra.

¿A dónde iría?

No la dejaría a su suerte. Su padre tendría que aceptarla en casa.

Se levantó del suelo para luego ayudarla a ella a levantarse, la envolvió con las sábanas, se vistió y salieron de allí.

No había más que esperar y su padre tenía mucho que explicar.

Desde el bosque, escondido en las sombras, August Daniels maldijo el día en el que conoció a Alma y se enamoró de ella.

Maldijo a George Gordon por revolcarse con ella dentro de su propia casa y, aun dominado por el dolor de la traición, juró que ningún Daniels, nunca más, podría estar cerca de un Gordon.

No eran dignos de confianza.

Eran unas ratas miserables.

Haría que su venganza perdurara en el tiempo y afectara cada paso que los Gordon intentasen dar.

A cada una de sus generaciones.

Las lágrimas seguían resbalándole por las mejillas al verla a ella subirse al carruaje envuelta tan solo en una sábana.

Como las prostitutas a las que pagaba su padre mientras estuvo vivo y August las veía escabullirse por la mansión.

Gruñó odiando ese día más que nunca.

Un día que jamás olvidaría.

Un día que quedaría sumergido en niebla y oscuridad para siempre.

## Capítulo 18

Pierce se levantó con la respiración agitada.

Se sentía furioso. Quería golpear algo.

—¿Pierce? ¿Pierce?

Frunció aún más el ceño por la inesperada visita de Elaine, fue con prisa a la puerta.

Abrió.

La luz de su sonrisa iluminó todo a su alrededor; sin embargo, en ese momento, no le apetecía ver luces, ni sonrisas y temía que tampoco a Elaine.

Ella lo percibió.

—¿Qué ocurre?

Pierce no quería hablar con nadie. Quería solo entender por qué demonios se acumulaba tanta ira en su interior esa mañana.

Se dio la vuelta y se fue directo al baño.

Elaine se sobresaltó con el portazo que dio Pierce al meterse en el baño.

¿Se habría enterado de lo de Nathalie y le había afectado?

La joven empezó a convertirse en un mar de nervios. El corazón le palpitaba con fuerza y sintió ganas inmediatas de llorar como cuando era pequeña y alguien pillaba una de sus blancas mentiras.

La ducha se accionó en el interior del cuarto de baño, ella decidió preparar café porque necesitaba mantenerse ocupada.

No conseguía calmarse; tampoco conseguía parar de hacerse las preguntas de las que tanto temía respuestas.

¿Era por eso que él estuvo evadiéndola esos días?

Hizo una fuerte inspiración dejando escapar el aire con rapidez, intentado que con esa salida de aire se escaparan también sus inseguridades y miedos.

¿Tenía miedo de perderlo?

Entonces estaba más enamorada de lo que creía de Pierce.

El corazón parecía que se le iba a salir por la boca.

Por su parte, Pierce se metió en la ducha con la intención de limpiar la ira acumulada en su interior.

¿De dónde provenía?

Las imágenes llegaban vagas. Un bosque, un hombre que espiaba a algunos que se subían a un carruaje.

¿Blaston House?

Un sueño. Estaba afectado por un sueño. Esa casa estaba empezando a volverlo loco.

Llevaba varios días sin dormir bien a causa de los sueños que lo dominaban en sus horas de descanso sin importar que fuera de noche o una simple siesta.

Lo peor era que sentía que era él quien experimentaba cada emoción de cada una de las personas que veía en los sueños.

Ya no era como los primeros, en los que solo volaba por encima de todo.

No. Ahora los sentía como si fuera su propia vida ¿Por qué?

Pensó de nuevo en Elaine y en la razón por la cual no quiso verla en esos días. No sabía cómo decirle que en sus sueños vio que el niño del cuadro es un Daniels.

No tenía pruebas y no sabía cómo podía tomárselo ella.

Quiso ganar tiempo investigando entre los papeles que tenían allí pero no consiguió nada de relevancia. Cartas en las que poco entendía la letra y por ello llamó a Kristen y le dijo que la necesitaba allí con él.

Llegaba esa mañana.

¡Dios! ¡Tenía que ir por ella al aeropuerto! ¿Qué hora era?

Salió con prisa del baño y se vistió con lo primero que encontró.

Al salir de la habitación, vio a Elaine sentada en el patio trasero con la mirada perdida en los limoneros del jardín.

Recordó la forma en la que le abrió la puerta. Pobre, ella no tenía la culpa de nada.

La chica se dio la vuelta y lo vio.

Estaba preocupada.

Ella se puso de pie y se acercó a él con cautela. ¿Tan mal se había visto antes cuando la recibió?

—Elaine yo...

Su media sonrisa y la mirada entristecida, llena de preocupación y nervios hicieron encender las alertas de Pierce.

¿Qué ocurría?

—¿Qué te ocurre?

—Que ya lo sabes y supongo que no me has querido ver porque te afectó.

Ella pasó por su lado para apoyar la taza de la encimera de la cocina.

—Soy una mujer adulta, Pierce; merezco que me mires a los ojos y me digas que...

La tomó de un brazo y la atrajo hacia él.

Le colocó una mano detrás del cuello, acariciando con el pulgar una de la mejillas de la chica mientras escaneaba su mirada.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Nathalie.

Él frunció el ceño por la duda sin soltar a su chica aunque ella intentaba mantenerse rígida.

—¿Qué ocurre con Nathalie?

Ella imitó su gesto.

—Entonces, si no lo sabes, ¿por qué diablos estás así?

Pierce no entendía qué estaba ocurriendo pero necesitaba poner en orden las cosas.

Y desde que era muy pequeño en casa, le enseñaron que las cosas se ponían en orden una a la vez.

Eso hizo.

Terminó de cerrar el espacio que les separaba y la pegó a su cuerpo con fuerza, entrelazando en el rubio cabello la mano que antes estaba en el cuello de la chica, sintió como el cuerpo de ella iba relajándose a medida de que sus labios se reconocían de nuevo.

Cómo la había extrañado.

Quizá, parte de su ira matutina se debía a que no había amanecido con ella a su lado.

Elaine era todo lo que el necesitaba en su vida y no le apetecía nada separarse de ella de nuevo.

Tenía que contarle todo.

Aquel beso estaba devolviéndole la paz que solo conocía junto a Elaine.

Debía parar porque no llegaría a tiempo a buscar a su hermana.

—Nada que venga de Nathalie ya me importa, Elaine —la vio directo a los ojos consiguiendo ese brillo adorable de nuevo en su mirada. Estaba preocupada por lo que podría sentir él aún por su ex—. Te lo dije. Yo cerré el ciclo con ella...

—Va a tener un hijo con mi profesor de español.

Elaine no se movió, no despegó la mirada de la de él porque quería estudiar su reacción.

Le pareció normal la sorpresa en su rostro. Habría dudado de lo contrario.

—¡Wow! Una historia que tendrás que contarme con más detalle porque me intriga saber cómo llegaste a enterarte pero más allá de eso —le vio los labios y los ojos de nuevo haciéndole temblar las piernas—... y de que se encuentre bien físicamente, porque a fin de cuentas compartí algunos años con ella, no me importa ya. Para mí, ahora, solo somos tú y yo.

—Entonces, ¿qué ocurre contigo hoy? Estás extraño, aunque ahora te veo mejor.

—También es una historia larga que tengo que explicarte, ¿me acompañas a buscar a Kristen?

—¿Llega hoy?

—Es parte de la historia que tengo que contarte.

—No puedo ir contigo ahora, tengo que reunirme con una empresa de turismo local y luego tengo clases con Salvador.

Pierce la besó de nuevo con dulzura.

—Te propongo encontrarnos en la playa, dar un paseo, conversar y luego venir a casa.

Ella le sonrió con timidez.

—Está bien.

Una bocina llamó fuera de la propiedad.

Era el Uber que Pierce solicitó mientras estaba vistiéndose en la habitación.

Le dio un beso de despedida a Elaine y salieron de la propiedad tomados de la mano.

Llamó al abogado a quien le encargó la búsqueda de un buen alojamiento para su hermana. Este le consiguió una casa de lujo de alquiler cercana a la propiedad de los Gordon y también, consiguió personal de limpieza para que la chica estuviera atendida como estaba acostumbrada.

Se quedó tranquilo sabiendo que todo estaba en orden.

El abogado les esperaba en la casa que ocuparía Kristen para darles las llaves.

Observó por la ventanilla y como era de esperarse, pensó en ella. La mujer que parecía haberse adueñado de sus pensamientos.

Elaine.

Suspiró de manera tan notoria que el conductor del coche levantó la mirada por el retrovisor central al escucharle soltar el aire; al cerciorarse de que estaba bien, colocó los ojos sobre la vía de nuevo.

Recordó los nervios de su chica minutos antes.

En realidad, estaba desilusionada pensando que él se había enterado del embarazo de Nathalie y que le había afectado.

Que tonta era. No tenía nada de qué dudar, obviamente todo lo que le contó le sorprendió.

Una casualidad así sorprendía a cualquier ser humano.

El hombre por el que Nathalie le dejó en la iglesia, era el mismo que ahora le daba clases a Elaine; y además, sería el padre del hijo de Nathalie.

Vaya casualidad.

A través de la ventanilla del coche, se percató de que el día estaba un poco nublado, el mar casi no se veía con claridad porque una extraña niebla lo cubría a pesar de que el calor era húmedo y asfixiante.

Ya había visto el fenómeno antes allí y no le parecía agradable en lo absoluto. Agradeció estar dentro del coche con el aire acondicionado.

En ese momento fue recordando su sueño de la noche anterior y a medida de que las imágenes se aclaraban con gran nitidez pudo llegar a comprender el porqué del odio entre los Daniels y los Gordon.

Pudo entender el origen de todo.

Y fue la segunda pista que recibió de que entre Alma y George nunca llegó a ocurrir nada.

Pudo sentir la voz de su abuelo en su cabeza:

«Te dije que había cosas por aclarar, y tú lo conseguirás»

\*\*\*

Elaine tuvo una mañana extraña pero buena.

Desde que se levantó con la firme determinación de ir a la casa de los Gordon y saber qué diablos le ocurría a Pierce, los nervios se le habían instalado en el estómago.

Nervios que llegaron disolverse únicamente con el beso que le plantó Pierce mientras ella navegaba en sus dudas.

¿Cómo fue tan tonta de dudar de él de esa manera?

Le dijo tanto mientras le veía a los ojos con la intensidad que lo caracterizaba. Tanto, que no tenía palabras para poder expresar todo lo que le hizo sentir.

Y es que era eso, no les hacían falta palabras.

Parecía que se conocían de toda una vida.

El día mejoró tanto como sus emociones. De la neblina que cubría el mar cuando ella salió de casa en la mañana, pasaron al sol resplandeciente y el cielo azul como los ojos del hombre que ahora la hacía suspirar.

Salvador se aclaró la garganta, Elaine volvió al momento, al presente, entendiendo que el resto del día parecía haberlo pasado en automático, ¿habría dicho alguna estupidez en la cita de negocios de la mañana?

Se preocupó; sin embargo, algo le decía que todo había salido bien.

Salvador se aclaró la garganta de nuevo.

—Me gustaría saber qué te mantiene tan sumergida en tus pensamientos hoy.

Ella le sonrió con vergüenza. No se atrevía a decir lo que mantenía en secreto con Pierce.

—Los años de experiencia con las mujeres me dicen que cuando tienen ese brillo en la mirada, es porque están enamoradas.

—No te equivocas, Salvador —suspiró—. Es complicado.

—Nada referente al amor debería ser complicado, Elaine. Se lo he dicho miles de veces a Nathalie. Bueno —rectificó—, se lo decía, cuando aún temía dejar su vida de lujos por una más sencilla.

—Y yo deseando escapar de la mía.

Salvador bufó con diversión.

—Me ha contado quién eres, de dónde provienes. Y te admira, ¿sabes?

Elaine lo vio con sorpresa, no se esperaba esa acotación.

—Dice que has sido una mujer valiente que sale a buscar lo que quiere porque cree en sí misma —hizo una pausa mientras veía al mar y a los turistas—. Y si yo tengo que agradecerte algo, es haber inspirado a mi chica.

Elaine se sintió tan conmovida y emocionada que quiso romper a llorar allí mismo porque no se creía que ella pudiera ser la inspiración de otra mujer.

De eso se trataba su presencia en las redes, en el fondo, ella quería ser esa inspiración, esa influencia positiva en la vida de alguien.

Pierce la admiraba.

Le servía de inspiración a Nathalie para llevar su nueva vida.

¡Cuánta satisfacción sentía en ese momento! ¡Cuán orgullosa de sí misma se sintió!

Salvador bufó de nuevo y sonrió después ampliamente.

—¿Supongo que nadie en tu familia te había dicho nunca algo positivo? —la vio a los ojos con seriedad y tristeza.

—No. Y estoy segura de que en poco tiempo se armará una tormenta a mi alrededor.

Elaine se sentía tan feliz en ese momento que aquella sensación de mantener en silencio su romance con Pierce le pareció ridícula al darse cuenta de que ella era feliz con esa vida que ahora tenía y tal como le dijo su amiga hacía unos días, debía apartar de su vida a la gente que quería lastimarla así fuese su propia familia.

—¿Pierce tendrá que ver en esa tormenta?

—Así es. En la aristocracia nos movemos por reglas, acuerdos, títulos nobiliarios, dinero, abolengo, patrimonios y, en mi familia en particular, severas sanciones a quien no cumpla todo lo anterior. Yo quiero una vida como la que tengo ahora, aunque no niego que me gustaba mi vida dentro de Blaston House.

Salvador le dejó ver el interés en lo que ella decía y la chica se extendió describiendo la propiedad, las cosas que en ella se guardaban con tanto celo.

Las expuestas al público y las que estaban a resguardo de la familia.

—¡Cuánta historia deben conocer esos muros! —Mencionó fascinado—. Cuando era niño, me encantaba escuchar las historias familiares que contaba mi tío abuelo que, ahora, analizándolas, parecían una soberana locura pero eran divertidas escucharlas de pequeños.

—Entiendo, aunque en mi caso, las historias sonaban igual de divertidas o de crueles siendo grandes o pequeños. Hay mucha evidencia en medio que asegura el orden de los acontecimientos. Hay algunas leyendas que nunca han podido ser verificadas pero son tan fantásticas que dudo se encuentre algo que las certifique. Y otras muy bien documentadas y tan crueles que aun viendo las pruebas, no consigues creer un nivel tan alto de maldad en el mundo.

—Sí. Entiendo qué te refieres también. En mi caso, era muy gracioso cuando mi abuelo y su hermano entraban en discusiones sobre la fidelidad de la traducción del Quijote al inglés —Salvador cerró los ojos recordando aquellos tiempos—. Vivíamos en Madrid —Salvador le contó, en otra ocasión, que su familia era originaria de Inglaterra pero que también tenía familia lejana en Bruselas y que su abuelo, viudo, se refugió en casa de su hermano cuando este enviudó también para hacerse compañía y envejecer juntos. De ahí que el padre de Salvador dejara todo lo que tenía en Inglaterra y se mudaran a Madrid invirtiendo en propiedades en el país, que les dejaría a sus hijos después. Como era el caso del hostel que tenían en Nerja y que dirigían ahora Salvador y sus hermanos.

Tras un silencio entre ambos, Salvador retomó la conversación:

—En las Navidades, sentados frente a la chimenea con chocolate caliente que mamá nos preparaba, el abuelo y su hermano se sentaban a discutir el asunto del Quijote que mi tío abuelo aseguraba que él vio una carta, muy antigua, en posesión de su abuelo —vio a Elaine divertido—, no sé qué tan antigua, claro está, porque nunca lo mencionaron. El caso es que en esta famosa carta se comentaba que la primera traducción del Quijote, la hizo una mujer.



Elaine sonrió alegre.

—No me sorprendería que fuera cierto, Salvador. En esa época las mujeres no podíamos hacer nada más especial que cuidar de la casa, los niños, un marido y nada más. Las escrituras y los aprendizajes importantes quedaban para los hombres.

—Algunas valientes se atrevieron a romper esas reglas —comentó Salvador con sarcasmo—. Algunas valientes como tú.

Elaine suspiró abatida.

—¿Y que más contaban de tus antepasados?

—Poco más. No se sabe mucho de ellos —Salvador miró hacia el mar de nuevo, estaban sentados a orillas de la playa como solían hacer algunas veces—. Sabemos que mi tatarabuelo regresó a Inglaterra cerca de 1870; y allí estuvimos hasta que mi abuelo, como te comenté hace un tiempo, ya estaba solo porque mi abuela murió siendo muy joven y mi tío abuelo, Charles, enviudó joven también pero al parecer le costaba superar la soledad en la que quedó, sin hijos ni familia, solo en Madrid. Mi abuelo decidió venir a vivir con él. Mi padre no se atrevió a dejarles solos. Dejó incluso a la chica con la que había estado saliendo y con la que estuvo a punto de comprometerse por cuidar de su padre y su tío.

—¿Estaban enfermos?

—¡Qué va! Creo que estaban mejor que todos nosotros juntos y lo cascarrabias que eran ambos parecía mantenerles activa la juventud.

Ambos rieron.

—Pensaba que tus padres se conocieron en Inglaterra.

Salvador negó con la cabeza.

—Se conocieron en Madrid. Mi madre estudiaba lenguas, es portuguesa. Y se enamoraron, se casaron y nacimos nosotros.

—Una buena historia para contarle a ese pequeño que viene en camino.

La ilusión se hizo presente en los ojos de Salvador.

—Nada me gustará más. Te lo aseguro —vio el reloj que llevaba en la muñeca—. Por cierto, tengo que marcharme porque quedé con Nath para tomar un helado arriba en la heladería.

—Yo daré un paseo con Pierce.

Salvador la observó con una mirada perspicaz.

—Deberías conversar con él sobre lo que sientes

—Lo haré, Salvador, gracias.

—Siempre a la orden, guapa. Adiós.

—Adiós.

Elaine lo vio subir la escalinata de Calahonda.

La misma escalinata que Pierce empezaba a bajar.

\*\*\*

Después de llevar a Kristen a la propiedad de la familia, porque se negó a marcharse en ese momento a la casa que alquiló para ella, Pierce se quedó con su hermana para ponerle al tanto de todo lo que ocurrió desde que llegara a España.

Kristen observaba la casa con emoción. Pierce sabía que la detallaba con ese ojo de restauradora que poseía.

—¿Cómo se llama? —le preguntó mientras acariciaba con cuidado las paredes.

—¿La casa?

—Claro, Pierce, la casa, ¿cómo se llama?

—No lo sé. No tiene un nombre. Nunca lo tuvo. El abuelo hablaba de ella como la casa española. La de los amantes fugitivos pero nunca uso un...

Pierce hizo silencio porque notó a su hermana observándolo con sorpresa.

Estaba tan distraído necesitando adelantar las horas para verse con Elaine, que era lo que más quería en ese momento, que no se dio cuenta cuando le confesó a su hermana su habilidad de ver y hablar con el fantasma del abuelo.

—¿Tú también los ves?

—¿Tu?

Kristen sonrió llena de emoción.

—¿Cómo nunca antes lo mencionamos?

—Supongo que era un secreto que temíamos revelar para que no nos llamaran locos.

—¿Eso quiere decir que alguien más en casa podría hacerlo?

—No creo. Papá no cree en nada. Mamá... no lo sé, a veces pienso que sí otras veces que no porque hay ocasiones en los que los he visto sentados a la mesa con nosotros y nadie más se percataba de eso —Pierce abrió los ojos muy sorprendido. Él solo veía al fantasma del abuelo, dentro de la habitación del mismo. Kristen continuó hablando—: Laurie es demasiado miedosa para esto y Poppy... —Kristen volvió los ojos al cielo—... es Poppy. Dudo que pueda ver algo más allá de los que sus rivales en las redes hacen para robarle seguidores.

—Hablaré con ella al respecto, por lo que le hizo a Elaine cuando le ofrecí hospedaje aquí.

Kristen se mostró interesada en ese fragmento de la historia. Sobre todo cuando notaba lo molesto que su hermano hablaba en relación al ataque hacia Elaine.

Estaban preparando té en la cocina cuando hablaban de eso.

—Veo que Elaine se ha convertido en una pieza importante de tu estadía en España.

—Es así. Y no voy a discutirlo ni ocultárselo a nadie.

Kristen volvió a verlo con sorpresa.

—Parece que vas en serio con ella.

Pierce se derrumbó en la silla y vio a su hermana a los ojos.

—No lo planifiqué, Kris, solo ocurrió y no paro de pensar en ella día y noche. Nunca me había sentido así de atraído por una mujer.

Kristen suspiró profundo sin apartarle la mirada. Le iba a lanzar la pregunta de reglamento, así que él se adelantó a darle una respuesta.

—La vi. Sigue aquí. De hecho, el mundo es tan pequeño o este lugar es tan extraño que el profesor de Español de Elaine es el mismo hombre por el que Nathalie me abandonó. Me enteré antes de irte a buscar al aeropuerto —Kristen abrió los ojos con sorpresa mientras Pierce hizo una pausa para tomar un poco de su té—. El día que la encontré aquí aun no sabía lo que sentía por Elaine y te confieso que en el momento en el que mi mirada encontró a Nathalie, sentí que algo se removió dentro de mí y pensé —se llevó la mano al pecho—, de verdad que pensé en que las cosas podrían aclararse entre nosotros. Sin embargo, cuando me acerqué a ella y la vi a los ojos como solía hacerlo cuando empezamos a salir, no vi nada en ellos, Kris. Nada. Me sentí frente a una completa desconocida y necesité aclarar todo con ella pero solo para poder cerrar ese ciclo.

—¿Querías saber por qué te dejó?

—Exacto. Quería saber si yo le había hecho algo sin darme cuenta, necesitaba respuestas. Una vez todo quedó aclarado entre nosotros, entendí que eso que se removió en mi interior cuando la vi, era solo la necesidad de ponerle orden al pasado para continuar con el presente —Pierce sonrió negando con la cabeza—. Irónicamente, ese mismo día me di cuenta de que Elaine era parte

importante de mi presente.

Recordó el abrazo que se dieron en la puerta de la casa de Elaine cuando él salía después de haber hablado allí con Nathalie.

—Bueno, me parece que vas bien, entonces.

—Va a tener un hijo.

—¿Nathalie?

Pierce asintió, le contó lo que Elaine le dijo esa mañana y lo insegura que se mostró ante él.

—Es normal, Pierce, yo también me habría mostrado insegura con tu actitud. ¿Por qué te comportaste así con ella? ¿Qué ocurre con esos sueños?

Pierce le contó todo. Le dio detalles de todo. Desde la promesa que le hizo al abuelo hasta lo dispuesto que estaba ahora de aclarar todo.

Entonces pasó a contarle lo de la noche en la que vio al fantasma de Alma.

Los miles de intentos que hizo por remover la cama para poder acceder al sótano y que solo lo logró tras ver el fantasma de Alma y con la ayuda de Elaine.

Le contó de los sueños. Cada uno de ellos, porque los recordaba todos como si los llevara tatuados en la cabeza. Cada detalle, cada pieza presente en Blaston House, cada movimiento, cada paso. Todo.

—Acababa de despertar del sueño en el que August Daniels encontró a la mujer de su vida con George Gordon, bajo su techo, en la misma cama, los dos desnudos; y Kris, honestamente no sé qué me ocurrió, solo deseaba dejar fluir mi ira. En estos últimos sueños parece que yo vivo cada cosa veo —negó con la cabeza—. Elaine confundió todo. Ella venía por la noticia de Nathalie que la verdad es que no me importa en lo más mínimo, tal como se lo dije a ella. Me preocupó solo por su salud y, como no, la del niño, es alguien a quien en cierto modo le tengo cariño pero no siento nada más por ella —Kristen asintió mientras escuchaba con gran atención la explicación de su hermano. Estaba fascinada con todo lo que le decía, la pasión con la que hablaba de todo, él nunca había sido así y se alegró de que Elaine tuviera el poder de cambiarlo—. Llevaba varios días evadiendo a Elaine, desde que soñé con que el niño de Alma no es de George si no de August, ¿entiendes la importancia de esto?

—Por supuesto. Si siguió existiendo descendencia de ese niño, el padre de Elaine estaría, en cierto modo, ocupando un puesto que no le corresponde porque el primogénito y sucesor al ducado serían los de la rama del hijo de August y Alma; aunque, para esa época y al no haberse casado, el niño era un bastardo, así que no tenía derecho hereditario al ducado. Es complicado. Hay que investigar más.

—Por eso es que no quería verla porque no sabía cómo manejar esta información sin más pruebas.

Kristen sonrió irónica y divertida.

—Pierce, deja de ser tan correcto una vez en tu vida. Tienes que decirle todo lo que has estado viendo. No parecen más que sueños; debido a la continuidad que tienen y a los hechos que conocemos, es probable que estés viendo las cosas como si estuvieras viajando al pasado.

—Es de locos.

—Te está pasando. Así que no sabes si vas a encontrar más información que soporte algo de tus sueños, no sabes si podrás descubrir la verdad de todo y en caso de que lo hicieras podría tomarte una hora, un día, un año, mil años, no lo sabes. ¿Vas a dejar a Elaine a un lado mientras aclaras todo?

Pierce la vio a los ojos con seriedad porque en ese momento se planteó esa pregunta.

En la mañana, en presencia de Elaine estuvo decidido a contarle todo acerca del hijo de Alma

y a medida que fue transcurriendo el día cayó en el juego del deber para retroceder y pensar que lo mejor era callarlo todo hasta tener pruebas, pero ahora que su hermana le soltaba todo eso y le hizo sentir que un vacío asfixiante se apoderaba de él al pensar en hacer a Elaine a un lado, o en lo mal que se sentiría mintiéndole y viéndola a los ojos cada día, se levantó de la silla, dejando la taza en la mesa.

—No recojas nada, lo haré cuando vuelva.

Ella le sonrió divertida.

—No pensaba hacerlo, no es lo mío y lo sabes —le enseñó sus manos delicadas con una manicura en perfecto estado, soltó una carcajada—. Ve con ella y nos veremos mañana. Tengo todo lo que necesito para llegar a esa hermosa casa que alquilaste para mí.

Pierce se agachó y le dio un beso a su hermana en una mejilla sorprendiéndola al máximo.

—Gracias.

Decidió caminar, así consumiría más tiempo porque Elaine apenas estaría empezando su clase de español con Salvador.

Estarían en el café del Balcón de Europa o en la playa de Calahonda. Eran los dos lugares en los que solían quedarse para conversar en español de diversos temas.

Elaine era buena y ya había avanzado mucho, él en cambio no se le daba tan bien el español. Tampoco estaba poniendo esfuerzo en aprenderlo. Los idiomas siempre le costaron. A duras penas aprendió el francés y su madre trató de que aprendiera algún otro pero Pierce evadía el tema y prefería concentrarse en otras actividades como los deportes y los números.

Caminó pensando en todo lo que le diría a ella. Le explicaría cada sueño tal como lo hizo con su hermana.

Y la besaría hasta que le doliera la boca porque la necesitaba entre sus brazos.

La echaba de menos.

Recordó el beso de la mañana y la chispa del deseo se activó en él haciéndole una urgencia estar junto a ella, desnudarla, disfrutarla, amarla.

¿La amaba?

¿Era eso amor? ¿Así debía sentirse?

Sonrió sintiéndose como cuando era un adolescente.

Su camino le llevó directo al balcón de Europa, allí en la plaza del mismo, en los bancos que estaban pegados a las verjas, se sentó para admirar el paisaje.

Como siempre, el lugar estaba lleno de visitantes. Muchos extranjeros.

Respiró profundo llenándose los pulmones del delicioso aroma del mar.

Deseó que su abuelo pudiera disfrutar de ese momento, le habría encantado ese sitio.

Miró a su alrededor y fijó la vista en Calahonda, justo frente a la orilla del mar, que estaba muy calmo es día, se encontraban Salvador y Elaine sumergidos en una conversación que despertó la curiosidad de Pierce

Él hablaba con mucha emoción mientras ella le escuchaba con gran atención.

Decidió esperar allí y observarles, la curiosidad lo comía por dentro.

¿Eran celos?

«Quizá lo son» se dijo, sin preocuparse al respecto. Confiaba en ella pero se le hacía inevitable sentir celos porque entendía que lo que sentía por ella era inmenso.

El sol empezaba a calentarle la piel más de lo que a él le gustaba y se refugió a la sombra de las palmeras que estaban en el paseo, fue entonces cuando vio a Nathalie.

Estaba rozagante, hermosa.

Tenía un brillo especial en la mirada mientras conversaba con una mujer que al parecer le

conocía muy bien y que Pierce no reconocía de nada.

Ella volvió la cabeza, sus miradas se encontraron.

Pierce levantó la mano para saludarle.

Ella le sonrió y se despidió de la persona con la que hablaba para dirigirse hacia él.

Pierce se puso de pie y la saludó con un abrazo. Como harían los amigos.

—Veo que te ha sentado muy bien el embarazo.

Ella sonrió ampliamente, con gran felicidad.

—Así es. Te veo muy bien a ti también.

—Lo estoy, Nathalie —le sonrió con sinceridad—. Espero que todo vaya bien con el embarazo y aquí estaré, aunque no sé por cuanto tiempo; si necesitas algo, no dudes en pedírmelo. Haré cualquier cosa por tu bienestar y el del niño.

—Tu bondad es una de las cosas que más me gustaron cuando te conocí —le dio un beso fugaz en una mejilla—. Deberíamos hacer una doble cita algún día.

—Quizá lo hagamos.

Ambos sonrieron, Pierce vio el reloj.

—Le estoy esperando a ella, bajaré a interrumpir la clase que de todas maneras ya está por terminar.

—Yo esperaré por él aquí. Nos vemos pronto.

Pierce asintió y se dio la vuelta para dirigirse al Boquete de Calahonda para descender por la escalinata que llevaba a la playa.

Mientras bajaba, observó que Salvador se despedía de Elaine y decidió ralentizar sus pasos para poder encontrarse con este a medio camino.

Tal como ocurrió.

—Felicidades —le dijo a Salvador tendiéndole la mano para darle un amistoso apretón. No tenía nada en su contra.

No podía tenerlo.

Así como él no pudo controlar qué sentir o qué no sentir mientras estaba en compañía de Elaine, entendía que lo mismo les pasó a Salvador y a Nathalie.

Él no fue más que un daño colateral que ya estaba recuperado.

—Gracias —Salvador le sonrió con alivio respondiendo al apretón de manos—. Habla con ella —señaló a Elaine que estaba sentada en el mismo sitio pero absorta observando cada uno de los movimientos de los hombres—. Lo necesita —Pierce frunció el ceño—. Su familia no ha sido buena con ella. Algo me habló de una tormenta referente a ustedes y te lo digo porque en todo este tiempo nunca la vi tan afligida.

—Gracias por decírmelo, seré discreto.

Asintieron, como los más correctos caballeros; se despidieron y Pierce siguió su camino para llegar a ella.

## Capítulo 19

Pierce se sentó junto a Elaine. El mar estaba tranquilo, así que podían permanecer muy cerca de la orilla.

Había gente, no tanta, ya empezaba a notarse el descenso en el turismo debido a la fecha. Las vacaciones y el verano, no eran eternos.

La vio a los ojos y se acercó a ella para besarla con suavidad en esos labios que lo seducían a cada momento.

—¿Qué tal tu día? —le sonrió a la chica que lo observaba con una mezcla de emoción y tristeza en la mirada. Recordó las palabras de Salvador. «Nunca la había visto tan afligida»

—Bien, no me quejo. La reunión con la empresa de esta mañana salió bien y haremos negocios. Voy avanzando.

Pierce se sorprendió con la forma en la que sus sentidos reconocieron que sí, ella estaba contándole algo que le hacía feliz pero a la vez había algo más que opacaba esa felicidad.

La conocía. Sus gestos, su tono de voz para expresar sus emociones, su mirada. Ese brillo especial que ahora no estaba presente.

—¿Qué tal tú? ¿Y tú hermana?

—Yo muy bien, con ganas de estar contigo —ella le regaló una tímida sonrisa—. Kristen debe estar ahora en la casa muriendo infartada al darse cuenta del poco cuidado que hemos tenido con las cosas antiguas que encontramos.

Ella sonrió divertida.

—No podíamos hacer mucho más. Además, empiezo a sospechar que estén embrujadas porque no es posible que se hayan mantenido en tan buen estado tantos años sin el cuidado apropiado.

—Lo mismo nos dirá Kristen.

Le dio un beso fugaz y se acomodó detrás de ella para rodearla con sus brazos sirviéndole de apoyo a su espalda.

Podría pasarse la vida entera con ella entre sus brazos.

Resopló sonriendo.

Ella volvió la cabeza para atrapar su mirada.

—¿Qué ocurre?

—Que me pasan cosas extrañas contigo, Elaine —la intensidad de la mirada de ambos fue instantánea y en la de ella, él pudo percibir el brillo que tanto le gustaba—. Y te las voy a contar todas.

—Podrías empezar contándome qué te ocurría esta mañana.

—¿Tienes tiempo para escucharme? Es una larga y delicada historia que no sé si pueda ser cierta.

Le gustó la reacción de la chica cuando se acomodó aún más, dejándole abrazarla y hablarle con sutileza al oído mientras le contaba todo lo que le estuvo ocurriendo desde que ella saliera de la casa hacía unos días y desde que los sueños de August, George y Alma, se hicieran más intensos.

Dejando aquel que más le atormentaba para el final.

—Y uno de los primeros sueños que tuve pareciera contar la historia de George y Alma cuando ya llegaron a España.

—A la casa.

—No. No llegaron a esta zona de inmediato. Al parecer, pasó un tiempo antes de que viajaran al sur y se instalaran aquí. Pero eso no es lo que me llamó la atención de mi sueño, del cual casi no recuerdo por cierto, o es que lo que descubrí fue tan importante que nubló el resto.

Elaine se dio la vuelta curiosa y ansiosa.

—Por favor, ya dime —Pierce hizo una pausa pensando si estaba haciendo lo correcto sin pruebas reales entre manos—. Pierce, o hablas ya o te juro que te torturo.

Él sonrió pensando en la tortura que ella podría darle.

—¿Vas a torturarme con besos?

Ella lo vio con picardía.

—Y otras cosas —lo besó con dulzura en la boca—. Ya no me hagas esperar más, que voy a torturarte igual luego —la expresión del rostro de Elaine fue tan estimulante que Pierce quiso sacarle la ropa allí, y elevarla a la cima del placer sin importarle nada—. Dime y luego me llevas a casa y hacemos todo lo que estás pensando.

Se lo estaba poniendo muy difícil porque su sistema en ese momento no razonaba con claridad ya que su único pensamiento era la suavidad del pecho de su chica, el endurecimiento de sus pezones respondiendo a las succiones de su boca y ella jadeando pidiendo más de ese placer que él quería darle

—¡Pierce! ¡Concéntrate!

Ambos rieron divertidos.

—El hijo de Alma no era de George.

Lo soltó sin más porque no conseguía coordinar sus pensamientos con ella allí, dentro de su cabeza, desnuda.

Ella lo vio expectante, deseando saber más.

Él volvió los ojos al cielo al darse cuenta de que ella no conseguía atar los cabos por cuenta propia.

—Elaine, el hijo era de August.

Entonces ella abrió los ojos por la sorpresa.

—Pierce, si hay pruebas de eso, la historia de mi familia podría cambiar por completo.

Él asintió. Ella estaba entendiendo la gravedad de esos sueños que aún eran solo eso, sueños.

—Yo no sé qué decirte al respecto porque entiendo que son solo sueños pero los siento tan reales, tan vivos, que además de sentir cada una de las emociones de Alma y de August, noto detalles de lugares en los que nunca antes he estado. La habitación de George y Alma era verde esmeralda con una cama de dosel dorado y una ventana desde la que se observaba el río que pasa detrás de Blaston House —Elaine lo observaba sorprendida—. Vi a Constance, la puedo describir hasta en la forma de hablar. No me gustaría encontrarme con una mujer como ella, Els, era caprichosa y llevaba maldad en su interior. Sentí la angustia de Alma cuando la metieron en su habitación —Pierce cerró los ojos para recordar ese sueño y la somnolencia de Alma—. No podía defenderse, hablar, nada. Aunque sí escuchaba lo que decía Constance. Órdenes para hacerle la vida miserable a ella. Se quedó allí tumbada en su cama, que tenía un dosel inmenso con cortinas pesadas de un tono celeste colgaban de este. La cabecera imponente, las paredes del mismo tono de las cortinas, los detalles en dorado sobre la chimenea. Los cuadros de dos mujeres custodiando ese espacio.

Elaine dejó escapar una exclamación de sorpresa y vio a los ojos a Pierce.

—Estás describiendo mi habitación, Pierce. Esto me está poniendo la piel de gallina.

Él la observó también sorprendido, no podía dejar de ver la imagen, de sentir la impotencia de Alma de no poder hacer nada para cambiar el destino que esa cruel mujer le tenía preparado.

Quiso decirle más a Elaine pero la chica estaba realmente consternada.

—¿Qué me dices de la habitación verde esmeralda?

—No lo sé, Blaston House es enorme y no conozco cada una de sus habitaciones. Además, mi madre se ha encargado de remodelar cada rincón al que alcanza su mano. Queda muy poco intacto de lo que una vez fue la opulencia de los siglos pasados de Blaston House. El espacio abierto al público es lo que más se mantiene. Si no, la gente no vendría a visitar.

Pierce asintió.

Estaba en lo cierto.

Cerró los ojos de nuevo recreando en su memoria el recorrido tomado desde el comedor hasta la habitación de Alma.

Luego a la de George.

Abrió los ojos y vio a Elaine con seguridad.

—Fue tan real todo que puedo decirte muy bien todo el recorrido que vi desde el gran comedor hasta las habitaciones —suspiró con preocupación—. Lo que me preocupa no es la nitidez de mis sueños, Elaine, me preocupa el impacto de estos sueños en la realidad. Es tu familia.

Elaine volvió su cabeza al mar. No podía juzgarla si quería dejar el pasado en donde se encontraba para no poner en riesgo el estatus y la estabilidad económica de su familia.

Cuando ella volvió a atrapar su mirada y vio la determinación por llegar al fondo de todo en honor a la verdad, sintió alivio.

Él también necesitaba llegar al fondo de todo.

Ya no era por su abuelo, era por Alma. Necesitaba hacer justicia en su nombre; y demostrar que no había hecho nada malo. Necesitaba demostrar que le fue tendida una trampa.

Y aunque Elaine no le dijo nada más, Pierce entendió que de allí en adelante tenían un gran trabajo que hacer porque era mucho lo que tenían que investigar para poder saber la verdad de todo lo ocurrido en aquel tiempo.

No valían solo sueños.

—Necesitaremos pruebas reales.

—Pensaba en eso —comentó Pierce—. Tomará tiempo saber qué pasó y es posible que no lleguemos a saberlo con claridad.

—Lo sé, pero quiero intentarlo —Elaine lo vio de nuevo a los ojos—: se lo debemos a Alma.

—Estoy más que de acuerdo contigo. Después de ver y sentir lo que sufrió por culpa de Constance Daniels, yo también quiero aclarar el pasado y demostrar que ella y August fueron víctimas del egoísmo y la codicia de Constance.

—Somos un equipo entonces —ella le sonrió con tranquilidad.

Y él resopló negando con la cabeza pensando en todo lo que era Elaine para él.

—Somos mucho más, Els. Mucho más —se acercó y selló su boca con la de ella.

La sintió relajarse tal como lo hizo en la mañana cuando la había besado con tanta pasión. Sus besos surtían un efecto delicioso en el cuerpo de ella y quería seguir expandiendo esa relajación en toda su piel.

La investigación esperaba por ellos una vez más.

\*\*\*



Elaine se servía una taza de café mientras pensaba en la erótica noche que había pasado junto a Pierce, cuando el timbre de casa le interrumpió tan agradable momento.

Se alisó un poco el pelo revuelto por la pasión y revisó que todo estuviese en orden con respecto a su pijama.

Abrió la puerta encontrándose con un hombre que parecía salido del Servicio Secreto.

Impasible, el hombre se quitó las gafas de sol y en un constante y discreto tono de voz le preguntó:

—¿Es usted Lady Elaine Daniels?

—¿Tu qué crees? —le respondió al hombre, sospechando de su procedencia.

Un hombre así, trabajaba para su padre y por supuesto que sabía que ella era Elaine. Debía llevar un álbum de fotografías recientes de ella para reconocerle.

—¿Puedo entrar?

—No.

—Estoy aquí por órdenes del Duque de Lanhill Lawrence VII Daniels. Necesito entregarle una misiva de su parte.

—Lo que tenga que darme puede hacerlo desde donde se encuentra.

El hombre parecía no ser tan paciente como aparentaba. Resopló ante la negativa de Elaine y se sacó del bolsillo interior de la impecable chaqueta negra, un sobre con todos los sellos reglamentarios del ducado. Incluso, el ridículo sello de lacre que aun su padre usaba en tiempos modernos.

—Supongo que es mi juicio por traidora.

—Supone usted bien. Podría explicarle algunas cosas más si me permite entrar.

—Conozco a mi padre y dentro —levantó el sobre sacudiéndolo casi frente al rostro del hombre—, debe estar todo bien aclarado. Gracias por cumplir con su trabajo.

No le dejó decir nada más, le cerró la puerta en la cara sin aviso.

Pegó la frente de la puerta sosteniendo el sobre con ambas manos pensando en lo que se encontraría dentro.

Sintió un nudo en la garganta de la rabia que tenía en su interior.

¿Por qué siempre había sido tan rechazada por todos en su familia?

¿Por qué ahora que se sentía tan bien, estable y feliz ellos llegaban a empañarlo todo?

Pensó en Alma y en todo lo que le contó Pierce sobre lo que pudo haberle ocurrido a ella.

La entendía.

—¿Qué fue todo esto, Els? —se sobresaltó a escuchar la voz de Pierce tras ella. Se dio la vuelta y aunque trató de disimular, no pudo. Se derrumbó ante él.

Pierce dio dos pasos para llegar a ella con rapidez y abrazarla con fuerza.

Le quitó el sobre de las manos para dejarlo en una mesa.

Elaine se lo agradeció, sin embargo, necesitaba afrontar su problema de inmediato.

Se sentaron en el sofá del salón, él abrazándola con toda su fuerza y esperando pacientemente a que ella encontrara un poco de calma.

Elaine se sentía muy triste, era incapaz de buscar algo que consiguiera calmarla.

No supo cuánto tiempo estuvo llorando en su pecho pero sí todo lo que recordó que la llevó a drenar esa tristeza que siempre afloraba cuando se trataba de su familia.

Recordó a su abuela y lo mucho que la extrañaba; fue cuando más lloró y también, cuando encontró el equilibrio que la regresó a los brazos de Pierce, sintiéndose de nuevo segura para empezar a calmarse.

Levantó la cabeza para verle a los ojos. Quería perderse en ese azul vibrante de su mirada, que ahora parecía un mar embravecido.

—Lamento que me veas así.

Él le besó en la cabeza acomodándola de nuevo sobre su pecho.

Suspiró.

—Somos mucho más que un equipo, Elaine. Te lo dije antes, lo sigo pensando y sintiendo de la misma manera.

Ella sonrió con alivio. Tenía sentimientos importantes por Pierce y temía a decírselo. Aunque él no hacía más que demostrarle con palabras y acciones que ella era importante en su vida, Elaine parecía conservar, muy en el fondo, el miedo a ser rechazada.

Por él.

En el pasado, en antiguas relaciones, nunca se sintió de esa manera y eso era lo que le hacía saber que con Pierce todo, absolutamente todo, era diferente y verdadero.

—Quiero saber ¿qué es lo que ocurre contigo?

Ella se levantó y usó una servilleta de papel para limpiar sus lágrimas.

Él la observaba con atención.

Con paciencia. Estaba firme y decidido a que ella le diera una explicación completa.

No quería engañarlo y ya le había dado largas a ese asunto.

Tomó el sobre. Al romper el sello de lacre, entendió que todo lo que vendría después de eso, sería una tormenta en la que Pierce quedaría involucrado.

Dentro del sobre solo había dos hojas. Una era una página de una importante revista de celebridades y gente aristocrática de Inglaterra en la que se veía, casi en página completa, ella y Pierce tomados de la mano.

No quiso ver su reacción, sabía que los reporteros no eran sus personas favoritas en el mundo. Ni siquiera le eran agradables.

A muchos evadieron en ese tiempo. Y por mucho que trataron de ocultarse bajo gafas de sol, sombreros, gorras, les reconocieron.

«El futuro duque se consuela con Lady Elaine»

—¡Malditos imbéciles! —protestó Pierce por lo bajo.

Ella habría dicho lo mismo pero estaba ocupada preparándose mentalmente para lo que leería a continuación.

El papel en cuestión venía con todos los sellos oficiales del ducado. Era un papel elegante, de la mejor calidad y redactado como si fuera para la propia reina Elizabeth.

Era lo que ella ya sospechaba. El destierro y expulsión del patrimonio a modo provisional.

Para poder hacerlo oficial, necesitaban pruebas más fehacientes que una simple foto de una importante revista. Sobre todo en la actualidad cuando se podía manipular con tanta perfección una imagen.

En este periodo, ella podría apelar a que todo es mentira y rendir pruebas que avalen su inocencia.

Sabía que lo segundo no iba a pasar porque ella no iba a dejar a Pierce por una herencia y un apellido. Así que tendría que esperar el tiempo reglamentario para recibir la información oficial de destierro y expulsión.

—No te había hablado de esto antes porque sé que no vas a estar de acuerdo, sabía que tarde o temprano tendríamos que tocar el tema —Pierce se mantuvo en silencio. Escuchándola con toda la atención que requería—. El hombre que vino a traer esto es un empleado de mi padre. Y la misiva es para informarme que se llevara a cabo, creo que por primera vez —comentó irónica—, la

estúpida clausula especial del patrimonio del ducado para todos los Daniels, sin excepción.

Pierce tomó la carta y la leyó.

—¿Esto es en serio? —sus ojos destellaban rabia e impotencia.

—Lo es.

—¡No pueden hacerte esto!

Ella lo vio con pesar.

—Pueden y lo harán. Es una manera más de presionarme a hacer lo que ellos quieren —hizo una pausa midiendo bien sus palabras. No quería que Pierce pensara que ella se arrepentía de estar a su lado—. Ya estaba dispuesta a perder el dinero de la herencia. Te lo dije cuando nos vimos por primera vez. No me importa nada que venga del dinero del patrimonio, afortunadamente, no lo necesito para vivir la vida que quiero vivir.

—De todas maneras es... —Pierce la vio con dolor en la mirada—. Es todo mi culpa.

—Somos un equipo, campeón —ella lo palmeó divertida en la pierna—, así que no te adjudiques la culpa tu solo.

Logró que él esbozara una media sonrisa aunque sus ojos dejaban ver la rabia en su interior.

—Eres maravillosa —la observaba embobado con total admiración—; ¿cómo haces para hacer una broma en un momento así?

—Tengo que reírme de esto, Pierce, porque en realidad, no me duele el maldito patrimonio. Me duele que sea mi propia familia la que una vez más, me hace a un lado. Me duele que me quiten la posibilidad de recuperar las cosas de mi abuela y además, de poder pasearme de nuevo por Blaston House para recordar esos días junto a ella. Eso es lo único que me dio felicidad en la vida antes de... —lo vio a los ojos y él se mostró curioso.

—No pares.

Elaine sintió sus mejillas ganar color, le avergonzaba admitir tan abiertamente que estaba enamorada de él. Que él le hacía feliz.

Le costaba expresarlo con palabras.

Respiró profundo para luego retomar lo que decía:

—Mi abuela, su recuerdo y nuestra convivencia en Blaston House es lo que me hizo feliz antes de llegar aquí, empezar una nueva vida y encontrarme contigo.

Pierce le dejó ver una sonrisa que no conocía de él.

¿Felicidad también de su parte?

El futuro duque la tomó del cuello de esa manera tan suya que la enloquecía y la acercó a él en ese punto en el que la calidez del aliento de ambos se rozaban antes de rozarse con los labios.

Pierce le vio con pasión y otra cosa que Elaine no supo definir en el momento aunque lo identificó con un sentimiento que parecía ser dulce y frágil.

¿Amor?

¿Así se veía el amor en los ojos de la persona amada?

—Nadie va a quitarte nada. No lo voy a permitir.

—No puedes detener esto, Pierce. La única manera que hay de hacerlo es que tú y yo no volvamos a...

La besó. Le dio besos pausados, tiernos, dulces.

—Eso tampoco va a ocurrir a menos de que tú así lo quieras.

—No sé cómo llegamos a estas declaraciones profundas —ambos rieron con el comentario de ella—, pero si estoy segura de algo, es de que no quiero sacarte de mi vida.

Pierce la rodeó con sus brazos.

Fuerte, muy fuerte.

—Vamos a conseguir arreglarlo todo, cariño —la apretó más contra sí mismo y ella se aferró a él, al olor de su piel, a su voz, sus palabras que tanto bien le hacían—. Confía en mí.

Ella se separó un poco de él y pensó en lo afortunada que era.

Recordó a su abuela en esos momentos en los que le decía que la vida era un instante y que ese instante, había que vivirlo con intensidad.

También la recordó contándole cómo se enamoró de su esposo y único gran amor.

Esa emoción que llenaba el pecho de Elaine en ese momento se parecía tanto a lo que le describió su abuela.

Se colocó de puntillas para llegar a los labios de él, rodeando el cuello de Pierce con sus brazos haciendo que él le tomara de la cintura.

Ahora fue ella quien le besó con ternura y delicadeza. No pudo resistir la tentación de dejar fluir su pasión y le inyectó más intensidad al beso, aferrándose a él y haciendo que él introdujera las manos debajo de su camisera para acariciar la piel de su espalda.

Se separó un poco del hombre, dejándolo descolocado y hambriento.

—Confío en ti, Pierce.

Él le sonrió.

—Eres perfecta —le susurró acercándose a ella de nuevo.

Ella se derretía cuando él le admiraba de esa manera en la que lo hacía ahora. El azul de sus ojos se volvía brillante, parecía estar viendo algo fuera de lo normal.

—No lo soy —respondió avergonzada y con timidez—. Solo quiero ser una mujer inteligente capaz de luchar por lo que quiere aunque el mundo entero esté en su contra.

Él la vio maravillado. Elaine pudo percibir en su mirada el atrevimiento, la impulsividad, las ganas de dejarse llevar por lo que sentían...

—¿Y por lo que amas? ¿También lucharías por lo que amas? —las rodillas de Elaine amenazaron con dejar de cumplir su función tras esa pregunta.

Estaban en sintonía. Ninguno sentía más que el otro.

Había amor entre ellos, estaba segura.

—Sí, estoy dispuesta a luchar por lo que amo también.

Pierce la vio con ansias, con la victoria marcada en esos ojos que desde hacía rato la devoraban con sensualidad y en silencio. Celebraba en su interior la sincronía de ambos.

Celebraba el sentirse seguro junto a ella.

Se fundieron en un beso que despertó necesidades de comerse mutuamente en medio del salón.

Un beso que auguraba el final de un odio entre dos familias.

Un beso que marcaba la absoluta felicidad entre ellos.

Un beso que parecía llenar solo un momento pero que, en realidad, duraría para toda la vida.

## Capítulo 20

Kristen Gordon se encontraba en el estudio de recuperación de arte que tenía dentro del Castillo de Hartington.

Estuvo solo tres días en las costas del sur de España aunque el lugar se le hizo encantador, no contaba con lo suficiente para poder trabajar en él; sobretodo, poder mantener en buen estado todas las cosas antiguas que encontraron Pierce y Elaine en la casa española.

Se asombró cuando llegó y vio el perfecto estado en el que se encontraba todo. Parecía un milagro.

En las condiciones en las que estuvieron resguardadas esas cosas, era imposible que se hubieran mantenido tan bien.

Los sótanos no eran buenos lugares para guardar documentos y pinturas.

Temperatura no controlada, humedad, suciedad, oscuridad y otros factores que habrían destruido casi todo.

Pero no.

Era un condenado milagro.

El hecho de que estuvieran casi enteros no quería decir que fueran legibles o que estuvieran libres de hongos y de insectos corrosivos.

No.

Es por ello que cuando Kristen permaneció toda una noche estudiando alguna de esas piezas a fondo, entendió que si no tomaba acción pronto, en poco tiempo se perdería la información que estos podían contener.

No llevaba consigo suficiente material de conservación para todo y mover su estudio a las costas españolas podría suponer mucho dinero y tiempo porque necesitaría acondicionar un sitio especial para ese delicado trabajo y todo su equipo.

Además, requería de ayuda.

En Inglaterra tenía un pasante de la escuela de arte que se desempeñaba muy bien en su labor. No tenía intenciones tampoco de movilizar al personal bajo su mando.

Era mucho más sencillo empacar todo lo mejor posible y llevarlo a casa.

Cosa que hizo en el momento exacto en el que su hermano y Elaine estuvieron de acuerdo con sus argumentos de conservación.

Necesitaban hallar pruebas de los sueños de Pierce y sin el equipo apropiado, no podrían leer todo lo que habían encontrado.

Así que ahí estaba ella, en el proceso de restauración de la pintura de Alma, George y el hijo que se pensaba era de ambos.

Theo, el pasante, se estaba encargando de colocar bajo las condiciones apropiadas el resto de las cosas halladas en el sótano de la casa española.

Desinfectar cada una de las hojas era un proceso de cuidado ya que si se hacía mal, en lugar de cumplir con la tarea requerida, se podía contribuir a la destrucción total del documento o en el

mejor de los casos acabar con una tinta lavada e ilegible.

Kristen fue muy específica con Theo al decirle que debía ser extremadamente cuidadoso porque eran documentos de suma importancia para la historia de su familia.

No le había dado detalles al chico, pero algo tuvo que explicarle debido a la curiosidad que se marcaba en sus ojos. Era normal y lo entendía porque ella aun experimentaba esa curiosidad y fascinación por saber qué hay detrás de esos documentos históricos que se encuentra la gente en sus sótanos o áticos.

—Hay algunos documentos que no se pueden leer, es imposible por la caligrafía y por la poca nitidez que tiene la misma en el papel —comentó Theo—. Voy a seleccionarlos por legibles e ilegibles si te parece bien.

—Perfecto, eso nos ayudará a ahorrar tiempo y energía en la búsqueda que necesito hacer.

El chico asintió y siguió concentrado en su tarea.

El duque de Bulwick entró al estudio después de dar aviso con los nudillos sobre la puerta.

Kristen apenas levantó la mirada de su ocupación inmediata.

Su padre lo entendería, no sería la primera vez que entraba en medio de una importante restauración.

—Veo que ya has empezado.

—No hay tiempo que perder, padre —despegó un segundo la vista de la pintura para encontrarse con la de su padre y siguió hablando en susurros—. Ayer no tuvimos tiempo para conversar de esto pero es un asunto urgente. Si encontramos algo que compruebe que este niño en realidad es un Daniels, todo va a cambiar en esa familia y después de lo que me contó Pierce en privado que le hicieron a Elaine por estar junto a él —volvió a ver a su padre de manera decidida—, estoy deseando que este niño —señaló la pintura—, sea un Daniels.

El duque suspiró profundo analizando el cuadro en el que su hija trabajaba.

—De igual manera, si existiera un heredero o hubiese existido, al ser un bastardo no le correspondía nada. Lo mismo pasaría a su descendencia.

—Lo sé, pero después de las cosas que le han hecho a Elaine y de aplicarle esa sanción absurda y retrógrada, lo menos que se merecen es un poco de alboroto con la prensa.

El duque sonrió con malicia aunque sabía que el asunto que trataban era serio y delicado.

—Entiendes que nada se puede filtrar hasta estar seguros de lo que ustedes sospechan, ¿no?

—No soy una tonta, padre; y no tengo dos días en esto —levantó la vista de nuevo—. Además, Pierce está consciente en que todo será un largo proceso.

—¿Cómo lo viste?

—¿A Pierce?

Su padre asintió.

—Fenomenal y enamorado como un adolescente.

El duque negó con la cabeza. Su hijo le preocupaba.

Kristen levantó la mirada al no escuchar más a su padre apreciando la duda en sus ojos.

Dejó lo que hacía por unos segundos para enfocar su atención en lo que afligía a su padre.

—¿Qué piensas? No has dicho nada de su romance con Elaine y aunque estoy segura de que no tienes ningún inconveniente con eso, algo de preocupación me parece ver en tu mirada.

—Lo estoy, no quiero que vuelva a derrumbarse por una chica. No lo demostró con Nathalie pero soy hombre y conozco a tu hermano. Le dolió lo que le hizo.

—¿Y a quien no le dolería una traición, padre? Yo quedaría devastada si Arthur me hiciera algo así.

—Y él acabaría bajo tierra de hacerte eso. Se lo puedes aclarar —amenazó el duque divertido.

Ella le sonrió con dulzura.

—Papá, tranquilízate, Elaine es una buena chica y me atrevo a decir que es perfecta para Pierce. Le da frescura a su vida —Kristen sonrió pensando en Elaine—. Sí, eso es ella, fresca, diversión, practicidad, aventura. Lo contrario a Pierce y quizá por eso es que encajan tan bien.

—Eso espero, cariño. ¿Me avisarás si hay novedades?

—Por supuesto. Te mantendré al tanto.

\*\*\*

El duque de Bulwick apareció en la pantalla del teléfono móvil de su hijo Pierce.

—Padre, ¿Cómo estás?

El duque, que en principio lucía preocupado, al ver a su hijo su expresión cambió por completo sin poder hacer nada por disimular.

—Más tranquilo ahora.

En ese momento fue Pierce quien frunció el ceño.

—Tu padre siempre preocupándose de todo, cariño —la voz de su madre resonó desde algún lado de la habitación en la que se encontraba su padre. Finalmente se hizo ver en la pantalla. El duque, de la forma más caballerosa posible, le hizo un espacio en el que la mujer pudiera estar cómoda—. Te veo genial.

Pierce sonrió. Su madre y su padre eran los polos opuestos.

Ella era la libertad, la tranquilidad, la alegría. Él era el centrado, el preocupado y el que asumía todas las responsabilidades.

Pierce sintió cierto parecido en su relación actual con Elaine que estaba a su lado pero fuera de la vista de la pantalla por decisión propia.

—Lo estoy, madre. Me siento muy bien desde que llegué aquí.

—¿Y en donde está Elaine? —preguntó su madre con curiosidad.

—Te dije que no ibas a poder escaparte de ella —comentó divertido viendo a su chica a los ojos y admirando con total embelesamiento la forma en la que ella se sonrojaba de vergüenza—. Ven.

Elaine se acomodó junto a él como hiciera antes la madre del hombre que era dueño de su corazón.

Se saludaron como correspondía.

—¿Por qué estabas preocupado, Padre?

—Porque pensaba que podías estar arrastrándote por los rincones con dolor todavía por Nathalie y...

—¿Podrías callarte? Tengo una condenada boca con la que sé hablar muy bien —Pierce sonrió a medias mientras Elaine los observaba divertida y la ex duquesa de Bulwick volvía los ojos al cielo.

—Estaba preocupado por ti.

—Y por ella —dijo Lady Eliza señalando a Elaine haciendo que el duque le viera furioso y avergonzado—. Es tu padre y es natural que se preocupe por la relación que están manteniendo. Un poco porque nuestras familias nunca han estado bien y otro poco porque el tonto de tu padre creía que Elaine podría hacerte lo mismo que Nath, quien por cierto, me enteré de que está genial y embarazada del hombre por el que...

—Mamá, creo que no vamos a discutir eso ahora.

—Es verdad cariño, lo siento. Mis disculpas, Elaine.

—No tiene por qué hacerlo, es natural que se preocupen por él pero les aseguro que está bien.

—Y a este hombre —señaló al duque—, no le queda la menor duda después de verle la cara a su hijo. Estás rozagante y hasta sonríes todo el tiempo.

Pierce, por primera vez en su vida, se sentía morir de la vergüenza. Sus padres jamás se habían comportado de esa manera tan sincera y espontánea; no entendía por qué ahora sí lo hacían.

Elaine le tomó la mano apretándole con fuerza.

Aquello empeoró su vergüenza porque era una demostración de afecto con una chica frente a sus padres.

En su vida se habría pensado algo así, aparte del día de su supuesto matrimonio con Nathalie en el que estaba claro que tendría que haber demostraciones frente a su familia.

—¿Han podido encontrar algo? —Pierce cambió el tema de inmediato y su madre lo observó divertida mientras su padre relajaba la expresión del rostro como si estuviese entrando en un área que podía sentirse seguro y tranquilo.

—Tu madre es capaz de encontrar lo que sea en esta casa.

—Bueno, es que tú no eres capaz ni de encontrar tus propios calcetines.

El duque refunfuñó y Pierce se removió en su asiento.

—¿Pueden parar?

La ex duquesa vio a su hijo con mirada afilada.

—¿Te estamos avergonzando, cariño?

—Para nada —intervino Elaine con mirada traviesa obteniendo complicidad por parte de la madre de Pierce—. Estoy disfrutando cada momento de esta charla. Están siendo genuinos y eso es lo más importante para mí.

—Lo sé, querida. No creas que no te he estado investigando y he aprendido que odias las formalidades de este mundo, yo también; en cierto modo, somos plásticos, estirados y a veces hasta ridículos. Es el protocolo a seguir. Te aseguro que somos humanos y es lo que quiero que entiendas desde el primer momento. Solo nos importa la felicidad de nuestro hijo sin importar junto a quien esté. Y tú, llevas una vida admirable y honesta.

—Gracias por sus palabras.

Pierce vio a las dos mujeres conversar con tanta naturalidad que se relajó, dejándose contagiar por esa naturalidad y espontaneidad, tomándole la mano a Elaine y besándole el dorso.

El duque abrió los ojos sorprendido.

Eliza los vio con ojos soñadores.

—Bueno, pasemos a lo que nos interesa.

Los jóvenes y el duque prestaron atención a la voz de la mujer.

—Aquí hay cosas que podrían ayudar en esta investigación a parte de lo que Kristen trajo de la casa española —se colocó unas gafas para poder leer lo que tenía en mano—. El documento original está en nuestros archivos, por si quieren venir a verlo en cualquier momento...

—Mamá, iremos, pero no ahora —Elaine lo vio sorprendida—. Continúa, por favor.

La ex duquesa sonrió complacida, el duque la vio con cansancio.

—Eres insistente.

Ella levantó la mirada sobre las gafas para ver a su ex marido con una clásica expresión que indicaba: «Cierra-la-boca»

—Bien, sigo —tomó de nuevo el papel—. Te envío una foto en cuanto cerremos la vídeo llamada; esta es la carta que George Gordon le envió a Patrick, su padre duque de Bulwick en esa época, para indicarle en dónde estaba la casa española y decirle que, una vez él muriera, la casa pasaba a formar parte del patrimonio del ducado.



—No hablaba del niño del retrato —comentó el duque—, por ello nunca se ha tenido en consideración la existencia de descendencia de George Gordon. Confieso que es algo que no esperábamos.

—Lo sé —aseguró Elaine—. Y supongo que en mi familia no se sabe nada tampoco, mi abuela lo habría comentado en alguna de nuestras conversaciones.

—Hemos hablado con el equipo de genealogistas que tenemos y se han puesto en contacto con un buen equipo de la fundación cultural de Hidalgos de España para que empiecen a investigar sobre este extraño caso. En cualquier momento se pondrán en contacto con ustedes.

—¿Y qué vamos a darles nosotros?

—Todo lo que hayas visto en tus sueños, hijo.

—Madre, con eso no vamos a llegar a ningún lado.

—A ellos solo les importan los datos concretos y según me ha dicho Kristen, tienes muchos detalles que podrían servir.

—Tiene razón tu madre, no pierdes nada con intentarlo.

—Pensamos que podríamos encontrar más cosas en Blaston House pero con los últimos acontecimientos...

El duque la interrumpió de prisa.

—No tienes que explicarnos nada, muchacha, y sí, tal vez en los archivos de los Daniels podamos encontrar algo. Sabemos muy bien que no tenemos manera de llegar a ellos a menos de que uno de tus hermanos te ayude.

—Maxwell podría ser pero aun no hablo de esto con él.

—Y creo que es mejor que lo mantengamos como hasta ahora —comentó la ex duquesa viendo con compasión a Elaine—. Estoy en completo desacuerdo con lo que te están haciendo.

—Esto ha sido una guerra absurda por siglos —intervino el duque viendo ahora a Elaine con seriedad—. Quiero que sepas que estamos dispuestos a ayudarte y apoyarte en todo lo que necesites. Si eres la felicidad de nuestro hijo, haremos todo lo que esté a nuestro alcance para que estés bien.

Elaine se sintió agradecida por cada una de las palabras del duque.

—Gracias.

Pierce sintió el quiebre en su voz y sonrió con ternura.

—¿Cuándo cree Kris que podrá tener resultados de algo?

—No lo sabemos, hace unos días, cuando recién llegó de España, conversé con ella y me dijo que en cuanto encontrara algo relevante, nos lo haría saber. No hemos querido interrumpirle de nuevo, sabes cómo se obsesiona con su trabajo.

—Bien, entonces sacaré las notas que tengo de los sueños para tenerlas a mano cuando llamen los genealogistas.

—Ojalá podamos encontrar algo que nos aclare la verdad de todo —comentó Elaine—. Aunque eso pueda significar un cambio enorme para mi familia.

—Quizá es lo que se tienen merecido —la ex duquesa parecía que no quería disimular ni un poco ese día.

—¿Podrías ser un poco más diplomática? —Su exmarido la vio con horror—. ¿Es que no te das cuenta de que es su familia?

—No hay problema. Sé muy bien qué clase de familia tengo y está muy lejos de ser como la de ustedes.

—Te pareces mucho a tu abuela, muchacha.

—Lo sé, eso es lo que más me reconforta. Que sé quién era ella y lo agradecida que estoy de

haberla tenido en mi vida.

El duque sonrió con amabilidad y los vio a ambos.

—Tenía razón Kristen en lo que me dijo de ti —la vio complacido—: eres buena chica y yo también me atrevería a decir que eres perfecta para nuestro hijo.

—Te juro que nunca se habían comportado así y no sé qué diablos les pasa hoy —Pierce veía a sus padres con asombro y nerviosismo—. Es la primera vez que la ven, ¿pueden calmarse?

Todos rieron.

—Vamos a dejarlos tranquilos, Pierce II —esa era la forma divertida en la que Lady Eliza solía llamar al duque desde que naciera Pierce III—, que ya hemos avergonzado al heredero del ducado lo suficiente.

—Les informaremos si tenemos más novedades —comentó el duque a modo de despedida mientras la ex duquesa enviaba sonoros besos.

Pierce solo asintió, Elaine imitó a la madre de Pierce sin excederse con lo de los besos. Se despidió saludando con la mano y regalándoles una gran sonrisa.

—Es encantadora y... —alcanzaron a escuchar de parte de la ex duquesa antes de que la transmisión finalizara por completo.

—Esto ha sido peor que la primera vez que estuve ante la reina en un evento muy exclusivo.

Elaine soltó una carcajada.

—Eres un exagerado. Tus padres son adorables. Te prometo que no vas a decir lo mismo cuando veas lo amables que son los míos —aseguró ella en un tono muy sarcástico.

—No hace falta que me prometas nada, tus padres ya son personas no gratas para mí.

Elaine lo vio con tristeza.

—Lamento que sea así. De verdad.

—Yo también —le dio un beso—. Pero la vida no es perfecta ni siquiera en las familias aristocráticas.

—Debo marcharme —Elaine vio el reloj—, voy a llegar tarde a las clases con Salvador y luego debo tomar algunas fotografías con las nuevas piezas que Ilona me hizo llegar ayer.

—Muy bien. Yo me quedaré organizando las notas de los sueños. ¿Nos vemos luego?

Ella le sonrió y asintió con la cabeza.

Le dio un último beso fugaz.

—¿Elaine? —Ella se dio la vuelta. Pierce la observó con toda su atención, estudiaba la reacción de lo que iba a preguntarle—. ¿Vendrías a casa conmigo unos días?

Los nervios afloraron en su mirada y él se levantó para acercarse a ella.

—¿Lo decías en serio?

Él asintió.

—Me gustaría presentarte a mi familia de la manera apropiada y además, tengo mucho que enseñarte en el castillo que podría darte buen material para tus artículos y tus posts —ella se mantuvo en silencio, él entendió que tal vez era muy pronto—. No tienes que decirme ahora nada. Podemos esperar.

Le dio un beso, de los dulces. De los tranquilos.

Ella le sonrió de esa manera que a él tanto le gustaba.

—Puedo intentarlo, si me prometes que no vamos tener que atender ningún compromiso en sociedad.

—Te prometo que haremos solo lo que te haga sentir cómoda. Incluso puedo hablar con Poppy para que no se cruce con nosotros si...

Ella lo besó en los labios para impedirle seguir hablando.

—Por favor, no le digas nada, que me muero de ganas de verle la cara roja de la rabia de tenerme bajo el mismo techo.

Sonrió con malicia y Pierce la vio divertido.

—No olvides que es mi hermana.

—No lo olvido, solo voy a divertirme un poco. Luego te prometo que haré las paces con ella y seremos buenas amigas.

—¿Es un trato?

—Es un trato —respondió Elaine sellando con un último beso aquella conversación.

\*\*\*

Kristen estaba dando un paseo por el laberinto de hierba cuando escuchó que por el camino principal de la propiedad resonaban sirenas de ambulancia que se acercaban.

Desde donde se encontraba, no podía ver nada así que corrió todo lo que las piernas le daban para salir del laberinto cuanto antes mientras las sirenas sonaban con más fuerza.

Empezó a sentir que algo no iba bien y pensó en su padre. Era quién más problemas de tensión y salud tenía.

Un vacío la atacó de inmediato en el estómago al ver a los paramédicos bajarse a toda prisa de la unidad y correr en el interior de la vivienda.

Ella siguió corriendo, casi pisándole los talones a los paramédicos que eran guiados por personal de servicio de la familia.

—¡Papá! —gritó aterrada pensando en lo peor aún sin poder sacar ninguna conclusión porque el poco aliento que le quedaba lo guardaba para correr con todas sus fuerzas al estudio de su padre antes de que llegaran los paramédicos.

Entonces se dio cuenta de que estos tomaban otro camino que nada tenía que ver con sus padres.

Iban hacia el ala de la propiedad en la que ella mantenía el estudio de restauración.

Frunció el ceño y siguió corriendo.

Nunca antes esa casa se le hizo tan inmensa.

No había conseguido llegar cuando los paramédicos salían del estudio a toda prisa con su pasante sobre la camilla, con muy mal aspecto.

El duque corría junto a él.

—Lo he encontrado en el suelo y no reaccionaba. Voy al hospital con él. Te aviso luego cómo va todo.

Kristen se detuvo mientras los veía pasar de largo y bajar de nuevo por las escaleras para salir cuanto antes de ahí.

Aun le quedaba un tramo por recorrer porque le habían sacado ventaja al intentar desviarse al estudio de su padre.

Sintió alivio de verlo tan bien. Asustado, pero bien.

Se agachó y apoyó sus manos de sus rodillas para intentar recuperar el aliento. No se ejercitaba muy bien y por supuesto, no tenía fuerzas para mucho más.

Su madre la encontró en esa posición.

—¿Estás bien? ¿Qué ocurrió?

—No... —respiración—... lo sé —inhaló y exhaló de nuevo—. Papá encontró a Theo en mal estado. Se lo acaban de llevar.

La mujer no pudo evitar preocuparse por el chico.

—Tendremos que llamar a su familia para avisarles.

—No tengo teléfonos de contacto, madre —Kristen vio a su madre también con preocupación, empezaba a respirar mejor—. Solo tengo los del profesor que supervisa su pasantía.

—A alguien tendremos que avisar hasta que él reaccione —se llevó una mano al pecho—, que espero que lo haga. Vamos a tu estudio, buscaremos el número y haremos todo lo que podamos por él.

Kristen asintió siguiendo a su madre que caminaba con prisa.

Ella iba unos pasos atrás porque no quería quedarse sin el poco aliento que había conseguido recuperar.

—Pensé que le había pasado algo a papá.

—Pues yo también lo pensé. Me calmé cuando lo vi salir con los paramédicos.

Las mujeres entraron en el estudio y Kris observó a su alrededor porque, aunque todo parecía estar en orden, sentía en su interior que se le estaba escapando algo.

—Kristen, los teléfonos para hacer las llamadas.

—Voy, madre.

Sacó su agenda, buscó el teléfono apropiado para luego marcarlo en su móvil.

Mientras esperaba a que le atendieran, se giró para volver a observar con más detalle qué ocurría en su espacio que la inquietaba.

No tardó en darse cuenta.

—Buen día, Lady Kristen —saludó al otro lado el profesor Harry Bailey.

Kristen dejó el teléfono en el escritorio haciendo que su madre se preguntara qué diablos ocurría con ella.

Corrió al área de trabajo de su pasante y entonces notó el vacío que la inquietaba.

Sintió que el aire le faltaba de nuevo y vio a su madre con espanto al tiempo que corría a su mesa de trabajos especiales y sacaba, de un tirón, la sábana blanca que cubría la pintura de Alma, George y el niño.

Y en cambio de encontrar esa, solo consiguió un lienzo en blanco.

Kristen vio a su madre con temor.

—Los objetos de la casa española, no están, se los llevaron.

## Capítulo 21

—Necesito tomar un descanso —comentó Kristen tumbándose en un antiguo sillón de la sala de los duques dentro del castillo. Era la sala en la que la familia solía reunirse después de la cena para conversar de forma casual o resolver cosas importantes que involucraban a la familia.

Pierce sirvió tragos de coñac para todos y luego los repartió entre los presentes.

Elaine observaba a los Gordon con sana envidia.

Estaba maravillada con la compenetración entre ellos. Incluyendo a Poppy, que pese a que no estaba siendo muy amable con ella y evitaba estar en la misma habitación en la que se encontraba Elaine, con su familia se comportaba de otra manera. Una que le dejaba claro a Elaine lo mucho que se interesaba por ellos.

No podía dejar de agradecerles la cálida bienvenida que le dieron al castillo a pesar de que era una Daniels.

La sala de los duques podía pensarse que era una sala en la que se exhibían los retratos de todos los duques de Bulwick, pero no. Elaine se sorprendió al entrar en una sala rectangular de gran tamaño, como todas las habitaciones del castillo, decorada con sobriedad aunque sin perder el toque antiguo que el mobiliario, las arañas de genuino cristal que colgaban del techo y el cuadro al óleo con el escudo del ducado que estaba encima de la chimenea, ofrecían a tan importante espacio.

Notó que su decoración estaba pensada para que no hubiera distracciones mientras se tomaban decisiones importantes.

Todo cuanto veía del castillo le gustaba. Sentía la misma emoción y fascinación con cada pieza que observaba allí que la que sintió observando las de Blaston House, lugar que echaba de menos.

El lugar era impresionante, tanto como Blaston House, sin embargo, lo que mantenía ese castillo con un brillo especial y que no se veía en ningún rincón de su antigua casa, era la calidez familiar que había en él.

Una familia inusual que vivía en armonía bajo el mismo techo.

—¿Cómo se encuentra el chico? —preguntó Elaine interesada por actualizar lo que les llevó a ella y Pierce hasta allí con urgencia.

—Bien, fuera de peligro —respondió el duque.

Pierce se sentó junto a ella tomándole con cariño una mano mientras sostenía su copa con la otra.

Estaba sumergido en sus pensamientos, Elaine lo conocía bien.

—¿Qué piensas?

—Que es imperativo colocar un sistema de seguridad más apropiado. ¿Estamos investigando a todo el personal de castillo? —Pierce observaba a su padre con seriedad y este asintió.

A Elaine le gustaba descubrir nuevas facetas de él, como esta en la que Pierce estaba centrado buscándole una solución al problema que tenían encima y que no vieron venir.

Tal como si fuera el duque actual.

—Ya hemos hablado de eso y nadie va a meter cámaras en mi espacio —Kristen era reservada

con su trabajo.

—Las pondremos en los pasillos aledaños, no se discute más el tema —Kristen no dijo más ante Pierce. A Elaine le pareció un poco dura su actitud pero entendía que debía pensar en la seguridad del patrimonio de la familia—. ¿Qué ha arrojado la investigación del personal?

—Nada, hijo, son más de 300 empleados que tenemos y no podemos investigarles a todos en tres días.

—Madre, sin estos documentos no podremos saber nunca si ahí estaba la clave para saber si mis sueños sobre el hijo de Alma y August son ciertos. Cuando pensaba que podíamos enterarnos de algo con esos antiguos papeles, se desvanecen todas mis esperanzas.

—¿Solo se llevaron eso? —Elaine vio a Kristen y esta asintió.

—Solo las cosas de la casa española.

—¿Y si mi familia tiene algo que ver? —Elaine presentía que su familia estaba detrás de todo desde el mismo momento en el que se enteraron del robo.

—¿Cómo podrían? —Preguntó el duque—. ¿Cómo se enteraron si solo lo sabíamos los que estamos en esta sala?

—No solo nosotros, padre —aclaró Pierce, luego vio a Kristen a los ojos con mirada analítica—: ¿Tu pasante podría tener algo que ver?

Ella se encogió de hombros.

—No lo creo. Recibió un golpe en la cabeza por quien quiera que haya robado las cosas.

—No debemos descartarlo. Hablaré con los investigadores mañana porque necesitamos hallar todo antes de que sea demasiado tarde. Tu pasante pudo estar involucrado. Es el único fuera de nuestro círculo que sabía que buscábamos algo importante. ¿Sabía lo que buscábamos? —Vio a Kristen de nuevo.

—No recuerdo con exactitud si se lo dije, Pierce. Sabes cómo puedo llegar a emocionarme con estas cosas y considero que es una persona de confianza. Nunca me ha engañado con nada. Además, tiene un record de buenas acreditaciones de otros trabajos en los que participó con supervisión de la universidad.

Pierce apoyó la copa en la mesa que estaba junto al sillón para frotarse el rostro con ambas manos.

—Por dinero la gente puede cambiar de la noche a la mañana —acotó Hugh, el segundo esposo de la Ex duquesa que era parte de la familia ahora, así como la nueva esposa del duque que en ese momento estaba en una gira de beneficencia por África.

—Estoy de acuerdo contigo —aseguró el duque—. Pudo haber leído algo el chico antes que tú y quizá pensó que podía sacar provecho de allí.

—No lo creo, solo encontramos una carta que estaba parcialmente conservada y era casi legible; las otras, estábamos clasificándolas por ilegibles bien sea por su estado de conservación o por la calidad de la caligrafía —Kristen se quedó pensativa unos segundos. Se notaba que estaba rememorando la lectura de esa carta—. No tengo apuntes porque pensaba hacerlo después del paseo que estaba dando en el laberinto cuando ocurrió todo. Allí no decía nada importante sobre el hijo de Alma, aunque sí era algo que podía significar mucho para la historia dentro de la literatura de poder ser comprobado en su totalidad. Cosa que era complicada porque no se leía bien el resto de la carta.

—Kristen, al grano —la ex duquesa intervino para arrastrar a su hija hasta el punto importante de lo que intentaba explicar—. ¿Qué decía lo que leíste?

—Bueno, lo poco que pude leer —Kristen hizo una pausa—; un tal Eugene les indicaba a Alma y a George que pronto recibirían noticias para hacer la traducción de la segunda parte del Quijote

de Cervantes. Todo el resto del texto, interrumpido, parecía indicar que Alma hizo un gran trabajo —Kristen los vio con asombro a todos—. ¿Entienden lo que esto podría implicar? Se supone que el Quijote de Cervantes, la primera parte publicada en 1605 y la segunda parte publicada en 1615, fueron traducidas al inglés por primera vez por un hombre llamado Tomas Shelton y lo curioso es que la identidad de Shelton nunca fue aclarada —Hizo una pausa para recordar lo que sabía sobre la importante obra de la literatura—. Unos aseguraban que Shelton era un taquígrafo y otros, dicen que Shelton era el hijo de William Shelton hermano de Edward Shelton de Beoley. Investigaciones más modernas consideran que Thomas pudo ser solo el hijo de un comerciante que murió tras nueve años de prisión en el castillo de Dublín debido a su lealtad a la fe católica. Se dice que participó junto a su hermano John en un complot para entregar el castillo de Dublín a Hugh O'Neill.

—Conde de Tyrone —intervino el duque.

—Exacto, padre. Pero una vez fracasó la conspiración y ahorcaron a su hermano, este huyó de Irlanda y de ahí hay una serie de teorías de si pudo o no filtrar información sobre católicos leales al representante inglés en Bruselas de quién parece era muy amigo. Muchos lo sitúan en París en 1613. Y hay otras teorías como que Francis Bacon o Christopher Marlow se hicieron pasar por este hombre Thomas Shelton —Kristen se puso de pie y empezó a caminar por la sala tal como lo hacía cuando estaba inspirada elaborando hipótesis de la historia—. Por supuesto, nadie mencionaría a una mujer como la posible traductora de tan importante obra. Creo que nosotros podemos darle el beneficio de la duda y creo que hasta podríamos certificarlo si tuviésemos todos los papeles para proseguir con la investigación.

Elaine no escapaba de su asombro al recordar que algo similar le contó su profesor de español, casualmente involucraba una carta también y referente a la traducción del Quijote.

Negó con la cabeza y abrió los ojos observando a todos.

—Esto es más extraño de lo que parece ser —habló con premura—. Hace unas semanas, mi profesor de español en Nerja me comentó sobre algo de esto como una antigua anécdota familiar. Es demasiada casualidad todo esto, ¿no?

—¿Recuerdas lo que dijo? —preguntó el duque con gran interés.

Elaine asintió y dijo lo que recordaba intentando decirlo con las palabras exactas.

—Estoy de acuerdo contigo, muchacha, es demasiada casualidad —volvió a comentar el duque.

—No me lo creo —Kristen no salía de su asombro.

—Podría llamarle para preguntarle más cosas —Elaine, movida por la curiosidad, quería llegar al fondo de toda la historia pronto—; aunque me aseguró que eran anécdotas de su infancia, podría revelarnos algún otro detalle que nos sirva para aclarar algo de este enredo.

—No lo creo conveniente —intervino la ex duquesa, asombrada y preocupada a la misma vez—. Mientras menos gente sepa de esto, mejor. Tenemos a los genealogistas haciendo su trabajo y estoy segura de que encontrarán algo. Tardará en llegar información útil a nosotros, pero llegará. ¿Qué opinas tú, hijo?

Pierce estaba perdido en sus pensamientos. Desde que su hermana mencionara a Thomas Shelton, ese nombre detonó una serie de imágenes en su cabeza que pertenecían a esos sueños extraños que estuvo teniendo dentro de la casa española y que, hasta ese momento, no había recordado.

—¿Qué ocurre, Pierce? —su madre saltó de su asiento para llegar pronto a su hijo.

Pierce permanecía inmóvil, observando en su interior las imágenes de Alma, George, John y Eugene planificando la traducción de la que hablaba su hermana.

Era la primera prueba que tenía de que sus sueños parecían contar una historia del pasado.  
¿Habría sido la misma Alma la que lo condujo al pasado de su propia historia?

Se le puso la carne de gallina.

—Pierce, nos estás asustando a todos, ¿qué ocurre?

Pierce parpadeó un par de veces y luego vio a todos con asombro.

—Acabo de completar partes de un sueño que tenía bloqueadas por alguna razón —la voz le salía en un susurro. Elaine sabía que estaba sorprendido porque lo que había visto. Cada uno de esos sueños, le hacía vivir algo diferente emocionalmente. Pierce vio a Kristen y después la vio a ella a los ojos—. En mi sueño, Alma y Eugene planifican todo para la traducción del Quijote.

Kristen lo veía con fascinación.

Elaine sintió por un momento que las piezas del rompecabezas que tenían ante ellos empezaban a complicarse cada vez más. En vez de ir aclarando la gran imagen y ayudarles a salir de dudas para comprobar identidades, todo se enredaba cada vez más.

¿Qué papel jugaba la familia de Salvador en todo este asunto?

Sin los papeles de la casa española la única opción que les quedaba para encontrar pruebas que aclararan el pasado de Alma, George, August y los demás, era entrar a los archivos de Blaston House.

—Se me ocurre una idea que podría ayudarnos a acceder a Blaston House para investigar —anunció Elaine y todos, escucharon con atención.



## Capítulo 22

Elaine abrió la antigua puerta de carga de Blaston House sonriendo y sintiéndose de nuevo una adolescente.

Ilona le dijo que no se olvidara de recordar los viejos tiempos mientras llevaba a cabo su expedición de investigación esa noche junto a Pierce.

Y ahí estaba ella, recordando cada escapada que hizo en nombre de la rebeldía de la adolescencia para acabar siempre metida en problemas.

Con su abuela, porque nadie más se enteraba de sus salidas sigilosas de casa cuando sus padres le negaban ir a una u otra fiesta.

La noche anterior se reunió en casa de su mejor amiga con su hermano Maxwell para explicarle la situación y pedirle ayuda en el acceso a Blaston House.

Maxwell, en principio, se negó.

No lo culpaba, era fiel a las normas impuestas por su padre, además, parecía haberse ofendido en principio por los pensamientos de Elaine hacia su progenitor que lo acusaba de ladrón.

Pero luego, gracias a la intervención de Ilona que lo suavizó, cosa que llamó la atención de Elaine porque su mejor amiga y hermano parecían conocerse de una forma íntima, e hizo una anotación mental para interrogarla cuando tuviera tiempo disponible, Maxwell entendió la importancia de lo que Elaine le explicaba y cedió a ayudarles.

Fue entonces cuando les dio el itinerario de sus padres y hermano mayor, Lawrence, para los próximos días porque, casualmente, no se encontraban en la propiedad debido a diversos compromisos que involucraban al ducado y Max era el encargado de Blaston House en ese momento.

Además, Max le recomendó que lo hicieran cuanto antes porque su padre aun no cambiaba las contraseñas de acceso a los archivos, cosa que aseguró haría a su regreso porque era obligatorio hacerlo después de haberle notificado a Elaine el sacarle del patrimonio.

Era considerada traidora y como tal, debía ser tratada, por ello serían anuladas sus claves de acceso a toda la propiedad; las claves a los archivos físicos y digitales, y todo lo que involucrara al patrimonio.

Elaine estaba fuera de todo.

—Lawrence ha debido hacerlo antes de irse de viaje. De hecho, ha debido hacerlo desde que te entregaron la misiva. Pero no pudo porque tuvo que salir con prisas debido a un evento que padre no podía cubrir en los países bajos. Le enviaron y dejó todo lo relacionado contigo y tu exclusión aparcada para su regreso. Así que no pierdas tiempo en hacer lo que tengas que hacer.

Esas fueron las palabras de Maxwell antes de acordar cómo lo harían para no levantar sospechas; ni mucho menos, meter en problemas a Max.

La antigua puerta de carga de la propiedad, casi no se usaba a menos de que el evento fuera de proporciones mayores y se quedarán sin espacio en la nueva y moderna zona de carga y descarga.

La nueva contaba con un sistema de vigilancia cosa que la vieja no tenía y por la cual fue elegida como la candidata ideal para entrar a Blaston House sin ser vistos.

Nadie iba por esas zonas, menos en la madrugada y tenía acceso directo al inmenso sótano de la propiedad en el que estaban los archivos a los que debían acceder Pierce y ella.

Habían pasado dos días desde que estuviera con los Gordon en la sala de los duques dilucidando qué hacer con respecto a todo lo que ocurría que involucraba de manera directa a Alma, George y otras personas.

Estaba muy asombrada con los sueños de Pierce. Se lo contó todo en la privacidad de su habitación, cuando por fin pudieron irse a descansar.

Cada detalle que Pierce le daba parecía trasladarla a ese pasado de lo bien que podía recrearlo en su mente.

Ahora Pierce tenía sus anotaciones de los sueños completas. Todo eso encajaba muy bien. Desde el momento en el que Alma y August se ven por primera vez, hasta el momento en el que Alma propone ser la traductora al inglés del Quijote.

Aun no se lo podía creer.

Si aquello era cierto, marcarían un punto importante en la historia.

Bajaron por las escaleras que dejaban en claro lo antiguas que eran.

Pocas zonas de la casa no estaban restauradas, esa era una de esas pocas zonas y ese abandono se debía a que nadie usaba ese canal de acceso porque solían usarse el acceso que se encontraba debajo de las escaleras de la entrada principal de Blaston House.

O en tiempo más modernos, se accedía desde una entrada especial que se hiciera en el estudio de la gran casa y posteriormente desde el elevador de carga que estaba cercano a la zona de la cocina.

Desde que la casa fue construida, el sótano tenía varios puntos de acceso porque se usaba para diversas finalidades. Conservación de alimentos, almacenajes, etc.

Todo eso cambió desde la época en la que el bisabuelo de Elaine decidiera reestructurar y remodelar espacios para su mayor provecho y conservación.

De ahí que existieran algunas habitaciones sin uso y en total abandono junto a la gran área que correspondía a los archivos del patrimonio.

Un espacio que abarcaba más de la mitad del metraje de la primera planta de Blaston House y que albergaba en su interior desde pañuelos que alguna vez pertenecieron a antepasados hasta muebles, esculturas y demás. Así como toda clase de documentos administrativos y personales de cada ancestro Daniels que viviera allí.

Un equipo especial de catalogadores eran los encargados de colocar todo en su justo sitio y eran quienes tenían la delicada tarea de mantener todo en orden bajo exclusivas cláusulas de confidencialidad porque las cosas que allí se guardaban, en ocasiones, eran de valor incalculable.

Lo mismo ocurría con el equipo encargado de habilitar el espacio con las condiciones idóneas para la conservación de cada pieza que estaba dentro de la gran habitación, así como los restauradores que tenían la tarea de vigilar día tras día, el deterioro de las piezas y buscar la forma de retrasar el inevitable paso del tiempo sobre estos.

El pasillo siempre le pareció escalofriante. Muy largo, poco iluminado a esas horas de la noche porque en teoría nadie circulaba por allí.

Algunas cámaras de seguridad estaban colocadas en sitios estratégicos; Elaine y Pierce las evadieron muy bien.

En la pared derecha, junto a la mitad del corredor, se encontraban una serie de puertas, varias de estas de madera desvencijada; y una sola de hierro con una ventanilla en la parte superior de la misma.

Elaine estaba tan concentrada en su objetivo que no se había percatado de lo que Pierce le indicaba en ese momento y le pareció muy extraño ver que de una de las habitaciones sin uso, salía un juego de sombras y luces por debajo de la puerta que parecía indicar que había alguien

dentro haciendo uso de la chimenea.

Elaine le hizo señas a Pierce indicándole que aquello le parecía más que extraño porque en todo el tiempo que tenía viviendo en esa casa, nunca había escuchado hablar de que alguna de esas habitaciones tuviera un uso y menos, a esas horas.

Maxwell le habría advertido. Estaba en la obligación de conocer todo el funcionamiento de Blaston House pese a ser el presunto heredero, nombre con el que se referían al segundo en el puesto de línea de sucesión; siendo Lawrence el aparente heredero, por ocupar el primer puesto en dicha línea.

Elaine siguió su camino sin soltar la mano de Pierce hasta llegar ante la puerta de hierro. El cajetín que estaba a un lado, dejaba ver números de color verde alumbrando en la pantalla táctil.

La chica marcó la clave de acceso y se escuchó el ligero clic de la puerta que les permitía entrar al recinto justo en el momento en el que Elaine abrió la puerta, Pierce la tomó del brazo con fuerza.

—¿Qué ocurre? —Pierce tenía la mirada clavada en el extremo contrario del corredor—. Pierce, me estás asustando, ¿qué ocurre?

Pierce no parpadeaba y solo observaba hacia ese lejano punto que para Elaine estaba vacío y oscuro.

—Estoy viendo a Constance —la voz de Pierce era apenas un hilo—. Es ella, Elaine. ¡Es ella!

—La seguiremos luego.

—No. Algo me dice que debo seguirla solo. No voy a perderme. Nos vemos luego —habló con prisa y sin darle tiempo de reacción a Elaine dándole un rápido beso y empujándola directo al interior de la habitación de los archivos.

La puerta se cerró antes de que ella pudiera decirle algo a Pierce.

Decidió confiar en él aunque eso no le impedía sentir temor de estar en ese inmenso espacio de luces controladas en horas de la madrugada, sola y en una casa que parecía tener fantasmas cosa que ella no había descubierto hasta el momento y que, en realidad, le habría gustado seguir en la seguridad de la ignorancia cuando a este tema se refería.

Bufó tras recordar que estuvo hablando por días con uno.

Alma.

Y algo en su interior la llenó de valentía para encontrar lo que había ido a buscar esa noche.

Quizá Alma le acompañaba dándole fuerzas para seguir.

Dejó escapar el aire pensando cómo buscaría dentro de aquel lugar algo que no tenía ni idea de qué era lo que buscaba.

Saltaban a la vista las diferentes áreas catalogadas por siglos y estas, a su vez, divididas por secciones de conservación dependiendo de los materiales a conservar.

Se colocó las manos en la cintura.

¿Qué buscaba exactamente?

Documentos que aclararan lo que ocurrió con Alma y August.

—Siglo XVII —dijo en voz alta, ubicando el área en la que debía buscar y al encontrarla al fondo de la inmensa habitación, respiró profundo, se amarró el cabello en una cola de caballo y se dijo a sí misma—: Aquí vamos, Elaine.

\*\*\*

Constance Daniels tomó el camino contrario al que lucía más seguro para la época.

De hecho, Pierce dudaba que alguien hubiera descubierto jamás las escaleras en forma de

caracol por las que él ahora subía siguiendo los pasos de Constance.

Cuando la vio al final del pasillo, en el momento en el que Elaine introducía la clave de acceso a los archivos del patrimonio, no se lo podía creer.

Era una leyenda entre los Gordon el poder de ver a los fantasmas pero se suponía que eran solo los de los ancestros de la familia y sin embargo, ahí estaba él, caminando detrás de un fantasma que no era Gordon.

¿Qué hacía el fantasma en el sótano? Era un lugar poco frecuentado por los señores de la casa en aquella época y según le contaba su abuelo de las leyendas de fantasma de los Gordon, los fantasmas solían quedarse vagando en los sitios que para ellos fueron significativos. Quizá funcionaba igual para los fantasmas de los Daniels. Quizá no.

Siguió subiendo y rezando para que la lúgubre escalera no se viniera abajo con su peso porque estaba más que claro que no era segura.

Constance se detuvo al finalizar la tercera vuelta, todavía quedaban dos vueltas más para finalizar la escalera, lo que le hizo pensar que llegaba hasta el ático de la mansión.

Abrió la puerta y Pierce aceleró el paso para seguirla.

Al cruzar, se dio cuenta que estaba en un gran corredor amplio, gris y muy frío. Escasamente decorado con tapetes. Los ventanales, que iban del techo al suelo, dejaban filtrar la luz de la luna que esa noche parecía un gran farol alumbrando el cielo.

Se preguntó cómo aun conservaban un espacio tan antiguo en una mansión que, según decían, estaba reformada en su totalidad por la actual duquesa.

No era momento para ponerse a pensar en decoraciones, eso ahora era lo menos importante. Necesitaba saber por qué sentía en su interior esa extraña necesidad de seguir el fantasma de Constance Daniels.

La mujer, después de recorrer el largo corredor a paso firme, se detuvo ante una puerta y la abrió.

Una vez más, Pierce entró con ella al lugar.

Una habitación. Parecía ser la de la mujer.

No la había visto antes en sus sueños.

Predominaba el azul marino en combinación con dorado y un tono burdeos que hacían ver la habitación más oscura de lo que ya estaba.

Pierce sintió ganas de encender las bombillas del techo pero desistió cuando pensó que aquello podría espantar a la fantasmal presencia y se quedaría con las ganas de saber por qué tenía la extraña necesidad de perseguir a la mujer esa noche.

Se quedó quieto, en un rincón de la habitación mientras veía a Constance moverse por ella con tranquilidad y naturalidad.

Sus movimientos le recordaron a esos ciclos de acciones que recordaba de algunas películas que había visto cuando era niño en los que los fantasmas se quedan atrapados.

Se preguntó si sería el caso de Constance y lamentó no tener más días para poder investigarlo más a fondo.

En tanto, Constance Daniels, o mejor dicho, su fantasma, estaba apoyado en el borde de la inmensa ventana que estaba frente a la cama de gran dosel, tenía la mirada perdida en el horizonte.

¿Qué estaría pensando?

¿Habría ocurrido todo lo de Alma y August ya?

Cuántas ganas de aclarar todo en un solo minuto.

Entonces ella se movió con rapidez y Pierce se concentró en ver lo que hacía.

La mujer se detuvo frente al delicado secreter que tenía en la habitación, y tras sacar una

diminuta llave de algún compartimiento secreto de su elegante vestido, que Pierce no logró ver en dónde estaba por la posición en la que se encontraba, lo metió en la cerradura del mueble privado y abrió la tapa frontal.

Entonces abrió el primer cajón de la derecha.

Pierce decidió acercarse para observar mejor lo que hacía.

El cajón apenas contenía algunos papeles de la época.

La mujer no tenía interés en esos papeles, ella solo metió la mano en el cajón con la palma volteada hacia arriba y cuando la superficie de madera ocultó su mano por completo detuvo el movimiento y solo se escuchó el accionar de una compuerta secreta que Pierce no lograba identificar en dónde se encontraba.

No la vio hasta que ella bajó un poco la mano, con lentitud, como si custodiara algo que apreciaba y que no quería que cayera dentro del cajón de manera deliberada.

Tras un par de maniobras más, Pierce vio que lo que sostenía era una delgada tapa de madera que parecía servir de puerta a un compartimiento oculto en el interior del mueble.

Una vez sujetó con fuerza el objeto secreto, la tapa de madera quedó colgando de uno de sus extremos y Pierce supuso que sería hasta que ella regresara el libro que ahora tenía entre sus manos al lugar en el que lo mantenía oculto del resto de la gente.

Su diario.

Pierce sintió ganas de saber más. Un diario en esa época podía contar cosas que se desconocían por completo.

Entonces, ocurrió algo que Pierce no se esperaba.

Así como Constance Daniels apareció en el sótano de la propiedad, de la misma manera se esfumó haciéndole ver a Pierce que su visión pertenecía al pasado, porque después de parpadear, muy sorprendido, se dio cuenta de que la habitación en la que se encontraba no poseía ningún tipo de antigüedades como las que acababa de ver con Constance.

Encendió la luz sin importarle quién diablos lo descubriría.

Quería resolver el maldito misterio que giraba en torno a los Daniels, a su familia y así poder dedicarse a vivir su vida junto a la mujer que amaba.

La luz, aunque le brindó mayor claridad a su visión, no le otorgó ninguna de las respuestas que él buscaba.

Resopló indignado y apagó la luz de nuevo para salir de ahí dando un portazo.

Nada se veía como hacía un momento.

Nada.

El corredor gris y frío ahora era un corredor decorado con simplicidad pero lleno de lujo con paredes en blanco puro y ornamentos, pinturas en el techo que le daban majestuosidad y calidez al lugar.

Negó con la cabeza.

Estaba muy frustrado.

Siguió su camino determinado a bajar por donde subió y se encontró con una escalera de hierro moderna que en nada se parecía a la anterior.

¿Cómo diablos tuvo una visión tan exacta del pasado?

Llegó de nuevo al sótano y justo cuando iba a acceder al corredor en el que dejó a Elaine, vio que la puerta de la habitación que parecía tener la chimenea encendida cuando llegaron allí estaba abriéndose.

Alcanzó a esconderse en una esquina que estaba completamente a oscuras absorbiéndolo a él también para dejarlo oculto entre las sombras.

«Como un fantasma», pensó.

Entonces lo vio.

Theo, el pasante de Kristen era quien salía de ahí y Pierce, en ese momento, presintió que nada bueno pudo haber estado haciendo dentro de la habitación.

Parecía que Elaine no estaba tan alejada de la realidad juzgando a su familia.

El duque de Lanhill estaba involucrado en el robo de los objetos de la casa española.

Vio al pasante perderse en otro corredor del sótano, él aprovechó para moverse y acceder a la habitación de la que salió el chico.

Sospechaba que nadie más estaba dentro, sin embargo, entró con cautela.

En efecto, la habitación estaba vacía, sucia, llena de humedad y con la chimenea humeante.

Pierce se acercó a esta, notando restos de papeles que aún estaban ardiendo entre las brasas. Quiso rescatarlos pero no tenía ninguna vara que le sirviera de ayuda y era muy arriesgado meter las manos dentro. Podría conseguir una gran quemadura por un trozo de papel que quizá no iba a ayudarles en nada.

Se llevó las manos a la cabeza y pensó en Elaine.

Los nervios le azotaron la boca del estómago por primera vez en toda su vida pensando en que estuvo tan cerca de este hombre y que él la dejó allí sola.

¿Estaría bien?

Corrió de nuevo hacia la puerta de acceso a los archivos, accionó la clave que Elaine había apuntado al entrar. Necesitaba verificar que estuviera bien.

¿En dónde diablos se estaban metiendo?

¿Cómo era posible que los Daniels llegaran tan lejos?

Echó un vistazo rápido a la inmensa sala que en otra ocasión habría deseado recorrer con lentitud. En ese momento solo le urgía encontrar a su chica y verificar que estuviese bien.

—¡Elaine! —llamó en un tono de voz bajo pero que dejaba en claro sus angustias.

La chica asomó la cabeza y él corrió a ella mientras pensaba en que esta vez no podía dejar pasar esa espantosa jugada que hicieron los Daniels al entrar en el castillo y robar piezas que bien sabía podía cambiar el destino del ducado.

Quiso hacerles la vida un infierno por lo que le hicieron a Elaine y ella no se lo permitió, por ella se quedó de brazos cruzados.

Ahora, ya no valdría lo que ella le dijera.

No podían salir airosos de toda esa situación.

Los llevaría ante la justicia y buscaría la forma de aclarar por completo el asunto del hijo de Alma y August aunque le tomara la vida entera.

\*\*\*

—No puedo creer que hayan sido capaces de esto, Pierce —Elaine veía a Pierce con desilusión y rabia mientras sostenía en mano un trozo del lienzo que se había salvado de las llamas. Justo el pedazo que conservaba parte del rostro de alma y el niño que llevaba en brazos —. Parece una señal que nos indica que debemos seguir —comentó Elaine una vez más con desespero—. El caso es que no sé en dónde más buscar. En los archivos no vi nada relevante.

—Tampoco tenemos tiempo para buscarlo.

—Lo sé, sé que no es suficiente pero sin esas pruebas no podremos...

Elaine se quedó en silencio al ver la ira en los ojos de Pierce, nunca antes lo había visto tan furioso.

—No te guardes lo que piensas.

—Es tu familia, Elaine, debo tener cuidado con lo que digo porque sé que va a dolerte.

—¿Más de lo que ellos ya me han causado dolor? —Pierce levantó un hombro—. ¿Qué es lo que estás pensando?

—Los voy a llevar ante la justicia. Sin importar lo que me digas.

—Y esta vez no voy a detenerte —Pierce la vio con sorpresa—. No lo voy a hacer porque estoy de acuerdo contigo. Es mi familia, pero eso no los libra de comportarse como delincuentes; y mi abuela me enseñó a ser una persona decente, respetar las leyes. Los que no son capaces de hacer eso, deben pagar de la manera adecuada. Te puedo asegurar que lo tenemos un poco complicado porque no podemos mencionar esta entrada como una prueba, tampoco podemos culpar ni a mi padre, ni mi madre ni a nadie porque no tenemos las malditas pruebas y lo mismo con el pasante de tu hermana.

—Conseguiré todo. Hay mucha gente que me debe favores que estarán encantados de ayudarnos. No te preocupes.

—No lo hago —se acercó a él y lo besó con tranquilidad—. Confío en ti.

Él le sonrió. Ella agradeció que la furia de sus ojos fuera dominada y se empezara a extinguir. No le gustaba nada el Pierce mal encarado.

—¿Me vas a contar qué hiciste con Constance?

«¡Cierto, Constance!» pensó Pierce y Elaine observó cómo volvió a su mirada la excitación por buscar respuestas a los hechos del pasado.

Salieron de la habitación mientras Pierce la guiaba por el recorrido que hizo siguiendo a Constance Daniels y en tanto, le iba contando lo que vio.

—Estuviste en su propia época. Hay dibujos en los archivos de este corredor con las descripciones que me acabas de dar —Elaine observó ese corredor una vez más, no sabía si podría hacerlo de nuevo. No sabía qué iba a pasar de ahí en adelante con ella, su familia, el ducado.

Suspiró profundo mientras ralentizó el paso detrás de Pierce.

Hizo ese tramo miles de veces.

Era el corredor que conectaba el ala en la que vivió con su abuela con el resto de la mansión en su parte privada. Era el área que su madre poco había tocado porque su abuela se lo impidió.

—¿Vienes o qué? —Elaine reaccionó a la voz de Pierce que le esperaba con la mano apoyada en el pomo de la puerta que se disponía a abrir.

Pasaron a la habitación.

Lady Joanne también pasó por ella, se notaba en la simplicidad de la decoración aunque mantenía la elegancia. Sin rastros de muebles muy antiguos o de retratos de óleo de los miles que existían en la propiedad y que podían llegar a ser tan antiguos como la propia casa.

Pierce llevaba rato hablándole de algo que ella no había captado, pero cuando consiguió dejar de pensar en su madre, pudo escuchar de nuevo la voz del hombre que le robaba suspiros y se dio cuenta que le describía la habitación en la que él estuvo en presencia de Constance.

—Y aquí —se detuvo en un espacio vacío—, estaba un secreter pequeño de madera muy oscura con apenas un cajón en el lado derecho.

Elaine lo vio despreocupada.

—Y quién sabe en dónde podría estar ese mueble, Pierce. Además, ¿qué relevancia tiene un mueble de esa época?

—¿Escuchaste algo de lo que te dije?

—No.

Él se acercó a ella y la besó con dulzura regalándole una sonrisa divertida.

—Creo que tu sinceridad es lo que más amo de ti.

—Entonces, ¿me amas?

Él la observó con interés.

—¿No te lo dije antes?

Ella negó con la cabeza sintiendo un vuelco en su corazón.

Lo amaba y sabía que ese sentimiento era recíproco pero no lo había mencionado en voz alta.

—Pues sí, Elaine Daniels, te amo.

—Muy bien.

Pierce soltó una carcajada divertido por los nervios de ella.

—Es tu turno de decírmelo.

—No es el momento —lo evadió con divertido sarcasmo y le dejó ver una de las sonrisas que a Pierce tanto le gustaban—. ¿Me vas a decir el asunto del mueble o vamos a esperar a que amanezca y nos encuentren aquí para llevarnos a prisión por entrar como ladrones a mi propia casa?

—No hablemos de ladrones que me recuerdo de lo que vimos abajo.

—Pierce, el mueble. ¿Qué hay con ese mueble?

—Constance abrió un compartimiento secreto del que sacó un diario. ¿Ahora entiendes la importancia del mueble?

Elaine lo vio con una mezcla de sorpresa y decepción.

—Puede estar en cualquier parte dentro y fuera de esta casa, Pierce. Si bien no quedan muchos muebles como esos, lo cierto es que la mayoría está en el área de acceso al público a la que, obviamente, no podemos acceder nosotros porque somos personas no gratas.

—Bien, pues buscaremos la forma de encontrarlo. No le comentemos esto a nadie hasta dar con el diario. Después de ver la facilidad con la que los empleados se le venden al enemigo, no quiero ni imaginarme cuántos más del personal del castillo está trabajando de infiltrados para tu familia.

—Espero que no sean más. Te costará la vida misma investigarlos a todos.

—Me aseguraré de hacerlo. No correré más riesgos —hubo una pausa en la que Pierce vio la nostalgia en los ojos de Elaine. Pensaba en su abuela—. ¿Quieres buscar algo de ella? Nadie sabrá que te lo llevaste tú.

Ella le sonrió. Pierce sabía cómo leer en su mirada justo lo que ella necesitaba.

—Me gustaría llevarme su retrato al óleo que estaba en su habitación, mi madre ya lo metió en el sótano y es grande para poder llevarlo a hurtadillas. Había otras cosas que no sé si están en los archivos o siguen en su habitación. Es muy probable que la habitación de Ella Daniels ya está desmantelada, y la mía también.

—Bueno, no perdemos nada con ir a ver. ¿Qué tan lejos estamos?

Elaine le sonrió divertida y se preguntó ¿Por qué no darse una vuelta por su casa una vez más? No sabía si podría hacerlo de nuevo alguna vez.

Le tendió la mano a Pierce y salieron de allí corriendo como niños pequeños.

—¿No nos vigilan, no? —Pierce buscaba cámaras.

—Mi abuela no dejó que mi madre tocara esta sección de la casa mientras estuvo con vida y después de que se instalara aquí conmigo. Es por eso que aún hay espacios que parece que se quedaron suspendidos en la antigüedad.

Disminuyeron el paso.

—Y no hay sistema de alarmas más que el general, ni sensores ni cámaras ni nada.

—Por eso se te hacía tan fácil escaparte cuando eras adolescente.



Ella sonrió divertida.

—Nunca pude engañar a la abuela que siempre me esperaba en mi habitación y me mataba del susto cuando yo llegaba a oscuras.

Se detuvieron frente a una habitación que Elaine abrió con confianza.

Pierce supo que se trataba de la suya por la forma en la que su cuerpo se relajaba y recorría el espacio con confianza.

Para Pierce, estar en ese lugar, casi el mismo que visualizó en uno de sus sueños, fue muy impactante.

—Te dije que se te iba a poner la carne de gallina si pudieras ver la precisión de tus descripciones sin haber estado aquí. Pensé que no tendrías la suerte de poder comprobarlo con tus propios ojos.

—Santo dios, Elaine, es idéntico a lo que vi —recorrió todo con la mirada muy sorprendido—. No todo. No. Hay cosas, que no estaban en mi sueño como ese sofá orejero frente a la ventana.

—Mi lugar favorito para pensar —dijo ella sentándose en el sofá.

Su habitación estaba tal como ella la dejó unos meses atrás cuando se marchó de Blaston House.

El polvo estaba acumulado en la superficie de los muebles lo que quería decir que su madre entraría en ella pronto porque era bien sabido que cuando no supervisaba la limpieza de algún área de la propiedad, era porque pensaba acabar con ella para reemplazarla por algo nuevo y moderno.

Se entristeció al saber que, pronto, el lugar que conoció casi toda su vida, ya no existiría más. Así era la vida y uno debía adaptarse y moverse con ella.

Ahora su espacio estaba en otro país, junto a otras personas.

Vio a Pierce. «Junto a él» pensó, con mirada soñadora mientras él observaba y detallaba todo con gran emoción.

Pero luego su mirada se ensombreció.

Pensaba en lo que soñó en relación con Alma.

—La acostaron allí, Els. Constance la desvistió y luego la metió en la cama de George. Alma sabía que le haría algo malo, yo sentí su miedo.

Era momento de salir de ahí porque Pierce estaba rememorando cosas de un pasado que no les pertenecía a ellos y por el cual no podían dejarse invadir más que para poder aclararlo y hacer justicia en lo que se debía hacer justicia. Nada más.

Los sentimientos de sufrimientos, odios, venganzas, traiciones debían quedarse allí y lamentablemente, Pierce parecía dejarse afectar con estos, así que era momento de ir a la habitación de Ella.

Elaine tomó de su gran armario algunas cosas que quería recuperar y luego salieron a paso apresurado porque en un par de horas empezaban las actividades vespertinas en Blaston House.

Cuando Elaine se detuvo frente a la puerta de la habitación de su difunta abuela, sintió que se le formaba un nudo en el estómago.

Pierce le puso la mano sobre un hombro y le dio un ligero apretón.

—Podemos dar la vuelta y...

Elaine negó con la cabeza. No quería hablar porque el nudo también lo tenía atragantado en la garganta.

Temía no encontrar nada de lo que recordaba de esa habitación.

Suspiró cuando estuvo en medio de la gran habitación que una vez albergó una mesa redonda con sillas a juego en la que su abuela y ella pasaron casi cada tarde conversando a la hora del té.

El juego de sillones frente a uno de los maravillosos ventanales en los que se sentaban a leer o conversar de cosas triviales mientras el paisaje exterior les concedía una vista única de los jardines de la mansión.

La inmensa cama con el dosel alto y su cortinaje a juego con el tapiz de las paredes. Los cuadros que colgaban de estas y que debían ser tan antiguos como la casa.

La habitación de Ella Daniels era de las pocas que mantenían la decoración original de la propiedad. Cada año la mujer enviaba un grupo de restauradores que nada tenían que ver con los contratados por el duque para que fueran restauradas todas las obras, mobiliario, tapices, alfombras.

Y ahora estaba casi vacía.

—¿Estás bien? —el vacío en la inmensa habitación generó eco tras las palabras de Pierce. Elaine solo asintió.

—Solo es que no sé cómo sentirme —Elaine vio de nuevo a su alrededor. Quedaba muy poco de lo que ella recordaba—. La mesa del té no está, los muebles que estaban en aquel espacio — señaló el fondo de la habitación—, tampoco están.

Suspiró abatida.

Otros muebles estaban tapados con sábanas gruesas de color blanco. Eso quería decir que su madre ya había hecho una preselección del mobiliario que le gustaría conservar en ese espacio para su nuevo proyecto decorativo.

Después de entrar al armario de su abuela y ver que nada quedaba de ella allí, Elaine quiso ver todo lo que quedaba en la habitación por última vez.

Fue destapando cada uno de los muebles.

La cama, que solo mantenía el dosel y el tablón. Los colchones de pluma serían remplazados por unos nuevos, al igual que el resto de los adornos del dosel y la ropa de cama.

El tocador de su abuela en el que la ayudó a peinarse la larga melena blanca que siempre llevaba bien acomodada en un elegante moño, seguía en su sitio.

Sacó la sábana de un tirón y lo apreció por última vez.

Dejó que sus dedos vagaran por la madera lacada, por los detalles que lo adornaban. Se vio en el espejo y recordó las veces en las que ambas rieron viéndose en ese mismo espejo.

Sonrió.

Abrió los cajones, se sorprendió al encontrarse en el fondo de uno de ellos una pequeña y fina horquilla de plata que su abuela creía haber perdido unos meses antes de su muerte.

Estaba encajada en la junta que se formaba entre la base y la parte trasera del cajón.

La apretó con fuerza en su mano derecha y sintió escozor en los ojos.

No era el momento para echarse a llorar, lo sabía.

¡Cómo la extrañaba!

Pierce permanecía inmóvil vigilando sus movimientos.

Ella prosiguió destapando muebles, reviviendo recuerdos.

Y al ver a su alrededor y darse cuenta de que solo uno quedaba sin destapar, fue cuando se percató de la importancia que podría tener ese último.

Recordó las palabras que recientemente le dijo Pierce, explicándole lo del secreter de Constance y sintió que la adrenalina le recorría el cuerpo debido a la emoción que la embargaba.

Vio a Pierce con ojos desorbitados.

—¿Qué pasa, Elaine?

Se dio la vuelta corriendo hacia el mueble para sacarle de un tirón la manta que lo cubría.

Recordó a su abuela allí sentada, escribiendo sus cartas a parientes y amistades.

Un secreter pequeño, del siglo XVII, de madera brillante y maciza, como los muebles de la época. Con un pequeño taburete a juego que a Elaine le parecía la cosa más incómoda del mundo.

Pierce la veía con asombro.

—¿Es el mismo?

Pierce asintió.

—No tenemos la llave.

—No la necesitamos —aseguró Pierce dando un paso al frente, tomando el taburete y sentándose en este frente al cajón que abrió con total delicadeza.

Elaine sentía que iba a escupir el corazón de lo fuerte que le palpitaba debido a la excitación del momento.

Si el diario de Constance Daniels se encontraba allí, sería impresionante.

Pierce necesitaba calmarse. Nunca había estado tan nervioso en un descubrimiento de algo antiguo. Podía decirse que era un experto en ese tema, era una práctica que llevó a cabo desde que tuvo la autonomía de vagar por el castillo y explorar en rincones que nadie más tenía la osadía de explorar.

Esto era diferente. Este tesoro, como solía llamarlos, no podría dejarlo en su escondite y sería la prueba más valiosa sobre los hechos acontecidos en la familia Daniels del siglo XVII.

Hizo una inspiración profunda. Las manos le temblaban.

Elaine le demostró su apoyo acariciándole la espalda.

Se vieron a los ojos por un instante. Ambos con el brillo de la emoción y la expectativa en ella.

Pierce metió la mano dentro del cajón tal como lo hiciera Constance más temprano en la visión que él presenció.

Exploró la madera bien conservada, lisa; y allí, cuando casi su mano quedaba completamente oculta, su dedo del medio encontró un orificio que le costó accionar porque sus dedos eran mucho más gruesos que la delicada mano de la difunta Constance.

Se escuchó un clic torpe y oxidado.

La compuerta no abría.

—Es probable que esté atascado.

—Y que el diario ya no esté allí. Sigue probando, todavía tenemos tiempo.

Pierce siguió intentando pero no conseguía un resultado diferente al único sonido.

—Déjeme intentarlo. ¿Qué voy a encontrar?

—Un orificio.

Elaine asintió y ocupó el puesto de Pierce. Introdujo la mano que quedó oculta hasta la muñeca, «como la de Constance» pensó Pierce en ese momento dándose cuenta que la pieza estaba hecha para una mano delicada y femenina. No para su mano.

Elaine encontró el punto e introdujo el dedo del medio en el orificio todo lo que este le permitió mientras empujaba hacia arriba un pequeño tope que tenía este al fondo.

El sonido se produjo de nuevo y Elaine se asustó cuando la tapa cayó sobre su palma sin aviso haciendo deslizar un libro pequeño en su mano.

Intentó atajarlo con rapidez pero este se resbaló y cayó dentro del cajón.

Pierce y Elaine lo vieron con fascinación y luego cruzaron sus miradas.

—No puedo creer que... —Pierce lo veía lleno de asombro, emoción y entendiendo el gran significado de ese hallazgo.

—Lo encontramos —Elaine sonrió complacida—. Y vamos a hacer justicia.

## Capítulo 23

*Inglaterra siglo XVII*

Una semana ha pasado desde que, por fin, pudiera librarme de la maldita campesina que mi querido August quería convertir en dueña y señora de esta casa, de nuestro título y abolengo.

Las cosas se van calmando, no obstante, he de decir que mi pobre hijo ha sufrido mucho desde que encontrara a la campesina con George en la habitación que amablemente le concedimos a este para pasar la noche debido a la fuerte tormenta.

En estos últimos meses han pasado tantas cosas que me siento agotada, sin embargo, ya puedo asegurar que estoy tranquila porque todo está tomando el rumbo que yo deseaba.

Desde el momento en el que conseguí librarme de mi difunto marido, me sentí con las fuerzas necesarias para tomar las riendas de mi vida, la de mis hijos. Hacer de nuestro ducado uno de los más fuertes y sólidos del país.

Cosa que era impensable con mi marido en vida. Los desplantes hacia mí en público; sus maltratos físicos y verbales en privado; la vergüenza de exponerme a la lástima ajena haciendo pública su hazaña de acostarse con la servidumbre en cualquier rincón de mi casa; el irrespeto a nuestros propios hijos con tal comportamiento inmoral.

Eso tenía que acabar y yo no aguantaba más. Por ello recorrí a Justine y entre las dos, le otorgamos el descanso eterno a August Daniels Duque de Lanhill obteniendo yo solidaridad y libertad.

Pensé que nuestro primogénito ocuparía el puesto de su padre con más brío. Pronto me di cuenta de lo equivocada que estaba pero siempre ha sido un muchacho que conseguía manejar a mi gusto por ello no me preocupaba su debilidad al ser el nuevo duque.

Todo iba bien hasta que regresó de España con esa mujer.

No salía de mi asombro de que mi hijo pusiera los ojos en alguien tan insignificante.

¡Una sirvienta!

Era imperativo deshacerme de ella.

Me costó, solo dios sabe cuánto, tuve que usar la traición descarada como arma pesada para acabar con ella porque todo lo que hice antes, no funcionó.

Debo admitir que fue una mujer hábil esquivando mis ataques; y fuerte, una mujer fuerte porque soportó mucho más de lo que creía.

Cuando mi querido Patrick, en la intimidad de nuestros encuentros, me contó lo acontecido con su hijo, supe que podía aprovecharme de esa desgracia para acabar con dos problemas al mismo tiempo. Sin mucho esfuerzo y haciendo que las cosas salieran con naturalidad.

Otra vez, me asombró lo bien que salió todo.

Me parece que dios nos ayuda a librarnos de aquello que nos hace daño o que no nos conviene.

Su mano intervino para que esa mujer saliera de la vida de August y mi querido Patrick pudiera salvar la honrría y la vida de su hijo George.

Mi fiel Justine me ayudó de nuevo en todo.

Tal como lo hicimos con mi difunto marido.

Esta vez, sin que se nos pasara la mano porque no quería enviarlos a todos al más allá.

Solo quería que durmieran tan profundo que ni el más fuerte de los rayos que resonara esa noche, consiguiera despertarlos.

Mi fiel sirvienta sabía que debía dejar todo de tal manera que nadie pudiera rebatir la traición. Y vaya sí que lo consiguió. Hasta yo me lo creí cuando vi a la campesina con las piernas enredadas entre las de George.

No importaba cuánto suplicara ella, August vio lo suficiente para echarla de inmediato junto a George.

Mi pobre August está muy triste por la traición que le hizo Alma.

Esta mañana le sugerí que hiciéramos una fiesta para que pudiera charlar con las jovencitas que están disponibles en nuestro círculo social y así pudiera conseguir una buena esposa pronto que le ayude a olvidar a la campesina.

Aceptó con desgano.

Me da igual la emoción que mi hijo quiera poner o no en este asunto. El matrimonio es un maldito negocio en el que siempre reinan la infelicidad y los cuernos.

En cuanto a George, temo que sospecha todo lo que ocurrió en realidad.

Me dedicó algunas miradas que me indicaron sus dudas hacia mí. Sin embargo, estoy segura que será incapaz de acusarme ante su padre y de hacerlo, Patrick lo pondrá en su lugar por el amor que nos tenemos.

¡Qué ganas profundas tengo de verle y de cobijarme con sus brazos, que me llene de besos!

Es muy pronto para ir a la cabaña. Podría despertar sospechas porque August pasa mucho tiempo en el bosque, es por ello que me urge encontrarle una mujer que lo mantenga ocupado. Y que lo distraiga de esa estúpida ley que quiere imponernos de no hacer más tratos o tener ningún contacto de nuevo con un Gordon porque sufriríamos destierro y pobreza.

He intentado disuadir sus intenciones, su dolor está venciendo mi poder sobre él haciéndole mantenerse firme en su decisión que me parece una completa locura. Podría mantenernos en guerra por siglos entre las dos familias.

Me aterra pensar en esto, porque me temo que los encuentros con Patrick tendrían que parar y es algo que me niego a pensar porque siento que el corazón se me romperá en mil pedazos.

¿Podré soportar no estar junto a él cada cierto tiempo? ¿No sentirlo, no besarlo?

Entiendo que por el bien de mi familia y de nuestro título, debo hacer sacrificios.

Ya los he estado haciendo.

Tendría que aprender a vivir con el corazón roto, todo por la satisfacción de crear buenas bases para un linaje sólido y que nuestro ducado perdure en el tiempo.

Amo a Patrick con el alma, sin embargo, prefiero vivir sumergida en la tristeza que perder mi postura dentro del ducado.

Perder todo por lo que he luchado. Además, sería una estúpida al perder todo por un hombre que aunque sé que me ama con devoción ciega, no va a dejar a su esposa y madre de sus hijos para empezar una vida junto a mí.

¿Podré soportar solo recibir sus cartas?

Estos días lo he aguantado porque sigo manteniendo la esperanza de que August entre en razón y no lleve a cabo la ley para el ducado en general.

Patrick me dejó saber en su última carta que envió a la campesina y a George a España y que no quiere saber nada más de ellos.

Pude sentir la profundidad de la tristeza en sus palabras, no lo culpo, es sangre de su sangre. Yo enloquecería si no supiera nada más de alguno de mis hijos.

Patrick sabe que lo que hace es por el bien de todos.

Dios guía sus acciones.

Como lo hace conmigo.

La divinidad nos acompaña porque todo lo que hacemos es pensando en el bienestar y futuro de nuestras familias.

## Capítulo 24

Pierce le dio un beso delicado en el dorso de la mano a Elaine.

Estaban en la sala de los duques, tomando un poco de vino y conversando sobre los últimos acontecimientos.

—Es increíble que nos hayamos encontrado con algo real que le diera sentido a mis sueños.

—Lo es, Pierce, lo es —Kristen lo veía con asombro—. Todo esto que ha estado ocurriendo desde que ustedes se encontraron en Nerja parece que tenía que ocurrir así y las cosas han ido saliendo a la luz. Estoy muy sorprendida con todo. Sobre todo la parte en la que objetos de gran antigüedad estuvieran perfectamente conservados en esa casa —negó con la cabeza, reflejando incredulidad en sus ojos—. Nunca había visto algo así. Estoy por creer que el fantasma de Alma protegió todo con celo hasta que alguien con verdaderos valores por el pasado, pudiera conseguirlos.

—Es increíble tu historia con el fantasma —la madre de Pierce vio a Elaine a los ojos—. ¿Nunca lo sospechaste?

—No podía hacerlo. No me dejó momentos para dudar. Ahora que lo pienso con más detalle, nunca comía o bebía nada de lo que preparábamos. Me habría encantado compartir con ella más tiempo. ¿Por qué se habría cambiado el nombre? A mí me dijo que se llamaba María del Mar.

Hugh, el esposo de la madre de Pierce, levantó los hombros.

—Quizá quería olvidar su vida siendo Alma. Dejar atrás el pasado y empezar una nueva vida en las costas españolas junto a su hijo.

—Yo también lo creo así. Y es probable que George hubiera hecho lo mismo —Pierce no soltaba la mano de Elaine así como tampoco dejaba de darle sutiles caricias con su pulgar en el dorso de esta—. Siento mucha pena por ambos y espero que en algún punto de sus vidas hayan conseguido ser un poco felices.

Todos asintieron con la cabeza y pesar en la mirada.

—Estoy leyendo de nuevo el diario de Constance, solo por verificar que no me haya saltado ningún dato relevante que pueda hablarnos del hijo de Alma y August —Kristen suspiró—. El duque de Lanhill, su difunto esposo, era un maldito desgraciado.

—Cuida tu lengua, jovencita.

Kristen volvió los ojos al cielo, su madre, sin importar lo mayores que ya estuvieran ella y sus hermanos, les seguiría reprendiendo cuando se expresaban de mala manera.

—No hay otra forma de expresarlo, madre. Lo conseguía en las habitaciones de Blaston House con dos y tres mujeres al mismo tiempo. Yo no tengo instintos asesinos pero no la culpo de haberlo matado. La humillaba de maneras muy crueles. Ninguna mujer se merece un trato como ese. No me sorprende que estuvieran en crisis económica y que por ello, tuvieran que aceptar vender tierras a los Gordon.

—No me creo tampoco que ella y Patrick hayan tenido una aventura.

—Más que aventura, madre; porque ella habla de amor profundo. Era tan codiciosa que estaba dispuesta a dejarlo a un lado con tal de no perder su postura dentro del ducado.

—¡Vaya mujer! —comentó en voz alta el actual duque de Bulwick.

—Sí, la verdad es que era de temer. Es extraño que ese sea el único diario que se haya

conseguido de ella y que no haya más de épocas previas y posteriores.

—Quizá lo escondió porque era el que guardaba su secreto de asesinato y del complot creado para sacar a Alma de Blaston House —agregó Elaine—. Mi abuela de seguro desconocía de la existencia de ese diario y nunca antes he oído hablar de otros que pertenezcan a Constance.

—Es muy probable que no hayan sobrevivido al tiempo.

—O tal vez sigan escondidos en algún lado secreto de la casa —Elaine sonó irónica—. En todo caso, no creo que pueda volver a entrar para buscarlos. Por cierto, he estado pensando que si esto que encontramos nos lleva a que los sueños de Pierce son reales, el asunto de que Alma pudo ser la traductora real del Quijote de Cervantes podría ser cierta. Teniendo en cuenta además, que tú —señaló a Kristen—, tenías algo ya descubierto sobre este tema entre los papeles de la casa española y mi profesor de español sabe de la existencia de una carta similar. ¿Creen conveniente que investigue más con él ahora que ya estamos más seguros de los hechos?

—No —la madre de Pierce cuidaba con celo la información del pasado—. Esperemos. Además, por lo que nos contaste, tu profesor no debe saber mucho más, te lo habría dicho cuando te contó esa anécdota de su familia. Uno suele dar datos completos de ese tipo de relatos sobre todo cuando son tan interesantes.

Elaine asintió entendiendo el punto de vista de la duquesa.

—¿Qué se sabe de mi pasante estrella? —preguntó Kristen con ironía.

—La policía lo está buscando —aseguró su padre con preocupación—. Lo conseguirán y cuando lo hagan empezaremos a tomar acciones.

Pierce apretó la mano de Elaine para transmitirle fortaleza porque ambos sabían que cuando eso ocurriese, su familia quedaría al descubierto y empezaría el verdadero infierno para todos los Daniels.

Inocentes o no.

\*\*\*

Unos días más tarde, Elaine decidió pasar el día entero con su amiga Ilona y Pierce se dijo que era buen momento para hacerle una visita a su abuelo como se las hacía cuando era un niño y se escapaba de su habituación sin ser visto pasando todo el día con el fantasma del anciano conversando de historia y de cosas de interés para ambos.

Abrió la puerta de su habitación.

—¡Pierce! —Kristen lo llamaba desde el inicio de aquel largo corredor. Pierce se detuvo con la puerta a medio abrir y se dio la vuelta.

En cierto modo, no se le hacía grata la idea de que su hermana entrara a la habitación del abuelo de ambos y que solo él veía desde niño en su versión fantasmal.

Sí, ella también tenía derecho de verlo, más cuando se enteró de que Kristen veía otros fantasmas de la casa, sin embargo, esa habitación era tan especial para Pierce que quería mantenerla entre él y su abuelo.

Nunca lo había compartido con nadie más.

Su hermana lo vio sonriente y divertida.

—¿Qué ocurre?

—Te vi salir de tu habitación y sabía que vendrías para acá. ¿Puedo entrar contigo? —Pierce frunció el ceño—. Está bien, lo entiendo, quizá pruebe otro día. No he querido entrar sin ti, siento que es un refugio. Tu refugio privado.



Kristen se dio la vuelta y Pierce la tomó con delicadeza de la mano.

—Soy un idiota. Ven —y tiró de ella al interior de la habitación vigilando que nadie les hubiese observado.

Cerró la puerta disfrutando del momento a pesar de que estaba en compañía de su hermana.

Y notó algo que no había sentido antes, la tranquilidad y seguridad que sentía ahí solo la sentía junto a Elaine.

—Nunca había entrado aquí —Kristen observaba todo con fascinación—. Te pareces mucho a él.

Pierce sonrió conmovido y orgulloso. Su abuelo fue un gran hombre y para él era motivo de orgullo que les compararan.

—¿Qué tenemos que hacer para que aparezca?

El difunto duque Patrick V apareció en una esquina de la habitación sonriéndole a Pierce con emoción.

Sabía que se sentía feliz de verle allí y además, de ver a otra de sus nietas.

—Está ahí —Pierce señaló hacia el lugar en donde estaba el fantasma—. Hola, abuelo.

Kristen observó al sitio indicado y su mirada expectante se apagó.

—No puedo verlo, ¿Por qué?

Pierce sintió pena por ella, podía sentir en su voz la ilusión que le hacía el poder ver a su abuelo.

—No lo sé —respondió el fantasma a Pierce.

—No lo sabemos, Kris.

—Dile que me hace feliz verle, que es una mujer encantadora —Pierce repetía lo que su abuelo le decía para Kris. Ella sonrió con ternura.

—Gracias, abuelo. Pasaré a visitarte más seguido aunque no pueda verte, y si a Pierce no le importa —su hermano la abrazó, aprobando sus intenciones—. Te dejo para que hables con él. Sé que tienes grandes cosas que contarle.

—Gracias —cuando Kristen iba de salida Pierce recordó la carta y el mapa que siempre estuvieron guardados en el escritorio de su abuelo. Lo que su abuelo aseguraba que tenía que ver con la casa española y los amantes.

—¡Kris, espera! —fue hasta el lugar, abrió el compartimiento secreto. Kristen lo observaba molesta y sorprendida. Su abuelo le sonrió y asintió con la cabeza—, toma. El abuelo siempre me ha dicho que esto tenía que ver con la casa española. Yo nunca pude entenderlo, quizá tú puedas hacerlo con tu equipo especial.

El papel estaba en malas condiciones y Kristen vio con reprobación a su hermano.

—¿Cómo es posible que no hayas hablado de eso hace años?

—Porque eran mis tesoros y me gustaba dejarlos en donde los iba encontrando.

—¿Hay más cosas escondidas?

Pierce asintió con la cabeza admitiendo su culpa con vergüenza.

—Esto es insólito, Pierce Gordon. Cuando termines con el abuelo te exijo que me lleves a cada uno de esos rincones para rescatar nuestra historia y conservarla para las próximas generaciones.

—¡Qué carácter, jovencita! —su abuelo veía la escena divertido.

Pierce quería reír pero sabía que era mejor no provocar más la ira de su hermana que cuando de reliquias se trataba, enfurecía si sabía que no estaban bien cuidadas.

—Deberías avergonzarte de esto —Kristen negó con la cabeza—. Me marchó de inmediato y pensaré muy bien si decirte algo de lo que logre leer aquí.

Pierce se mantuvo en silencio mientras la observaba salir caminando con decisión y muy

enfadada.

Dio un portazo que dejó en claro su postura por si alguien tenía duda alguna.

—Pobre de su prometido —comentó Pierce con diversión y su abuelo asintió aclarando que estaba de acuerdo con su comentario.

—¡Muchacho! ¡Qué alegría de verte de regreso! ¿Cómo te fue en esas tierras? —Pierce sintió que el corazón le palpitó con fuerza al pensar en Elaine—. Me imagino que por tu sonrisa y ese brillo en la mirada, hay una mujer muy especial involucrada en esta historia que vas a contarme.

Pierce asintió y se sentó en el sillón junto a la ventana como solía hacer para conversar con su abuelo.

—Elaine Daniels, abuelo.

Su abuelo abrió los ojos con gran sorpresa.

—¿Una Daniels? Por dios, esta va a ser la mejor historia que me hayan contado jamás. No me hagas esperar más y empieza a hablar.

Pierce se sumergió en una narrativa de los hechos que lo transportaron de nuevo a cada uno de esos días que vivió desde que partiera de Inglaterra a las costas españolas para investigar más sobre los amantes fugitivos.

Le contó a su abuelo cada uno de los minutos que vivió, cómo los vivió, lo que vio en cada uno de ellos y lo que sintió.

Contándole esto al fantasma, se dio cuenta del momento exacto en el que sus sentimientos por Elaine se hicieron fuertes, pensaba él que fue el día en el que la abrazó por primera vez al terminar de hablar con Nathalie en casa de Elaine.

La abrazó en agradecimiento por el apoyo que le daba y Pierce creía que en ese momento sus sentimientos por ella cambiaron pero en realidad fue desde la primera vez que conversaron, en la playa y luego en el hotel; cuando Pierce, aun borracho, se dejó deslumbrar por su sonrisa.

Fue incapaz de ver ese momento tan sublime porque acababa de atravesar una ruptura seria con la que consideraba la mujer de su vida, y tenía el ego herido por la forma en la que esta lo dejó.

Sí, esa sonrisa de Elaine mejoró todo en su interior, ayudándole a sanar sin saberlo, aun estando en la distancia.

Sin siquiera saber si volverían a verse.

Era el destino. Así como parecía que sus vidas tenían que cruzarse y unirse para resolver los hechos del siglo XVII entre ambas familias, parecía que también ellos estaban destinados a amarse y acabar con las diferencias entre familias de una vez y por todas.

Se sintió tan a gusto hablando de sus sentimientos por Elaine dándose cuenta por primera vez lo enamorado que estaba de esa mujer.

Su abuelo poco lo interrumpió y se lo agradeció porque necesitaba conversar con alguien de todo lo que le pasó en ese tiempo.

Su vida cambió y sentía que el cambio era para siempre.

Por el momento, no podía obviar sus responsabilidades como futuro duque de Bulwick, pese a que estaba sopesando la idea de que alguna de sus hermanas se hiciera cargo.

Los tiempos modernos les permitían a las mujeres heredar el título.

No quería evadir su responsabilidad como futuro duque pero empezaba a molestarle más la idea de tener que dejar esa vida feliz y tranquila que tenía junto a Elaine en la casa española.

No lo había comentado con nadie y hasta ese momento, que lo razonaba con su abuelo en voz alta, no se dio cuenta de que quería otra cosa para su vida.

Quería emprender negocios nuevos en nuevas tierras y no amarrarse a un título y sus obligaciones de por vida.

—Tu padre es un hombre centrado, Pierce —su abuelo lo vio con suspicacia—. Yo creo que podrías conversar de esto con él y proponerle algo interesante que pueda servirles a todos porque tú eres el que ha estado recibiendo la preparación para asumir el puesto como cabeza del ducado el día que tu padre ya no esté.

Pierce se frotó la cara con ambas manos. Le generaba gran ansiedad no afrontar sus responsabilidades como esperaban los demás que hicieran.

Eran cosas que admiraba de Elaine y que quería probar en carne propia aunque su personalidad distaba mucho de parecerse a la de la mujer que amaba.

—La amo, abuelo —vio al fantasma a los ojos y este le sonrió complacido—. Lo siento tan diferente que casi dudo de que sea real pero algo me dice que sí lo es y que es ella, es la indicada.

—Ahora sí creo tus palabras —el anciano lo vio divertido—. Te brillan los ojos, tus palabras salen con pausa, con un tono dulce porque salen del corazón. No de la cabeza o de la pasión. Me gustaría conocerla aquí, junto a ti.

Pierce asintió, le contó luego que no guardaba secretos con ella.

—Me siento como si estuviese con mi mejor amiga. Me escucha, pone atención en cada una de mis palabras, reconoce mis miradas, se sonroja de una forma encantadora cuando admiro algunas de sus fortalezas.

—¡Qué suenen las campanas del amor! —Patrick cantaban en divertido tono burlón para hacer reír de vergüenza a su nieto.

—Gracias, abuelo, de no ser por ti, tus historias y la promesa que una vez te hice, no la habría conocido a ella y no estaríamos haciendo justicia a nuestros antepasados.

—Te dije que había cosas de esa historia que no las tenía yo muy claras.

El teléfono de Pierce sonó, respondió de inmediato.

—Pierce —la voz de su padre sonaba agitada—. Acaban de llamar los de la policía para decir que tienen al chico y le están interrogando. Te veo en la puerta principal en 20 minutos, tenemos que estar allá para saber cómo proceder en cuanto declare quién le pagó para que quemara todo lo que se robó.

—Está bien, padre.

Colgaron. Pierce vio el reloj y fue cuando se percató de todas las horas que pasaron desde que entrara a la habitación de su abuelo y se pusiera a conversar con él.

—Encontraron al pasante de Kristen que se robó las cosas de la casa española —comentó a su abuelo con emoción.

—¡Esto se pone cada vez mejor! ¡Ve y recuerda que debes regresar con ella porque la quiero conocer!

—Lo haré abuelo.

El fantasma desapareció y Pierce salió de la habitación con la esperanza de que los verdaderos culpables del robo, estuvieran tras las rejas ese mismo día antes de que cayera la noche.

\*\*\*

—¿Me dirás que hay entre Maxwell y tú; o tengo que seguir haciendo suposiciones?

Elaine le preguntó a su amiga mientras conversaban de diversos temas en la terraza del apartamento de Ilona.

Tenían tanto tiempo sin verse en persona, hablar con calma, reírse de las aventuras de ambas en el pasado, ese momento entre amigas que era tan necesario para las dos.

Ilona se quedó pensativa observando la ciudad.

—Puedes seguir haciendo suposiciones porque creo que este asunto con Max no llegará a ningún lado.

Elaine notó la tristeza llegar al tono siempre sarcástico de Ilona.

Entrecerró los ojos y la observó con duda.

—¿Estás enamorada de mi hermano?

Ilona la vio, asintió con la cabeza.

—Todo empezó como un encuentro casual y no sé cómo me dejé estafar de esta manera tan absurda.

—¿Lo has hablado con él? Quizá siente lo mismo por ti.

—Max no tiene tu carácter, Els, y no creo que se atreva a enfrentarse a tu madre que ya le está buscando candidatas con títulos aristocráticos.

Elaine resopló con amargura.

—Hoy es uno de esos días en los que más detesto a mi familia —le había contado a su mejor amiga cada cosa acontecida en la casa española y en su visita a Blaston House.

—Se me pasará, no te preocupes. No te voy a negar que ahora esté perdidamente enamorada de tu hermano y que cuando lo sepa comprometido con otra me voy a derrumbar, pero conozco de un buen lugar en España en el que vive mi mejor amiga y sé que ella me ayudará a salir de esa tristeza.

—Odio que hables de esa manera. ¿Por qué diablos no pusiste tus ojos en otro si sabes cómo es mi familia?

—¿Por qué tu pusiste los ojos en Pierce?

Elaine resopló indignada.

—Touché —respondió abatida. Vio a su amiga a los ojos y le tomó las manos—. Compraré todas las botellas de vino que pueda y las iré almacenando para cuando vengas a casa a ahogar tu despecho por Max.

Ilona le sonrió con complicidad.

—Búscame un español también, capaz se me olvida todo en una noche.

Ambas rieron.

—¿Quieres que hable con él?

—No —Ilona la vio con la seriedad que requería el caso—. Nadie sabe de esto. Solo tu porque te diste cuenta no sé cómo diablos.

—No puedes fingir que sientes algo por él. El otro día, cuando conversábamos del acceso a Blaston House, le hablaste de una manera que me llamó la atención; y más, cuando él te escuchó viéndote de esa forma especial en la que te veía. ¿Estás segura de que él no siente nada por ti?

—No lo sé, Els, y es mejor que cambiemos de tema porque no quiero pensar más de lo debido en Maxwell.

Les interrumpió el móvil de Elaine.

—Hola —saludó cariñosa al ver que era Pierce que le llamaba.

—Hola, cariño. ¿Sigues en casa de Ilona?

—Sí.

—Toma un taxi hasta la comisaria. Te envió la dirección. Encontraron al pasante y están interrogándole.

\*\*\*

Las afueras de la comisaria estaban a reventar de reporteros, parecía que la prensa ya estaba al

tanto de todo lo que ocurría. A Elaine le dio muy mala espina el hecho de que los reporteros le saltaran encima haciéndole preguntas referentes a su padre.

¿Ya habrían comprobado su culpabilidad?

Si ella no se tardó más de lo debido en llegar allí.

Esquivó a esos buitres detrás de cámaras y micrófonos logrando acceder al interior del edificio.

Nunca antes había estado allí, tampoco se sorprendió al ver lo básica que era la comisaria en su interior.

La recepcionista le reconoció de inmediato y la llevó hasta la oficina del capitán.

Se hicieron los saludos respectivos y luego, le ofrecieron una silla frente al escritorio.

El capitán del cuerpo policial ocupó su silla del otro lado del escritorio; el padre de Pierce, permanecía sentado en una silla junto a ella; y Pierce, de pie a su espalda.

—Bien, ya se lo expliqué al duque —dijo viendo a Elaine—. Todo ha ocurrido muy rápido y este joven está aterrorizado por ir a prisión, por ello hizo un trato con nosotros para obtener la condicional a cambio de decirle quién le había pagado para hacer el trabajo.

Elaine escuchaba con atención y la ansiedad crecía en su interior.

El corazón empezó a palparle con fuerza.

—El joven explicó todos los pasos que le fueron explicados a él. Nunca le vio la cara a nadie, todas las transacciones fueron por vía telefónica que ya hemos comprobado; y los pagos, depositados directamente en su cuenta bancaria. Tanto el teléfono como la cuenta de los pagos, pertenecen al ducado de Lanhill pero no podemos saber con exactitud quién realizó las operaciones porque no tenemos comprobante de nada —el hombre tomó un respiro—. Por lo que el responsable es el duque que es en teoría quien tiene acceso a las cuentas del ducado.

Pierce le apretó con fuerza un hombro. Elaine no sabía cómo sentirse.

Hasta ese momento, suponía que sí, que su padre tenía mucho que ver en ese asunto del robo en el castillo de Hartington y desde que lo sospechó, se sintió en paz con sus sospechas. En cambio ahora, que ya sabía todo con pruebas en mano se sentía...

Ese era el problema, no sabía cómo sentirse.

Defraudada, decepcionada, dolida e incluso se sentía en una encrucijada porque por un lado sentía que quien quiera fuese el responsable debía pagar por el acto ilegal cometido.

Un robo era un robo.

Pero por otro lado, era su familia y ella no quería que les ocurriera nada malo aunque fueran injustos con ella.

—El duque de Lanhill ya fue interrogado y admite su culpabilidad.

Elaine percibió la duda en la mirada del capitán.

—Usted no cree en su declaración.

—Es usted muy perspicaz, jovencita —el hombre se reclinó en su silla y le mantuvo la mirada—. Hay algo más que el duque no quiere decir y me temo que es que está encubriendo a alguien absorbiendo él la culpa.

—¿Puedo hablar con él?

—Por supuesto —se pusieron de pie. Elaine le hizo señas a Pierce y al Duque de Bulwick para que le esperaran ahí. Quería hablar a solas con su padre.

Lo siguió en silencio mientras atravesaba toda la sala llena de policías que colocaban sus miradas en ella analizándola; dejando ver sentimientos de envidia, compasión, lástima, asco, y otros más que despertaba alguien como ella; que se suponía poseía incalculables sumas de dinero, propiedades; que no tenía ningún tipo de necesidades; esas personas que creían que la gente como

Elaine no tenían problemas porque contaban con dinero para solucionarlos o en su defecto, que eran delincuentes con suficiente dinero para poder hacer lo que les viniera en gana.

El capitán abrió la puerta.

—Al final del pasillo está la celda. Estará allí hasta que tenga que comparecer ante el juez. Su condición le da ciertos privilegios aunque para mí, y me disculpa la sinceridad, no debería tener ningún trato especial por ser duque —el capitán tenía intenciones de continuar expresando su inconformidad por el sistema que siempre inclinaba la balanza hacia el lado con más dinero, se quedó en silencio al ver la vergüenza en la mirada de Elaine y pudo percibir que ella era diferente al hombre soberbio con el que había hablado que ahora estaba tras las rejas—: Solo tiene unos minutos.

Elaine asintió.

—Gracias.

Caminó por el corredor recordándole al del sótano de Blaston House, mucho más pequeño y estrecho, por supuesto.

Mucho más lúgubre también.

Cuando llegó a la celda se dio la vuelta para quedar frente a esta.

Su padre se encontraba sentado en una postura muy protocolar para el lugar y la ocasión.

La observaba con altanería y resentimiento.

—¿Ya eres feliz?

Ella ladeó la cabeza y lo vio con duda. No entendía a qué se refería.

—No te hagas la idiota, Elaine Daniels, sé muy bien que quieres destruirnos por cumplir con las reglas del ducado.

Ella bufó irónica.

—¿Eso es lo que crees? ¿Crees que yo planifiqué todo esto?

—No. Sé que tú no lo planificaste, no podías hacerlo porque no sabías de la existencia del maldito bastardo hasta que te revolcaste con Gordon. ¿Necesitabas dinero y por eso lo hiciste?

Elaine no se podía creer lo que su padre le decía. Sintió la furia crecer en su interior. Deseó poder traspasar las rejas y darle una bofetada que le dijera lo mucho que ella estaba dispuesta a defenderse.

—¿A qué viniste? ¿A decirme que sabes que hubo un bastardo? —La vio con sarcasmo—. Llegas tarde, querida. Ya no hay pruebas de eso. Lawrence se aseguró de todo desde el momento en el que encontró algunas cartas del primogénito legítimo de August en su antigua habitación en la que hablaba de la visita de ese bastardo y el parecido que contaba con el abuelo de ambos —Elaine escuchaba con gran asombro y su padre se divertía restregándole esa información que ya no podría ser confirmada nunca más—. Resulta que la chimenea tenía una loza movable y esta custodiaba esos secretos que debían quedarse en el pasado. Sí, Alma y August tuvieron un hijo. ¿Ya estás feliz?

Elaine aun lo veía con asombro.

Su padre estaba irreconocible.

Dejaba ver una frialdad y desvergüenza que le helaba la sangre.

Se sintió avergonzada de ser su hija.

—Ahora, ve, corre a vender la información a tu amante. Ya me da lo mismo, tú estás fuera de nuestras vidas desde que decidiste hacer lo que te venía en gana y mi madre, anciana y muy senil, porque me cuesta creer que estuviera en sus cabales para secundar siempre tus locuras, te consintió demasiado. Te permitió demasiado —abrió los ojos alzando las cejas viéndola con desesperación y desprecio—. A Lawrence no lo van a encontrar y saldrá a la luz pública en el

momento indicado. Hemos planificado muy bien todo. Yo ocuparé su lugar en prisión. Es el sacrificio que se debe hacer para salvar el ducado, no tengo problema en hacerlo aunque prive mi libertad. Buscaré la forma de estar cómodo y seguro en prisión. El dinero compra lo que uno quiera. Incluyendo a los jueces. Lawrence cuidará de que yo esté bien y cuidará del ducado. Tu hermano Maxwell no tiene lo suficiente para ocupar mi lugar. Y tú —bufó burlándose de ella—. Ya no eres nadie.

Elaine cerró las manos formando dos puños con los que estaba dispuesta a darle un par de puñetazos a su padre en el rostro por cruel y despiadado.

Y por primera vez en toda su existencia lo único que deseaba era tener la oportunidad de renacer en otra familia.

Una honesta, con valores.

Se le hizo un nudo en la garganta recordando a su abuela una vez más.

Corrió para salir de ahí cuanto antes, solo quería llorar hasta quedar seca.

Hasta que cada lágrima le fortaleciera tanto que las palabras malignas de los Daniels hacia ella no le afectaran nunca más.

## Capítulo 25

—¡Pierce! ¡Pierce! —Pierce se levantó de un salto.

—¿Qué ocurre? —vio a su alrededor, el lado de la cama que ocupaba Elaine estaba vacío y quien le había despertado era Kristen que ahora lo observaba con emoción y apremio.

—En diez minutos tienes que estar en el salón de los duques. Estaremos todos allí. Llama a Elaine y se lo dices.

¿En dónde estaba Elaine?

Se preocupó porque la chica llevaba varios días sumergida en una extraña tristeza. No era para menos después del encuentro con su padre y todo lo que le dijo.

Lo primero que Pierce quiso fue ir a la comisaria y arrancarle la cabeza de un tajo al imbécil, tal como arreglaban cuentas en la época medieval.

Pierce entendía que los genes codiciosos y malvados de Constance los tenía el actual duque y su primogénito Lawrence; del cual, por cierto, no sabían nada porque a ese sí que estaba dispuesto a enfrentarlo y buscar la más mínima excusa para mandarlo a encerrar.

Su padre fue quien le calmó las ganas locas de vengarse de esos dos por el daño que le estaban haciendo a Elaine.

Más allá de lo que destruyeron en pruebas o lo que se robaron, eran solo cosas del pasado que no herían los sentimientos de nadie.

En vez Elaine sufría por culpa de ese cretino y él quería vengarse pero sabía que no haría nada solo porque ella así se lo pidió.

Tampoco le insistió para que retirasen los cargos a su padre por robo en el castillo.

Quizá ella también quería algún castigo para los que le estaban haciendo tanto daño.

Tomó su teléfono y le llamó.

El móvil sonó dentro de la misma habitación en la que él estaba.

—¡Grandioso, Elaine! ¿En dónde diablos estás?

Se dio una rápida ducha, se vistió y salió a buscarle.

¿Se habría perdido?

Era posible, el castillo era inmenso, no obstante, a esas horas de la mañana, alguien le habría ya encontrado y le habría devuelto al camino que ella quería.

Fue hasta la biblioteca en donde solía estar su padre ocupándose de los asuntos importantes.

No había nadie.

Siguió buscándole. Lo lamentaba por Kristen y la prisa que tenía.

Elaine, en ese momento, era su prioridad.

Recorrió toda esa torre sin éxito alguno.

Volvió a la habitación en caso de que la chica se encontrara allí para buscarle a él o para tomar una ducha. Nada. Y el móvil seguía en donde él le dejó.

Fue a la cocina y no la vio. Su móvil empezó a sonar, desvió la llamada al ver que era Kristen. Después recibió un mensaje de texto.

“¿En dónde estás? Solo faltas tú”

“Estoy buscando a Elaine que no la consigo por ningún lado”

“Está aquí, tonto, ven ya”



Pierce, a paso apresurado, se adentró en el castillo y tomó el camino más corto a la sala de los duques. Este camino le hacía pasar frente a la habitación de su abuelo.

Se sorprendió al ver la puerta entre abierta y se preguntó por qué estaría así.

Al abrirla al completo vio a su abuelo sentado en una esquina de la cama.

—Es una gran chica, Pierce. No la dejes escapar —Pierce lo vio con una mezcla de duda y sorpresa. Su abuelo le sonrió divertido—. No me vio, yo sí a ella y estuvo hablando conmigo aunque decía que no podía verme. Me dijo cosas muy dulces de ti y me habló de sus sentimientos por ti. Cuídala. Y apóyala siempre —Pierce asintió, conmovido, porque no se esperaba aquel encuentro y menos esa declaración por parte de su abuelo—. Kristen ha venido también y me contó algo que les va a interesar mucho. Corre a la sala, esperan por ti.

Pierce asintió de nuevo dejando a su abuelo con la mirada sobre los jardines de la propiedad y una sonrisa tranquila y feliz dibujada en los labios.

Cerró la puerta, se aseguró de que estuviese cerrada y se preguntó cómo llegó Elaine allí. Él no le había dicho cuál era la habitación de su abuelo.

Negó con la cabeza sintiendo cómo su corazón respondía con efusividad al recordar las palabras del fantasma minutos antes.

Finalmente llegó a la sala, entró y se sorprendió por segunda vez esa mañana al ver a Poppy sentada junto a Elaine conversando con amabilidad.

No aparentaban ser grandes amigas pero Elaine le explicaba algo a Poppy mientras esta asentía con cordialidad e incluso sonreía un poco.

Entonces se dio cuenta de que era una reunión familiar referente al ducado porque no estaban presentes ni el esposo de Laurie ni el prometido de Kristen pero sí Elaine.

Tenía que ver con August y Alma.

—Bien, ya estoy aquí y ahora me muero de ganas de saber qué diablos tienes que decirnos con tanta urgencia.

—Es un hecho —anunció Kristen emocionada ondeando un papel impreso con una muestra escaneada de la carta original que hallaron en la habitación del abuelo. Pierce reconoció la imagen de inmediato—. Ernest Smith, hijo de Alma Smith y August Daniels duque de Lanhill, existió y aquí tenemos una prueba que lo certifica.

## Capítulo 25

*Amor mío:*

*Te escribo esta nueva carta, aunque la tristeza que se instaló en tu corazón debido a nuestro distanciamiento te haya enviado a los brazos de Dios.*

*Escribirte me hace sentirte más cerca de mí. Imagino que podemos seguir hablando de esas cosas que solo tú y yo podíamos ser capaces de entender.*

*Pienso que, escribiendo, puedo enviarte las cartas al cielo y quizá, con suerte, soñar que recibo alguna respuesta de tu parte.*

*Hace mucho tiempo que no me visitas en mis sueños y te extraño de todas las maneras posibles, amor mío.*

*Hoy quiero contarte la sorpresa que me llevé con la visita de un joven al castillo llamado Ernest Smith, informándome que es hijo de Alma Smith y hasta hace unas semanas que su madre, en el lecho de muerte, le contó la verdadera historia de su procedencia, creía que era sobrino de George.*

*Me dijo que fue a Blaston House exigiendo ver a su padre.*

*Como ya debes saber, la mala vida de tu hijo lo hizo comparecer ante dios hace unos años, así que tan pronto como el bastardo llegó allí, el primogénito de August, ahora duque de Lanhill, lo echó amenazándole con llevarlo ante la ley si osaba a hacerse pasar, sin pruebas, como un legítimo Daniels.*

*Tu nieto tiene tu temple y tu poder de mando.*

*Desconocía por completo de la existencia de este chico. La última carta que recibí de George hace varios años, me dijo que se encontraba muy mal de salud y que me enviaba las escrituras de la casa para que la hiciera parte del patrimonio porque, como era de esperar, mi hijo no tuvo descendencia.*

*Sin embargo, me indicó que Alma aún vivía y que no podría hacer nada con la casa hasta que ella falleciera.*

*No me interesa nada de esa casa, nada de ellos.*

*El chico, que debo admitir cuenta con un gran parecido a tu difunto marido cuando tenía su edad, lo que me hace pensar que sí es tu nieto, hijo de la campesina, me vino con la historia de que al pensar en George como a su tío nosotros pasábamos a ser su familia ahora que su madre también había muerto.*

*Por fortuna nadie más estaba con nosotros cuando me dijo semejante tontería.*

*Y no sé qué buscaba pero para cuidar nuestras espaldas lo eché de la propiedad con la advertencia de que si lo volvía a ver por aquí o siquiera volvía a saber de él, yo mismo lo mataría.*

*Sigo fuerte, venciendo incluso a la peste y viendo morir a todos los que amo.*

*Últimamente he pensado en que ya va siendo hora de reunirme contigo.*

*Ya no voy más por la cabaña, amor. Me torturaba recordándote en cada rincón de ese lugar y me di cuenta de que no necesitaba viajar a ningún lugar en medio de la naturaleza para volver a verte porque siempre me acompañas en mis pensamientos.*

*Di órdenes de destruirla y solo conservo un precario mapa que hice del lugar en el que se encontraba y lo conservaré junto a esta carta en mi lugar secreto. Tú y yo siempre tendremos un secreto de amor.*

*Todavía puedo recordar el olor de tu piel, el sabor de tus besos.*

*Mi amada Constance, te echo tanto de menos.*

*Espero que pueda verte pronto porque no imagino mejor lugar para que mi alma descanse en la eternidad que junto a la tuya.*

*Por siempre tuyo,*

*P.*

## Capítulo 26

Varios días después, Elaine y Pierce se reunieron con el grupo de genealogistas con los que trabajaba el ducado para que empezaran a hacer las investigaciones pertinentes sobre este nuevo integrante de la familia Daniels.

No iba a ser fácil porque había mucho por rastrear.

Cuatro siglos de información no se investigaban de la noche a la mañana sobre todo por el hecho de que debían unir esfuerzos con sus colegas españoles para agilizar el proceso, tal como lo sugirió la ex duquesa de Bulwick.

Prometieron ponerse en contacto tan pronto tuvieran algunas pistas pero también pidieron calma y confianza en su trabajo.

Elaine había estado anteriormente en presencia de genealogistas, sin embargo, nunca había sido ella quien les contactara para realizar una investigación.

Tal como lo hacían en el ducado de Bulwick, el ducado de Lanhill también tenía su grupo y también ofrecían reuniones para la familia en la que iban aclarando puestos del árbol genealógico de la misma que aun, a la fecha, no estaban muy claros.

Recogían datos básicos: nombres, fechas de nacimiento, de matrimonio, de muerte; y de allí partía la investigación de ascendientes y descendientes dentro del árbol genealógico.

Por supuesto, recopilaban la mayor cantidad de datos posibles no solo de manera oral, también de documentos porque estos les servían para comprender la vida de los investigados y los movimientos que hicieron, la gente con la que se relacionaron, con los que establecieron lazos, etc.

Así que Pierce y Elaine se encargaron de llenar de información al grupo que les escuchaba con atención y gran interés.

Elaine los vio como si fueran caza tesoros y estaban a punto de lanzarse a la búsqueda de uno grande porque era un hecho que el hallar descendencia de August Daniels cambiaría el árbol genealógico de la familia Daniels por completo.

Para el tiempo en el que nació el hijo de August, era considerado un bastardo por nacer fuera del matrimonio, por ello no era posible que optara a ser heredero del título y en cierto modo, era legal que la línea de ascendientes del actual duque de Lanhill, ocupara el puesto.

Elaine tenía eso muy claro. Y entendía que no podían revertir las leyes de herencia de títulos nobiliarios del siglo XVII. Solo heredaban los primogénitos varones nacidos dentro del matrimonio.

Incluso, August podía haber legitimado a su hijo bastardo, porque estaba permitido legitimar hijos fuera del matrimonio, mas este habría quedado fuera de la herencia al título de igual manera porque nació fuera del matrimonio.

Elaine no conseguiría por la vía de lo legal hacer valer los derechos del hijo de Alma y August pero, teniendo en cuenta todos los recientes acontecimientos que se desarrollaron y en los inmensos problemas en los que la familia Daniels estaba metida, Elaine tenía un plan.

Un plan que no sabía cómo le iba a caer a Pierce, mas ella buscaría la forma de llevarlo a cabo porque aunque estaba convencida de que su familia debía pagar ante la justicia, también se sentía culpable de que su padre estuviera en la cárcel prácticamente por culpa suya.

Si ella no se hubiera marchado de casa, no se hubiera topado con Pierce, nadie habría investigado de los amantes fugitivos como sucedió antes de que ella saliera de Blaston House.

Los amantes seguirían siendo mencionados solo para hacerle saber a las nuevas generaciones lo que había ocurrido con ellos, por qué se debía mantener la distancia y el resentimiento entre ambas familias.

A pesar también de la última conversación con su padre y que se hundía en la vergüenza cuando pensaba que él y Lawrence eran delincuentes, Elaine no soportaba saber que estaba su padre privado de libertad y menos, cuando se sacrificaba por otro de sus hijos.

Elaine no podía cambiar nada para que su familia la aceptara, la tratara bien y le hicieran sentir amada. Buscaría la manera de solucionar la situación de su padre para dejar de sentir esa horrible culpa que la atormentaba y quizá, con eso, conseguiría de una manera legal y honorable, algún reconocimiento y el otorgamiento del derecho sobre parte del patrimonio al descendiente del hijo de August que encontraran en la actualidad, si es que lo había y finalmente lo hallaban en algún momento.

—¿Qué piensas? —Pierce le interrumpió cuando caminaban por el laberinto de hierba del castillo. Era uno de los paseos más habituales que hacían porque a ella le encantaba perderse entre la naturaleza y verdor de aquellas paredes de hierba tan bien cuidadas. Al principio de los recorridos sentía un poco de ansiedad porque después de algunos momentos de caminata, sumergidos en una interesante conversación, Elaine se daba cuenta de que no sabría cómo regresar a la salida en caso de necesitarlo.

Pierce le enseñó en ese mismo momento a no perderse.

Lo vio a los ojos y le sonrió con cariño.

—Pienso en lo que he estado maquinando desde hace algunos días para negociar con mi padre.

Pierce detuvo su marcha y la vio con el ceño fruncido. Una expresión que denotaba su desacuerdo con respecto a lo que acababa de mencionar Elaine.

—No tienes nada que negociar con él, Elaine. Los abogados ya hicieron su trabajo. Estará en la cárcel y tu hermano tendrá que ocuparse del ducado tal como lo planificaron —Elaine negó con la cabeza, aun no se creía que a pesar de haber cometido un delito, Lawrence podría salirse con la suya—. Sabía que llegaría este momento en el que no podrías soportar el saber encerrado a tu padre y a tu hermano en libertad.

Elaine lo vio con vergüenza.

—Tengo sentimientos muy encontrados en este tema —se sentaron en una banqueta de concreto—. Sé que es lo que se merecen, tanto mi padre como él, si encontráramos pruebas que lo puedan culpar a él también —suspiró—. Y odio formar parte de esa familia, Pierce. Desde el día en la comisaría y todo lo que mi padre...

—No me lo recuerdes, Elaine, porque esta vez no seré tan prudente y bondadoso con ese hombre.

Elaine permaneció callada unos minutos, Pierce aguardó por ella.

La entendía, sería un estúpido si no lo hiciera.

Era una mujer buena, incapaz de herir a nadie y no soportaba el peso que le generaba la culpa porque por ella, por irse de casa, por entrar en contacto con él, su padre estaba en prisión.

—¿Qué quieres hacer? —la vio con consideración y amor. Sabía que haría cualquier cosa para devolverle la alegría que había perdido desde el maldito día en la comisaría.

La Elaine que él conocía, su Elaine, no era así y ya no sabía cómo hacerla volver.

Ella se veía las manos con nervios.

Él intuyó lo que ella le pediría. No era un tonto y él habría hecho lo mismo de estar en su lugar.

—¿Quieres que retiremos la denuncia? —le tomó las manos. Las miradas de ambos se encontraron—. ¿Te parece que eso te va a devolver la tranquilidad que tanto amo de ti? ¿Va a devolvarte tu risa, la de verdad, la que me contagia de emoción cada vez que la haces resonar?

Elaine le sonrió amorosa y asintió con la cabeza.

Pierce suspiró profundo.

—¿Crees que tu padre se niegue? —preguntó ella con preocupación.

—No. No lo hará. Entenderá tus razones y es un hombre práctico, sabe que al retirar los cargos, tu padre le deberá una por hacerlo —Entonces ella sonrió como tenía días que no lo hacía—. Y ahí es en donde entra tu plan, ¿supongo?

Ella asintió y se dedicó a explicarle todo lo que podrían conseguir en una razonable negociación con el Duque de Lanhill antes de que se le retirasen los cargos y quedara en libertad.

Era una buena manera de que todos, existiera descendencia de August y Alma o no, salieran ganando; y lo más importante, era que Elaine podría sentirse tranquila sabiendo que estaba obrando de la manera más adecuada

\*\*\*

El día en el que se celebraría el juicio en contra del duque de Lanhill, el honorable juez Malcom Brown, amigo de la infancia del duque de Bulwick, les permitió a Elaine, Pierce, su padre y a los abogados de ambas partes, mantener una reunión privada con el duque de Lanhill porque había algo que discutir antes de que se llevara a cabo el juicio.

El duque de Lanhill vio a los presentes con odio y asco.

—¿Qué hacemos aquí?

—Buenos días, padre —saludó Elaine de manera cordial. Casi como si estuviera saludando a un completo extraño. Eso sentía en su interior, que su padre era un completo extraño.

Su padre, como era de esperar, no le saludó. Tampoco hizo los saludos respectivos a Pierce o al duque de Bulwick, ni siquiera al abogado de estos.

Y ellos, le trataron de la misma manera.

—Hice una pregunta, ¿qué hacemos aquí?

Su abogado lo vio con preocupación.

—Yo creo que deberías escucharles.

—¿Te pago para eso?

El abogado negó con la cabeza y Elaine se cansó de sus comportamientos arrogantes y egoístas.

Se puso de pie para luego dejarle caer sobre la mesa, la carpeta que contenía información que él necesitaba digerir.

Una copia del lienzo quemado en la chimenea que Pierce y Elaine facilitaron a los investigadores, así como el resto de pruebas que obtuvieron en la habitación en la que el pasante quemó todo. Pruebas que el duque ya conocía.

Hasta el momento, no había nada que les diera a sus enemigos esa mirada de victoria con la que le observaban.

Pero todo cambió cuando dio la vuelta a otra página y se encontró con una antigua carta.

Sabía que eso no era buena señal. Odiaba la maldita costumbre de sus antepasados de dejarlo todo escrito.

Algunas cosas debían quedarse en el pasado, si lo hubieran hecho así ahora él no estaría leyendo una carta que el amante de Constance le escribió aun cuando ella ya había muerto para contarle de la existencia del bastardo.

Maldito bastardo.

Desde el momento en el que Lawrence encontró las cartas de August intuyó que esa descendencia iba a traerle problemas más adelante.

Lawrence se hizo cargo de desaparecerlas, así como tuvo la audacia de contratar a este chico y de saber que estaba tan endeudado que no se resistiría a la suma de dinero que el heredero al ducado de Lanhill le ofreció con tal de contactarle en caso de que al estudio de Kristen llegara alguna prueba de España referente al caso de los amantes fugitivos.

Él se hizo cargo de todo.

El duque no tenía el conocimiento de lo que ocurría, de haberlo tenido, le habría indicado a Lawrence hacerse con los papeles de otro modo, porque los jóvenes siempre acaban diciendo todo lo que saben.

Así que en cuanto Lawrence se enteró de que el pasante había sido detenido, corrió a donde su padre para contarle su terrible error y fue cuando acordaron hacer la cosas como el duque considerara conveniente.

Y finalmente, ahí estaba él a punto de empezar un juicio que en principio le parecía fácil para librarse de él, ahora, después de todo lo que estaba leyendo, ya no se proyectaba tan fácil el asunto.

El último documento que tomó le presentaba una solución que le pareció ridícula con ciertas condiciones para retirar los cargos y devolverle la libertad.

Elaine lo observaba. Leía sus condiciones en ese momento y sabía que no le gustaban.

Entre esas condiciones estaban el eliminar por completo la cláusula del destierro y la exclusión de la herencia por parte de cualquier Daniels que intentara entrar en contacto con algún Gordon.

Elaine no quería nada del dinero del patrimonio, eso que se lo quedara el heredero al ducado, a ella le daba lo mismo.

Quería conservar acceso con libertad y todo derecho a Blaston House; a los archivos y a cualquier propiedad que perteneciera al ducado. Ella deseaba seguir accediendo a la historia que envolvía a su familia y si algún día decidía tener descendencia quería enseñarles a ellos, sus hijos, toda esa historia.

Eso le había enseñado su abuela. Un legado. Y era lo único que aspiraba a mantener.

Por otro lado, también en las condiciones figuraba el asunto de la descendencia de Ernest Smith hijo de Alma Smith y August Daniels. Se aclaraba que, a la fecha de la firma de ese contrato entre las partes interesadas, un grupo de genealogistas estaba al cargo de la investigación y rastreo de posibles descendientes en la actualidad. De encontrarse algunos, la mitad de todo lo que correspondía al patrimonio del ducado de Lanhill pasaba a manos de esa descendencia.

Y en caso de que no se encontrara nada, esa mitad correspondiente a ese hijo de August, pasaría a manos de la caridad; en el mismo documento citaban cuales serían las instituciones sin fines de lucro que recibirían esas ayudas. La mayoría de ellas era para ayuda a niños con enfermedades, abandonados, en países en guerra o en países en los que la comida era escasa.

Elaine no le quitaba los ojos de encima, así como Gordon y su padre que vigilaban cada una de sus expresiones.

El duque de Lanhill levantó la vista para ver a su abogado a los ojos.

—¿Por qué debería aceptar esto? Bien podría ser mentira, ¿Tú viste esta supuesta carta? —se negaba a aceptar todo eso que acababa de leer. Su plan no podía salir mal.

—Sí —afirmó su abogado—; y el juez, así como un par de testigos más, avalan la existencia de la misma. No puede estar la original como prueba porque está siendo preservada de la manera adecuada, sin embargo, sí está a la disposición de las autoridades para verificar de su existencia

mientras el caso esté abierto.

—¿Crees que actuaría con engaños, padre?

—Eres una traidora y otras cosas más que...

—No te atrevas —Pierce lo vio amenazante, Elaine sintió que la piel de la nuca se le erizó con la gravedad en la voz de Pierce—. No te atrevas a insultarla de nuevo porque te juro que yo mismo le doy el dinero a la descendencia de Alma y August con tal de dejarte en la cárcel por varios años. Y me encargaría también de meter a tu primogénito; y a tu mujer, por complicidad con ustedes. ¿Quedó claro?

El duque de Lanhill levantó una ceja y sonrió con gran sarcasmo.

—No aplaudo porque tengo las manos inmovilizadas —vio a su hija con frialdad levantando las manos esposadas—, pero he de admitir que ha sido una jugada magistral, querida. Tu amante te ha...

Pierce se levantó de su asiento y su padre lo retuvo a tiempo.

—Siéntate —le ordenó.

Elaine vio a su padre y sintió una gran pena por él.

—Mi recomendación es que acepte, es un buen trato —su abogado le susurró al oído—. Ganaría su libertad sin arriesgar la libertad de nadie más. Si llegan a demostrar que su hijo y su mujer han tenido complicidad en esto o que usted es quien está tapando las fechorías de alguno de los otros dos, las cosas podrían empeorar y tres integrantes de la prestigiosa familia Daniels acabarían en prisión, sin derecho a nada. El escándalo social sería inmenso y esto dejaría todo en manos de Maxwell que es lo que usted no desea.

El duque se daba cuenta de que si las cosas acababan en manos de Maxwell, él y Elaine se encargarían de hacer posible la división del patrimonio para un descendiente de August y Alma.

Él habría perdido su libertad en vano si su hijo perdía la suya y ya ni hablar de su mujer quien sería incapaz de soportar la prisión.

Además, admitía que no sabía si él mismo sería capaz de soportarlo. Fingía poder hacerlo porque eso es lo que haría un padre por su hijo; mas, cuando este tiene la responsabilidad de ser el heredero.

También sabía que su abogado podía conseguirle un buen trato con el juez y pagar una buena suma por una fianza más alguna labor social, podría quedar en «libertad» ese mismo día.

Cerró la carpeta con lentitud y vio a su hija a los ojos con gran seriedad y rechazo.

—Pondré mis condiciones también.

El duque de Bulwick se metió las manos en los bolsillos de su elegante pantalón y bufó incrédulo.

—Tú no estás en la posición de negociar nada —le advirtió y le hizo señas a su abogado de que recogiera la carpeta que Elaine le dejó a su padre en la mesa minutos antes—. Esta es tu única oportunidad de seguir siendo el duque de Lanhill y de que tu hijo herede la mitad del patrimonio. No hay más oportunidades después de esta, Lawrence. No soy tan considerado como tu hija. Y te aconsejo que te apresures porque el juez está impacientándose.

Lawrence Daniels duque de Lanhill los vio con amargura y dolor.

Se negaba a perder el ducado de esa manera, a reducir a la mitad lo que él consideraba les correspondía en su totalidad; se negaba a tener que explicar lo que ocurría a la prensa.

Su abogado le acercó un refinado bolígrafo y lo vio a los ojos reafirmando las palabras que en secreto le dijo anteriormente.

El duque sintió rabia, mucha; y deseó que su estúpida hija fuese muy infeliz, tan infeliz como estaba siendo él en ese momento en el que dejaba su firma en cada uno de los documentos que



había leído.

Esperaba que, en el futuro, pudiera encontrar la forma de vengarse de su hija, del imbécil de Pierce Gordon y de toda su maldita familia.

## Capítulo 27

*España siglo XVII*

Ernest no paraba de pensar una y otra vez en todo lo que le había ocurrido en los últimos meses.

Después de pensar que su familia era sólida y estable; antes de su madre morir, se dio cuenta de que toda su vida estuvo sumergido en un engaño.

No culpaba a su madre, no podría hacerlo. Era el ser más bondadoso que había conocido en su vida.

Tampoco podía culpar a sus tíos. Tanto George como John, a quien poco recordaba porque murió cuando él era muy pequeño, se portaron con él y con su madre, como los caballeros que eran.

Además, George siempre lo consideró como un hijo y Ernest lamentó su pérdida tal como si él hubiera sido su padre.

Siempre los consideraría su familia. Porque eso fueron, le criaron con amor, le dieron educación, le alimentaron y le enseñaron las normas básicas de convivencia en sociedad.

Le enseñaron a ser un hombre de bien, como solía decir su madre.

Nunca habría sospechado la verdad que se unía a su nacimiento. Lo que su madre pudo haber sufrido porque no se lo dijo con palabras en su lecho de muerte, no le hizo falta decirlo.

Su mirada, que Ernest siempre consideró cristalina, pura y alegre, se volvió sombría demostrando gran carga de dolor y frustración.

En el momento no supo cómo manejar todo lo que le dijo Alma acerca de su verdadero origen y de los detalles de los que nunca antes hablaron sobre la llegada a España de ella, George y John.

Era una historia que poco contaron mientras los otros dos estuvieron en vida.

Parecía que todos se negaban a hablar de manera extendida sobre el pasado pero un buen día, después de la muerte de George y cuando su madre parecía empezar a enfermar, ella misma le indicó el cajón oculto en el suelo en el que se guardaban algunas cosas importantes de la familia.

Le dejó órdenes específicas para que las cuidara y ese mismo día le contó lo que podría encontrar allí.

Una historia que parecía salida de algún libro. Aunque parecía un libro al que le arrancaron páginas, porque él mismo se daba cuenta de algunos saltos que necesitaban ser explicados y de los que su madre prefería no hablar.

Si ese era su deseo, él no era quien para contrariarla. Así que se limitó a escuchar sobre las aventuras que la mujer vivió en Madrid y otros lugares del país antes de asentarse definitivamente en Nerja.

Lugar en el que Ernest creció y que recordaba como único hogar.

No fue hasta que Alma cayó en cama, temblando a causa de la fiebre, que le contó las páginas que le faltaban a esa historia.

Fue entonces cuando se enteró de que sus tíos, no tenían ningún lazo de sangre con él y su madre, tal como se lo contaron desde que él había sido un niño.

Contaban que eran hijos de la misma madre y no daban más detalles. No se mencionaban los apellidos y si alguna vez lo hacían y Ernest notaba la diferencia en estos formulando las preguntas adecuadas, solo se le pedía que no hiciera preguntas indebidas.

Su madre siempre fue la viuda que vivía con sus dos hermanos y su hijo.

Pero la realidad había sido muy diferente.

Con una historia de amor que acabó muy mal.

Un padre que siempre creyó muerto y que no lo estaba, o por lo menos no debía estarlo y ese padre desconocía por completo de su existencia.

Su madre no le pidió que no le visitara, solo le pidió tener cuidado y no dejarse lastimar por él.

O por cualquier otra persona de ese mismo círculo social.

Fue difícil no hacerlo, sobre todo cuando se vio reflejado en la mirada de un completo desconocido y sintió que los unía algo grande y fuerte.

De pronto, ese desconocido lo maldijo y lo echó de una casa que a Ernest le ponía los pelos de punta por lo fría y tenebrosa que era.

Su encuentro con su hermano, primogénito de August Daniels duque de Lanhill, no fue lo que él esperó que fuera.

Se enteró en ese encuentro que su padre había muerto hacia un tiempo atrás y el hombre refinado que le hablaba con odio le dijo que se largara de ese lugar al que no pertenecía.

Su madre tenía razón al pedirle que tuviera cuidado y que no se dejara lastimar por nadie.

Ernest no buscaba crear lazos con ese hombre, con su difunto padre, o con alguien de la familia de estos; solo quería verles, conocerles y hacerles saber de su existencia.

Quería aclararle que su madre había sido inocente de todo.

A él solo le importaba limpiar el nombre de su madre.

La mujer de la que le habló su madre, quien sería su abuela y madre del duque, no estaba por ningún lado así que Ernest pensó que la mujer también estaba muerta; se enteró luego por la gente de las poblaciones vecinas en donde pasó varias noches, de que sí, Constance Daniels había muerto hacía muchos años y nadie sabía el porqué.

Un día solo amaneció sin vida. Le contaron que Constance Daniels un día dejó de ser la mujer elegante y altiva que había sido. Le aseguraron que parecía haber sido abrazada por una tristeza profunda que la consumió hasta llevarla a la tumba.

Por su parte, su difunto padre había llevado una vida cargada de alcohol, mujeres y despilfarro económico. Muchos le confirmaron de ver el desgaste del hombre que una vez había sido hasta convertirse en una piltrafa humana que pasaba más tiempo borracho que sobrio.

Por ello su hijo tuvo que tomar las riendas del ducado muy joven. Odiaba a su padre por su asqueroso comportamiento.

Mientras más le contaban a Ernest y más se daba cuenta de que esa historia en esta familia parecía siempre estar acompañada de desdicha, empezó a preguntarse si su vida habría sido diferente a la de ellos de haberse criado con su padre y su madre en Blaston House.

Entendió que sí, estaba muy claro que habría sido todo muy diferente. Estaba convencido de que no habría sido la mitad de lo feliz que fue en la vida que le tocó vivir.

Ese mundo de aristócratas no era para él.

Lo reconoció al momento en el que después de que su hermano lo echara de la mansión, casi a patadas, decidiera visitar a los Gordon para conocerles y decirles que, aunque no eran familia de sangre, había considerado a George como a un verdadero tío por lo que se creía capaz de poder crear lazos con alguien más de la familia.

No por dinero ni por estatus, Dios sabía que no quería nada de eso. Solo quería sentirse acompañado en el mundo pese a que su plan original era volver a España.

El clima de Inglaterra era pesado y triste. Tal como lo describía George cuando le hablaba de su tierra; y apartando el clima, desde que pisó Inglaterra se sintió fuera de lugar.

No era sitio para un hombre costeño como él.

Al llegar a ese fabuloso castillo que pertenecía a la familia de George, Ernest se sintió más intimidado que cuando entró en Blaston House y aunque en principio tuvo un recibimiento más cordial, un viejo cascarrabias y muy maleducado que decía ser el duque de Bulwick lo llamó oportunista y lo echó como si fuera un criminal.

Ernest no sabía cómo diablos sentirse.

No quería el dinero de nadie, no quería propiedades ni títulos y no era justo que le trataran de esa manera sin siquiera conocerle.

¿Qué podía esperar de personas que también trataron muy mal a su madre, a George y a John?

Había sido un iluso al sentir que podría limpiar el nombre de su madre y que quizá, a la familia de George le interesaría saber sobre la vida de este en España.

Esas personas frívolas y mezquinas estaban controladas por el odio, los títulos, la sociedad, los intereses y el dinero.

Nada de lo que quería Ernest.

Llevaba una vida tranquila y feliz.

Muy alejada de ese infierno que presencié dentro de las dos moles en la campiña inglesa.

Decidió regresar a España cuanto antes.

Sin embargo, no quería volver a su casa. No todavía, se le arrugaba el corazón al saber que volvería y estaría vacía. Que su madre estaba en el cementerio junto a sus tíos y que él no tendría a nadie con quien conversar sobre sus sueños y sus ganas de salir adelante.

George le dijo una vez que quizá su vida transcurriría mejor si vivía en una gran ciudad como Madrid o Valencia, en donde pudiera encontrar gente con influencias sociales y económicas que le ayudaran a construir la hacienda con la que soñaba y pudiera trabajar la tierra como tanto le gustaba.

Necesitaba preparación, experiencia y, sobre todo, dinero.

No le quedaba nada más que esos sueños y necesitaba hacerlos realidad.

Por eso estaba en Valencia, lugar en el que haría sus sueños realidad y construiría una nueva familia.

## Capítulo 28

Elaine y Pierce regresaron a Nerja en cuanto quedó solucionado el asunto con el padre de Elaine.

Tenían cosas importantes que concluir todavía con el asunto de la casa española en general.

La prensa inglesa y también la española, empezaban a especular sobre todo lo que ocurría con las familias desde que su padre fuera detenido por el caso del robo y luego, puesto en libertad gracias a que los Gordon retiraron los cargos el mismo día en el que iba a ser el juicio.

Reporteros merodeaban la casa española de vez en cuando haciendo que Elaine y Pierce discutieran con algunos de ellos de muy mala manera.

Todo estaba saliendo a la luz y no tenían forma de detenerlo.

Ese día por la mañana, recibieron los resultados de las investigaciones hechas por los genealogistas y de inmediato realizaron con ellos una vídeo llamada porque no podían creer lo que leían en el informe.

Aquellos resultados les dejaron pasmados a ellos y al resto de la familia Gordon, demostrando que la vida conecta a todas las personas de alguna manera.

—¿Pero supongo que sabes más de Ernest? —Le preguntó Salvador entusiasmado con la historia que Elaine le contaba a él y a Nathalie.

Las parejas estaban reunidas en la casa española para cenar en una doble cita que pretendía varias cosas: Pasarla bien entre amigos y contar lo que sabían de lo acontecido en relación a la casa y a la familia Daniels.

Desde que regresaran de Inglaterra y Elaine reanudara sus clases de español con Salvador, este se mostró muy interesado de lo que ocurría con la familia de Elaine y le pidió que le contara más sobre esas cosas históricas que había descubierto de su familia.

Elaine accedió a hacerlo, además, no había nada que esconder que la prensa ya no hubiera revelado. Desconocían detalles de los fantasmas y otra cosa que era lo que Elaine estaba dispuesta a contarle a su profesor de español en esa cena que organizaron antes de que les llegaran los resultados genealógicos, y que por una razón u otra, siempre debían aplazar, hasta que, finalmente, pudieron llevarla a cabo después de enterarse de todo el reporte que les suministraron los genealogistas; convirtiendo todo en una increíble casualidad de la vida.

—Con calma, Salvador, vamos a contarte todo y te prometo que vas a sorprenderte —Nathalie vio con suspicacia a Pierce porque lo conocía y esa mirada le indicó que escondían algo grande.

Elaine siguió contando la historia tal como los investigadores se la dijeron a ellos.

—Ernest, finalmente se asentó en Valencia. Era un hombre valioso para la época porque manejaba muy bien el español y el inglés, tal como su madre le enseñara. Así que podía ser el intermediario perfecto en el comercio entre naciones y pronto consiguió trabajo como capataz de una importante hacienda en donde encontró el amor junto a la hija del patrono. A la muerte de este, parece que su mujer heredó todo y Ernest asumió el cargo de su difunto suegro manejando el negocio como propio, cosa para lo que estaba muy capacitado.

—Suenas como si hubiera cumplido un sueño, quizá quería eso para sí mismo —Comentó Nathalie y luego apoyó la cabeza sobre su mano derecha para seguir poniendo atención al relato mientras acariciaba su prominente barriga que parecía estar a punto de estallar aunque todavía

faltaban algunas semanas para el nacimiento del niño.

Pierce se sentó junto a Elaine con una serie de carpetas y documentos que abrió y que dejó a la vista para que les sirviera de apoyo porque eran muchos los datos que debían recordar; y mucho lo que debían explicar una vez llegaran a la parte importante.

—En 1632 nace el primer hijo de Ernest: José —Pierce desplegó dos grandes hojas de un papel de hilo muy refinado en el que estaba dibujado el árbol genealógico de la familia Daniels y en el que se incluía la rama de la descendencia de August Daniels con Alma Smith.

Elaine y Pierce siguieron describiendo momentos, dando datos y nombres de descendencia que estaba verificada por registros de nacimiento y por actas de defunción.

Mantén tapada con otro papel, la parte de los descendientes de Ernest de los que aún no hablaban e iban deslizando el papel hacia abajo a medida que hablaban de cada uno de esas personas del pasado.

—En 1690, Alfonso, nieto de José, zarpa en un barco a América en donde conoce a Isobel en Nueva Inglaterra y con quien llegaría a tener seis hijos —Elaine tomó un sorbo de su copa de vino —. Toda la descendencia que siguió a Edward, primogénito de Alfonso e Isobel, vivió en Nueva Inglaterra formando una familia sólida de gran reputación en esas nuevas tierras.

Hicieron una pausa en la que Pierce vio a Alma acercándose desde los limoneros que seguían en donde les había dejado al irse a Inglaterra.

La piscina aún no estaba concluida y el jardín en general estaba en mal estado.

Salvador clavó los ojos en el árbol genealógico.

Elaine apreció su mirada inquisitiva sobre el papel.

De verdad disfrutaba de esas historias que ella le contaba y de la cual no tenía idea de cómo iba a terminar.

No podía ni siquiera sospecharlo.

Elaine deslizó un poco más el papel revelando nuevos descendientes.

—En 1820 nace Eleonor Smith. Su nacimiento le arrebató la vida a su madre y se convirtió en la única descendiente de Edward IV porque este no quiso volver acercarse a otra mujer.

Pierce veía con atención a Alma. Esta se sentó en las sillas que estaban en la terraza desde donde podía ver y escuchar todo lo que ocurría en el comedor.

—¿Qué ocurrió con esta casa en todo este tiempo que creo no lo has mencionado? —Nathalie interrumpió de nuevo con duda.

—No —Pierce intervino—, no lo mencionó —sonrió sabiendo que no lo había mencionado porque estaba desesperada por llegar a la parte importante de todo ese asunto—. La casa pasó a formar parte del patrimonio Gordon desde que George se lo indicara a su padre en una única carta que le envió antes de morir y en la que especificó que hasta que Alma no muriera, no podían disponer de la casa. En todo caso, como lo leímos luego en la carta que encontramos en habitación de mi abuelo, escrita por el mismo Patrick, él no tenía intenciones de hacer nada con la casa —Pierce levantó la mirada intentando hacer memoria—. Ahora no recuerdo bien la época en la que mi abuelo o su padre reagruparon todos los bienes del patrimonio que estaban regados por el mundo. O que están, porque algunos, como esta casa, aún están dentro del patrimonio del ducado. Algunas se restauraron, otras solo se dejaron en el estado que estaban hasta que fueron vendidas —Alma levantó la mirada y le sonrió alegre. Estaba feliz de escuchar todo, Pierce pudo sentirlo —. Esta casa fue remodelada en la reagrupación porque estaba muy deteriorada. Más tarde, también tuvieron que restaurar y mejorar otras zonas y en algunas de esas restauraciones, se encontró en el suelo el cajón en el que estaban todas las cosas que nosotros encontramos en el sótano que el abogado reformó con la casa haciéndolo más seguro y en donde dejó todo lo que fue

hallando un poco mejor conservado según creía él.

—¿Nadie le dijo que las antigüedades deben conservarse de otra manera? —Nathalie preguntó con gran ironía.

—Bueno, mejor que no lo hiciera porque de haberlo hecho tal vez no estaríamos aquí —comentó Elaine sarcástica.

—Hablemos de nuevo de esta chica —Salvador señaló el punto en el que estaba escrito el nombre de Eleonor Smith.

—¡Oh sí! —Reaccionó de inmediato Elaine—. Eleonor tuvo dos hijos varones que le dieron muchos nietos. El primero de todos esos nietos se llamó George Simmons que por alguna razón, viajó a Inglaterra y allí se casó, teniendo un hijo en 1898 a quien llamaron Charles. Charles Simmons.

En ese punto de la historia, Elaine guardó silencio porque notó el cambio en la mirada y la respiración de Salvador.

Elaine lo veía directo a los ojos porque parecía que él estaba entendiendo todo lo que ella quería decir.

Nathalie notó la tensión entre ellos y se removió impaciente en la silla.

Levantó la vista y vio a Pierce a los ojos, interrogándole sin palabras mientras Salvador solo seguía enfocado en Elaine y su respiración cada vez se agitaba más.

Quiso hablar pero las palabras no lograban salir sin delatar los nervios en su voz.

Se agarró las manos porque sentía que empezaban a temblarle.

No podía ser lo que estaba pensando. Debía solo ser una simple casualidad del destino.

Charles Simmons era también el nombre de su bisabuelo, sin decir nada y sin consultarle a nadie, levantó la hoja que tapaba el resto de los integrantes del árbol genealógico para descubrir que la descendencia de Charles la conocía tan bien, que sintió que empezaba a faltarle la respiración.

¿Le estaban jugando una broma?

—¡Que alguien hable, por dios, que me matan de los nervios! ¿Qué diablos pasa contigo? —Nathalie empezaba a pensar que algo malo ocurría con Salvador.

Elaine sonrió compasiva y le dedicó una mirada tranquila a Salvador mientras se echó hacia el frente en la mesa alcanzando sus manos, que estaban congeladas debido a los nervios.

Pierce no dejaba de mover la pierna en un tic que demostraba los nervios que también él manejaba debido a la bomba que estaban a punto de soltar.

La vida era irónica, estaba llena de casualidades que convertían al mundo en un maldito pañuelo en donde podías encontrar una sorpresa inmensa como la que ellos descubrieron gracias a las investigaciones.

—Eres un Daniels, Salvador. Eres descendiente de August Daniels duque de Lanhill y Alma Smith.

## Capítulo 29

—¿Cómo es esto posible, por el amor a dios? —Nathalie estaba histérica, sorprendida, emocionada y no daba espacio a su incredulidad.

Nadie se atrevió a culparla porque a todos les costó mucho trabajo entender que Salvador sí era esa descendencia de August y Alma.

De no haber sido por lo detallada de la investigación, lo claro que los genealogistas describieron cada paso, cada generación, no lo habrían creído.

En Inglaterra, los padres de Pierce y su hermana, Kristen, estaban aún asombrados. Aun escribían a Pierce diciéndole que no entendían cómo habían llegado a una casualidad de esa magnitud.

—Charles Simmons, bisabuelo de Salvador, nació en 1898 y este, en 1922, tuvo a Otto y Charles, abuelo y tío de Salvador —respondió Pierce con calma.

—Cuando mi padre se mudó a Madrid con mi abuelo y mi tío... —Salvador se interrumpió. Le costaba hablar y razonar. No dejaba de ver el resto de nombres en los que aparecían su abuelo, su tío abuelo, las esposas de estos y la descendencia de su abuelo porque Charles Simmons no llegó a tener hijos.

Así, Robert Simmons, hijo de Otto se asentó en Madrid y conoció a Daniela Almeida una mujer de ascendencia portuguesa.

—Y cuando nacimos mis hermanos y yo, mi padre no tuvo problema en seguir la tradición portuguesa de colocarle el apellido materno a los hijos como primer apellido. Es por ello que Soy Salvador Almeida.

Negó con la cabeza y se frotó los ojos con las manos.

Nathalie no paraba de frotarse la barriga y Pierce empezaba a inquietarse con ella porque se estaba poniendo muy nerviosa cosa que, en su estado, no era lo más conveniente.

—Nath, tienes que calmarte. No ocurre nada malo.

—¡Claro que no! —respondió ella eufórica, arrancándole una carcajada a Elaine—. Es obvio que no ocurre nada malo, pero es que no puedo evitar asombrarme y sentirme nerviosa porque conozco a tu padre y sé que es un hombre de cuidado. Más después de lo que ocurrió en estos días y...

Nathalie enmudeció por completo y abrió los ojos en grande.

—¿Eres el heredero de la mitad del patrimonio del ducado de Lanhill? —preguntó más eufórica que antes, recordando todo lo que Elaine y Pierce les estuvieron contando sobre lo negociado con el padre de Elaine—. ¿Es así? —vio a Pierce y este asintió con seriedad.

Salvador vio a Elaine a los ojos, ella supo de inmediato lo que pensaba.

—Es muy pronto para decir que no quieres nada, Salvador —comentó decidida—. Y créeme que yo, mejor que nadie, entiendo tu punto. Sin embargo, creo que debes pensar mejor las cosas por tu hijo que nacerá pronto.

—No puedo razonar con claridad en este momento, Elaine, estoy tan sorprendido por esta gran coincidencia del destino que pienso que en cualquier momento me dirán que todo fue una broma de cámara escondida.



—No lo es —aseguró Pierce—. Te doy mi palabra de que todo es genuino y la información fue verificada para estar seguros.

—La prueba de ADN asegurará todo esto —Elaine movió la mano encima de la elegante hoja con el árbol genealógico—. ¿Tendrías problema en hacértela?

—No, eso no tengo problema en hacerlo; con respecto al dinero... —Nathalie lo tomó de las manos y lo vio a los ojos con súplica.

«¿En qué situación económica se encuentran?» Se preguntó Pierce.

No parecían estar mal y ella estaba feliz.

Pierce sabía que ella seguía haciéndose cargo de las cosas de su familia y que eso les proveía de dinero. No para darse una vida de lujos pero sí para vivir con tranquilidad.

Claro, una cosa es saber que se puede ser feliz con lo que se tiene y otra muy diferente es proyectar un futuro mejor para su hijo con lo que estaban por adquirir.

Una educación en los mejores colegios y luego, una formación adecuada en una universidad de prestigio.

Para este niño que ya estaba por llegar y para los que vendrían luego porque Nathalie siempre le dijo a Pierce que quería tener varios niños y estaba seguro que seguía pensando igual, más ahora, que se le veía tan feliz.

Ella no era una mujer tonta en cuanto a negocios y dinero se refería.

La figura fantasmal de Alma se levantó de su asiento y caminó hasta quedar junto a Salvador.

Le colocó la mano en un hombro.

—Tienes que tomar lo que te pertenece —luego vio a Pierce—. Gracias —le dijo y desapareció.

Salvador resopló.

—Trato de salir de mi asombro y me cuesta —rio finalmente con nerviosismo—. ¿Cómo le voy a explicar esto a mis hermanos?

Nathalie lo vio con ojos amorosos.

—Se lo diremos paso a paso como nos lo han dicho ellos a nosotros —le acarició el rostro en un gesto que derritió a Salvador que acarició la barriga de la mujer, sintiendo cómo el bebe se removía en su interior.

Sonrió.

—Es mágico sentir los movimientos —les dijo a los presentes con una sonrisa dibujada en su rostro que dejaba en claro lo mucho que amaba a la criatura.

—Es mágico porque no lo llevas tú dentro. Parece un jugador de fútbol —protestó la embarazada y todos rieron.

Salvador suspiró más tranquilo y cerró los ojos.

Le llevaría tiempo entender y aceptar todo lo que le estaba por llegar.

Le tomaría más tiempo entender que las casualidades del destino eran extrañas pero que debían ser así por una razón.

Siempre había creído en eso, en que todo pasaba en su momento justo. Así como cuando decidió, junto a sus hermanos, hacerse cargo del hostel que tenía su padre en la Costa del Sol. Amaban el mar y los tres siempre soñaron con vivir en la costa.

Lo decidieron sin planificación, solo con la aprobación de un hombre que ya no estaba muy bien debido al cáncer y que confiaba plenamente en sus hijos.

Un poco después de instalarse en Nerja, encontró a Nathalie.

«Una cosa llevó a la otra desde que Alma y August se encontraran en Madrid» pensó.

Bufó sonriente.

—Esto es para escribir un libro.

—Pues quizá deberíamos hacerlo para no perder detalles de la historia —comentó Elaine con sarcasmo.

—Me gustaría intentarlo, creo que es una historia digna de conservar y de transmitirle a nuevas generaciones —Nathalie lo besó con ternura—. ¿Cuándo tengo que hacerme la prueba de ADN?

Elaine lo vio con optimismo y felicidad.

—Toma —Pierce le dio un kit de toma de muestras de un laboratorio privado—. No lo hagas con prisa. Dentro, están todas las instrucciones.

—Lo haré —vio la carpeta con todos los documentos y datos de los que le hablaron Elaine y Pierce—. Crees que me puedas prestar esto unos días, necesito leerlo todo para comprenderlo mejor.

—Puedes quedártela. Yo tengo una igual aquí. Son copias, lo originales están en Blaston House y cuando decidas, junto con tus hermanos, si quieren tomar posesión de la mitad del patrimonio, deberemos pasar una temporada en Blaston House para que sepan el funcionamiento de todo y además, conozcan la historia de la familia al completo.

—Blaston House es un lugar impresionante —comentó Nathalie—, yo solo he accedido a la parte pública.

—No tienes idea de lo que es la parte privada —acotó Pierce con emoción—, aunque mucho se haya perdido por las remodelaciones de la madre de Elaine.

Salvador negó con la cabeza de nuevo.

—Es una lástima.

—Lo es, aunque el archivo de antigüedades de la propiedad está intacto y la biblioteca es descomunal. Tenemos cosas que no verás ni siquiera en los museos más famosos de arte —Salvador vio a Elaine con un brillo especial en la mirada. Ella sabía que a él le gustaban esas cosas—. Y con la inclusión de ustedes al Patrimonio, les da el 50% en todo, incluyendo los votos en consejo familiar que deberán llevarse a cabo con decisiones importantes respecto a las propiedades y uso del dinero que estas generen, con el fin de cuidar la economía del patrimonio y vigilar la conservación de nuestra historia. Así que, cada vez que mi madre quiera remodelar algo nuevamente, tendrá que pedir permiso al consejo familiar y tendremos que votar.

Salvador asintió entendiendo que el asumir ese 50% del patrimonio de un ducado no era solo recibir dinero. Sería tomar responsabilidades y acciones que siempre favorezcan al ducado y a la familia en general.

Era un nuevo reto en su vida que temía asumir pero que lo haría por el futuro de sus hijos y por la descendencia de sus hermanos.

Vio el árbol genealógico aun desplegado sobre la mesa frente a él y asintió de nuevo observando su nombre en el último cuadro de la línea generacional que descendía de la unión de alma y August.

Vio a Nathalie y la tomó de la mano.

—No pensaba hacer esto así, cielo —le sonrió con nervios—, pero quiero que aparezcas en ese espacio junto a mí —señaló en el árbol genealógico un espacio en blanco junto al recuadro que llevaba su nombre—; como mi esposa.

La chica tragó grueso. Luego vio a Pierce y a Elaine con vergüenza.

Pierce le sonrió con cariño mientras observaba cómo ella era incapaz de contener las lágrimas de emoción por la propuesta que le estaban haciendo.

Elaine se levantó corriendo de la silla y sacó una botella de champaña que tenían en el refrigerador para celebrar que Salvador se uniera a la familia, porque cuando Elaine se enteró de

todo, se alegró profundamente de que ese descendiente ella lo conociera y supiera que era una buena persona.

Se alegró de poder tener un nexo amable, amistoso y hasta de cariño con alguien con quien compartía genes.

Se alegró de no sentirse excluida de la familia porque ahora, la familia podía ampliarse y ella sería bien recibida entre los nuevos.

Sacó las copas y las sirvió, colocando apenas un sorbo en la de Nathalie que no paraba de llorar y Salvador la llenaba de besos.

—Esto, hay que celebrarlo —Elaine estaba feliz, vio a Pierce a los ojos.

Esos ojos azul intenso que le encantaban, que la seducían.

Pierce había llegado en el peor momento de su vida y sin buscarlo, se convirtió en lo más importante que tenía.

Era su complemento.

Su amor.

Le llenaba de ilusión pensar en el futuro que les esperaba juntos, en todas las cosas que vivirían de ahí en adelante.

En la maravillosa historia de amor que estaban construyendo y que acababa con siglos de odios, rencores y desamor.

Él la atrajo hacia su boca para besarla con dulzura, escudriñó en su mirada y comprobó que ella tenía ese brillo maravilloso que lo llenaba de emoción y de ganas de vivir.

Después vio a Nathalie abrazada a Salvador, que la consolaba con amor y entrega absoluta.

Jamás se habría imaginado que, un día, acabaría viendo cómo a su exnovia, la que lo dejó abandonado en la iglesia, el hombre que se la arrebató le pedía matrimonio frente a él.

Y muy a diferencia de lo que otros pudieran pensar, le gustó formar parte de ese momento.

Le gustó ser testigo de la felicidad entre ellos.

Sonrió pensando en las ironías y locuras de la vida.

Y dio gracias, infinitas gracias, porque de no haber sido por esas ironías y locuras, jamás habría entrado en la casa española; jamás habría vivido una historia tan emocionante como la que vivió; y lo mejor de todo, jamás se habría encontrado con Elaine Daniels frente a frente para descubrir que ella —y solo ella—, era la mujer de su vida.

**FIN.**

¿Te gustaría saber cuáles fueron mis referencias para crear Blaston House y el Castillo de Hartington y otras cosas de la historia real en las que me inspiré para dar vida a toda esta novela?

Pincha este enlace: <https://bit.ly/3bXoZNS>

Y si quieres acceder a la ZONA de DESCARGA en mi web para poder leer relatos, novelas y descargar otras cosas GRATIS, pincha este enlace y suscríbete <https://bit.ly/39N08vN>

## Querido lector:

Siempre te estaré agradecida por tu apoyo, por tu fidelidad hacia mis historias y por compartir conmigo tu experiencia como lector.

Recuerda que tus **comentarios** son importantes para que otros lectores se animen a leer esta o cualquier otra historia. No tienes que escribir algo extenso, no lo tienes que adornar, solo cuéntalo con sinceridad. Los nuevos lectores lo agradecerán y yo me sentiré honrada con tu opinión, bien sea para festejar por obtener muchas estrellas o para aprender en dónde estoy fallando y mejorar.

Me encanta tener contacto con todos mis lectores. No dejes de seguirme en las redes para que podamos estar en constante comunicación ;-)

¡Mil gracias por todo, sin ustedes, esto no sería posible!

¡Felices Lecturas!

**Grupo de Facebook:** [Los noveleros de Stefania Gil](#)

**Facebook Fan Page:** [Stefania Gil – Autor](#)

**Instagram:** [@Stefaniagil](#)

**Twitter:** [@gilstefania](#)

**Email:** [info@stefaniagil.com](mailto:info@stefaniagil.com)

## Otros títulos de la autora:

[Castidad – Guardianes de Sangre II](#)

[Redención – Guardianes de Sangre I – Gratis permanentemente](#)

[Perfecto Desastre](#)

[Entre el deseo y el amor](#)

[Deseos del corazón](#)

[Ecos del pasado](#)

[No pienso dejarte ir](#)

[Estamos Reconectados Reenamorado](#)

[Romance Inolvidable](#)

[Pide un deseo](#)

[Un café al pasado – Naranjales Alcalá I](#)

[El futuro junto a ti – Naranjales Alcalá II](#)

[EL Origen – División de habilidades especiales I](#)

[Contacto Maldito – División de Habilidades Especiales II](#)

[Las Curvas del amor – Trilogía Hermanas Collins I](#)

[La melodía del amor – Trilogía Hermanas Collins II](#)

[La búsqueda del amor – Trilogía Hermanas Collins III](#)

[Siempre te amaré](#)

[Mi último: Sí, acepto](#)

[Presagios](#)

[Sincronía](#)

[La ciudad del pecado – Serie Archangelos I](#)  
[La ciudad que nunca duerme – Serie Archangelos II](#)  
[La ciudad de la luz – Serie Archangelos III](#)  
[La ciudad del viento – Serie Archangelos IV](#)  
[La ciudad de los ángeles – Serie Archangelos V](#)

## Stefania Gil

Stefania Gil es escritora de novelas de ficción romántica: contemporánea, paranormal y suspenso.

En su canal de Youtube deja ver su lado profesional, con vídeos relacionados a la escritura y gestión de tiempo para alcanzar el éxito; así como también, deja ver su lado personal, con vídeos más informales en los que cuenta sobre su obsesión por la planificación; su amor por la lectura; y cómo ha hecho para encontrar un balance entre su profesión y esa mezcla caótica y divertida que es la maternidad.

En 2017 fue invitada a participar como ponente en la mesa redonda organizada por Amazon KDP España para celebrar el mes de la publicación independiente en la ciudad de Málaga, lugar declarado «Capital de la literatura indie» #MesIndie

En 2012 su relato Amor resultó ganador en el Certamen literario por Lorca y forma parte del libro Veinte Pétalos. Ese mismo año, también obtuvo un reconocimiento en el I Certamen de Relatos de Escribe Romántica y Editora Digital con su relato La heredera de los ojos de serpiente.

Stefania forma parte del equipo editorial y creativo de la revista digital Amore Magazine, una publicación trimestral dedicada al género romántico. Y fue colaboradora de la revista digital Guayoyo En Letras en la sección Qué ver, leer o escuchar.

Le encanta leer y todo lo que sea místico y paranormal capta su atención de inmediato.

Siente una infinita curiosidad por saber qué hay más allá de lo que no se puede ver a simple vista, y quizá eso, es lo que la ha llevado a realizar cursos de Tarot, Wicca, Alta Magia y Reiki.

Actualmente, reside en la ciudad de Málaga con su esposo y su hija.

Y desde su estudio con vista al mar, sigue escribiendo para complacer a sus lectores.